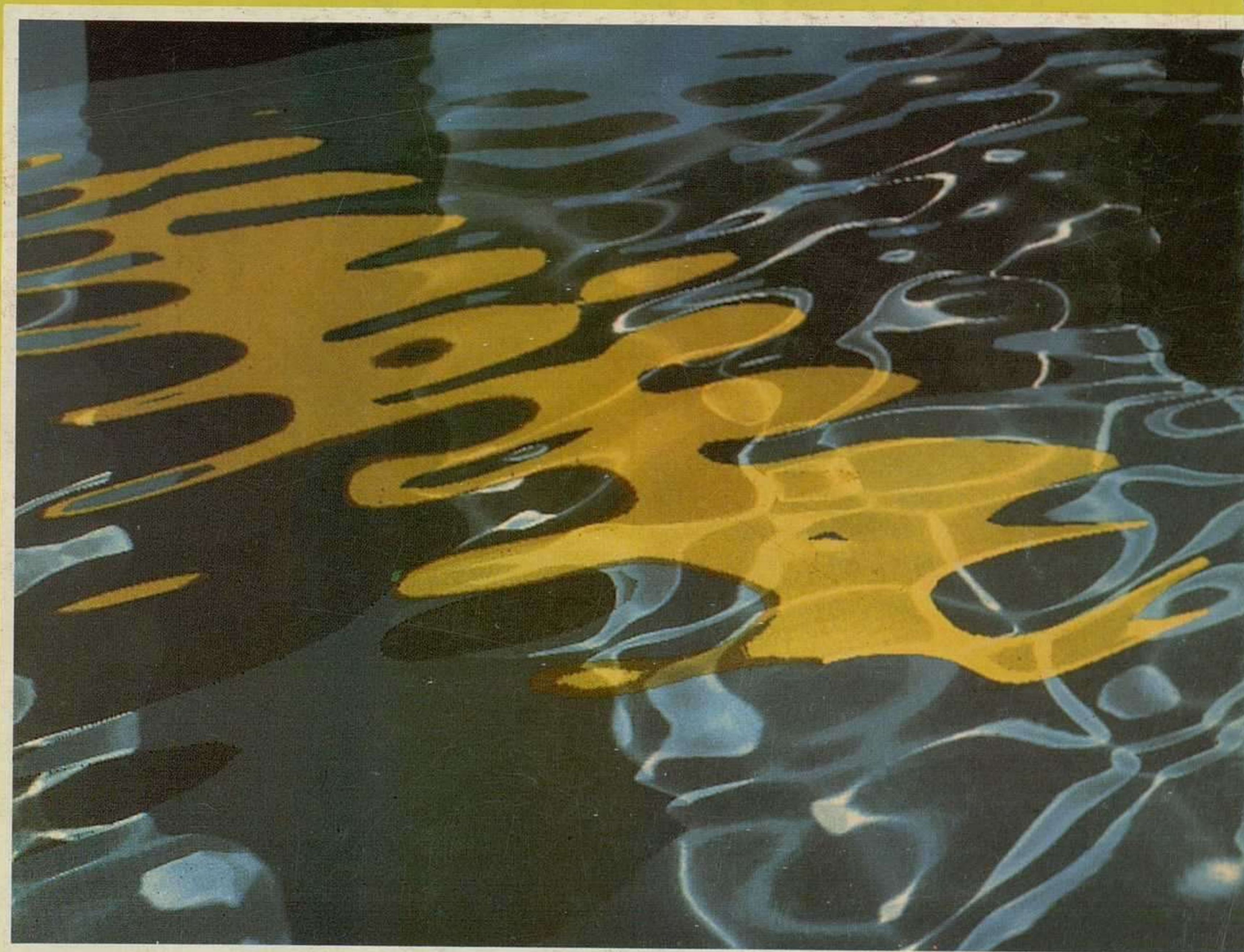


P.V.P.: 1.000 ptas.

Otoño, 1993 N.º 19

veintiuno

revista de pensamiento y cultura



● La Sociedad Civil en España ● Pensamiento Filosófico y Pensamiento Económico ● Integris-
mo Islámico ● 1968, Veinticinco años después ●
Reformismo y Reformistas ● Xavier Montsalvat-
ge ● Crónicas, Notas, Libros

NOVEDAD • TOMO VII



Veintiuno
COLECCIÓN

*«Una obra para
comprender la actual
crisis económica»*

*«Un riguroso análisis
realizado por el
Premio Príncipe de
Asturias en Ciencias
Sociales 1992»*

**LOS AÑOS EN QUE NO SE
ESCUCHÓ A CASANDRA**

O el fracaso de la expansión de 1985 a 1992

Juan Velarde Fuertes

Veintiuno
COLECCIÓN



V veintiuno

REVISTA DE PENSAMIENTO Y CULTURA
 EDITA: Fundación Cánovas del Castillo
 PRESIDENTE: Carlos Robles Piquer

Director

Francisco Sanabria Martín

Consejo asesor

Carlos Aragonés
 María Dolores de Asís
 Miguel Cruz Hernández
 María Teresa Estevan Bolea
 Guillermo Gortázar
 Mario Hernández Sánchez-Barba
 Alejandro Muñoz Alonso
 Dalmacio Negro Pavón
 Alfonso Ortega
 Rafael Pérez Alvarez-Osorio
 Jesús Trillo Figueroa
 Juan Velarde Fuertes

Director Técnico

Isidro Juan Palacios

Redacción

José Manuel de Torres

Diseño y Maquetación

JA'af

Publicidad

Juan Triguero

Administración

Norberto Mansilla

La revista no comparte necesariamente las
 opiniones expresadas en ella por los
 colaboradores

VEINTIUNO no publicará más originales que
 los previamente solicitados por sus órganos de
 dirección

Filmación: D&C. Tel.: 308 70 09-319 68 73
 Fotomecánica: CIRCLE. Tel.: 539 24 03
 Imprime: MIJÁN, Artes Gráficas. Avila.
 Depósito Legal: M-42.413-1983
 ISSN 1131 - 7736

REDACCION, PUBLICIDAD Y
 SUSCRIPCIONES

Marqués de la Ensenada, 14, piso 3.º, pta. 25
 28004 Madrid

Teléfonos: 319 59 04 - 319 59 08 Fax: 319 82 58

SUMARIO

EDITORIAL	3
ESTUDIOS	
▶ La sociedad civil en España. (José Luis Yuste).....	5
▶ Pensamiento filosófico frente a pensamiento económico. (Luis Pérez Bastías).....	25
ANALISIS	
▶ Integrismo islámico. El abuso de la religión. (Rainer Glagow).....	35
▶ Islam: política y religión. (Carlos de la Casa).....	41
1968, VEINTICINCO AÑOS DESPUES	
▶ 1968 en la perspectiva y el recuerdo. (Francisco Sanabria)	45
▶ El mayo francés: fin de una utopía, ¿principio de qué? (Antonio Sáenz de Miera)	75
▶ Los polvos y los lodos. (Aquilino Duque).....	93
DOCUMENTOS	
▶ Sobre "el reformismo y los reformistas" (De "El pensamiento conservador español". Manuel Fraga). (Selección de José Manuel González Páramo).	101
CRONICAS Y NOTAS	
▶ Crónica cultural. (Pedro Fernández Barbadillo)	117
▶ Panorama de las ideas. (José Luis Monegro)	123
▶ Crónica parlamentaria. (M ^a Gemma Prieto Gutiérrez)	131
▶ Crónica hispanoamericana. (José M ^a Alvarez Romero)	135
▶ Las tertulias radiofónicas. (Miguel Angel Gozalo).....	139
PERFILES	
▶ Xavier Montsalvatge. (Enrique de la Hoz).....	143
LIBROS	
□ El Rey y "El Rey" ("El Rey. Conversaciones con D. Juan Carlos I". José Luis de Vilallonga). José María García Escudero.	145
□ La democracia después del comunismo (G. Sartori). Jerónimo Molina Cano.	
□ La nueva ley de régimen jurídico de las administraciones públicas (Administraciones Públicas y ciudadanos. Benigno Pendás García y varios autores). Paloma de la Nuez.	
□ Eduardo Nolla: "Liberty, equality, democracy". José R. Vilamor.	
□ La dignidad del trabajo (Tomás Melendo). Jorge Ipas.	

veintiuno

COLECCIÓN

Libros de la colección publicados

EL FUNDAMENTALISMO ISLAMICO

José María Aznar
Mounsiif Chenoufi
Rainer Glogow
Thomas Kozminowski
Salvador López de la Torre
Carlos Robles Piquer
Mohamed Shaalan
Jesús Trillo-Figueroa
Ali Umidi
Bernd M. Weischer

2.100 pts.

veintiuno
COLECCION

EUROPA: UN ORDEN JURIDICO PARA UN FIN POLITICO

Anexo: Tratado de la Unión Europea
Maastricht, 7 de Febrero de 1992

Miguel Arias Cañete
Enrique Arnaldo
Manuel García Amigo
José María Gil-Robles
Marcelino Oreja
Carlos Robles Piquer
Jaime Suárez Álvarez
José María de la Torre
Antonio Truyol Serra

2.100 pts.

veintiuno
COLECCION

RECONQUISTA DEL DESCUBRIMIENTO

Vintila
Horia

2.500 pts.

veintiuno
COLECCION

LA GALICIA DEL AÑO 2000

Manuel Fraga Iribarne
Daniel Barata Quintás
Gerardo Fernández Albor
José Manuel Romay Beccaria
José Quiña Crespo

2.100 pts.

veintiuno
COLECCION

El primer **Estudio** de este número versa sobre un tema siempre apasionante y actual: la sociedad civil en España. Merece la pena la lectura de las reflexiones que el autor realiza en torno a esta cuestión. El segundo de los estudios hace unas consideraciones paralelas del pensamiento filosófico y del pensamiento económico, de modo que una visión excesivamente economicista de nuestro mundo impida hacer ponderaciones equilibradas a la hora de considerar nuestras realidades presentes.

Los dos **Análisis** se mueven en un campo común, el Islam. Dentro de él se analizan las relaciones entre política y religión y los abusos posibles derivados de ésta.

Han pasado veinticinco años desde aquél famoso de **1968**. Tres trabajos dedicados a esta conmemoración hacen algo más que recordar aquellos hechos: les dan perspectiva, rastrean sus consecuencias y examinan los efectos que aún subsisten de aquellos movimientos, ya cernidos por el paso del tiempo, algunos formando parte de nuestra vida cotidiana.

Nuestra sección de **Documentos** contiene textos de **Manuel Fraga**, tomados de "El pensamiento conservador español", que versan sobre el reformismo y los reformistas. Operación que goza de las preferencias de quienes estiman que es superior a los cambios radicales y a las renovaciones absolutas y, en la mayoría de los casos, también más efectiva.

Nuestro habitual panorama de las ideas y las **Crónicas** cultural, parlamentaria e hispanoamericana se completan con una **Nota** sobre tema tan actual y debatido como las crónicas radiofónicas y televisivas.

De nuevo nuestros **Perfiles** están dedicados a un músico eminente en el panorama español, **Xavier Montsalvatge**,

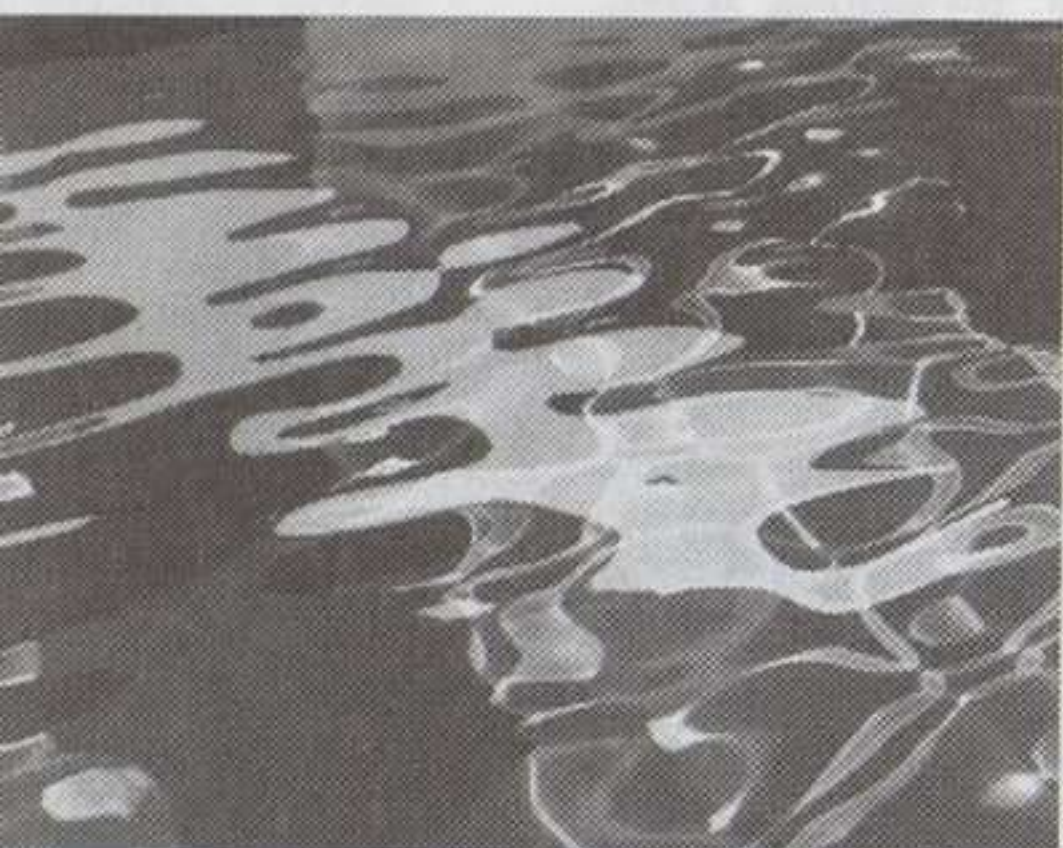


compositor a la vez de fama mundial.

*La sección **Libros** contiene las reseñas, los comentarios y las noticias de los que hemos considerado dignos de la atención de nuestros lectores.*

A todos ellos nuestras rendidas gracias.

Francisco SANABRIA MARTÍN
Director



LA SOCIEDAD CIVIL EN ESPAÑA

José Luis YUSTE

En el verano de 1991 la Fundación Cánovas del Castillo me invitó a participar en un curso sobre el tema “Sociedad Civil y Estado democrático” que, dirigido por Rogelio Baón, se desarrolló en Guadalajara, dentro de las actividades de la Universidad de verano Marqués de Santillana. Mi intervención tuvo lugar el día 8 de julio, bajo el rótulo “La sociedad civil en España”. Un libro mío anterior (“Las cuentas pendientes de la política española”, Espasa Calpe, 1986), me sirvió de base para mi intervención en el curso. Las notas, fichas y resúmenes de ese libro, en el que entonces apoyé mi ponencia, son las que ahora, ordenadas para su lectura, se han convertido en este artículo que ofrezco a los lectores de Veintiuno.

1. El balance de la historia

ES ya un tópico afirmar que en su historia moderna y contemporánea España se ha separado del conjunto de países que han marcado las pautas de la modernidad europea durante los siglos XIX y XX. En relación con ellos —Francia, Inglaterra, Alemania, Países Bajos, Italia, etc.— es lo cierto que España se ha ido quedando rezagada en un largo proceso que comenzó a finales del siglo XVI y que ha durado prácticamente hasta nuestros días. No es el caso hacer aquí un examen de las causas del retraso español, pero sí conviene señalar que éste ha tenido un reflejo en la época contemporánea tanto en el sistema de gobierno como en el sistema de convivencia social.

“España se ha ido quedando rezagada en un largo proceso que comenzó a finales del siglo XVI y que ha durado prácticamente hasta nuestros días.”

“En la historia contemporánea siempre le ha faltado a España alguno de los elementos imprescindibles para su equiparación con los modelos europeos: libertad, democracia, estabilidad, orden público, veracidad del sufragio.”

a) *El atraso del Estado español contemporáneo ha sido, sucesiva o simultáneamente, moral y estructural.* Moral cuando se ha erigido frente al principio democrático, principio básico de la modernidad política en las sociedades europeas. Estructural por su permanente incapacidad para organizar de modo efectivo un sistema liberal de instituciones de Gobierno. En la historia contemporánea de España, en efecto, siempre ha faltado a nuestro Estado alguno de los elementos imprescindibles para su equiparación con los modelos europeos: libertad, democracia, estabilidad, orden público, veracidad del sufragio. Ningún régimen, en ningún momento de los siglos XIX y XX pudo realmente, sobre las bases políticas desde las que se propuso gobernar (Monarquía, República, Dictadura), establecer en España la modernidad institucional, social, económica, científica y cultural que era común, al mismo tiempo, en el resto de Europa. Y eso cuando dichos regímenes no renunciaron abiertamente a lograrlo, poblando de exiliados Europa y América. La persistencia de los exilios españoles en el XIX y en el XX son la mejor prueba del atraso del Estado español contemporáneo, que, a diferencia de otros países europeos, ha visto cortada numerosas veces en estos dos siglos su tarea civilizadora y de cohesión nacional. A esta precaria condición de nuestra vida pública se refería en los años veinte **D. Ramón Pérez de Ayala** en términos lapidarios: *“España no es todavía una nación civilizada. Una nación civilizada es aquella en que está resuelto el problema político.”*

b) *Junto al atraso político, el atraso social.* La debilidad de nuestro Estado ha traído como consecuencia -entre otras- que el desarrollo social, cultural y económico no se haya producido en España con la misma extensión que en otras naciones europeas de nuestro tamaño y potencialidad, con las que en el pasado nos hemos podido comparar y de las que nos hemos ido quedando notoriamente alejados. Las formas históricas de concentración de riqueza han dado como resultado en España una sociedad atrasada en la que la pobreza ha constituido el denominador común de la vida de la inmensa mayoría de los españoles. El mal, heredado de la Edad Moderna, se ha arrastrado durante la época contemporánea. El testimonio de los viajeros extranjeros del siglo XX -los **Gautier, Ford, Borrow, Merimée**, etc.- es ilustrativo de la suma estrechez en que ha vivido el pueblo español. La burguesía, clase rectora del novecientos europeo, fue incapaz en España de promover la prosperidad nacional. La indigencia de las clases bajas y medias -*“la muchedumbre jornalera de chaqueta y alpargata”*, *“Los míseros de levita y chistera”* a que se refería **Pérez**

Galdós—, es objeto de descripciones elocuentes en las novelas de costumbres. El atraso social, medido en los bajos niveles de renta, en la incultura, en la miseria moral y física, en la emigración forzada por el hambre, en las penurias y en los miedos, ha sido la tónica general de la vida española durante los siglos XIX y XX.

Tan lamentable situación ha durado sin cambios apreciables hasta la década de los sesenta del presente siglo, en que se produjo un considerable aumento de la riqueza nacional y de la *renta per cápita*. El crecimiento de la producción y de la renta en España fue en esos años verdaderamente notable y originó una profunda transformación de las estructuras económicas y sociales. La ola de prosperidad ocasionó un progreso generalizado. Sin embargo, el desarrollo económico español careció en su momento de un adecuado equilibrio social y ha dejado planteados serios problemas de equipamientos públicos y de distribución de rentas que no fueron abordados a tiempo y que todavía hay que corregir.

2. La recuperación del atraso como objetivo nacional

Uno y otro atraso, el político y el social, deben y pueden ser corregidos en los tiempos actuales y no otro fue el ambicioso propósito que se planteó España en el proceso de transición que se abrió tras la muerte del general **Franco** en el año 1975. Puede decirse que todo el país, sin apenas excepciones (sólo los terroristas de diversas facciones se opusieron al nuevo proyecto histórico), se propuso entonces transformar su organización política y social en una afanosa búsqueda de modernidad marcada por los referentes europeos.

a) *El atraso del Estado empezó a corregirse con la Constitución de 1978*, texto de sólidos cimientos políticos. Una sociedad marcada por fracturas sociales, ideológicas y territoriales, como era la sociedad española al final del régimen de Franco, encontró en la nueva Constitución una tabla de valores, reglas e instituciones cívicas que son comunes en la cultura política occidental y que están demostrando servir efectivamente para encauzar en orden y en libertad las tensiones existentes. La admirable actitud de diálogo y entendimiento que adoptó la inmensa mayoría del pueblo español, con el Rey y los demás líderes a la cabeza, dio como feliz resultado que el nuevo Estado tuviera su origen en aquella Constitución, lo que le dotó desde el primer momento de una gran legitimación política.

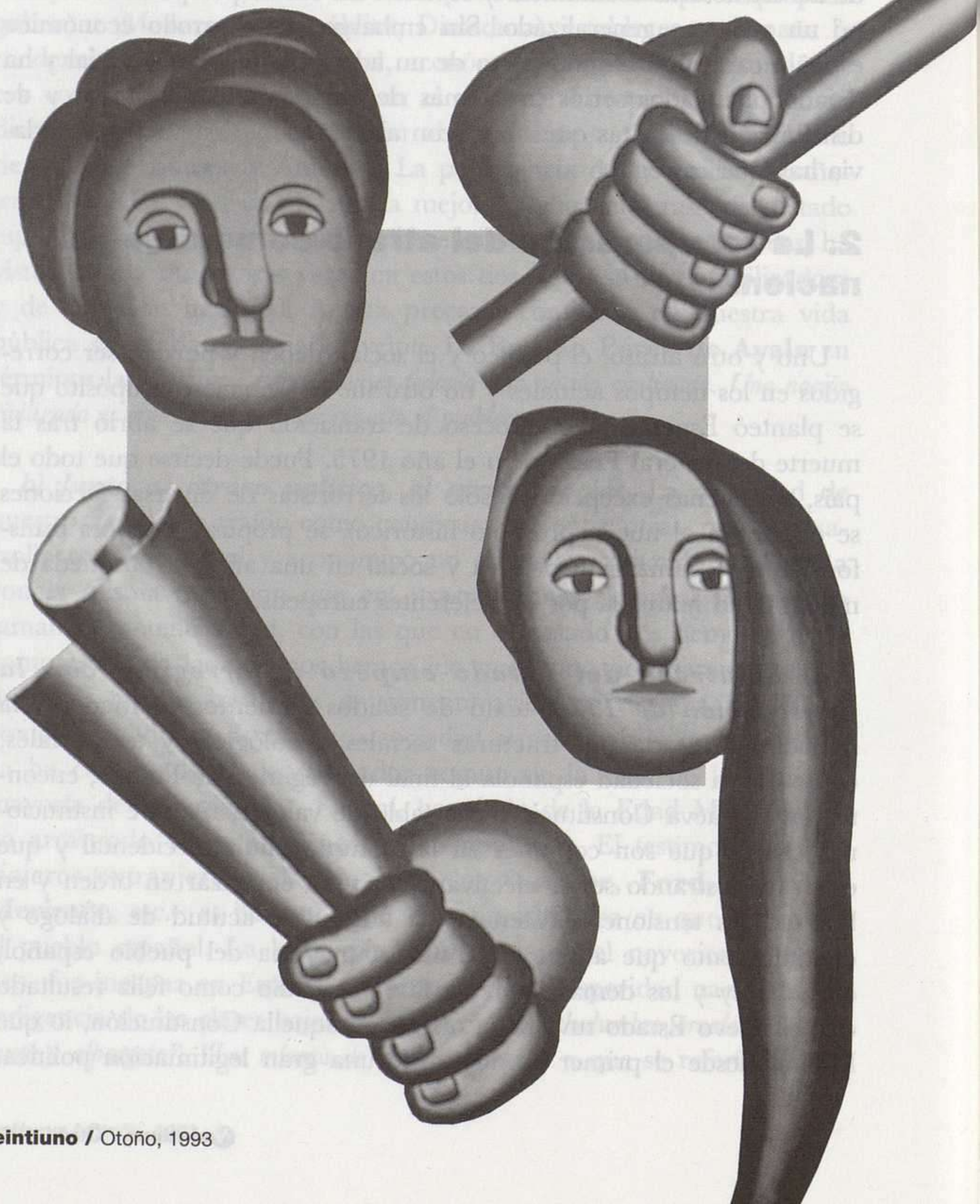
“Pese a ser una de las más viejas naciones europeas, España está aún de ida en el camino de proporcionarse un Estado democrático liberal fuerte, atento a la justicia social y al bienestar.”

“El crecimiento de la producción y de la renta en España en los años sesenta fue verdaderamente notable y originó una profunda transformación de las estructuras económicas y sociales.”

El nuevo Estado español es así un Estado que huye de radicalismos, por haber encontrado la fuente de su legitimidad en el deseo de concordia expresado por toda la nación.

No todos los españoles son conscientes del considerable avance histórico que significa para España tener un Estado legitimado por el acuerdo de todos los sectores sociales. La virtual unanimidad con que se viene expresando la sociedad española en favor del Estado democrático, aun con sus defectos y contradicciones, es un capital político de primera magnitud que hasta ahora no nos había deparado la historia. Por vez primera los españoles contamos con un Estado nacido con la

“La virtual unanimidad con que se viene expresando la sociedad española en favor del Estado democrático, es un capital político de primera magnitud que hasta ahora no nos había deparado la historia.”



voluntad de incorporar a sus instituciones a todos los sectores de la población. Frente a él no existen extrañamientos; todos pueden prestarle colaboración sin escrúpulos de conciencia. Todas estas circunstancias que son excepcionalmente favorables en la historia española, prestan un sólido fundamento a la armazón institucional de nuestro Estado democrático, que hay que saber valorar con aprecio cualquiera que sean las vicisitudes con que la realidad le haga enfrentarse.

Por eso no es razonable que apenas se haya puesto en pie la nueva democracia española, se oigan voces que, por motivos de distinto signo, hablen de ella con desencanto. Recuerden estas voces que ni las impaciencias ni los desfallecimientos ayudan a conseguir un progreso político equilibrado y continuo, como el que el Estado democrático puede deparar a nuestra sociedad. Pese a ser una de las más viejas naciones europeas, España está aún de ida en el camino de proporcionarse un Estado democrático liberal fuerte, atento a la justicia social y al progreso de los territorios que lo integran. Todavía hay que trabajar duro y de forma paciente para alcanzar esa meta que la historia nos ha negado hasta ahora. Es por eso también por lo que sigue resultando necesario en España que la moderación de la vida pública, el entendimiento básico de las fuerzas políticas y económicas, y su consenso en los asuntos fundamentales de gobierno, sigan impregnando de legitimación al proceso de fortalecimiento del Estado que se ha iniciado tras la entrada en vigor de la Constitución de 1978.

b) Sin embargo, *la modernidad española no se detiene en la de su aparato de Gobierno* —con significar ésta mucho—, sino que *requiere también la de su sociedad*. Y una sociedad está atrasada si carece, como todavía carece la nuestra, de una adecuada nivelación, de una economía competitiva, de una producción científica propia, de unas estructuras educativas y culturales de calidad, y de una jerarquía interna basada en el mérito personal y en la igualdad de oportunidades. En todas estas materias, la sociedad española está todavía lejos de haber alcanzado niveles satisfactorios, en comparación con el resto de la Europa comunitaria y desarrollada. El cambio de formas políticas producido tras la muerte del general Franco ha renovado muy positivamente el marco de la convivencia española, pero la renovación de los contenidos materiales de esa convivencia está en gran medida por hacer. Y esa renovación pasa inexcusablemente por la de nuestra organización cultural, científica, educativa y tecnológica, y pasa también por establecer el nuevo sistema de rala-

“Pese a ser una de las más viejas naciones europeas, España está aún de ida en el camino de proporcionarse un Estado democrático liberal fuerte, atento a la justicia social y al progreso de los territorios que lo integran.”

“Nuestra sociedad carece todavía de una adecuada nivelación, de una economía competitiva, de una producción científica propia, de unas estructuras educativas y culturales de calidad y de una jerarquía interna basada en el mérito personal y en la igualdad de oportunidades.”

ciones entre Estado y sociedad a que obliga la nueva economía de los tiempos presentes.

En todas estas materias —economía, educación, ciencia y cultura—, el punto de referencia de nuestras políticas sectoriales viene dado por los niveles medios del resto de los países europeos. Junto con la Constitución de 1978, el otro gran marco institucional que se ha dado España para recuperar sus atrasos seculares es el de la Europa Comunitaria, cuya adhesión firmamos en 1985. España ya no es un país que pueda vivir su vida y hacer su historia sin dar cuentas a nadie, sino que ha pasado a integrar su vida y su historia en una comunidad de naciones europeas que le marcan el ritmo. Europa demanda de nosotros un esfuerzo de modernización económica, social y tecnológica verdaderamente ingente: todo lo que venga a favorecer esa modernización debe ser acogido y todo lo que venga a perturbarla debe ser rechazado. La cuestión estriba en que esa necesaria y urgente modernización reclama un gigantesco esfuerzo de autoexigencia y racionalización que no parece haya sido seriamente demandado. Antes al contrario, muchos comportamientos de nuestra sociedad y no pocas actitudes políticas pecan de conformismo y de falta de exigencia y ambición. Aquí el riesgo estriba en la rigidez de nuestra sociedad civil, acostumbrada como está al corporativismo y a la protección del Estado. El inmovilismo de la sociedad española, que ha estado intervenida por las Administraciones públicas durante mucho tiempo, constituye un grave interrogante en esta hora de competencia europea, que obliga a un dinamismo y a una autosuficiencia mucho mayores.

3. Intervención y libertad

Los defectos de equidad aún visibles en la sociedad española obligan a nuestros gobernantes a hacer un esfuerzo continuado para reducirlos. El sentido histórico de las transformaciones sociales en Europa lleva inscrito el sello indeleble de la nivelación, de la progresiva atenuación de las diferencias de clase, y ello ha exigido una distribución democrática de la riqueza nacional, de forma que alcance al mayor número de personas posible. Está claro que no se puede mantener por más tiempo a grandes sectores de nuestra población en inferioridad de condiciones materiales y culturales respecto de las poblaciones europeas que les son comparables, tanto en la vida rural como en la urbana. Una política de bienestar social y de redistribución de riqueza se sigue imponiendo, pues, a cualquier gobierno de España

que quiera reducir los atrasos sociales aún existentes.

La nivelación obliga en primer término a abolir la pobreza degradante en todas las circunstancias de la vida. Ninguna situación de necesidad puede quedar sin respuesta satisfactoria por parte del Estado. Ningún ciudadano puede ver su vida reducida a la indigencia o a la miseria, y ante este objetivo prioritario, que ha de cubrir una Seguridad Social pública, ceden todos los demás en una sociedad civilizada. La nivelación social implica también una continuada política que permita al Estado ofrecer a la sociedad unos servicios públicos y unos equipamientos colectivos que mantengan alta la calidad de la vida comunitaria. Finalmente, la nivelación demanda también una estructuración de la sociedad regida por los principios del mérito y la igualdad de oportunidades, cuyo empuje habría de derribar las barreras del privilegio y de la esclerosis social.

El Estado tiene gran responsabilidad en este proceso de nivelación. Un Estado español con instituciones fuertes y estables está en condiciones de acometer este definitivo proceso a través de una permanente acción política. Frente a quienes solicitan en España un Estado inhibido o reducido a servicios elementales, hay que afirmar que nuestro país está todavía lejos de haber alcanzado el grado de nivelación social y económica que existe en las otras naciones europeas, lo que impide aquí suprimir muchas palancas de la intervención pública. En ninguno de los tres ámbitos en los que se tiene que producir la nivelación de la sociedad española —lucha contra la pobreza, equipamientos colectivos, igualdad de oportunidades—, aquella tendría lugar si el Estado no incluyera decididamente tales objetivos en su política social y económica.

Esto no quiere decir que la intervención pública haya de ser el único o el solitario agente en el proceso de la transformación social. Por el contrario, la propia sociedad, dotada de una mayor libertad de movimientos, puede asumir en él un papel principal; en tal sentido, la grave crisis económica actual está poniendo de relieve, tanto en España como fuera de ella, que una cura de liberalización es saludable para las sociedades y las economías europeas. Los criterios de los expertos y las políticas de los gobiernos coinciden en todas partes en aplicar un tratamiento de desregulación y libertad como correctivo de los anteriores excesos burocráticos y del encarecimiento de los factores productivos. Se espera lograr así una sociedad más autosuficiente y una economía más competitiva, medios óptimos para superar los dañinos efectos de la crisis. Estas soluciones están siendo en muchos países un buen antídoto frente al estancamiento económico y la pará-

“La grave crisis económica actual está poniendo de relieve, tanto en España como fuera de ella, que una cura de liberalización es saludable para las sociedades y las economías europeas.”

“Junto con la Constitución de 1978, el otro gran marco institucional que se ha dado España para recuperar sus atrasos seculares es el de la Europa comunitaria, cuya adhesión firmamos en 1985.”

“Nuestra sociedad carece todavía de una adecuada nivelación, de una economía competitiva, de una producción científica propia, de unos valores.”

“Está claro que no se puede mantener por más tiempo a grandes sectores de nuestra población en inferioridad de condiciones materiales y culturales respecto de las poblaciones europeas que les son comparables.”

lisis social, y no hay razón para que no sean también aplicadas en España, dentro del equilibrado sistema de valores que significa el Estado social al que se refiere el artículo 1º de la Constitución y que enseguida pasaremos a examinar.

Del equilibrio de los principios de intervención y libertad cabe esperar nuevos resultados de progreso económico y social en España. La inercia intervencionista es contraproducente en las circunstancias actuales a los efectos de creación y reparto de riqueza que se pretenden. En una economía en crisis, el sector público y el privado han de reajustar su dimensión respectiva según pida la más eficiente aplicación de los recursos disponibles. Y es un hecho cierto que la financiación del déficit público en España está acaparando recursos ingentes que son necesarios para efectuar nuevas inversiones productivas. La eficiencia económica y la atención a los costes constituyen hoy límites infranqueables a los programas sociales y a la extensión del sector público en los países de Occidente. De ahí el nuevo protagonismo que la sociedad reclama para sí en sus relaciones con el Estado.

4. Caracterización del Estado social

Se ha indicado ya que entre las funciones del Estado de nuestro tiempo figura luchar activamente contra la pobreza de los ciudadanos, objetivo sobre el que se asienta el concepto de “Estado social” (**Heller**) que luce con normalidad en las Constituciones de nuestro continente. La Constitución española aplica también dicho concepto a nuestro país, con el propósito de que sean los poderes públicos quienes promuevan “*las condiciones para que la libertad y la igualdad sean reales y efectivas*”, y quienes remuevan “*los obstáculos que impidan o dificulten la participación de todos los ciudadanos en la vida política, económica, cultural y social*”. Estas misiones del Estado, desconocidas hace cien años, son hoy irrenunciables en cualquier país europeo.

Desde un punto de vista histórico, la intervención del Estado en la vida económica vino a poner punto final al inhibicionismo propio del liberalismo clásico (**Adam Smith**). Ya a comienzos del siglo XX y, sobre todo, tras la Primera Guerra Mundial, las viejas teorías que confinaban la función del Estado en la defensa, la justicia y la moneda, se revelaron impotentes ante las demandas que se alzaron en las sociedades industriales en materia de trabajo, vivienda, salud y educación. El fenómeno cobró toda su importancia en la crisis económica de 1929, en la que el paro alcanzó niveles nunca conocidos. El Estado, indeciso a intervenir en un primer momento, acabó asumiendo

do la responsabilidad global sobre el nivel de empleo y, en general, sobre el nivel de la actividad económica. La Segunda Guerra y sus consecuencias no hicieron sino aumentar el protagonismo estatal. De este modo, aunque con matices y diferencias, al término de la guerra apareció en Europa un nuevo tipo de Estado que, a través de la dirección e impulso de la economía, ha tomado a su cargo proporcionar a la población un mínimo de condiciones de vida, un conjunto de servicios públicos y un sistema de protección social, que tratan de erradicar las formas extremas de pobreza e incultura. En los países desarrollados la legitimación del poder por su función de asistencia social (*Welfare State* o *Estado de Bienestar*) ha venido a sumarse a las clásicas legitimaciones democrática y jurídica, pasando a constituir con ellas un todo integrado.

Sucede, sin embargo, que frente a las políticas de bienestar social se están alzando en el mundo voces significativas que niegan su viabilidad y pertinencia en períodos de estancamiento económico como el que la actual crisis económica está originando en muchos países. Una copiosa literatura, en la que el libro de **Milton Friedman** *Capitalismo y libertad* (1962) significó uno de los jalones iniciales, ha venido a poner de manifiesto que los costes que entraña el Estado de bienestar pueden ser o son superiores a los beneficios que reporta. La cuestión es grave y merece consideración.

a) Al término de la Segunda Guerra, el principal objetivo de la política social de los gobiernos europeos consistió en combatir la pobreza a través del pleno empleo y de la asistencia pública a los sectores más débiles de la población. Los estudios de **J. M. Keynes** y **W. Beveridge** ofrecieron a los gobernantes de aquellos años un verdadero arsenal de medidas para alcanzar aquel objetivo, constituidas fundamentalmente por la animación desde el Estado de la demanda interior y la organización, también desde el Estado, de una vasta red de Seguridad Social. Tanto Keynes (*Teoría General*, 1936), como Beveridge (*Informe sobre Seguridad Social*, 1942), propusieron la intervención del Estado en la economía, no para suplantar las reglas del mercado y las iniciativas empresariales, sino para crear las condiciones objetivas de intercambio y de paz social necesarias para que la actividad económica pudiera recuperarse de las ruinas ocasionadas por la depresión de 1929 y por la guerra. Keynes y Beveridge, británicos ambos, no eran laboristas, sino liberales y sus propuestas fueron de reforma, y no de sustitución, del sistema capitalista basado en la libertad de empresa, que a la sazón se revelaba incapaz de

“La grave crisis económica actual está poniendo de relieve, tanto en España como fuera de ella, que una cura de liberalización es saludable para las sociedades y las economías europeas.”

ser el sistema de gobierno que ha proporcionado mayor prosperidad, mayor libertad y mayor igualdad a los ciudadanos de las sociedades europeas (y norteamericanas) en toda su historia.”

“Del equilibrio de los principios de intervención y libertad cabe esperar nuevos resultados de progreso económico y social en España.”

superar los acontecimientos sin la colaboración activa del Estado.

De este modo, el informe de Beveridge al Gobierno inglés sentó las bases del *Welfare State* o Estado de Bienestar de la posguerra. En él, como indicó su propio autor, se articulaba “un plan de Seguridad Social para asegurar que cada ciudadano del país, a condición de trabajar y cotizar mientras pueda hacerlo, perciba una renta que le ponga a cubierto de la necesidad cuando por alguna razón —enfermedad, accidente, desempleo o vejez—, no pueda trabajar y ganar una renta suficiente para su subsistencia honorable y las de quienes de él dependan.”

Este objetivo, cimentado en el éxito del keynesianismo económico, mereció enseguida la calurosa acogida del resto de los países europeos. Un amplio espectro de gobiernos, socialistas, socialdemócratas, liberales, demócrata-cristianos y conservadores, pusieron en práctica las medidas preconizadas por el *Welfare State*, que implicaban un nivel elevado de impuestos y una activa redistribución de las rentas a través del gasto público. En toda Europa se produjo lo que **Ralf Dahrendorf** ha llamado “el consenso social-democrático” que, más allá de las fronteras de los partidos, dio lugar a una generalización del bienestar nunca conocida hasta entonces. Durante todo este tiempo el *Welfare State* ha demostrado ser el sistema de gobierno que ha proporcionado mayor prosperidad, mayor libertad y mayor igualdad a los ciudadanos de las sociedades europeas (y norteamericanas) en toda su historia.

b) La cuestión estriba en saber si ese modelo de política social puede y debe mantenerse en el futuro. De un lado, hay un problema de financiación. El *Welfare State*, que se inició con medidas de protección de los débiles e infortunados, ha ido extendiendo su ámbito de acción tanto cualitativa como cuantitativamente. A la cobertura de los riesgos de enfermedad, accidente, desempleo y vejez a que se refería Beveridge, se han ido sumando otras prestaciones en materia de vivienda, educación, transporte, vacaciones, medio ambiente, etc., que han multiplicado el sistema y lo han extendido a toda la sociedad. Ello ha producido un incremento de los costes insostenibles en la actualidad para todos los países europeos, sumidos como están en una crisis económica de grandes proporciones. Por otra parte, hay un problema de inhibición social. A través de las ofertas electorales, el *Welfare State* ha endosado a los poderes públicos la satisfacción de innumerables apetencias de bienes y servicios. El hedonismo de la sociedad de consumo ha ido creando nuevas expectativas en los ciudadanos, cuya satisfacción se pide al Estado, que se ha convertido en una especie de tutor social. Finalmente, hay un problema

de excesiva dimensión del Estado. El *Welfare State* ha originado en todas partes un desmedido crecimiento de la burocracia, una excesiva presión fiscal, un déficit público continuado y la omnipresencia de los aparatos de gobierno. Este conjunto de circunstancias tienden a reducir, cuando no a bloquear, las nuevas iniciativas económicas de los individuos, las empresas y los demás grupos sociales.

El proceso abierto al Estado de Bienestar incluye éstas y otras acusaciones, que ponen un sombrío contrapunto de futuro a su brillante ejecutoria anterior. El coste financiero del actual nivel de prestaciones, la esclerosis social a que inducen, así como el gigantismo burocrático que necesita su gestión, son problemas muy graves con los que se están enfrentando todos los países europeos. La inercia de las situaciones creadas y de los compromisos electorales adquiridos conduce a un peligroso inmovilismo que pone en peligro la subsistencia misma del Estado de Bienestar amenazado por la bancarrota. Se ha llegado a un punto en el que todo induce a pensar que la peor solución es seguir como se está.

c) *Un informe de la OCDE*, publicado tras la "Conferencia Internacional sobre Políticas Sociales en los años ochenta", **aborda directamente la cuestión y ofrece soluciones** a la misma: el *Welfare State* —se afirma en él— tiene por función primordial asegurar a todos los ciudadanos un mínimo de protección contra los riesgos sociales. El problema está en determinar en qué nivel se sitúa este mínimo, ya que en la mayor parte de los países, el hecho de no haber limitado el campo de beneficiarios a quienes verdaderamente lo necesitan, ha dado como resultado incrementar inútilmente los costes y reducir los efectos de la distribución. El sistema de protección social organizado tras la Segunda Guerra —sigue expresando el informe—, es una realidad de alcance histórico que no debe ser puesta en peligro. Para ello las transferencias han de ser reconsideradas por los gobiernos a intervalos regulares con el fin de ajustarlas a las fluctuaciones del ritmo de expansión económica. Es también esencial que los gobiernos reexaminen regularmente la eficiencia, desde el punto de vista del bienestar, de los diferentes medios utilizados para alcanzar los objetivos sociales. Finalmente, hay que controlar las transacciones del sistema de transferencias sociales, de tal forma que su resultado neto en términos de redistribución justifique la carga administrativa que implican y las intervenciones a que obligan en el funcionamiento del mercado. Tales medidas, concluye el informe, son la mejor defensa del *Welfare State* en las difíciles condiciones económicas del presente.

“El Estado de Bienestar ha demostrado ser el sistema de gobierno que ha proporcionado mayor prosperidad, mayor libertad y mayor igualdad a los ciudadanos de las sociedades europeas (y norteamericanas) en toda su historia.”

“El Estado de Bienestar ha originado en todas partes un desmedido crecimiento de la burocracia, una excesiva presión fiscal, un déficit público continuado y la omnipresencia de los aparatos de gobierno.”

Existe, además, otra perspectiva para la deseable consolidación futura de la política de bienestar, cual es la mayor participación y responsabilidad en la misma que deben tener los colectivos regionales y locales, la sociedad civil y los propios individuos afectados. Los consejos que desde esta perspectiva ofrece a los Gobiernos la OCDE son también concretos: hay que apoyarse en la cooperación de los diferentes organismos gubernamentales y de los organismos públicos y privados; hay que buscar nuevas relaciones entre ellos; hay que elaborar nuevos instrumentos de protección social y de bienestar; hay que reforzar las responsabilidades de los ciudadanos respecto de sí mismos y de los demás, etc. Junto a las directrices que buscan una mejor y más controlada gestión, este segundo orden de recomendaciones de la OCDE encamina al *Welfare State* hacia una política menos burocrática, más participativa y con mayores elementos de personalización de las prestaciones, mediante el juego de las opciones individuales, la colaboración de los beneficiarios en los costes y la eliminación de los abusos.

Han de corregirse, en suma, los excesos destructivos del Estado de Bienestar que le ponen de espaldas a las posibilidades económicas reales de cada país y que sustraen a los ciudadanos de la responsabilidad que les concierne en la satisfacción de sus propias necesidades. El libre mercado del siglo XIX y de principios del XX ocasionó grandes insuficiencias sociales, que hubieron de ser cubiertas por la acción del Estado; pero, dejado a sus propios excesos, el *Welfare State* puede producir también la quiebra de la protección social de los más necesitados, lo que la acción del Estado debe asimismo evitar a toda costa. El *Welfare State* o Estado de Bienestar ha sido una trabajosa conquista de la cultura política occidental que hay que saber defender desde los poderes públicos y desde la sociedad. Y, como en tantas ocasiones sucede, el mejor modo de defender una institución es reformarla. Sin olvidar en España que muchas de las realizaciones del Estado de Bienestar en Europa, visiblemente apreciables en la calidad de la vida comunitaria y en la igualdad de oportunidades que gozan sus ciudadanos, constituyen todavía entre nosotros metas por alcanzar.

d) Los estudios e informes de los organismos nacionales e internacionales, de los especialistas y de los profesores universitarios, coinciden de manera abrumadora en recomendar en el momento presente una **mayor liberalización de la economía española según los principios del mercado y la libre empresa**. Y no sólo es que nuestra economía esté recibiendo recomendaciones de liberalización:

es que ningún otro país comparable al nuestro está siguiendo una política de signo contrario. Difieren las velocidades de marcha, pero no la dirección. La flexibilidad hacia la que en todas partes se tiende se propone arrinconar las rigideces y trabas que impiden a las naciones desarrolladas adaptarse a las nuevas circunstancias planteadas por la crisis económica. Las estructuras productivas o se adaptan a las reglas del mercado o se quedan, lisa y llanamente, inservibles. Los países y los gobiernos europeos lo saben a ciencia cierta, y ha nacido en ellos un cierto consenso de liberalización, que está sucediendo al consenso keynesiano, y que se propone dejar que las fuerzas se desarrollen más ampliamente frente al exceso de intervenciones centralizadoras.

Liberalizar quiere decir, en España, aplicar medidas reductoras de los proteccionismos y de las intervenciones públicas en el sistema financiero, en el mercado de trabajo, en el comercio exterior y en el sector público, a fin de mejorar la competitividad de nuestra economía, incrementar el ahorro disponible y emplazarlo en inversiones productivas. Hay que lograr con ello que aumente el beneficio de las empresas, que es el orientador fundamental de las inversiones rentables y el motor del proceso económico. El beneficio empresarial no sólo no es un elemento antisocial, como desde algunos sectores se pretende, sino que constituye la fuente misma del crecimiento de la riqueza nacional, tanto en España como en los demás países de Europa occidental, sin excepción alguna.

Desde otra perspectiva, la mayor liberalización de la economía española no significa poner término, sin más, a las intervenciones públicas, ni volver, por supuesto, al *laissez faire*. Es aquí donde juega la calificación social de nuestro modelo económico, que entraña complementos y regulaciones por parte del Estado, la primera de las cuales ha de ser, por cierto, asegurar el funcionamiento competitivo del propio mercado. Ello implica el quebranto de muchos proteccionismos y de muchas ventajas relativas, tanto en el sector privado como en el sector público, lo que no es tarea fácil, por el juego de los intereses creados. *“La alianza de intereses conservadores y reaccionarios y de posiciones pseudoprogresistas en contra de las reformas que tratan de abrir paso a la libertad y a la competencia y cerrarlo al despilfarro y a la indisciplina del sector público —se ha escrito autorizadamente—, no es sorprendente en las sociedades actuales, por más que sea lamentable”*. Hay que romper, en efecto, muchas resistencias corporativas para implantar la flexibilidad económica, el progreso tecnológico, la competitividad de las empresas, la eficiencia de la Administración pública, la reconversión industrial, el saneamien-

“El Estado de Bienestar ha sido una trabajosa conquista de la cultura política occidental que hay que saber defender desde los poderes públicos y desde la sociedad.”

“La primera de las regulaciones del Estado ha de ser asegurar el funcionamiento competitivo del propio mercado.”

“Las estructuras productivas o se adaptan a las reglas del mercado o se quedan, lisa y llanamente, inservibles.”

to del sector público y tantas otras medidas a que obliga la apertura de los mercados.

Una economía de mercado, pues, eficientemente organizada sobre la base de la empresa privada y bajo una dirección del Estado que imprima a sus resultados un sentido social, es el modelo de funcionamiento que reconocidamente guarda en su seno mayores dosis de equilibrio y competitividad. Dentro de sus reglas habría de tener lugar la liberalización que requiere la etapa actual de la economía española.

5. Libertad, igualdad y mérito

Algunos pensadores contraponen los conceptos de libertad e igualdad, de modo tal que en lo que en uno se gana en otro se pierde. “Cada cosa es lo que es —escribe en tal sentido

Isaiah Berlín. *Libertad es libertad y no igualdad.*

Si mi libertad o la de mi clase,

o la de mi nación,

depende de la

miseria de cierto

número de seres

humanos, el sistema

que la promueve es

injusto e inmoral. Pero

si yo recorto o pierdo

mi libertad a fin de

reducir la vergüenza de

tal desigualdad, y no

incremento la libertad indi-

vidual de los otros, se pro-

duce una pérdida de libertad

medida en términos absolu-

tos.” Parecería, desde esta

perspectiva, que una socie-

dad no puede ser a la vez

libre e igualitaria.

Sin embargo, considerada

en términos políticos, la cues-

ción es menos radical que con-

templada en términos teóricos.

Ni la libertad ni la igualdad se

dan en la práctica en términos



tan absolutos que sean realmente incompatibles entre sí. Por el contrario, las sociedades occidentales han sabido combinar, no sin destreza, dosis elevadas de una y de otra, de suerte que junto a un considerable grado de libertad política existe en ellas una apreciable nivelación económica y social. En estos países —que sirven de modelo al nuestro— la libertad y la igualdad no son valores contradictorios,

sino complementarios. La igualdad que persiguen no significa la equiparación de rentas y recursos individuales, sino la supresión de los obstáculos para la efectiva igualdad de oportunidades de los ciudadanos. El objetivo que se proponen conseguir a través de los mecanismos de la justicia distributiva es que en los diversos ámbitos de la vida, todos los ciudadanos tengan las mismas oportunidades. No son los puntos de llegada, sino los de partida, los que se quieren nivelar, dejando a la creatividad y al esfuerzo de cada cual la fijación de diferencias.

Diferencias que encuentran también ciertos límites, tanto por arriba como por abajo. Por arriba, porque se cree que la recompensa a los individuos más activos y mejor dotados no debe sobrepasar ciertos niveles de diferenciación y perpetuación social; por abajo, porque se piensa que cualquiera que sea el grado de su eficiencia individual, todos los miembros de la comunidad son iguales en su condición

“El principio del mérito personal abre todas las posiciones sociales a los hombres y mujeres con capacidad para alcanzarlas, sin discriminación alguna.”

“La primera de las regulaciones del Estado ha de ser asegurar el funcionamiento competitivo del propio mercado.”



“Las estructuras productivas o se adaptan a las reglas del mercado o se quedan, lisas y llanamente, inservibles.”

“En el equilibrio entre libertad e igualdad se mueven hoy las doctrinas y los programas sociales de las naciones de Occidente en las que los españoles nos podemos mirar.”

humana y deben tener cubiertas con cargo a la colectividad las necesidades materiales más urgentes con que les enfrenta la vida, si es que no aciertan o no alcanzan a cubrirlas por sí mismos. Establecer los límites de la cobertura general mínima y de la diferenciación individual máxima, constituye el objeto de la lucha cotidiana de los grupos políticos en las sociedades desarrolladas.

En ellas, la política social tiene así dos referencias básicas: una es que todo sistema de protección social tiene su límite (aparte del propiamente financiero, al que ya nos hemos referido), en el punto en que los individuos se inhiben de nuevos esfuerzos vitales; la otra es que el interés de las clases populares en que exista un Estado fuerte depende de que éste les proporcione beneficios y mejoras concretas cuantificables en términos de nivelación social. Entre estos dos extremos se mueve la política social de nuestro tiempo: el exceso de igualdad conduce a sociedades inertes, faltas de iniciativa y de competitividad; su defecto lleva a situaciones prerrevolucionarias, en las que es la libertad la que corre el mayor peligro. En el equilibrio de estas dos posiciones se mueven hoy las doctrinas y los programas sociales de las naciones de Occidente en las que los españoles nos podemos mirar.

Por otra parte, el mayor impulso que tiene el progreso social es el esfuerzo personal de cada individuo, su trabajo, su espíritu de iniciativa, su preparación profesional, su afán de superación, su capacidad de innovación y de riesgo. De ahí que en las sociedades avanzadas el mérito personal sea un principio básico de organización interna. Como principio social organizativo, el mérito personal ha combatido en la historia con la nobleza de sangre y con la tenencia de riquezas. La sociedad aristocrática y la sociedad burguesa escogieron sus cuadros directivos entre los nobles y los propietarios; por el contrario, la sociedad democrática de nuestros días ha dispuesto que el mérito sea el criterio principal de la estructuración social. La ética de las sociedades contemporáneas no tolera ya que las jerarquías sociales permanezcan disociadas de la capacidad personal de quienes las ostentan.

El principio del mérito excluye también de la legitimación social a quien no contribuye con su trabajo al bienestar colectivo. La sola propiedad o la distinción de cuna no constituyen títulos bastantes para eludir el trabajo propio y mucho menos para enriquecerse con el trabajo ajeno. No hay ya riqueza socialmente legítima si no proviene de la participación del individuo en el esfuerzo productivo de la comunidad. Quienes pudiendo hacerlo no colaboran en él, carecen de justificación ética ante sus conciudadanos y se instalan en posiciones de pri-

vilegio que no soporta la conciencia del hombre contemporáneo. Pero el sistema del mérito no sólo excluye, sino que también distingue. El mérito abre todas las posiciones sociales a los hombres y mujeres con capacidad para alcanzarlas, sin discriminación alguna. El objetivo es que la sociedad emplace en cada posición a las personas más capacitadas para desempeñarla.

No se oculta que la promoción individual por el sistema del mérito implica introducir en la sociedad reglas de competencia y estímulo. La lógica del mérito es paralela a la lógica del mercado y, según ella, el máximo despliegue del esfuerzo individual reclama la atribución de mayores ventajas particulares (mejor puesto de trabajo, mayor nivel de retribución, honores sociales, etc.) Esta particularidad, que entraña un repertorio de alicientes económicos y de rango a distribuir conforme al escalonamiento social, ha producido críticas al sistema del mérito desde ciertas posiciones teóricas, más atraídas por la igualdad de resultados que por la de oportunidades. El mérito -se dice- no reduce las igualdades sociales y prima indebidamente factores genéticos, de instalación social previa, e incluso factores de puro azar. Los atributos naturales de las personas son tan arbitrarios o casuales como los de origen histórico o de fortuna familiar (**Rawls**); habría por ello que cambiar las reglas del juego social, de manera que se redujeran los beneficios del éxito competitivo y los costes correlativos del fracaso (**Jenks**).

Hay que reconocer que lo que hay de cierto en este tipo de observaciones debe moderar la radicalidad que cabría atribuir al sistema del mérito. Como escribiera **Rousseau** en *El Contrato Social*, en una sociedad nadie debe ser lo bastante opulento como para poder comprar a otro, ni lo bastante pobre como para estar obligado a venderse. Aproximar los extremos de la sociedad a través de la fiscalidad y la redistribución de rentas, es siempre una política conveniente para la estabilidad y la buena marcha de aquélla. Pero no por ello hay que subvertir el orden de las ideas. Lo primero es animar el esfuerzo individual, que es el verdaderamente básico para el progreso social; después habrá que reducir las desigualdades resultantes, si son excesivas. En términos de política social, una cosa es definir los límites aceptables de las desigualdades que originen el talento y la aplicación de los ciudadanos, y otra muy distinta igualar todas las capacidades por falta de estímulos para su ejercicio. La primera opción permite alcanzar el equilibrio social sin perjuicio de la creatividad individual. La segunda, al apagar ésta, paraliza el progreso de la sociedad y constituye causa de su decadencia.

“El principio del mérito personal abre todas las posiciones sociales a los hombres y mujeres con capacidad para alcanzarlas, sin discriminación alguna.”

“Aproximar los extremos de la sociedad a través de la fiscalidad y la redistribución de rentas, es siempre una política conveniente para la estabilidad y la buena marcha de aquélla.”

La apertura social al sistema del mérito exige la ruptura de cuantas trabas impidan la igualdad de condiciones de partida de los ciudadanos, sobre todo las de orden económico y cultural; la educación es en nuestro tiempo un criterio fundamental de emplazamiento social —quizá el mayor—, y su generalización es el desafío básico que tiene hoy planteado el principio de igualdad de oportunidades. La movilidad social es asimismo necesaria para la competencia interior: en cada estrato social deben producirse constantemente altas y bajas, lejos de barreras y privilegios. Una sociedad es tanto más progresiva cuanto mayor sea su movilidad interna. La fluidez de las sociedades avanzadas deriva de que en ellas las *life chances* (oportunidades de la vida) de todos sus miembros son igualmente importantes, como escribe Dahrendorf, lo cual les proporciona una extraordinaria fortaleza democrática. Por su parte, la racionalidad social se refleja en la provisión de las estructuras de dirección, servidas con normalidad en todos los niveles de la actividad humana por quienes están mejor capacitados para hacerlo. La unión entre el rango del oficio directivo y la distinción personal de quienes se suceden en ocuparlo —ya sea en la empresa, en la universidad, la judicatura, la administración o el gobierno—, dignifica y refuerza el ejercicio de la autoridad en una sociedad bien estructurada.

De los principios de mérito y capacidad, a los que la Constitución se refiere expresamente (art.103), puede obtener la sociedad española grandes beneficios organizativos. Su mejor implantación entre nosotros exige a la política social librar un doble combate. De un lado, el de romper las grandes distancias que aún existen entre las *lifes chances* de las clases humildes y las de las acomodadas; ello implica sostener una política continuada frente a los obstáculos y privilegios que coartan el desarrollo de las aptitudes naturales de los más pobres y favorecen una jerarquización social viciada por la existencia de numerosas relaciones cerradas. De otro, hay que enfrentarse también con los efectos paralizantes del igualitarismo de resultados, que rechaza la competitividad social. “*La alergia al esfuerzo se une con la esperanza de igualdad* —ha observado sutilmente **Duverger**—, *pero se olvida que la carrera para sobrepasar a los demás es también la carrera para huir de la penuria*”. La política social no debe, en efecto, equivocarse su rumbo por pretextos igualitaristas: el progreso de España depende en última instancia del esfuerzo de cada uno de los españoles y ese esfuerzo viene animado, por lo general, por la competición a que fuerza el principio del mérito y por la diferenciación consiguiente.

6. Conclusión

Los excesos burocráticos a que ha conducido el gigantismo del Estado en Europa ha puesto a todos sus gobiernos en el trance de reajustar las prestaciones de aquél y de estimular correlativamente la iniciativa social. A mayor o menor velocidad, esa es la dirección que están siguiendo todas las economías europeas en la actualidad. En ellas el Estado no quiere ser el motor del vehículo, sino el volante que regula la dirección, sabiendo que el mayor impulso para la marcha no lo proporciona él, sino la sociedad. La conducta de las naciones occidentales debe servirnos de guía: sus problemas son nuestros problemas y su modo de combatirlos reposa en la modernidad que en España queremos alcanzar. Hemos de ser capaces de mantener el paso con ellas, por mucho trabajo que nos cueste. España es ya una nación europea más y tiene que demostrar capacidad suficiente para no quedarse rezagada en el camino de superación de la crisis que están emprendiendo las demás naciones de su continente.

Pese a todas las dificultades, la modernidad de España, tanto de su Estado como de su sociedad, no constituye en estos momentos de nuestra historia un proyecto utópico de imposible realización sino un propósito sensato que puede razonablemente ser conseguido. El nivel de vida alcanzado en los años sesenta, y la reforma política efectuada en los años setenta, ha permitido y permite a los gobiernos españoles dotar al Estado democrático de instituciones eficientes y concluir el proceso de ajuste económico y actualización social. Estos objetivos, que son trascendentales para la historia nacional, requerirían crear a su alrededor todo un clima de confianza colectiva que nadie habría de defraudar.

Porque nunca en la España contemporánea han ocurrido tantas circunstancias favorables a su progreso como las que concurren en la actualidad. El atraso económico, el científico y cultural, la desarticulación social, la debilidad crónica del Estado, el aislamiento internacional, la lista siempre larga de lo que los regeneracionistas llamaron "los males de la patria", puede ser considerablemente reducida y hasta superada en nuestros días. Yerran las voces que tiñen de oscuridad el tiempo presente. Existen hoy en España muchos elementos activos que la impulsan hacia adelante en mayor medida que en cualquier otro momento anterior. Además, las dificultades con que España tiene que medirse en el futuro no son tan hostiles como para bloquear el despliegue de sus iniciativas. Estas posibilidades de progreso destacan su perfil tan pronto como el observador se sitúa en una perspectiva

"La generalización de la educación es el desafío básico que tiene hoy planteado el principio de igualdad de oportunidades."

"Cada acto de fe encierra una idea convertida por la tradición en creencia"

“Una sociedad es tanto más progresiva cuanto mayor sea su movilidad interna.”

histórica. Desde ella se advierte con facilidad el signo favorable de los tiempos que ahora corren en España.

Aunque nuestro mayor enemigo no son tanto esas dificultades, cuanto nuestra indecisión frente a ellas y nuestro temor a la libertad y a la competencia. Los políticos, como rectores que son de la vida de la comunidad, han de saber superar las indecisiones y han de ayudarnos a vencer esos temores. Han de saber llevar a nuestro ánimo la idea de que el progreso en España es efectivamente posible en estos tiempos, pero que requiere de la voluntad y el esfuerzo de cada uno de los españoles. Que la modernidad de España necesita sacudirse el entumecimiento provocado por mucho tiempo de proteccionismo y aislamiento. Que la ética de la exigencia propia, de la calidad del trabajo, de la austeridad, de la solidaridad, de la lealtad con las obligaciones públicas, tiene que ir ganando bazas en la conducta social frente al conformismo, la mediocridad y el fraude. Que la principal reserva ante el futuro de España es el sentido común de los españoles, su razonabilidad, su buena fe, su madurez, su confianza en sí mismos, su voluntad —en suma— de que no se detenga otra vez el paso de la nación en el camino de la historia.

Es esa voluntad de progreso del pueblo español, que se ha puesto de manifiesto en múltiples ocasiones durante los últimos años, la que ha de servir en esta hora, que no es de postración sino de esperanza, para impulsar al país hacia adelante en un esfuerzo de renovación económica y social y de fortalecimiento de las instituciones democráticas de gobierno. Es esa voluntad la que ha de servir a la política española para distanciar definitivamente a la nación de su historia perdida.

■ José Luis YUSTE

PENSAMIENTO FILOSÓFICO FRENTE A PENSAMIENTO ECONÓMICO

Luis PÉREZ BASTÍAS

Al mundo de las ideas se contraponen el mundo material que hoy invade las sociedades desarrolladas. En este interesante estudio se encuentran algunas pautas clarificadoras de este enfrentamiento que, a juicio del autor, debe resolverse por una mayor vigencia de los valores representados por el pensamiento filosófico, al cual debe supeditarse la economía.

I.- Objeto del pensamiento filosófico

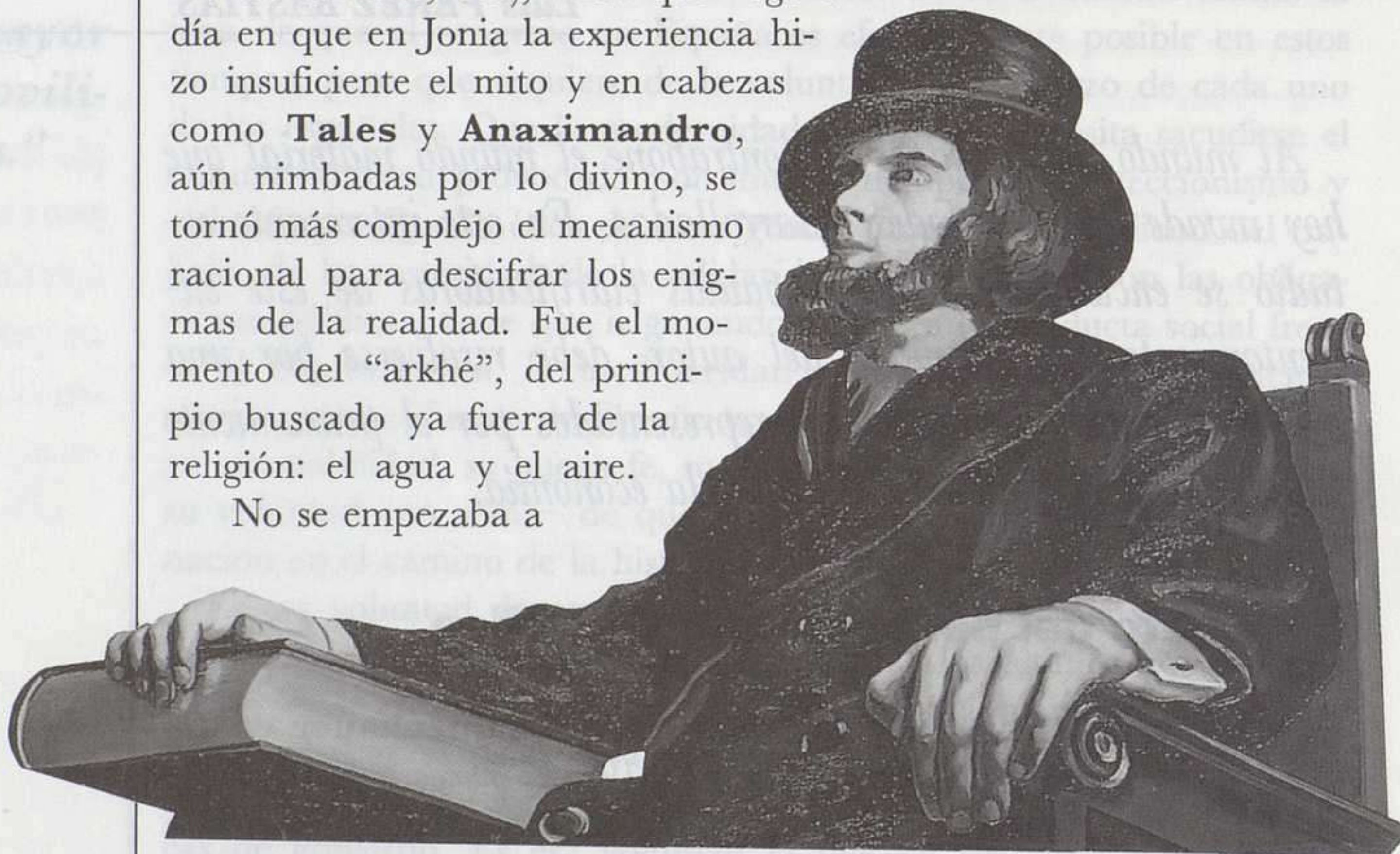
EL pensamiento, como demostrara **Schopenhauer** en *Die Welt als Wille und Vorstellung* (1919) -*El mundo como voluntad y representación*-, es un instrumento de la vida: la conciencia a través de la cual dicha vida logra afirmarse con mayor eficacia en la hostil circunstancia cotidiana. Surgió, pues, no en Jonia, como afirman ciertas historias de la filosofía, sino en la misma prehistoria: el hacha de sílex, el control del fuego y los primeros palafitos eran ya frutos de la razón, al igual que después siguieron siéndolo el hierro, la rueda o la noria. También las religiones, desde el culto a los muertos y el totemismo hasta las sofisticaciones teológicas del catolicismo, son creaciones racionales, interpretaciones simplificadoras con que el cerebro humano trata de explicarse la belleza y el horror que le rodean y obtener seguridad frente al dolor y la muerte. Cada acto de fe encierra, en su centro, una idea convertida por la tradición en creencia. Ello es independiente de si se quiere entender esa idea como "revelada", es decir, recibida en la conciencia por la voluntad de un dios o, por el contrario, "generada" por la voluntad del propio hombre. Creer, en suma, es una manera sencilla de pensar, de definir lo real, incluso más allá de la vida. En *Ideas y creencias* (1940), **Ortega** hizo una aceptable exposición del proceso que lleva de la idea al sen-

"Cada acto de fe encierra una idea convertida por la tradición en creencia"

timiento y a dicho ensayo remito al lector que requiera mayor argumentación sobre el tema.

Esta doble manifestación de la razón -técnica y mito- mantuvo su equilibrio a lo largo de las primeras civilizaciones, en alguna de las cuales -por ejemplo, Egipto- la religión fue desplazándose hacia la literatura legendaria y fantástica (*Keops y los magos, Príncipe predestinado, Los dos hermanos*, etc.), hasta que llegó el día en que en Jonia la experiencia hizo insuficiente el mito y en cabezas como **Tales** y **Anaximandro**, aún nimbadas por lo divino, se tornó más complejo el mecanismo racional para descifrar los enigmas de la realidad. Fue el momento del "arkhé", del principio buscado ya fuera de la religión: el agua y el aire.

No se empezaba a



“Técnica, religión, teoría filosófica y ciencia han alentado la actividad racional a lo largo de la historia.”

pensar; se pensaba en otra dirección, tan imaginaria como la abandonada. Pero ese pensar era ya de otro calibre, capaz de abrir progresivamente brechas mayores en el muro de oscuridad en que vivía envuelto el hombre de la época. El “todo fluye” de **Heráclito** es ya algo más que una idea fantástica, es un concepto preciso sobre las cosas, cuya refutación por **Parménides** -“*Lo mismo es pensar que ser*”-, abre una dialéctica filosófica que se expande y enriquece a través de los presocráticos mecanicistas, la sofística, los grandes pensadores áticos y las escuelas helenísticas; reiniciándose tras ellas un nuevo ciclo en el que la razón vive a la sombra de la fe -la Patrística, **San Agustín, Santo Tomás**-, culminado el cual se invierten los términos -racionalismo, empirismo, Ilustración, ciencia experimental-, desvinculándose el pensamiento de la religión.

Tan impresionante cabalgada racional, a pesar de los períodos de fatiga -decadencia romana, principio de la Edad Media- ha generado docenas de sistemas -atomismo, ideas platónicas, escolástica, neokan-

tismo, fenomenalismo, fenomenología, existencialismo, etc.—, cada uno de los cuales ha ido siendo refutado por el sistema posterior, sin que por ello dejaran de permanecer cientos de ideas y fragmentos de éticas sin los que el mundo actual no habría sido posible. Es decir: técnica, religión, teoría filosófica y ciencia han alentado la actividad racional a lo largo de la historia, pero el objeto real de todas ellas ha consistido en esa afirmación de los intereses de la vida que, como se ha indicado antes, entiende **Schopenhauer** como la verdadera génesis del cerebro, órgano del pensamiento.

De igual manera que un pájaro al que se le abre la puerta de su jaula vacila una y otra vez antes de decidirse a volar fuera de ella, el pensamiento ha dado mil rodeos durante milenios hasta confesarse un humilde servidor de la voluntad de llevar la vida a su máxima plenitud. Mas, a pesar de ser Schopenhauer el descubridor de esta verdad continuamente aplazada, ni él ni su exaltado discípulo **Nietzsche** supieron, en mi estimación, ser consecuentes con la misma. El primero, por proponer la negación de la vida como respuesta a su fiero instinto egoísta; y el segundo, por entregarse a exaltar ese instinto que su maestro execraba. Tampoco **Dilthey**, con su relativismo perspectivista, dio en la diana. Ortega supo verlo: "...el relativismo es, a la postre, escepticismo y el escepticismo, justificado como objeción a toda teoría, es una teoría suicida" (1). Y fue él, con su filosofía de la "razón vital", tan maltratada por sus críticos, quien supo definir las posibilidades de la nueva realidad filosófica descubierta: "Ha sido un error —escribió— sostener que la vida, abandonada a sí misma, tiende al egoísmo, cuando es en su raíz y esencia inevitablemente altruista" (2). No llegó a más, pues nunca sistematizó su teoría, dando pie con ello a las más variadas interpretaciones sobre la misma. Lo cual no dificulta entender qué era, para Ortega, vivir: "...vivir es reaccionar —dijo— a la inseguridad radical construyendo la seguridad de un mundo" (3).

Hemos visto, pues, que se razona en función de las necesidades de la vida; que el pensamiento filosófico, por tanto, ha desarrollado sus ciclos, dentro o fuera de la religión, tratando de alcanzar la perfección de la vida. Anteriormente, he hablado de plenitud vital y de que ésta se logra en la seguridad. Seguridad frente al dolor, al miedo, a la angustiosa duda; seguridad en la sociedad en que se vive, entre las gentes de quien se depende, en la salud, en el amor: seguridad.

"El pensamiento filosófico ha desarrollado sus ciclos, dentro o fuera de la religión, tratando de alcanzar la perfección de la vida."

(1) **Ortega y Gasset, José**, *El tema de nuestro tiempo*, El arquero, Revista de Occidente, Madrid, 1976, pág 34.

(2) Ob. cit., pág 82.

(3) **Ortega y Gasset, José**, *En torno a Galileo*, Austral, Madrid, 1984, pág 39.

“Los triunfos del pensamiento filosófico son aquellos que han permitido la civilización, desde las rudimentarias concepciones prehistóricas hasta los científicos de Silicon Valley.”

Los triunfos del pensamiento filosófico son, pues, aquellos que han permitido la civilización, desde las rudimentarias concepciones prehistóricas hasta los científicos de Silicon Valley. Porque eso es civilización: un repertorio de sistemas y técnicas que conducen a la seguridad moral y material del hombre. Y es la filosofía mitológica, asistemática, metódica, realista o idealista la que ha abierto el paso a la ciencia y la técnica; la que nos ha dado conceptos coyunturales claros sobre el bien y el mal, desde las sentencias de la Biblia hasta las obras de **Kierkegaard** o **Sartre**. Sereno o angustiado, el pensamiento filosófico es ético; tiene siempre una finalidad espiritual que enaltece la vida. Así, la vida no es reducida a criterios genéticos o darwinianos, sino que éstos, comprendidos en una concepción más amplia, sirven, en suma, a un ideal forjado por la razón y no contrario a la realidad.

II.- Objeto del pensamiento económico

Sin embargo, parafraseando a **Goya**, el sueño de la razón también ha producido sus monstruos. En la medida en que los frutos de la razón se han ido desvinculando de sus orígenes, la nueva sociedad industrial creada por la ciencia y la técnica ha ido negando, a lo largo de nuestro siglo, el pensamiento general —abarcador de la totalidad—, característica de los sistemas filosóficos, y nos ha llevado, por imperativos pragmáticos a lo que Ortega denominó “*la barbarie del especialismo*”, es decir, el desglose del pensamiento en sectores incomunicados entre sí que producen una fragmentación de la realidad: psicología, psiquiatría, sociología, antropología, historiografía, filología, etc. Cada especialista es maestro de su sector, pero ignorante del papel que él mismo cumple en la imagen total de la realidad social que se está viviendo. Su perspectiva es única, sin articulación con las restantes, de manera que un físico puede ser un ignorante en política o literatura; un médico, un completo desconocedor de la historia de su país, etc. Ello lleva a **Ortega** a hacer la original condena de que “*el hombre de ciencia actual es el prototipo del hombre-masa*” (4), intuición a la que no ha solido hacérsele apenas publicidad.

Cuando Ortega escribía esto —1927—, al fin, no sólo la filosofía, aunque maltratada, pervivía, sino que bastantes de esos especialistas —**Menéndez Pidal**, **Sánchez Albornoz**, **Marañón**, etc.— eran men-

(4) **Ortega y Gasset, José**, *La rebelión de las masas*, Orbis, Barcelona, 1983, pág. 112.

tes de gran curiosidad filosófica, bien lejos de permanecer aislados en su sector. Cincuenta y seis años después, no sólo el filósofo de altura ha desaparecido, sino que el especialista responde mejor al concepto de bárbaro cultural acuñado por Ortega. Hasta los años setenta, podían encontrarse aún psiquiatras con conocimientos literarios e históricos capaces de escribir ensayos interesantes, como **López-Ibor**; antropólogos de espíritu universal, como **Caro Baroja**; literatos con un sólido pensamiento filosófico, como **Albert Camus**; intérpretes de los conflictos de una época, como **Marcusse**; epígonos orteguianos como **Marías**, intelectuales de visión amplia como **Fernández de la Mora**... Pero desde los ochenta, ese panorama ha desaparecido o se reduce a algún aislado superviviente. El pensamiento se da invertido: la psiquiatría es ciega para la historia; el sociólogo suele desdeñar la filosofía. Cada autor da los datos para que un intelectual completo, que no existe, pueda entender la sociedad entera y colaborar a la solución de sus conflictos. Los intentos en España de **Amando de Miguel** o **Sabater**, por dignos que sean, resultan incompletos. Sin embargo hay, dentro y fuera de nuestro país, un tipo de especialista que se ha arrogado el papel de intérprete general de la sociedad: el economista. Su seguridad es absoluta, a pesar de la colección de errores que suponen sus diagnósticos. Los políticos les consultan; los presupuestos se hacen según sus criterios; los sociólogos reproducen sus estadísticas; los empresarios los contratan y los editores se disputan sus análisis, teorías, recomendaciones e incluso profecías. Reclamados por las exigencias y las crónicas crisis del "nuevo estado industrial", son ellos los únicos protagonistas del pensamiento totalizador y, por tanto, quienes marcan la ruta y determinan los conceptos que orientan la sociedad mundial. Ese pensamiento económico produjo la "debacle" de entreguerras y en este último tercio de siglo amenaza con reestructurar las sociedades del modo más adecuado para que fracasen.

¿En qué consiste este pensamiento? ¿Cuál es su objeto? En realidad, el esfuerzo del marxismo por reducir a términos económicos la historia es una demostración más de la barbarie del especialismo. La historia es una materia compleja, pero esencialmente movida por ideas y creencias, en las que lo económico había solido ocupar, hasta el siglo XIX, un puesto secundario. Aunque fue la riqueza agrícola la que creó la prosperidad de Mesopotamia o Egipto, el motor de esas sociedades era aristocrático y religioso. Nada menos rentable, económicamente hablando, que el colosal gasto que requerían las pirámides o los zigurats, cuyos fines religiosos explican por sí solos el alma de esas sociedades y, en general -recuérdese la financiación del Partenón-, la

"Hay dentro y fuera de nuestro país un tipo de especialista que se ha arrogado el papel de intérprete general de la sociedad: el economista."

"Serenos o angustiados, el pensamiento filosófico es ético; tiene siempre una finalidad espiritual que enaltece la vida."

“Los triunfos del pensamiento filosófico son aquellos que han permitido la civilización, desde las rudimentarias concepciones prehistóricas hasta los científicos de Sili-

co” *“La nueva sociedad industrial creada por la ciencia y la técnica ha ido negando, a lo largo de nuestro siglo, el pensamiento general, y nos ha llevado a lo que Ortega denominó ‘la barbarie del especialismo’.”*

de toda la Antigüedad. No es necesario tampoco demostrar que la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco y la Ilustración, a pesar de la progresiva actividad comercial, tenían su eje en valores extraños al pensamiento económico.

Es la revolución industrial, de génesis anglosajona, la que va creando apresuradamente dicho pensamiento, pues llega acompañada de un espectacular desarrollo del capitalismo y de sus teóricos -**Stuart Mill, Stanley Jevons, León Walvas**, etc-, lo que provoca su correspondiente crítica en **Owen, Saint Simon, Fourier, Hess, Blanc, Proudhon**, etc, quienes representan un candoroso y humano socialismo premarxista que va a dar un salto cualitativo con **Karl Marx**. Este se propone concretar las posibilidades reales de la utopía en un método que transforme la estructura social. Tal concreción le hace enemigo del pensamiento filosófico, cuya misión considera concluida. Partiendo del análisis de los economistas ingleses -**Adam Smith, Ricardo**- entiende la historia desde la economía y aunque su teoría, anticipada en un elocuente título, *Miseria de la filosofía* (1847), implica una ética, constituirá el punto de partida del auténtico pensamiento económico que dominará las tres primeras décadas de nuestro siglo, desde **Waddill Catchings** a **Keynes**, pasando por **Foster Dulles, John H. Williams** y **Lauchlin Currie**.

La principal diferencia entre el pensamiento económico y el filosófico es que aquél carece de ética; es -o pretende ser- una técnica sobre el mejor funcionamiento de la maquinaria industrial. Como indica **García Crespo** -citando a Stuart Mill- “se considera como ciencia de las leyes que regulan la producción, distribución y consumo de la riqueza” (5). Estas leyes son, fundamentalmente, las de la demanda y la oferta, de las que dependen la producción y los mecanismos reguladores -salarios, inflación, tipos de interés, cambio monetario... El núcleo de las citadas leyes radica en el coste de un producto y en el beneficio neto que pueda obtenerse con la venta del mismo.

A la economía, por tanto, no le importan la calidad y la finalidad de sus frutos, sino la rentabilidad de los mismos. Sean sacos de harina, tractores o libros, sus características vienen determinadas por la aceptación coyuntural del consumidor. Lógicamente, si la economía queda en simple ciencia, puede ser subordinada, como las demás, a ideales culturales o políticos. Ello ocurrió en Occidente tras la Segunda Guerra Mundial y produjo, como indica **Galbraith**, que el perío-

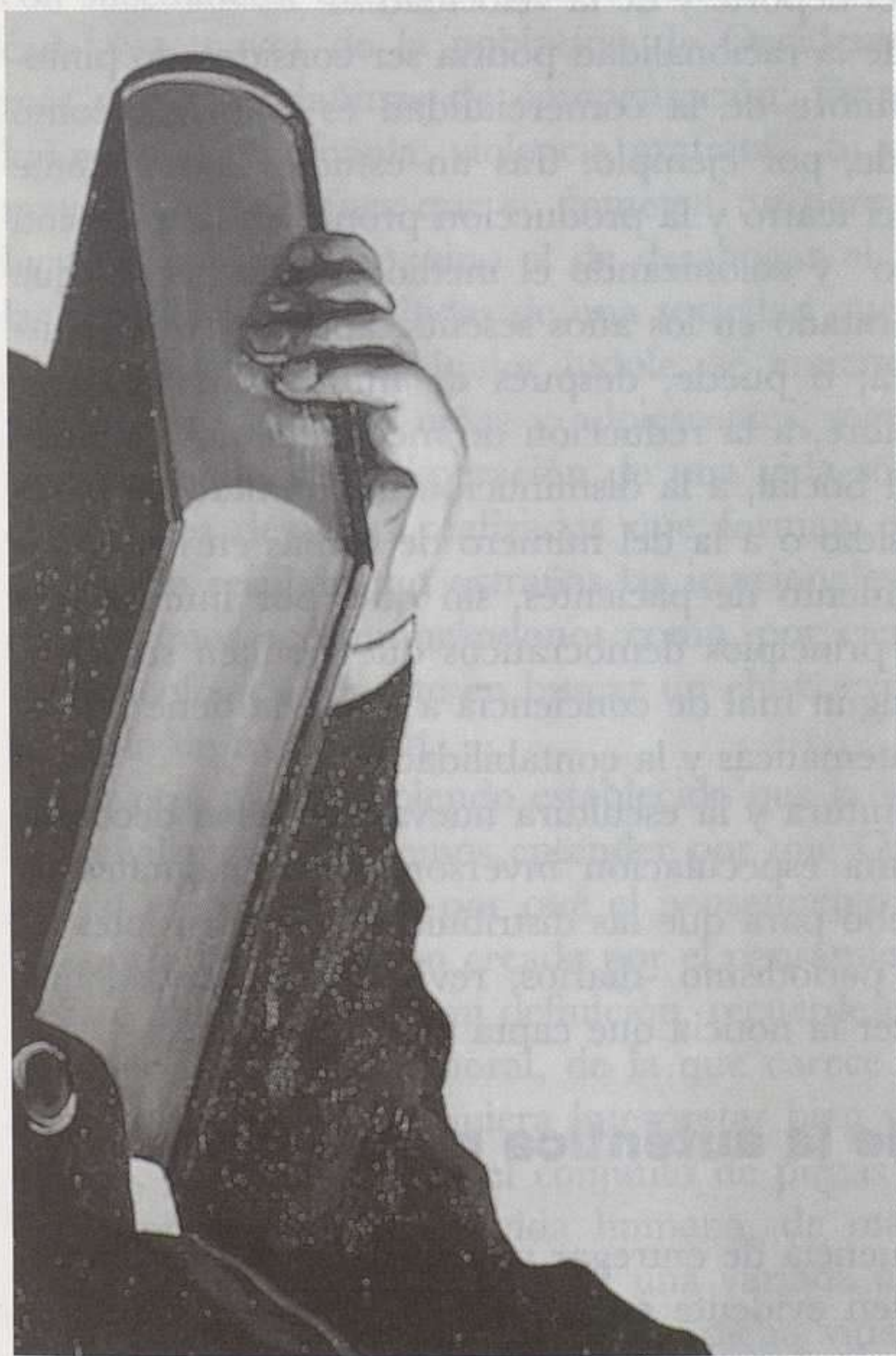
(5) **García Crespo, M.**, *Introducción a la Ciencia Económica*, Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1968, pág 14.

(6) **Kenneth Galbraith, John**, *El dinero*, Orbis, Barcelona, 1983, pág 295.

do 1948-1967 fuera la mejor era económica de la historia (6). Este tiempo, como se ha señalado, se corresponde con el último de este siglo en que los grandes intelectuales, avalados por el desastre de dos guerras, eran escuchados aún por los políticos. Poco después, hacia los setenta, la economía deja de interpretar su estricto papel científico y se convierte en un pensamiento a través del cual se explica la realidad humana, volviendo al error del primer tercio de siglo. Tal vez sea la riqueza que Occidente ha acumulado en ese momento y su materialismo subsiguiente lo que determina la perversión de la finalidad económica, pero lo cierto es que a lo largo de casi dos décadas los políticos se han dejado seducir por los economistas y la conducción de las sociedades no tiene otra máxima que la del beneficio económico. Lo que da dinero, se promociona; lo que no, no. Desde la producción cinematográfica hasta las prestaciones de la Seguridad Social, pasando por la edición de libros, los programas de televisión, la investigación

científica o la educación, solo se fomenta aquello que dé una rápida rentabilidad. El concepto "libre mercado" y su equiparación con el progreso es un caballo de Troya por el que se ha logrado introducir en Occidente la más arrogante falta de escrúpulos que se haya conocido jamás. Cualquier reproche a ese espíritu, si se le puede llamar así, se estrella contra la respuesta de que nos encontramos en la sociedad postindustrial, en una revolución del conocimiento a través de

"Hay dentro y fuera de nuestro país un tipo de especialista que se ha arrogado el papel de intérprete general de la sociedad: el economista."



“El pensamiento económico produjo la 'debacle' de entreguerras y en este último tercio de siglo amenaza con reestructurar las sociedades del modo más adecuado para que fracasen.”

la informática, y que la amplia gama de subproductos culturales constituye una profundización de las posibilidades de la democracia. Nunca los charlatanes de la publicidad y de la venta habían encontrado un enmascaramiento más eficaz para su afán de lucro. Convierten en fuente de ingresos, como nuevos **Midas**, la ignorancia, las pasiones e incluso los defectos de los jóvenes y de los adultos ilusos, así como de los estratos sociales de más bajo nivel cultural: cine ultraviolento, sin consistencia argumental y teñido de un bien calculado erotismo; “culebrones” televisivos de incalificable calidad; incitación constante al juego en todas sus formas -concursos, máquinas tragaperras, casinos, infinitas loterías, etc.-; libros de información coyuntural, con precipitadas conclusiones que son desmentidas pocos años después de haber sido publicados, tipo *Moscú en Wall Street*, de **Eric Laurent**; compras, fraude por correo en el que lo anunciado corresponde remotamente a lo recibido; conversaciones telefónicas pornográficas a precio de oro; exaltación patológica del deporte y de la velocidad...

Cuanto en nombre de la racionalidad podría ser considerado pintoresco y nocivo, en nombre de la comercialidad es valorado como acertado y eficaz. Puede, por ejemplo, tras un estudio estrictamente económico, suprimirse el teatro y la producción propia en la televisión estatal, “achabacanando” y colonizando el medio. Y este hecho, que hubiera resultado disparatado en los años sesenta, aparece como satisfactorio en los ochenta; o puede, después de minuciosos cálculos, darse paso al despido libre, a la reducción de medicamentos suministrados por la Seguridad Social, a la disminución del número de parados con derecho a subsidio o a la del número de camas en los hospitales en relación al aumento de pacientes, sin que, por inmorales y contradictorios con los principios democráticos que resulten semejantes decisiones, creen ningún mal de conciencia a quien la tiene puesta en el imperio de las matemáticas y la contabilidad.

Por ese camino, la pintura y la escultura nuevas se hacen decorativas; el arte antiguo, una especulación inversora para magnates; el gran cine clásico, un cebo para que las distribuidoras vendan lotes de infames películas, y el periodismo -diarios, revistas, telediarios-, una carrera brutal por ofrecer la noticia que capta más “clientes”.

III.- El regreso de la auténtica racionalidad

La dramática consecuencia de entregar una sociedad al pensamiento económico nos es bien evidente en nuestro fin de siglo: si sólo se cree en la economía y la economía falla, ya no hay nada en que

creer. Es bien elocuente que el período en que el pensamiento económico releva al filosófico se corresponda con una serie de crisis y falsas recuperaciones que están reestructurando negativamente el mundo occidental. ¿No será -se pregunta uno- que incluso la creación equilibrada de riqueza depende más de valores espirituales que de estrategias de especialistas?

Sin atreverse uno a contestar esta pregunta, sí osa, en cambio, concluir que si el pensamiento debe, como se ha dicho, servir a la plenitud de la vida, y la vida nunca se siente más realizada que cuando se siente segura, el pensamiento económico, a diferencia del filosófico, lleva la vida a un terreno de crónica inseguridad, pues está sometido al azar de las combinaciones bursátiles, la variación en los precios de la energía, el columpio de la inflación o los bandazos del consumo. Y cuando las cosas van, en este sentido, decididamente mal, no hay otro en que la vida pueda apoyarse; pierde su plenitud e intenta recobrarla con sucedáneos, que es lo que le ocurre en la actualidad a una parte cada vez mayor de la población de Occidente, entregada a formas más o menos dañinas de compensación: fármacos, drogas, alcohol, ludomanía, sexomanía, violencia gratuita... Si se reflexiona en que la mayoría de crímenes que se cometen no tienen como objetivo el de lucrarse con su fruto, sino el de desahogar el rencor acumulado por las humillaciones recibidas de una sociedad que no tiene piedad hacia los perdedores de cualquier índole, se entiende el porqué de tanta absurda violación de niñas y adolescentes, seguida de asesinato. Y si se comprende la desesperación de una vida sometida al contraste de otros miles de vidas realizadas que forman el ambiente en que se ahoga, no resultan tan extrañas las irracionales explosiones de odio a que venimos acostumbrándonos como, por ejemplo, el racismo, cuya raíz psicológica consiste en buscar un chivo expiatorio del propio sentimiento de frustración.

Por otra parte, habiendo establecido que la inseguridad es contraria a la civilización, podemos entender por qué **Ortega** llamaba "barbarie" al especialismo, y por qué el pensamiento económico, por tanto, va contra la civilización creada por el pensamiento filosófico.

Este último -que en mi definición, recuérdese, incluye las religiones- contiene no sólo una moral, de la que carece propiamente el económico -a no ser que se quiera interpretar bien y mal como beneficio y déficit-, sino que abarca el conjunto de piezas que forman la imagen del rompecabezas de la vida humana, de manera que no depende nunca de un solo valor, sino de una variada multitud de ellos, tantos como se dan en la complejidad de dicha vida. Ello le permite tener

“La principal diferencia entre el pensamiento económico y el filosófico es que aquél carece de ética pretende ser una técnica sobre el mejor funcionamiento de la maquinaria industrial.”

“El pensamiento económico, a diferencia del filosófico, lleva la vida a un terreno de crónica inseguridad, pues está sometida al azar de las combinaciones bursátiles o la variación de los precios de la energía.”

siempre alternativas de sentido frente a la adversidad, pues la economía sólo es una perspectiva de la auténtica racionalidad, importante, pero subordinada a otras de mayor envergadura: la verdad, el amor, la amistad, el ensueño, Dios, la patria, las creaciones de la imaginación -literatura, arte, etc.-, temas todos ellos filosóficos negados o reducidos a anecdóticos por el exclusivismo económico.

Tales valores, en otras circunstancias mucho más duras que las actuales, bastaban para llenar la vida, sin necesidad de sucedáneos destructores. E incluso, en casos excepcionales, permitían afrontar el dolor -**Epicuro**- o la muerte -**Sócrates, Séneca, Boecio**- sin odio ni desesperanza. Su regreso, dentro del proceso unificador de la filosofía, se hace imprescindible, si queremos salir de este laberinto finisecular caracterizado por un aterrador vacío de sinceras creencias y un neurótico oscilar entre el capricho y el miedo.

■ Luis PÉREZ BASTÍAS

Integrismo islámico. EL ABUSO DE LA RELIGIÓN

Rainer GLAGOW

Después de la caída de los regímenes totalitarios en muchas regiones del planeta y el fracaso de no pocas de las ideologías que aspiraban a traer al mundo una nueva felicidad, pudo soñarse durante un brevísimo instante de la historia con el inicio de una era de general distensión. Mas antes de haberlo pensado siquiera, la Humanidad se ve enfrentada a nuevos desafíos que no le permiten un bien merecido respiro.

Tiempos de cambio

CON sus medios de opresión espiritual y material, el comunismo impidió durante decenios que los pueblos sometidos a su despótico imperio pudieran realizarse a sí mismos. Pero ahora resulta que el hecho de haberse librado de ese sistema coactivo engendra a su vez violencia, anarquía y caos. Guerras provocadas por motivos étnicos y religiosos nos hacen retroceder a épocas que, históricamente, creíamos hace tiempo superadas. Incluso en nuestra propia casa sólo difícilmente conseguimos resolver los nuevos problemas. La disminución de la presión exterior parece haber desviado hacia el interior el rumbo de los temores. Tanto más apremiantes se han hecho también para nosotros los problemas de nuestra propia identidad.

En una situación incompatiblemente peor se encuentran sumidas vastas regiones del Tercer Mundo que van hundiéndose en una profunda desesperanza. El abismo entre una situación sentida por muchos seres humanos como existencialmente amenazadora para

ellos y la promesa de una vida en seguridad y humanamente digna va agrandándose cada vez más. Confrontados con nuestras propias dudas e inseguridades, también nosotros nos vamos dando cuenta, con mayor claridad que nunca, de hasta qué punto los problemas y la necesidad de resolverlos están planteados a escala mundial. En nuestro entorno inmediato experimentamos actualmente, por citar un ejemplo, las repercusiones del terremoto que estremece al mundo islámico con sus más de mil millones de habitantes.

El desasosiego islámico

En tiempos aún no muy remotos, el islam era, según creían a la sazón los ilustrados y modernos europeos, una especie de reliquia exótica irremediablemente condenada a la decadencia. Hoy, en cambio, muchos de ellos ven en el islam un poder violento, radicalizado y amenazador, una irrupción irracional en su mundo tranquilo y seguro, e incluso un cuestionamiento de sus propias convicciones y valores.

A las puertas mismas de Europa, radicalizados movimientos islámicos provocan a sus

“El comunismo impidió durante decenios que los pueblos sometidos a su despótico imperio pudieran realizarse a sí mismos”.



regímenes y demuestran ser capaces de hacerse con la mayoría en elecciones democráticas como en el caso de Argelia, pese al terror y a alevosos asesinatos. Un radicalismo de motivación político-religiosa contribuye a la destrucción del Líbano, país antaño próspero y floreciente. El Gobierno del Sudán, que invoca para sí expresamente el calificativo de “islámico”, lleva adelante una sangrienta guerra civil contra el sur del país de características étnicas y religiosas diferentes. En Egipto, movimientos islamistas amenazan los fundamentos del Estado reformista y no vacilan ante la comisión de cualquier sangriento atentado. El terrorismo apunta incluso a pacíficos turistas, fuente de divisas, con intencionado desprecio de la antaño sacrosanta hospitalidad islámica. Todo vale para infligir daño al Estado y soliviantar a los habitantes provocando conscientemente la ruina económica.

Una ojeada retrospectiva revela con creciente claridad que la tormenta islámica no es una turbulencia que inesperadamente se abate desde un cielo sin nubes, sino que muy al contrario, ha venido preparándose desde hace mucho tiempo. Los primeros relámpagos saltaron ya a comienzos de la década de los años setenta. Sobre todo, la revolución en Irán y la caída del régimen del Shah, el restablecimiento de la teocracia, la disposición a la guerra total contra el “pequeño” y “gran Satán” (Iraq y Estados Unidos respectivamente), el sacrificio de todo un pueblo exigido por el clero shíí y la pretensión revo-

lucionaria de extender este modelo a amplias regiones del mundo no eran premoniciones fáciles de ignorar. Por último, el intento del dictador iraquí **Saddam Husein**, que por su violenta política laicista se había atraído la enemistad del islam, de proclamar su guerra como guerra santa (Yihad) al verse en una situación extremadamente difícil, no fueron en modo alguno fenómenos gratuitos. Súbitamente, las masas islámicas vieron en el proscrito de antaño, y maldito en nombre del islam, al abanderado de sus frustradas esperanzas humilladas por Occidente.

A este respecto no tuvo la menor importancia el que un Estado islámico tan tradicional como Arabia Saudí o las potencias islámicas rectoras como Egipto y Siria militasen en la coalición atiraquí. Un islam diferente, más radical, libre de todo compromiso, pasó a enfrentarse con el islam tradicional moderado y leal al Estado.

Uno de sus personajes emblemáticos, **Anwar as-Sadat** que se calificaba a sí mismo de “presidente creyente”, murió el 6 de octubre de 1981 abatido por las balas de sicarios fundamentalistas. El islam radical, cuyos militantes pueden designarse como fundamentalistas, integristas o islamistas, pretende para sí, en medida creciente, la posición rectora, en contraposición al islam moderadamente reformista que hasta aquí estaba integrado como sujeto y objeto en los sistemas políticos e ideológicos. No debe pasarse por alto, a este respecto, que la mayoría de los musulmanes creyentes en modo alguno es

representada aún por los fundamentalistas radicales. El fundamentalismo islámico es alimentado por la explosiva mezcla de pobreza, incultura y falta de libertad; utiliza fragmentos religiosos como arma política, actúa como movimiento social-revolucionario y sueña con la instauración de un sistema político y espiritualmente totalitario.

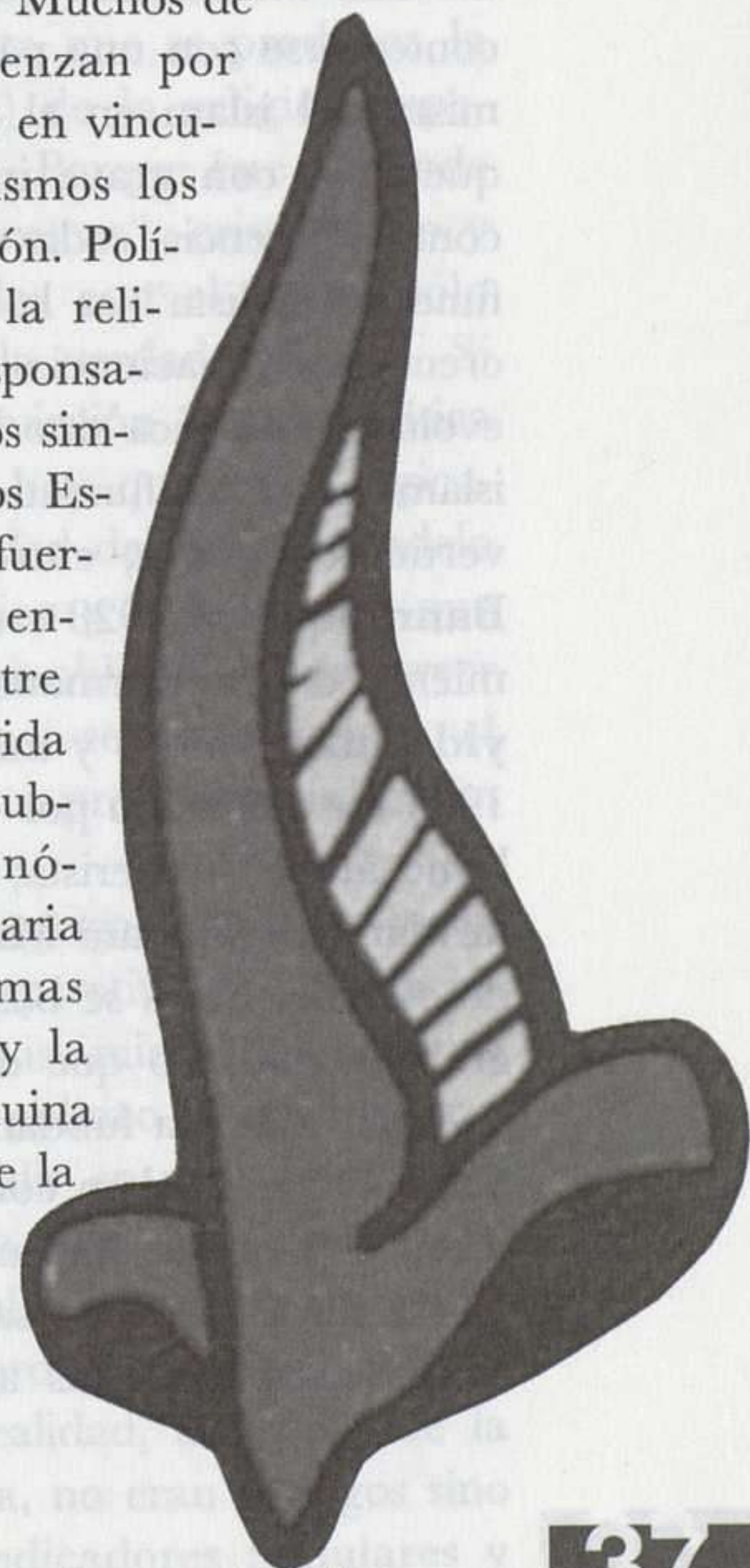
El retorno a la religión

El movimiento islámico radical es la reacción violenta contra humillaciones políticas y militares, la extranjerización cultural y el atraso en materia de civilización y ciencia al que el Oriente islámico se siente sometido desde el siglo XIX, así como contra el fallo de las dictaduras y modelos reformistas propios en las últimas décadas. Tras la Guerra de los Seis Días, de 1967, perdieron su credibilidad y sus pretensiones de rectoría moral los salvapatrias políticos e ideológicos que, sobre una base laicista, querían negar al islam su dimensión temporal e implantar la radical separación de Estado y religión. Lo que permanecía en pie era el mensaje del islam de poder ofrecer al hombre la mejor comunidad posible en la Tierra y se planteó la cuestión del auténtico islam como tantas otras veces en la historia.

Occidente debe tomar en serio el hecho de que los creyentes del islam -una de las tres religiones monoteístas del mundo que interviene de modo importante en los destinos de

la humanidad- tienen mayoritariamente la sensación de que de Occidente sólo reciben injusticias e incompreensión. Muchos de ellos también se preguntan por sus propios fallos.

Son muchos los que creen que su culpa consiste en haber renunciado a su identidad islámica cediendo a la presión de influencias foráneas. La vuelta a la religión y la islamiación de la vida serían las claves para la solución del problema. Creen que el islam volverá a ser la cultura mundial rectora si el orden prometido por Dios llega a instaurarse también en la Tierra. Muchos de estos hombres comienzan por convertir nuevamente en vinculantes para ellos mismos los principios de su religión. Políticos, estudiosos de la religión y científicos responsables, así como muchos simples ciudadanos de los Estados islámicos, se esfuerzan seriamente por encontrar su lugar entre las exigencias de la vida en una situación de subdesarrollo socio-económico, entre la necesaria aceptación de normas culturales foráneas y la añoranza de una genuina autorrealización sobre la base de los principios éticos hereda-



□

“En tiempos aún no muy remotos, el islam era -según creían los ilustrados y modernos europeos- una especie de reliquia exótica irremediabilmente condenada a la decadencia”.

dos. Se trata de una circunspecta política reformista dispuesta a conceder al Estado el margen de temporalidad que necesita, dejando a los hombres aquella dimensión de configuración islámica de sus vidas que es parte de su identidad.

Los orígenes del fundamentalismo

Ahora bien, hace tiempo que existe una minoría musulmana que no está dispuesta a contentarse con una pacífica evolución reformista del islam en el mundo moderno. Lo que hoy, con grave inquietud, observamos como influencia cada vez mayor del "islam fundamentalista" es la consecuencia de una creciente impaciencia que ya no quiere la evolución pacífica sino la revolución total del islam. Entre los fundadores modernos de esta vertiente figuran, entre otros, **Hassan al-Banna** que en 1928 creó en Egipto el movimiento de los Hermanos Musulmanes y **Sayid Qutb**, teórico y mártir de aquél, que en 1965 fue ejecutado por el régimen del "socialismo árabe" nasserista; así como el reformista islámico pakistaní **Maududi**. En las obras de estos hombres se basa una extensa bibliografía actual. Lo que da su cohesión a esta doctrina islámica fundamentalista es el postulado de que al islam corresponde la primacía sobre la política. La cultura secularizada de Occidente y su poderosa influencia son enjuiciadas como adversas al islam. Laicismo, li-

bertad de opinión, pluralismo y democracia aparecen como principios no conformes al islam. El supremo objetivo viene a ser el restablecimiento de la primitiva y muy idealizada comunidad islámica, la "umma", mucho más universal que los estrechos conceptos europeos de Estado y nación. Una educación, doctrina moral, autoridad jurídica y concepción social islámicas deben ser las bases irrenunciables del "Estado islámico". Se parte de la sospecha de que, como amenaza mortal, existe una conjura a escala mundial cuyo objetivo sería la destrucción del islam. El colonialismo, imperialismo (de cruzada) y sionismo utilizarían como instrumentos para domar y aniquilar al islam su cultura materialista, su supremacía socioeconómica y su altamente desarrollada tecnología militar.

Según la doctrina fundamentalista, religión, ideología y política deben volver a constituir un todo indivisible. El auge y progreso del islam habrán de conseguirse recurriendo a tradiciones y principios propios. Pero no sólo Occidente sino también los errores propios serían culpables de la decadencia del islam. Creencias heréticas, el materialismo y laicismo, así como el alejamiento de los valores islámicos, habrían conducido a la alienación de los musulmanes y a la pérdida de poder del mundo islámico. El Egipto del socialismo y nacionalismo árabes de **Gamal Abd an-Nasir** (Nasser) o **Sadat**, los regímenes baasistas en Siria e Iraq, el Estado laicista de Ataturk y del shah e incluso las monarquías prooccidentales de Arabia saudí

"El fundamentalista islámico es alimentado por la explosiva mezcla de pobreza, incultura y falta de libertad".

“A las puertas mismas de Europa, radicalizados movimientos islámicos provocan a sus regímenes y demuestran ser capaces de hacerse con la mayoría en elecciones democráticas como en el caso de Argelia”.



y Marruecos fueron -o son- por su naturaleza “regímenes de agentes”. En opinión de los integristas, han apostatado del verdadero islam y vuelto a hundirse en el estado del paganismo preislámico (“gahiliya”, época de la ignorancia), por lo que deben ser combatidos como antaño lo hiciera el profeta **Mahoma**. La rebelión política y socialrevolucionaria, motivada por el islam, contra los regímenes y Estados propios es declarada consecuentemente como deber religioso de los musulmanes, es decir, como auténtica Yihad (guerra religiosa).

La siembra fructifica

La teoría de la conjuración sirvió a los fundamentalistas -para citar un ejemplo concreto- de clave para la interpretación de los conflictos en Próximo Oriente. Según sostiene la revista “*ad-Da'wa*” (El Llamamiento) de los Hermanos Musulmanes de Egipto, el meollo del problema no lo constituye el derecho a la existencia de Israel o de los palestinos; la única causa del referido conflicto sería el pretendido plan del “imperialismo de cruzada” (Occidente) y de su aliado, sionismo, de aniquilar al islam. La doctrina de la amenaza existencial por poderes tenebrosos no radica, claro está, sólo en el islam y en modo alguno nos ha sido legada por esta religión sino que es parte de toda ideología totalitaria. Tanto el comunismo como el nacionalsocialismo rindieron culto a parecidas

obsesiones. El fundamentalismo islámico tiene, efectivamente, más de idea política totalitaria que de religión, a la que utiliza sin escrúpulos para sus fines. Particularmente útil se antoja, a este respecto, la promesa religiosa de que la historia de la salvación no estará consumada hasta que se produzca la victoria final (política) de la religión superior, es decir, el islam. Porque éste entiende que las “religiones librescas” -cristianismo y judaísmo-, comparadas con el islam, sólo poseen parcialmente la verdad religiosa. Si se transpone esta convicción a una política fundada en el islam, hay que creer lógicamente en la superioridad del propio modelo político, socioeconómico y cultural. Lo que el musulmán tiene por obligación que creer en el ámbito religioso, se convierte en el fundamentalismo en un programa de acción revolucionaria.

La intencionada propagación de la lucha santa (Yihad) como imperativo de política interior de los pueblos islámicos que aún no han vuelto al sistema político y social teocrático, no tardó en incidir en unas masas que parecen condenadas a vivir en un estado de miseria e ignorancia al que no se le ve salida. Los que supieron aprovecharse del abismo entre el ideal y la realidad, así como de la desesperación humana, no eran teólogos sino autoproclamados predicadores populares y demagogos, intelectuales desilusionados y activistas socialrevolucionarios. Partidos, movimientos, grupos y sectas políticas adscritos al

fundamentalismo comenzaron a brotar como hongos cubriéndose con el manto del celo religioso. La "Comunidad Islámica", "La organización de la Guerra Santa" que asesinó a Sadat, la "Comunidad de la Penitencia e Hijra" que postula la radical desobediencia civil frente al Estado "no islámico", y el "Partido de la Liberación Islámica" conmocionaron a Egipto. El radical "Partido de Dios" (Hizbullah) libanés, el "Frente Islámico de Salvación" argelino, el "Renacimiento Islámico" tunecino y el movimiento marroquí "Justicia y Buenas Obras" son sólo algunas de las organizaciones fundamentalistas en el mundo árabe que llaman la atención por sus actividades terroristas, agitación, luchas y rebelión. El revolucionario "Estado de Dios" iraní se ha convertido para muchos en modélico. Y no faltan quienes se proponen ampliar la revolucionaria rebelión intraislámica conjugándola con la "ideología tercermundista" hasta convertirla en la lucha generalizada de los pueblos oprimidos contra la dominación extranjera y la explotación. A todos es común su imagen del enemigo, de la que también forman parte expresamente las tradicionales o occidentalizadas élites de sus propios países, así como su mensaje dirigido a los millones de desheredados de que la crisis económica, social y moral sólo puede resolverse por la

aplicación de programas islámicos de interpretación fundamentalista. *"Las mezquitas son para la política"* proclama rotundamente el caudillo integrista argelino **Abbasi Madani**.

Contra el abuso de la religión

En modo alguno es deseable que, a escala mundial, se produzca una lucha entre culturas ni una nueva guerra santa, sino un diálogo encaminado a la solución de los problemas. Es cierto que los fundamentalistas lo rechazan, pero no así la mayoría de los musulmanes que considera a la religión como norma ética del obrar humano y no como programa político. El islam tiene que ganar tiempo para proseguir pacíficamente su reforma interior. Los países desarrollados del mundo pueden luchar contra el fundamentalismo coadyuvando a privarle de su base, el subdesarrollo económico y social. Pero tenemos que hacernos a la idea de que el islam desempeñará en el futuro un papel cada vez más importante y nos obligará a volver a conceder un mayor espacio a nuestros propios valores y convicciones religiosas. No debe haber una lucha intercultural; sí, en cambio, sería deseable que el islam y el cristianismo compitieran entre sí por el rango de la ética y la moral en la vida humana.

Rainer GLAGOW

Traducción del alemán: **Francisco de A. Caballero**.

ISLAM: POLÍTICA Y RELIGIÓN

Carlos DE LA CASA

Los acontecimientos generales en el mundo y los más próximos a nosotros, cultural y geográficamente, tales como los trágicos sucesos que están teniendo lugar en la antigua Yugoslavia, nos están haciendo olvidar otro problema de gran importancia internacional: el islam, y creemos que es un error olvidar algo que será de gran trascendencia en años venideros.

EL caso de Kuwait, y sus consecuencias internacionales, denotó un gran interés por la situación del islam, al menos en cuanto a la divulgación general, hecho que no había sucedido hasta entonces. Sin embargo, y como todos saben, el origen no fue la invasión del rico y petrolífero Kuwait por las tropas iraquíes, pues las raíces son mucho más profundas e importantes y, por su supuesto, de otra índole.

El islam ha desempeñado a lo largo de toda la historia un papel importante y, aunque parecía que estaba dormido, no es así. Ejemplo de ello lo tenemos en el "rol" que ha desempeñado durante este siglo, importantísimo en el nacionalismo y en el proceso descolonizador de los países de tradición musulmana. Este "resurgir" político ha estado basado directamente en los principios religiosos islámicos, en una doble dirección lógicamente no excluyente: una vertiente progresista, con claras raíces en el colectivismo y el igualitarismo, subyacente en sus creencias religiosas, ante lo cual surgieron las teorías de la revolución islámica (*thawra*); y una vertiente

antioccidental y xenófoba, derivada de una interpretación fundamentalista e integrista de aquéllas, especialmente de los aspectos de la *Saria* o Ley Coránica.

Ese integrismo, que algunos creen que es algo de nuestros días y relacionado con los acontecimientos acaecidos desde el acceso del ya fallecido **Jomeini** al poder, viene ya de la ortodoxia *sunni* de la escuela *hanbali*, la más estricta de las cuatro escuelas, y sin duda la más integrista desde el siglo XIX, encarnada en la secta de los *wahhabies* tendencia puritana de la península arábiga.

A propósito de esto, el "fundamentalismo islámico" es otro término que está en la boca de todos, especialmente de los medios de comunicación. Este movimiento religioso-político musulmán de nuestro siglo preconiza la vuelta a la estricta observancia de las leyes coránicas en el ámbito de la sociedad. Además de esta vuelta al rigor de las implicaciones prácticas del Corán en la vida social, tiene a la vez como meta su traducción en la vida individual, y una proyección externa de proselitismo, que coincide con el panislamismo y con la expansión del islam.

Este “fundamentalismo islámico” se ha traducido en la incorporación de la ley coránica en determinados países, que intentaron un laicismo anterior, caso de Irán, Pakistán o Sudán, por poner tan sólo unos ejemplos de clara influencia, en el plano legal, del fundamentalismo.

Guerra santa

El integrismo islámico ha traído como consecuencia la Yihad, guerra santa, en palabras de los “hermanos musulmanes”, que ha trascendido al mundo islámico, como vocación universalista, y

que es aplicada en cada momento según el grado de moderación de los líderes políticos.

Así no ha de sorprendernos el afán de radicalización de las masas, en el doble sentido de cuestionar el consenso



so internacional y la jerarquización social impuesta. Y esto es claramente temido por los

“El islam ha desempeñado a lo largo de toda la historia un papel importante y, aunque parecía que estaba dormido, no es así”.

“La explosión demográfica y los escasos recursos económicos del Magreb están produciendo una salida masiva y en pésimas condiciones hacia Europa”.



Francisco SANABRIA MARTÍN

países musulmanes más moderados, que han visto cómo las manifestaciones del ala más extremista del fundamentalismo se convertían en episodios sangrientos. Baste con que recordemos el asalto a la Gran Mezquita de la Meca (1979), el asesinato del presidente **Sadat** (1981), los graves incidentes de Siria (1982), o las explosiones de 1983 en Kuwait.

El marxismo tampoco ha estado ausente de este fenómeno que nos ocupa, como puede interpretarse del hecho que los chiítas representasen, en principio, la visión progresista del islam. De ahí las implicaciones con el marxismo que se dieron en el proceso de la revolución iraní que, sin embargo, desembocó en una de las más integristas versiones de la *Saria* en la República Islámica del Irán del ayatollah Jomeini, y de claro enfrentamiento al gobierno de Iraq que, pese a estar constituido, igualmente, por chiítas en su mayoría, fueron acusados de tibieza religiosa. ¡Qué lejos queda ya, pese a su cercanía en el tiempo, esa afirmación y acusación iraní!

Y si bien es verdad que hoy día se está centrando el proceso islámico en el Próximo Oriente, no se debe olvidar en este aspecto la situación en otros puntos tales como India, Extremo Oriente -Filipinas especialmente-, Norte de África o África negra, -recordemos como ejemplo que desde 1974 la enseñanza del islamismo es obligatoria en Zanzíbar-

Auge del islam

No es cuestión de datos, pero tampoco los debemos obviar y aunque no son muy recientes, debemos recordar que en 1973 la población mundial islámica era de 93.328.500 y en 1983 de 152.943.570. Centrándonos en Europa y América, y según **F. H. Littell**, el crecimiento musulmán en esa misma década fue de un 329%. Puede decirse que en los últimos años el fenómeno de mayor interés en el islamismo -aparte de su revitalización moral que encuentra un paradigma al alzarse contra la humillación en la resistencia palestina, en el impulso triunfalista de Jomeini, o en el afán expansionista de **Sadam Husein**- ha sido el crecimiento de su importancia en el mundo.

Por todo ello, es de sumo interés lo que está aconteciendo en el mundo islámico, así como la importancia de la presencia religiosa en la ordenación del Estado.

Estos acontecimientos que parecen tan lejanos en el tiempo y en el espacio son una realidad, por contra, bastante cercana. Así, por ejemplo, nos encontramos con el lamentable hecho de la emigración del Magreb, donde la explosión demográfica y los escasos recursos económicos están produciendo una salida masiva y en condiciones pésimas hacia Europa. Esto, que en cierto modo sería lógico en otras circunstancias, está creando indeseables actitudes xenófobas en los países de acogida porque ven una mano de obra

“El trato que se da en Europa a los inmigrantes musulmanes del norte de África está generando un “odio” a lo occidental, y sirve de justificación a los radicales fundamentalistas”.



barata e “intrusa” en momentos de crisis económica y ello, a su vez, está generando en los países musulmanes un “odio” a lo occidental por el trato a sus hermanos emigrantes. Todo ello se está utilizando por los radicales fundamentalistas para justificar su actitud.

Nos enfrentamos a un problema grave, real, inmediato en el tiempo y muy cercano geográficamente. Cuanto más tardemos en asumirlo y en buscar respuestas adecuadas, más difíciles serán éstas de implantar. Y mucho más costosas para todos.

Carlos DE LA CASA.

1968 EN LA PERSPECTIVA Y EL RECUERDO

Francisco SANABRIA MARTÍN

Pocas veces se han dado cita en un solo año tal cúmulo de acontecimientos. Abru- man casi por su cantidad y su trascendencia. La selección más cicatera no dejaría de incluir media docena de sucesos: las revueltas estudiantiles en la Columbia y en la Sorbona, los asesinatos de Martin Luther King y Bob Kennedy, la entrada de los tanques soviéticos en Praga y la circunvolución a la luna por el Apolo VIII.

1. El 68, convergencia y símbolo

*This is the drawing of the age
of Aquarius*

G. Ragni y J. Rado, *Hair*

UN cierto rigor en la inclusión —y en la exclusión— exigiría añadir la ofensiva de Tet en Vietnam, los motines durante la Convención Demócrata en Chicago y la matanza en la plaza mexicana de las Tres Culturas. Y apurando, apurando, el estreno de *Hair* en Broadway, el proyecto de una “internacional de la protesta”, lanzado en Berlín por **Rudi Dutschke** a los cuatro meses de ser herido por un joven neonazi, la “marcha de los pobres” en Washington, los disturbios en las universidades alemanas e italianas, la edición del *White Album* de los Beatles y las Olimpiadas en México D. F.

No es sorprendente, pues, que se haya coincidido en calificar el año 68 de *annus mirabilis* y se haya subrayado su carácter mítico: aduana histórica, final de una época, arranque de otra que no puede ya ignorarle. Tal valoración, sin embargo, no es admitida unánimemente. Ante los acontecimientos y sus resultados hay quienes se muestran críticos, quienes nostálgicos, quienes despectivos, quienes frustrados. Ahora bien, nadie que reflexione sobre el 68 se manifiesta indiferente. En las actitudes respectivas, incluso por encima de encuadramientos ideológicos, la edad juega un papel determinante. La que entonces se tenía y la que ahora se tiene. Nada sorprendente si se recuerda que aquéllos fueron, sobre todo, movimientos juveniles.

Por aquellos días, personalidades tan brillantes y tan poco oficialistas como **Claude Levi-Strauss** y **Raymond Aron** afirmaron públicamente —el segundo con algún riesgo (1)— que el movimiento estudiantil de la Sorbona constituía una agitación estéril, incapaz

(1) **Raymond Aron**, *La révolution introuvable*, París, 1968.

de dar solución a los problemas universitarios ante los que parecía encrespase, y menos de llevar a una alteración de la sociedad. Calificó Aron entonces a la ideología de mayo de 68, y siguió manteniéndolo quince años después (2), de “singular absurdo”, ante el que no disimuló su antipatía y su repulsión. Estos sentimientos parece que predominaron y perduraron entre quienes los agitadores situaban en el lote de los mandarines. **Malraux** en sus memorias (3) recoge este dicho del general **De Gaulle**: “Al final, todo terminará en un par de zapatillas”. **Ionesco**, en 1978, seguía pensando que la “revuelta” de diez años antes no era más que una fiesta en la que todos querían divertirse, “un alboroto sin imaginación ni objetivo” (4). En fin, el hoy Presidente socialista **François Mitterrand** decía que el 68 fue la “*révolution des cancre*”, de los repetidores, de los malos estudiantes (5). Estos juicios negativos no se emitieron durante un período de rechazo pendular a lo que el 68 representara, por el contrario, hace quince años, en pleno giscardismo, como

Jacques Duquesne pusiera de manifiesto (6), todos los análisis rezumaban en Francia depresión burguesa y una cierta dosis de sentimiento crítico. “¿El 68?” -dijo hace unos años **Bruno Trentin**, secretario del CGIL comunista italiano (7)- “*Me parece que hay muy poco que celebrar*”. **Arthur Schlesinger**, que simpatizó con los aspectos políticos de los movimientos de los 60, declara su escasa simpatía por “*la histeria ínsita en el fenómeno, por aquella fe en lo irracional, por aquel sentido de revuelta contra la ilustración*” (8). Por su parte, **Dean Rusk**, **George Wallace** o **Shirley Chisholm**, primera congresista negra en la historia americana, recordaron en el vigésimo aniversario del movimiento (9) las carencias e ineficacia de aquellas convulsiones.

Ahora bien, ¿qué eficacia y suficiencia se pedía y para qué? Si era para remediar situaciones concretas e inmediatas, ciertamente carecieron de ellas. Pero, ¿fue eso lo que se pretendió?, ¿perseguían realmente los “muchachos” del 68 de Europa y América el cumplimiento de un programa, la satisfac-

□

“Nadie que reflexione sobre el 68 se manifiesta indiferente. En las actitudes respectivas, incluso por encima de encuadramientos ideológicos, la edad juega un papel determinante.”

(2) **Raymond Aron**, *Memorias*, Madrid, 1985, pp. 465 ss. (1º ed., París, 1983).

(3) **André Malraux**, *Antimemoires*, París, 1976.

(4) Entrevista con **Laborde**, *ABC*. Suplemento dominical, mayo, 1978.

(5) **Alain Schifres**, “*Les annes 60*”, en *Le Nouvel Observateur*, 6/12-3-87, p. 46.

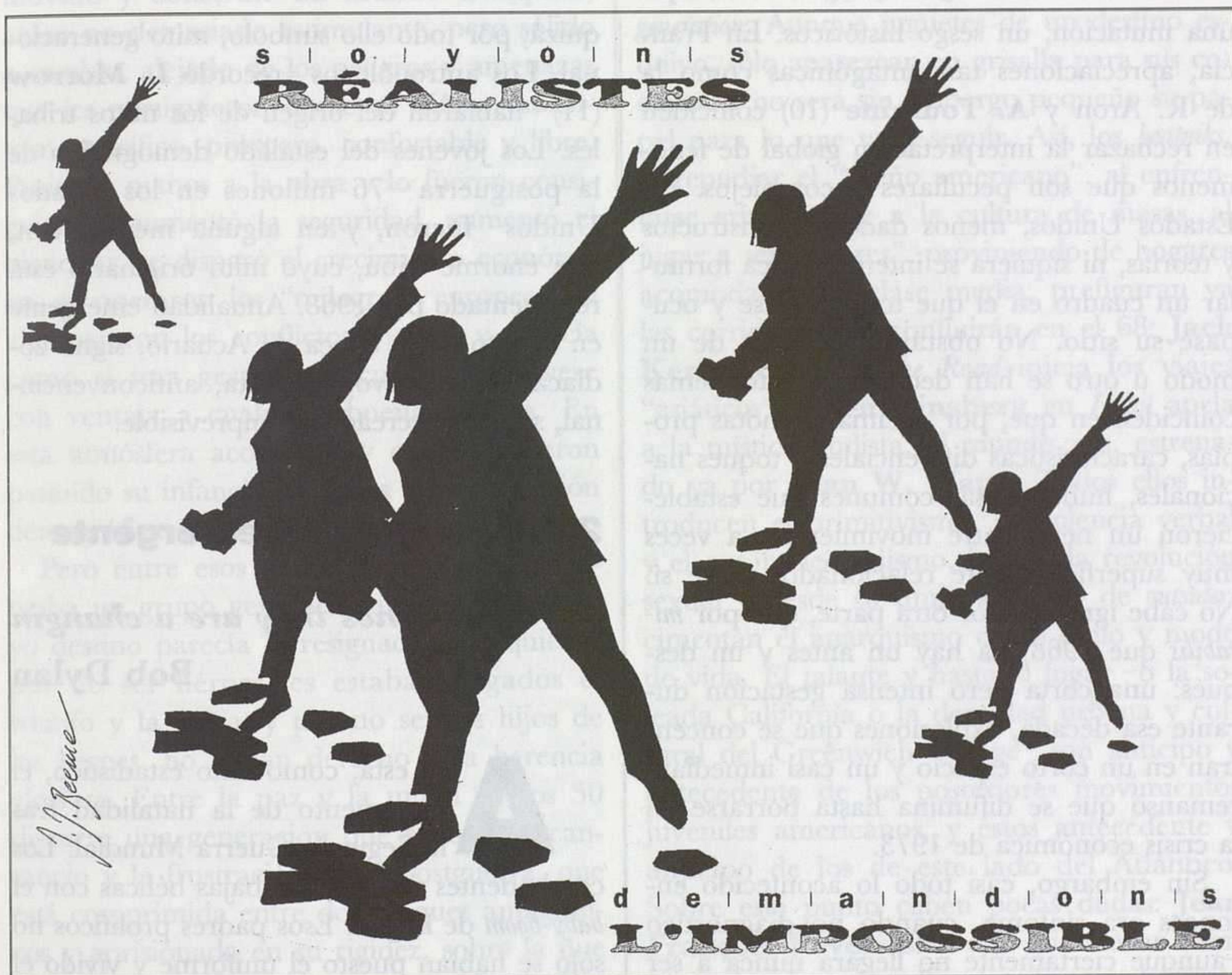
(6) **Jacques Duquesne** en *Le Point*, abril, 1976, deploraba que “*discutidos, incluso barridos por la evolución de las costumbres*”, los valores burgueses, “*tan frecuentemente vituperados con injusticia*”, huyeran amenazados.

(7) **Bruno Trentin**, “*Rivoluzione a metà*”, en *Storia dei gionani*, Democracia, Milán, 1988, p. 168.

(8) **Arthur Schlesinger**, en *Storia...*, cit., p. 251.

(9) *Cfs.*, *Time*, 11-1-88, p. 22.

“Perseguían realmente los “muchachos” del 68 de Europa y América el cumplimiento de un programa, la satisfacción de unas reivindicaciones formulables en proporciones específicas”



ción de unas reivindicaciones formulables en proposiciones específicas? ¿Qué efectos podían seguirse de la intencionada y significativa máxima: *“soyez réalistes, demandez l'impossible”*?

Pero acaso se esté pecando de generalización si antes no se subraya que la acumulación de acontecimientos, tan típica de aquel año, implica, junto a la confluencia, la hete-

rogeneidad. Tantos hechos -los comentaristas han señalado hasta veintitantos relevantes- no pueden responder a unas mismas causas, ni tener idénticas consecuencias, ni ser simplícadamente incluidos en un solo esquema. Algunos de ellos poco tenían que ver entre sí, pero casi todos constituyen elementos de una trama compleja que pone de manifiesto

“Acaso se esté pecando de generalización si antes no se subraya que la acumulación de acontecimientos, tan típica de aquel año, implica, junto a la confluencia, la heterogeneidad.”



una mutación, un sesgo históricos. En Francia, apreciaciones tan antagónicas como la de R. Aron y A. Touraine (10) coinciden en rechazar la interpretación global de fenómenos que son peculiares y complejos. En Estados Unidos, menos dados a constructos y teorías, ni siquiera se intentó nunca formular un cuadro en el que todo cupiese y ocupase su sitio. No obstante, cuantos de un modo u otro se han dedicado a estos temas coinciden en que, por encima de notas propias, características diferenciales y toques nacionales, hubo causas comunes que establecieron un nexo entre movimientos, a veces muy superficialmente relacionados entre sí. No cabe ignorar, por otra parte, que por *mirabilis* que 1968 sea hay un antes y un después: una corta pero intensa gestación durante esa década, explosiones que se concentran en un corto espacio y un casi inmediato remanso que se difumina hasta borrarse en la crisis económica de 1973.

Sin embargo, casi todo lo acontecido entonces era síntoma, cuando no diagnóstico —aunque ciertamente no llegara nunca a ser terapéutica— de la estrechez de los moldes sociales para contener unos modos de vida nuevos. Era enunciado negativo, denuncia incompleta, formulación imposible, intuición vaga de lo querido, adivinación sin perfiles, y

quizá, por todo ello símbolo, mito generacional. Los antropólogos —recordó L. Morrow (11)— hablaron del origen de los mitos tribales. Los jóvenes del estallido demográfico de la postguerra —76 millones en los Estados Unidos— fueron, y en alguna medida son, una enorme tribu, cuyo mito originario está representado por 1968. Anualidad emergente en el orto de la época de Acuario, signo zodiacal imaginativo, futurista, anticonvencional, subjetivo, creador e imprevisible.

2. La generación emergente

The times they are a changin

Bob Dylan

Ahí está, como dato estadístico, el incremento de la natalidad tras la Segunda Guerra Mundial. Los combatientes reponen las bajas bélicas con el *baby boom* de la paz. Esos padres prolíficos no sólo se habían puesto el uniforme y vivido el conflicto sino que crecieron cuando los años 20 habían dejado de ser felices y llegaban las tensiones de los 30, maduraron en la expectación, y algunos en la tragedia, de las crisis nacionales, económicas, políticas y militares,

(10) R. Aron, *Memorias*, cit., p. 465 y A. Touraine, “El movimiento estudiantil: crisis y conflicto”, en *la Sociedad post-industrial*, Madrid, 1969, pp. 90 ss.

(11) Lance Morrow, “1968”, en *Time*, 11-1-88.

convivieron con el desempleo y la pobreza, conocieron hambre, inmigraciones, regímenes autoritarios, ideologías cerradas, sistemas dogmáticos. Hicieron, ganaron o perdieron la guerra, y por ello quisieron poner punto final a tanta agitación como los había conmovido y construir un mundo tranquilo, acaso no demasiado estimulante, pero sólido a cambio, alejado de los peligros y amenazas que les persiguieron desde su niñez, un entorno pacífico, próspero, confortable y libre. Pusieron manos a la obra y lo fueron consiguiendo: aumentó la seguridad, aumentó el bienestar, se disparó el crecimiento económico, se operaron los “milagros” europeos, se atemperaron los conflictos sociales y parecía como si una gestión adecuada sustituyese con ventaja a cualquier buena política. En esta atmósfera acogedora y confiada fueron pasando su infancia los niños de la explosión demográfica, bien atendidos y mejor criados.

Pero entre esos padres y esos hijos se situaba un grupo generacional intermedio cuyo destino parecía la resignación de quienes por no ser héroes les estaban negados el triunfo y la épica, y por no ser los hijos de los héroes, no tenían derecho a la herencia gloriosa. Entre la paz y la mitad de los 50 discurre una generación que soporta el cansancio y la frustración de la postguerra, que está comprimida entre dos bloques antagónicos y aprisionada en su rigidez, sobre la que gravita la sombra de la Bomba y las tensio-

nes de la guerra fría. Una generación “silenciosa” en Estados Unidos, “escéptica” en Europa. Según sus críticos, pasiva, sumisa, refugiada en lo privado, rumiadora de problemas existenciales, que apenas se rebela entre escasas minorías en los países vencedores. Aquí, los *angry young men*; allá, la *beat generation*. Aunque juguetes de un destino esquivo, sólo aparezcan en grisalla para sus coetáneos, no será sin embargo pequeño su papel para lo que va a seguir. Así, los *beatniks*, al repudiar el “sueño americano”, al enfrentarse críticamente a la cultura de masas, al jugar a ser “pobres”, proviniendo de hogares acomodados de clase media, prefiguran ya las corrientes que confluirán en el 68: **Jack Kerouac** en *On the Road* inicia los viajes “asiáticos”, **Allen Ginsberg** en *Howl* apela a la mística budista, al mundo zen, estrenado ya por **Alan W. Watts**. Todos ellos introducen el primitivismo, la violencia verbal y el antiintelectualismo, inician la revolución sexual y desde su título asumido de *outsiders* cimentan el anarquismo como estilo y modo de vida. El talante y hasta el lugar —o la soleada California o la densidad urbana y cultural del Greenwich Village— son anticipo y antecedente de los posteriores movimientos juveniles americanos, y éstos antecedente y anticipo de los de este lado del Atlántico. Sobre este punto caben pocas dudas: **Jean François Revel** —bien está que sea un francés quien lo haga— llamó a los revoluciona-



“Casi todo lo acontecido entonces era síntoma, cuando no diagnóstico, de la estrechez de los moldes sociales para contener unos modos de vida nuevos.”

rios europeos de 1968 “discípulos de los movimientos americanos” (12). Mientras, iban creciendo quienes lo nutrirían con sus afanes. Y no crecían en el desamparo material. **M. Abrams** (13) calculaba para la Gran Bretaña, al comenzar la década, unos 5 millones de jóvenes que gastaban 960.000.000 de libras anuales, y **J. B. Mays** (14) daba para los Estados Unidos, en 1965, 24 millones de adolescentes, con un gasto de 14 mil millones de dólares al año. Debe añadirse, por significativo, que el orden de las adquisiciones realizadas por esos tempranos gastadores era, en ambos casos, y con ligeras diferencias, el transporte (en vehículos propios muchas veces), la comida y la bebida, el tabaco y las diversiones. Muestran asimismo los datos que podían variar la cantidad y calidad de lo adquirido o de la diversión elegida, según renta y generosidad de los padres, pero lo elegido seguía siendo básicamente lo mismo, con lo que se borran las diferencias de sexo y clase social y se produce una ostensible igualación en los modos de cubrir el ocio.

La opulencia consumista de estos adolescentes no cuajaba, sin embargo, en satisfacción personal o grupal. Ciertamente esos jóvenes seguían siendo dependientes en cuanto su fuente de ingresos no era propia, sin embargo nunca fueron —los estudiantes en espe-

cial— tan autónomos: libres de cargas personales, prorrogada su situación por la prolongación de sus estudios, halagados por el mercado de consumo, agrupados en amplios recintos docentes podían elaborar su propia cultura, sus pautas de comportamiento, su estilo propio, sin demasiadas presiones externas por el debilitamiento de los lazos familiares y la autoridad paterna y académica. Esta última se resentía a medida que se llenaban a toda prisa las aulas universitarias: entre 1950 y 1964, la población universitaria de los Estados Unidos se dobla y cuenta con 5.000.000 de estudiantes, y la de Gran Bretaña, Francia, R. F. A. e Italia se dobla asimismo y pasa a ser de 1.300.000. En especial en Francia y Alemania el incremento es asombroso, pasando los alumnos de 140.000 a 455.000 y de 123.000 a 343.000, respectivamente, por país y año. Ese marco complejo y contradictorio apenas ocultaba las tensiones latentes: seguridad, sí, bienestar también, pero ¿por cuánto tiempo? Un severo sistema de méritos para la promoción profesional, una sociedad constitutivamente competitiva, unas exigencias en incremento cuyo final no se adivinaba encerraban inconscientemente un interrogante patético sobre el éxito o el fracaso cuando finalizase una situación tan interina y tan sin papel social co-



“Entre la paz y la mitad de los 50 discurre una generación que soporta el cansancio y la frustración de la postguerra, que está comprimida entre dos bloques antagónicos y aprisionada en su rigidez, sobre la que gravita la sombra de la Bomba y las tensiones de la guerra fría”

(12) En *L'Express*, junio, 1978

(13) **M. Abrams**, *The Teenage Consumer*, London Press Exchange Papers, julio, 1959, enero 1961.

(14) **J. B. Mays**, *Cultura adolescente en la sociedad actual*, Barcelona, 1968.

“Jack Kerouac en 'On the road' inicia los viajes 'asiáticos', Allen Ginsberg en 'Howl' apela a la mística budista, al mundo zen, estrenado ya por Alan W. Watts.”



mo la de joven. No era sólo una aprensión de niños mimados, era también una realidad agazapada que reconocieron y mostraron sociólogos de talla: **Kingsley Davis** señalaba por entonces que, a diferencia de otras sociedades pasadas o más elementales, la nuestra actual no ha sabido dar al adolescente “una función declarada en la estructura institucional” (15), de este modo se le convierte en figura marginal, no diferente en ese aspecto a los negros y otras minorías marginadas, por las que no en balde manifestarían después una simpatía y una solidaridad hartamente significativas.

No son, sin embargo, los del 68 una generación carismática o precursora. Son, más bien, una generación síndrome. Actores, no autores, consecuencia, no causa de una mutación social importante: el tránsito, crítico como todos ellos, de una sociedad industrial a otra más evolucionada. Ha sido **Lipset** (16) precisamente quien destacó que los fenómenos del 68 sólo son concebibles en una sociedad postindustrial que se caracteriza, entre otras cosas, por el predominio del sector terciario, la elevación de los niveles educativos y el aumento de la población estudiantil.

En un ámbito social con esas notas el principal agente de cambio no son las actividades económicas sino las intelectuales, de modo que la minoría científica, y también la tecnológica gozan de mayor prestigio e influencia que la minoría de los “propietarios”. Nacen así unas nuevas superestructuras, con unas nuevas élites y unos nuevos valores: una sociedad menos impersonal, más abierta y culta; una vida personal más libre y propia; una democratización del trabajo, la política y la vida comunitaria; un medio ambiente más limpio; mayor igualdad entre hombre y mujer; respeto a las minorías; mayor calidad en la educación; cultura más intensa y participada; relaciones internacionales más fluidas; mayor presencia en las decisiones; mayor permisividad. Como se trata de una cultura emergente, convive de modo natural, aunque no siempre pacífico, con los viejos valores heredados, vivos aún y vigentes para una buena parte de la sociedad. El 68 es sin duda la manifestación -aunque no el alumbramiento- de esa mentalidad postindustrial. Porque es precisamente entre los más ricos y mejor educados, o entre sus hijos, donde se manifiestan más pujantes esos brotes postburgueses que pugnan por impo-

(15) **Kingsley Davis**, *Human Society*, Londres, 1959, 12ª ed., p. 227. Han reiterado la existencia de ese miedo al futuro en medio de la abundancia presente. **M. Dagonat** y **J. Buob**, en “*Les rêves de mai 68*”. *L'Express*, 1-4-93.

(16) **V. Seymour**, **M. Lipset**. “¿Qué ha ocurrido con el proletariado?” en *Encounter*, III, 1981, reproducido en *Cuenta y Razón*, 4, otoño, 1981, pp. 187 ss.

“No son, sin embargo, los del 68 una generación carismática o precursora. Son, más bien, una generación síndrome. Actores, no autores, consecuencia, no causa de una mutación social importante.”



nerse. E imponerse en cualquier campo o manifestación, preferentemente en el sentimiento y en la acción. Ejemplos sobran, basten acaso unas pinceladas.

El complejo sentimental que expresan los blues en particular y el jazz en general o los estados de ánimo que traducen las folk songs provienen de la pobreza, de la marginación, de las necesidades materiales. Cuando son retomados por los músicos y cantantes de los años 60, lo que expresan ya son necesidades espirituales de una clase opulenta e insatisfecha a la vez que se interroga sobre el papel del hombre en un mundo materialista. No es necesario subrayar el papel capital que jugará en esa generación la entrega apasionada a la música pop, que es además uno de sus legados culturales menos discutibles a los jóvenes de hoy.

A fines de agosto del 68 se celebró en Chicago la Convención del Partido Demócrata, que por obra de yippies y jóvenes antibelicistas se convirtió en una gran y espectacular revuelta en la que pudo verse por vez primera a través de la televisión cómo unos chicos de clase acomodada, representantes de la protesta y el desorden, desafiaban y eran reprimidos por policías de baja extracción social, representantes de la autoridad y

el orden. Esta inversión de las pautas habituales, esta prueba del carácter intelectual, juvenil, de nivel cultural y económico no pequeños, de unos movimientos abiertos en todo Occidente o sofocados en buena parte del mundo europeo comunista, no sólo fue anotada por historiadores y sociólogos sino percibida por creadores y poetas, en especial de la izquierda, desde **Jean Genet** a **Pier Paolo Pasolini**, que con motivo de los acontecimientos de Valle Giulia, análogos en planteamiento y desarrollo a los de Chicago, escribió un poema en que subrayaba la inversión en la lucha de clases (17).

Por supuesto, esta sociedad así perfilada no se agota en los rasgos descritos. Incluye también otras características, como la enajenación del hombre y la decadencia de la cultura moderna, por ejemplo, que caracterizan a la sociedad de masas, sometida a disección por **Ortega** ya en 1926 y analizada con clarividencia en 1929 (18). **C. Wright Mills**, veinte años después (19), abandona, desde una postura izquierdista precisamente, la idea de sociedad de clases y la sustituye por la de sociedad masa. **Mannheim** había considerado ya la masificación como el rodillo nivelador de las clases, rodillo que actuaba curiosamente sin métodos ni resultados pro-

(17) “...e voi, cari (benché dalla parte/della ragione) eravate i ricchi,/mentre i poliziotti (che erano dalla parte/del torto) erano i poveri”.

(18) La primera edición de *La rebelión de las masas* es de 1929, pero el tratamiento del concepto masa es de 1926 en *El Sol*.

piamente revolucionarios, al menos en el sentido marxista del término. Lo que estaba ocurriendo desde el período de entreguerras es que una de las clases existentes crecía con desmesura a expensas de las demás; al tiempo que Ortega se detenía en los aspectos culturales del fenómeno, **Lederer** destacó desde otra perspectiva el papel asumido por "*der neue Mittelstand*" como protagonista histórica de los tiempos, según pone de manifiesto **Dahrendorff** (20). El peculiar ámbito cultural que provoca y en que se mueve esa inmensa clase media, logró encrespar durante mucho tiempo a los intelectuales de derechas e izquierdas, puestos de acuerdo esta vez en la crítica elitista, que unirá a Ortega, a **Benjamin**, a **Gilson**, a **Hockheimer**, a **H. Arendt**, a **T. Adorno** o a **D. Bell**. Para éste, en la nueva sociedad, se han debilitado los lazos familiares y comunitarios, se ha erosionado la autoridad de los líderes por la decadencia de los credos tradicionales, se vive angustiosamente una búsqueda de *status*, surgen otros líderes y otros credos (21). Y mientras lo que está naciendo trata de desplazar a lo instalado, a quienes empujan les parece insincero y fingido, equívoco y alienante todo el aparato social. En la

Francia de 1968 hizo fortuna el término "*société du spectacle*" para definir la situación. La frase es de **G. Debord** (22) y pone de relieve la separación flagrante entre imagen y realidad, realidad superficial y falsa, en que la imagen se hace fin en sí misma y se aleja de la vida auténtica, en especial de la política auténtica. Uno de los cabecillas más célebres de las revueltas de Nanterre y la Sorbona, **Daniel Cohen-Béudit**, utiliza esa expresión, entre despectivo y acusatorio, en sus cuadernos "Movimiento del 22 de marzo". Pero, como más de una vez ha ocurrido, los denunciadores se contagiaron de los denunciados: **Alain de Benoist** (23) decía que vivió el mayo de 1968 como un espectáculo y, por eso mismo, como una contradicción, pues la había entre la denuncia, no del todo errada, del carácter "espectacular" de la sociedad de consumo -otro nombre que añadir a una larga lista- y que acabó exagerando lo mismo que denunciaba, al oponer al "espectáculo" un "superespectáculo". Señala Benoist agudamente que la ocupación del Odeón, "un teatro", fue todo un símbolo, y añade que "*una de las grandes lecciones de 1968 fue esa prodigiosa capacidad de recuperación de una 'socie-*

□

"A fines de agosto del 68 se celebró en Chicago la Convención del Partido Demócrata, que por obra de 'yippies' y jóvenes antibelicistas se convirtió en una gran y espectacular revuelta."

(19) **C. Wright Mills**, *White Collar, the American Middle Classes*. N. York, 1957.

(20) **Ralph Dahrendorff**, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, 1962 (1ª ed. alemana, 1957).

(21) **Daniel Bell**, *The end of ideology*, N. York, 1961, pp. 21 ss.

(22) **G. Debord**, *La Société du spectacle*, París, 1967.

(23) Diálogo entre **Jean-Edern Hallier** y **Alain de Benoist** en *Le Figaro-Dimanche*, mayo, 1978.

dad del espectáculo' sobre la que, un año antes, los teóricos situacionistas lo habían dicho ya todo". Otro tanto ocurría en la R.F.A., en Italia, con sordina en Polonia y Checoslovaquia y a cajas destempladas en América donde la

acompañado a la nación desde la Declaración de Independencia, donde una juventud recelosa lanzaba un eslogan terminante: "No te fies de los mayores de treinta años".

3. Una cultura adolescente

*We want the world
And we want it now*

Jim Morrison

Esa juventud recelosa y a la vez afirmativa, al calor de la paz y al socaire de la prosperidad económica había ido destilando pautas propias de vida y convivencia, esto es,



guerra, de cuya legitimidad se dudaba, se perdía además trágicamente y sin sentido, donde los héroes caían asesinados, donde las autoridades dejaban de serlo para quedarse en poder, donde empezaba a dudarse de que el cielo estuviese de parte de los Estados Unidos como hasta entonces, donde se acababa el estado de fe y de gracia que había

había creado una cultura o, más bien, una "contra cultura" en términos de **Theodore Roszak** (24). Algo que constituye lo más auténtico, lo más peculiar, quizá lo más sincero que produjo la década de los 60. Hace muy poco, el un día adorado Country **Joe McDonald**, líder del grupo *pop-rock*, dijo a sus hoy 51 años: "lo único que prosperó de todo aquello fue la contracultura" (25). La contracultura



"El peculiar ámbito cultural que provoca y en que se mueve esa inmensa clase media, logró encrespar durante mucho tiempo a los intelectuales de derechas e izquierdas, puestos de acuerdo esta vez en la crítica elitista."

(24) **Theodore Roszak**, *The making of a counter culture: reflections on the technocratic society and its youthful opposition*, N. York, 1963.

(25) En *Time*, 11-1-88, cit

“Alain de Benoist decía que vivió el Mayo de 1968 como un espectáculo y, por eso mismo, como una contradicción.”



-“la gran negación”, dijo de ella **Marcuse** fue, hacia 1968, como un gran paraguas que albergaba bajo él a toda una pluralidad de modos alternativos y opuestos a unas normas que pudieran, no sin vaguedad, llamarse tradicionales en la vida cultural. Acaso la diferencia más característica entre estos movimientos y otras reacciones en contra que en la historia se han dado es que éstas de alguna manera tuvieron como referencia la alta cultura, aunque pretendieran superarla, sustituirla por otra mejor, más pura y decantada. La contracultura no persigue semejante cosa. La polémica sobre la cultura de masas, a que ya se aludió, lamentaba sobre todo el deterioro que las nuevas condiciones sociales y la presencia ubicua de los medios de comunicación social operaban en la creación y conservación de un acervo cultural que era producto de la sensibilidad, la inteligencia y el esfuerzo humanos. La joven generación de los 60 no carece enteramente de esa preocupación, pero constituye en ella un aspecto marginal. El tema central de la época es la oposición a cualquier norma de cultura heredada -convencional se la llama- sea alta, sea baja. De todas las manifestaciones de esta idea, sin duda las más simbólicas en este aspecto fueron los *hippies* y el *rock*. A lo largo de la década van configurándose los rasgos. Los jóvenes prósperos los elaboran y los enriquecen a través de la música principalmente, del lenguaje, de la vestimenta, del modo de relacionarse generaciones y sexos, del uso de drogas también, y fraguan una revolución

cultural que se hace mundial -del mundo desarrollado- a través de la radio, los discos y la televisión.

Porque en la rememoración de aquellos años aparecen ciertos toques nítidos: la aparición de la casete, la popularización del disco de 33 r.p.m., las melenas masculinas, los objetos de una sola utilización, la máquina polaroid, la minifalda, los alimentos preparados, el baile de la pareja separada, la extensión de la informática, el aumento de los receptores de TV, los vaqueros para muchachos y muchachas, los electrodomésticos de línea blanca, la delgadez, las vacaciones fuera del lugar de residencia, la práctica progresiva de deportes antes minoritarios, el *happening*, el informalismo, la moda unisex, la habitación propia, con su tocadiscos, su transistor y sus carteles, que empiezan a recibir por todas partes el nombre inglés de *poster*, el escuter en la acera o el uso del coche familiar. Sin duda, el individualismo, pero también la devoción al grupo que deriva a menudo en gregarismo, en asociación libre para bailar, para oír música o para contemplar espectáculos apasionantes, como aquella carrera de automóviles de Karlsoga que acabó en un tumulto orgiástico y vandálico. No hay que equivocarse sin embargo sobre la capacidad y consciencia de estas gentes. **Indro Montanelli** lo expresó bien por entonces cuando afirmaba que la masa juvenil sería alérgica al jabón y a la máquina de afeitar, pero intelectual y moralmente estaba más madura de lo que correspondía a su edad o al menos de

“La contracultura fue, hacia 1968, como un gran paraguas que albergaba bajo él a toda una pluralidad de modos alternativos y opuestos a unas normas que pudieran, no sin vaguedad, llamarse tradicionales en la vida cultural.”

lo que estaban los coetáneos del pensador italiano cuando eran jóvenes.

Hubo olas sucesivas de modas, estilos, grupos y grupúsculos que se suceden, se reemplazan o se superponen. Les diferencian más cosas de las que les unen: teddy boys, yeyés, mods, provos, yippies o hippies y tantos otros posteriores sólo tienen en común probablemente el hecho de ser movimientos juveniles de afirmación o protesta con grados muy distintos de acidez. Entre unos y otros van acarreando un depósito cuyo punto cumbre es 1968 o quizá el 1969 de Woodstock y la isla de Wight, apogeo y ocaso a la vez de la manifestación expresiva más típica de la época. La ruptura formal incluye el nihilismo, el vagabundeo, el utopismo, las drogas, la psicodelia, el predominio de la comunicación no verbal, el antibelicismo, la preferencia por lo instintivo, lo sensible y lo pequeño, el disgusto por la higiene, el gusto por el color y el harapo, la publicidad del sexo y unas relaciones tan promiscuas que incluyen lo claramente homosexual -es la hora del *gay-power*, del *Women's lib*- y lo ambiguo. Ambiguos son **David Bowie**, **Mick Jaeger**, **Jim Morrison** de los Doors, **Jimmy Page** y **Robert Plant** de los Led Zeppelin o **Al Kooper** en la portada del LP *Act like nothing...* No es casual que sean músicos y can-

tantes los que se citan, ellos son los grandes líderes y la música la gran protagonista. Cabe apostar que muchos jóvenes de la época podían ignorar e ignoraron durante mucho tiempo los nombres políticos: **Jerry Rubin** y **Abbie Hoffman**, cabezas de los yippies, **Mark Rudd**, líder del levantamiento en la Columbia, **Rudi Dutschke**, el cabecilla universitario alemán y acaso el mejor cerebro de la generación, **Dany el Rojo**, la figura más popular del mayo revolucionario francés o **Joshka Fischer**, que se incorporó a los Baader-Meinhof y fue luego ministro verde de Medio Ambiente desde 1985. Lo que nunca ignoraron fue el nombre de sus cantantes predilectos y ello prueba a su vez que el foco apuntaba a la cultura, no a la política, al pensamiento y al sentimiento, no a la acción planeada y mantenida. El número de juglares es crecidísimo y no pueden ni deben figurar aquí los nombres, pero sería escamotear datos importantes para entender ese período olvidar algunos: **Elvis Presley**, los **Beatles**, **Bob Dylan**, **Kris Kristoferson**, **Janis Joplin**, **Jimi Hendrix**, los **Rolling Stones**, **Joan Baez**, **Simon and Garfunkel**, **Jim Morrison...** (26). Aquella música, el *rock* en especial, fue la envoltura sonora y más universal de la protesta, la heterodoxia, el pasotismo, la comuna y la dro-

(26) En cuanto profetas de los 60, en cuanto reflejo típico de una generación, se han traído como cita algunas de sus letras para encabezar los apartados de este escrito.

ga, de todo cuanto denunciase al *Sistema*, que así, con mayúscula, fue una de las grandes obsesiones típicas de la generación.

Además de profetas hubo mentores: **Marx**, **Freud** y **Nietzsche**, especialmente, que constituyen lo que **Jean-Paul Enthoven** llamó (27) “*triada emblemática de los años 60*”. Con ellos se socavan los valores de la sociedad burguesa y el credo democrático, ya tambaleantes tras las dos guerras mundiales y los procesos de descolonización. Es un combate en regla a la fe en la razón ilustrada, a la fiabilidad de los procesos de formación de la opinión pública o de la voluntad general que la democracia necesita; argumentos que sirvieron también para los totalitarismos y que ahora se revelan con luces nuevas. Porque como se ha advertido con mirada irónica (28) esos autores no tanto se leen cuanto se releen: **Barthes** relea a **Racine**, **Lacan** relea a **Freud**, **Althusser**, desde la *Ecole Normale*, relea a **Marx**, todo director teatral o dramaturgo sin obras estrenadas relea a los clásicos, porque todo debe ser releído, interpretado, apeado, desmitificado, pasado por la purificación de la burla, todos menos el lingüista, el psicoana-

lista y el Marqués de Sade. ¡Ah, el sexo!, el maestro Marcuse polemiza con **Norman O’Brown** a propósito de la publicación de su libro *Love’s Body* en 1966; **Wilhem Reich**, que montó las terapias de grupo, resucita como apóstol de la liberación sexual. La *kulturkritik* pasó el Atlántico en la diáspora provocada por el nazismo y corrió a cargo de un discípulo marxista menor su divulgación entre universitarios: **Herbert Marcuse** y sus biblias, *El hombre unidimensional* y *Eros y la civilización*. Hubo quien dijo que la fortuna le vino de la inicial, las 3M, **Marx**, **Mao**, **Marcuse**. *El libro rojo*, *El diario del Che en Bolivia*, otros dos libros de cabecera; y *La contrarrevolución global* de **Leo Huberman**, *Los nuevos santones* y *Los intelectuales y el poder en América* de **Noam Chomsky**, en fin, *La Autobiografía de Malcom X* (29), sin contar las obras de los contemporáneos, con valor de arenga y palpitación de afinidades, con menor difusión sin embargo, sin contar otros trabajos de gran sustancia pero que sólo circulaban entre militantes y comprometidos, como eran los de **Luckas** y **Gramsci**. Muchos de aquellos intelectuales, no obstante, tardaron en comprender lo que estaba pa-



“Teddy boys, yeyés, mods, provos, yippies o hippies y tantos otros posteriores sólo tienen en común probablemente el hecho de ser movimientos juveniles de afirmación o protesta con grados muy distintos de acidez.”

(27) Jean Paul Enthoven, “Faut-il réinventer la démocratie?” en *Novel Observateur*, 6-12 marzo 1987.

(28) **Alain Schifres**, *l.c.*, p. 43.

(29) -Llevada ahora a la pantalla con relativo éxito y entusiasmo escaso entre el público: veinticinco años pesan, puede notarse.

sando. Revolucionarios y todo, no habían abandonado aún sus viejas pautas pensadas para una sociedad industrial que ya había sido superada: **Jean-Paul Sartre** fue un prototipo; **Adorno**, tras buscar diálogo con los movimientos del 68, murió apenado por las duras réplicas cuando no las burlas de sus alumnos más queridos; **Michel Foucault** se muestra deletéreo; y nada menos que **Jürgen Habermas** acusa a los estudiantes de ser fascistas de izquierda. Pero todo ello es explicable y más adelante tratará de ser explicado.

4. La romántica lucha contra el "Sistema"

*...and tell the child to bury
daddy's old clothes*

Jimi Hendrix

Todos cuantos han reflexionado sobre los fenómenos acaecidos alrededor de 1968, y en ese año, coinciden en la diversidad de las causas que en cada país determinaron los movimientos respectivos, pero también en la existencia de causas comunes, lo que provoca esa analogía entre América del Norte y la Europa occidental. Y analogías con dos talantes, en dos modalidades que, siguiendo una nomenclatu-

ra muy de la época, se han llamado *soft* y *hard*. Serían *soft* los hippies, el erotismo, la ecología, lo bucólico, California, el antibelicismo, las playas, lo psicodélico. Serían *hard* la droga, el porno, Vietnam, las 3M, el rock, **Andy Warhol** y *The Factory*, el cuero simbólico y el terrorismo: los Baader-Meinhof, los primeros ejercicios de ETA, la guerrilla urbana. La línea entre lo blanco y lo duro es nebulosa y cambiante: el futuro nuevo filósofo, **André Glucksman** reclamaba por entonces el incendio de Europa entera, después se contentó con reflexionar sobre su pasado y su destino, sobre el cocinero, el caníbal y los maestros del pensamiento, con dureza ocasional ciertamente, y sin morderse la lengua, pero sin provocaciones similares tampoco.

Por entonces, los jóvenes, confiados en su número y presumible fuerza, intentaron convertirse en la medida de todo y lo consiguieron. En ello radica buena parte de la ruptura, cuyos contenidos eran nuevos en Europa, donde una cultura juvenil carecía de precedentes. Antiautoritarismo, marginación querida y al tiempo solidaridad con los pares en edad, corte generacional y odio a un ente abstracto llamado el *Sistema* son las notas principales que pueden detectarse como comunes a toda la generación se encuentre en donde se encuentre, aquí o allá del Atlántico. El antiautoritarismo se revela por do-



"Todo director teatral o dramaturgo sin obras estrenadas relee a los clásicos, porque todo debe ser releído, interpretado, apeado, desmitificado, pasado por la purificación de la burla, todos menos el lingüista, el psicoanalista y el Marqués de Sade."

“Aquella música, el rock en especial, fue la envoltura sonora y más universal de la protesta, la heterodoxia, el pasotismo, la comuna y la droga, de todo cuanto denunciase al 'Sistema'.”



quier como debilitamiento del peso y prestigio de los padres, de los profesores, de la educación misma como institución, de las iglesias establecidas, del ejército, del mundo burgués de valores. Plasma por igual en las colonias bohemias, conscientes de huir de la cultura de masas, en la renovación del movimiento pro-derechos civiles en Estados Unidos y su paulatina ampliación a la lucha anti-vietnam y al cambio social radical fuera de los cauces de la oposición política formalizada, en la hostilidad hacia las veredas democráticas institucionales, en la transferencia de la lucha de clases a la lucha cultural. **Hewitt** ha dicho con certeza que la época “parecía estar a merced de alguna oscura fuerza edípica” (30). Es el tiempo en que **Marco Bellochio** exhibe su película-símbolo, *I pugni in tasca* y los estudiantes emborronan los venerables muros de la Sorbona con elocuentes pintadas: “*Professeurs, vous nous faites vieillir*”.

Hay, ya se dijo, un objetivo final: la lucha contra la gran bestia negra, el derrocamiento inmisericorde del *Sistema*. **Raymon Aron**, al subrayar la simpatía del movimiento del 68 por la ideología de inspiración libertaria (31), destaca agudamente una serie de pares opuestos que caracterizan bien el espíritu del momento: izquierdismo contra partido comunista, praxis contra instituciones, Sartre

contra Levi-Strauss, “nosotros” contra el *Sistema*. Es algo más y también algo menos que un brote de individualismo, que una manifestación de anarquía, es una meta, una justificación, un sustento, un impulso, una coartada. “*Agitez votre culture*” decía otra de las brillantes frases escritas a brochazos. **P. Laforgue** lo había anticipado: la cultura del porvenir es la descultura. Porque de esta cultura actual, la del *Sistema*, se desconfía, induce al conformismo, está manipulada, falsea la realidad, prostituye la existencia, encadena física y moralmente, coarta, esteriliza. Lo dijo enardecido **D. Cohen-Béddit** aquel famoso año: gracias a la cultura “*el Sistema puede extender su dominio a todos los aspectos de la vida cotidiana*” (32). En consecuencia, la vida cultural se fragmenta y toma nuevas y sucesivas formas; negros, indios, chicanos, feministas, homosexuales, cualquier grupo marginado busca su propia expresión. Liberación es la palabra clave que satisface el propio orgullo y afirma la propia identidad, surge una militancia, una identificación, una agresividad, incluso, en la defensa de lo que caracteriza. Si hubo un tiempo en que el esfuerzo lo fue de adaptación, ahora lo es de ruptura, de ruptura contra el opresor *Sistema*. Al reparar tanto manifiesto, tanto grupúsculo, tanto enfrentamiento de ideas, tanto choque de

(30) **Bill Hewitt**, 1968, en *Newsweek*, 4-1-88.

(31) **R. Aron**, *Memorias*, cit., p. 466.

(32) **D. Cohen-Béddit**, *Le gauchisme, remède à la maladie sénile du communisme*. París, 1968, p. 70.

“Muchos intelectuales tardaron en comprender lo que estaba pasando. Revolucionarios y todo, no habían abandonado aún sus viejas pautas pensadas para una sociedad industrial que ya había sido superada.”

praxis, tanto y tan universal odio al *Sistema*, **Alain Schifres**, desde la irremediable madurez de hoy, prorrumpe en esta exclamación agridulce: “¡Qué simple era el mundo! Estaba el Sistema que intentaba chuparnos la sangre mientras dormíamos” (33).

Cuando a Arthur Schlesinger se le pregunta si para resolver los grandes problemas del próximo decenio no sería preciso algo del espíritu de los 60, contesta de modo rotundamente negativo: no valdrán ni el “misticismo” de esos años, ni su rechazo de la historia, de la razón y de la experiencia que los caracterizó. “Los jóvenes entonces -dice- creían que nada de cuanto hubiese acaecido antes de que ellos entrasen en escena tuviese algún valor. Es un error que no debe repetirse” (34). Pese a esa falta de referencias históricas o acaso por esa falta misma, no carecen los movimientos de los años 60 de una cierta coloración romántica. Más aún, en lo profundo constituyen actitudes románticas en más de un aspecto. Me sorprende que no se hayan destacado algunos paralelos que se evidencian sin grandes esfuerzos. La generación de los 60, al igual que la romántica, es irracional, ahistórica, utopista, egocéntrica, escéptica y sentimental.

A lo largo de este trabajo espero que esas notas queden de manifiesto, lo que ahora quiero señalar es cuanto hay de común entre los del 68 y los románticos.

Señalaba **Hauser** (35) que el romanticismo no representa una concepción del mundo revolucionaria o antirrevolucionaria, progresista o reaccionaria. De hecho conviven ambas tendencias, como también del 68 nacieran por igual la Nueva Derecha y la Nueva Izquierda. Lo que caracteriza a los movimientos no es la posición que alcancen, que resulta dual, diversa, sino que la alcancen por un camino caprichoso, irracional y nada dialéctico: “su entusiasmo revolucionario era tan ajeno a la realidad como su conservadurismo”. Irracional, pues, pero también ahistórico: el romántico, añade Hauser, no juzga su propio momento ni de manera histórica ni dialéctica, no comprende que está entre el pasado y el futuro y que representa un conflicto insoluble de elementos estáticos y dinámicos. La generación romántica, como la de los 60, adopta una actitud crítica frente a su momento histórico y rehúsa lo heredado porque es incapaz de expresar su propio sentido de la vida. Ambas generaciones desean un cam-

(33) **Alain Schifres**, *I.c.*, p. 43.

(34) **A. Schlesinger**, en *Storia...*, cit., p. 257.

(35) **Arnold Hauser**, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, a 957, T. II, pp. 878 a 959. (La edición alemana original es de 1952, dieciséis años anterior a un 68 imprevisible). Los entrecomillados corresponden a las pp. 900 y 896, por el orden en que son citados. Escritas ya estas líneas, veo confirmada mi hipótesis por la autoridad de **Octavio Paz**, “Nostalgia de la Fiesta” en *ABC*, 2-5-93.

bio, una renovación, cuestionan el sentido mismo y la razón de ser de su propia cultura y si constituye en verdad un eslabón necesario en el conjunto de la cultura humana. Hay en unos y otros una fuga de la realidad, sea hacia el pasado en los románticos, sea hacia otras culturas y concepciones, a las veces epidérmicamente comprendidas: lo oriental, lo psicodélico, lo satánico, en los jóvenes de los 60, con el eco lejano del sacrificio ritual de **Sharon Tate** por **Mason**, la esposa del especialista en diabolismo **Roman Polanski**; o hacia el futuro, al irrealismo, al ilusionismo del después, hacia la utopía: *soyez réalistés, demandez l'impossible*, no pidáis nada que puedan daros, no pidáis nada a los de arriba porque en el fondo *"the words of the prophets are written on the subway walls..."* como bien dijeron **P. Simon** y **A. Garfunkel**. Y se anticipaba Hauser al decir del romanticismo lo que con matices sería también válido para el Movimiento: *"se arroja de cabeza en el autodesdoblamiento como se arroja en todo lo oscuro y ambiguo, en el caos y en el éxtasis, en lo demoníaco y en lo dionisiaco, y busca en ello simplemente un refugio contra la realidad, que es incapaz de dominar por medios racionales"*. Románticos o del 68 tienen además viva conciencia de estar haciendo época, de protagonizar un tiempo insólito, un momento crucial y transitorio que dejará poso, a despecho de la vaguedad, de la desorganización, de la ineficiencia. En fin,

ambos movimientos se alimentan de un cierto cansancio, de un cierto escepticismo, nacen de la increencia en valores absolutos y no desean creer en otros sin recordar antes su relatividad y su determinación histórica. Lo que los ilustrados barrieron para los románticos, **Darwin**, Marx, Freud y Nietzsche, y a su modo **Einstein** y la física moderna, lo barrieron para los del 68. Entonces y luego los intelectuales se aíslan y pese a un sólido protagonismo aparente, viven su propia vida y -curiosa ambivalencia de una afirmación de **Hauser**- *"artistas y escritores estaban llenos de odio contra la misma clase a la que debían su existencia material e intelectual"*.

5. ¿Revolución, movimiento o desorden?

*I keep movin'on
but I never found out why*

Janis Joplin

La apariencia externa son los hechos y la sucesión, un conjunto de espasmos unidos por el universal desasosiego juvenil en el mundo desarrollado. Se ha dicho que a los años de alegre, poco comprometida ruptura, sucede una rápida toma de conciencia a partir de la muerte de **Rudi Dutschke**. Tras Nanterre, Berkeley; tras Berlín, la Sorbona y media Euro-



"Todos cuantos han reflexionado sobre los fenómenos acaecidos alrededor de 1968, coinciden en la diversidad de las causas que en cada país determinaron los movimientos respectivos, pero también en la existencia de causas comunes."

pa, Tokio, Columbia y las innumerables muertes, nunca explicadas, en la plaza mexicana de Tlatelolco, y cerrándolo todo la clausura de la Primavera de Praga. Es la hora de los “profesionales”, porque si se exceptúa a **Dany el Rojo**, la mayoría de figuras del Mayo francés, por ejemplo, tenían más de 25 años -edad en que difícilmente pueden llamarse ya estudiantes- y cuentan con más de un lustro de militancia activa en movimientos marxistas. Aún así, no se consiguió nada que de lejos recordase una revolución y menos una revolución proletaria. Si alguien desconfió instintivamente de todo aquel alboroto fueron los obreros. Pero esto no es una crónica -otros la han escrito con detalle- sino un intento de captar alguna de las características más notables de aquellos movimientos. Al hacerlo, lo primero que destaca es la absoluta primacía del *pathos* sobre cualquier otro elemento en juego y las múltiples manifestaciones que reviste. Prima la emoción sobre el programa: “más ‘expresivo’ que ‘instrumental’... (1968) puede proclamar con mayor facilidad una ruptura que introducir transformaciones” (36). Prima la espontaneidad sobre la estructura organizada: “Todos los contenidos culturales pueden ser recuperados por el poder. Lo que no

puede recuperar es la violencia con la que se expresan”, escribe Cohen-Béddit; prima el verbalismo sobre la acción: “La palabra es el arma de los que aún no pueden tener estrategia propiamente dicha” (37). Prima la utopía sobre la realidad: *Prenez vos desirs pour des réalités* es otra de las significativas pintadas. Prima el voluntarismo sobre la ponderación: *Do it* es la consigna de todos los jóvenes americanos. Y los Rolling Stones cantaban con lógica aplastante: “*Summer’s here and the time is right/for fighting in the street/Summer’s here and the time is right/for dancing in the street*”. ¿Hubo para muchos alguna diferencia entre bailar y luchar?, ¿no eran gran parte de aquellas convulsiones una manifestación de lo que los psicólogos sociales han llamado *muchedumbre danzante*? A su modo esotérico, un testigo, ya maduro, de todo aquello, **Edgar Morin**, escribió por entonces: “El momento de la revolución cultural del mayo del 68 es solamente un momento de éxtasis en el proceso de crisis-recuperación de la cultura. Hemos vuelto con él a la crisis endémica y a la neorreconstrucción” (38). En las críticas que los “viejos” dedicaron a los movimientos juveniles, de las que se dejó alguna constancia al comienzo, va siempre implícito el reconocimiento de este carácter peculiar: “alboroto sin imaginación ni



“El 68 es algo más y también algo menos que un brote de individualismo, que una manifestación de anarquía, es una meta, una justificación, un sustento, un impulso, una coartada.”

(36) **A. Touraine**, *La Sociedad postindustrial*, Madrid, 1969, p. 109.

(37) Ambas citas son del *Bulletin du Mouvement du 22 mars*, p. 109.

(38) **E. Morin**, “De la *Culturanalyse* a la *politique culturelle*” en *Communications*, nº 14, pp. 5-38. Añadió más tarde que en el 68 es una revuelta libertaria, existencial, antiautoritaria que se enfrenta con una ideología obrerista, marxista y sobrepasada. No conviene olvidar que hoy Morin es uno de los profetas de la nueva izquierda.

“Antiautoritarismo, marginación querida y al tiempo solidaridad con los pares en edad, corte generacional y odio a un ente abstracto llamado Sistema son las notas comunes y principales del 68.”



objetivo” -otra vez la *orgia*- diagnosticaba **Ionesco** (39) y **Alain de Benoist** subrayaba el “carácter catártico, descompresor... su aspecto exultorio”, mientras que otro, **Jean-Edern Haller**, joven agitador en aquella primavera, destacaba “un viejo tufo surrealista” que “hizo entrar en éxtasis a los incultos” (40).

Puesto que aquellos episodios fueron una manifestación anárquica y libertaria, lo fueron también de un individualismo exacerbado, lo que sin duda no es nuevo en Occidente a partir de 1789. Sólo que esta vez ese individualismo se contrapesa con un sentido de pertenencia grupal -como ya anticipé- y que tiene una dimensión muy profunda, toda vez que lo individual se envolvía en una utopía comunitaria cuyo éxito general hacía posible la realización personal. Era el modo de huir de la homogeneización social impuesta por un sistema comunicativo masivo y poderoso que constituía el vehículo de una cultura absorbente a la vez que degradada. Se gestó entonces, aunque se manifestase mucho después, el deseo de equilibrar la universalización de la comunicación y la cultura con la pertenencia firme a unidades menores. Como inmediatamente destacaron algunos sociólogos observadores: “Aquel movimiento se define menos por sus objetivos que por el tipo de comunidad que crea” (41). Y debe admitirse sin de-

masiada sorpresa que las reacciones de 1968 fueron elitistas, lucha contra lo masivo en su envoltura convencional y consumista, enfrentamiento de la privatización con la masificación. Aunque de modo confuso, subyacían a los acontecimientos varios choques y, en el fondo, uno solo: la preferencia de la calidad frente a la cantidad -*calidad* de vida frente a *nivel* de vida, -como se formularía más explícitamente bastante después-, desprecio por el desarrollismo, por el consumo, por el despilfarro, por la contaminación, por la represión social, por los contrastes de riqueza material y espiritual.

Reivindicaciones cualitativas, dominio por el pensamiento (42). Reivindicaciones que priman lo cultural sobre los demás aspectos y constituyen la trama sobre la que se tejen los movimientos de ataque y denuncia: toda crítica “inofensiva”, señalaban los jóvenes denunciadores, no hará más que reforzar la cultura dominante. Pero la ofensiva puede revestir distintos grados de actividad, aún dentro de la misma virulencia. Aunque a plazo medio y largo pueda hacerse difícil precisar cuáles tuvieron mayores consecuencias, de modo inmediato las posturas presentan muy distintos aspectos, desde la renuncia previa a todo ascetismo -*Une révolution qui demande que l'on se sacrifie pour elle, est une révolution à la papa-*

(39) *I.c.* en nota 4.

(40) En una entrevista a ambos en *Le Figaro-Dimanche*, mayo, 1978.

(41) **E. Morin, C. Leport y J. M. Condrey**, *Mai 1968: La brèche. Premières réflexions sur les événements*, París, 1969.

(42) *Cfs*, en tal sentido **A. Glucksmann**, *Les maîtres de la pensée*, París, 1977.

“La vida cultural se fragmenta y toma nuevas y sucesivas formas; negros, indios, chicanos, feministas, homosexuales, cualquier grupo marginado busca su propia expresión.”

pasando por el optimismo utópico -la “*revolución nacida de la alegría, no del sacrificio*”, que soñaba **Daniel Cohen-Bérend** hasta los cánticos al “conflicto final”, en el arrobo de la furia maoísta, el asesinato y el terror. *Hard y soft*, ya lo dejé dicho. Entretanto, han quedado superadas, viejas y críticas categorías, la de clase, en especial, rota, diluida en ese ensanchamiento ilimitado de la clase media y la sustitución de la antigua estratificación social por la moderna división funcional del trabajo. Aún siguen por inercia aplicándose las viejas tácticas y empleándose los viejos lenguajes, pero la lucha tradicional de clases ha quedado rota. Ni los obreros, ni los dirigentes comunistas, ni los cuadros sindicales entienden la actitud de ese izquierdismo tan peculiar, de esos jóvenes *lefty*, que poco o nada tienen que ver con los esquemas marxistas ortodoxos. El fenómeno es intuitivo con mayor o menor certeza por ambas partes: Cohen-Bérend habla de “los crápulas comunistas”. **Jean Coin**, antiguo director de *France Nouvelle*, critica en *Combat* la actitud del PCF durante los sucesos de mayo y es expulsado del partido. **Jacques Duclos** afirma por aquellos días: “*el gauchisme* (y no hay equivalente exacto para ese término, puesto que sustituirlo por izquierdismo sería traicionar, no traducir) *hace el juego a la reacción*” (43). Los chicos provocadores son percibidos, no sin

razón, por los comunistas auténticos como “hijos de papá”: “*Avete facce di figli di papà/ Vi odio come odio i vostri papà/ Buona razza non mente*”, y continúa **Pasolini** su apasionada imprecación: “*tenéis el mismo ojo malvado, sois miedosos, inseguros, desesperanzados, pero también sabéis ser prepotentes, chantajistas, firmes y descarados: prerrogativas pequeño-burguesas, queridos*” (44). Época crítica ciertamente para unos PC que tienen que enfrentarse a estos hechos mientras tratan de atajar sus propias crisis internas, que acabarán desembarcando en la crisis final, que deben justificar el barrido inmisericorde del “socialismo con rostro humano” de **Dubcek** en Checoslovaquia o reaccionar ante los archipiélagos Gulag existentes o que se avecinan. En el 68 se manifiesta la impotencia del esquema revolucionario clásico que comienza en la Comuna de París y allí mismo, un siglo después, muestra sus grietas y su inadecuación a una sociedad que, como la occidental, es ya otra muy distinta; excusado es decir cuánto más válido es el cuadro para América. **A. Touraine** ha ofrecido una explicación según la cual a la utopía del crecimiento económico como progreso se opone la contra-utopía de una sociedad comunitaria, “espontaneísta” e igualitaria; y añade que los estudiantes descubren las luchas del futuro pero sin tomar todavía conciencia de ellas, por lo que las confunden muchas veces con las lu-

(43) **Jacques Duclos**, *Anarquistas d'hier et d'aujourd'hui*, París, 1968.

(44) Del poema *Vi odio, figli di papà*, de **Pier Paolo Pasolini**.

chas de clase del pasado con las cuales nada tienen que ver ya (45).

6. Posos y resacas

*Preserve your memories
They're all that's left you*

P. Simon y A. Garfunkel

A la protesta activa, que culmina en 1968, subsigue, se ha dicho, una comunión masiva a partir de 1969: Woodstock, la isla de Wight, con la sola, aunque no pequeña erupción brutal de Altamont, en donde las cosas empezaron a no tener ninguna gracia. Después, el remanso político, desde la URSS a los EE.UU. de Nixon, pasando por la Francia de un De Gaulle confirmado. Más tarde, la crisis del petróleo y, con ello, otras cosas en las que pensar. El remanso en el crecimiento económico no impide la consumación tecnológica que invade esa música peculiar, manifestación típica del período, y provoca en ella la "revolución sónica" que la transforma: del intimismo al espectáculo, de la participación,

siquiera sea multitudinaria, a la pasividad; comunión masiva, en efecto, que congrega a grandes públicos y los envuelve y baña en watos y decibelios. Si para un juicio global se utilizase una vara de medir estrictamente política sólo cabría hablar de fracaso, pero sería inadecuado hacerlo llegado a este punto del análisis. Por el contrario, si se usa la vara cultural, las consecuencias son muchas y de ellas se hablará. Sin embargo, no estaría de más oír antes algunos testimonios de quienes en aquellos días fueron protagonistas o activos participantes.

La nota común -quede anticipado- parece ser la desilusión, ora desde el rechazo ora desde la nostalgia. Acaso, con los ideales, sea también la juventud perdida lo que se busque, y no siempre se distinga entre unos y otra. "Porque la herencia del mayo del 68 es ante todo 'desilusión', que ha ido extendiéndose a todos los sectores de la izquierda" (46). Sin embargo, "¡cuánto hemos querido a la revolución!", aunque ahora la sola certeza que nos quede sea la duda (47), "queríamos cambiar nuestras vidas, participar en la historia justo en el momento en que ocurría; el activismo era rico en intensas experiencias y producía grandes riesgos y peligros" (48). El propio



"La generación romántica, como la de los 60, adopta una actitud crítica frente a su momento histórico y rehúsa lo heredado porque es incapaz de expresar su propio sentido de la vida."

(45) l.c., pp. 109-110. Debo añadir que R. Aron (*Memorias*, cit. p. 469), comentando la "teoría" de A. Touraine, señala que tan difícil es refutarla como verificarla. Aun así, debe reconocer también Aron que dedica a su colega de profesión una atención que no ha dispensado a otros. Debe añadirse que Touraine ha hecho una observación agudísima: en el 68 se inicia el divorcio entre política y sociedad.

(46) Alain de Benoist, *La nueva derecha*, Madrid, 1982, p.

(47) Cfs. Daniel Cohen-Béddit, *Nous l'avons tant aimée, la Revolution*, París, 1986.

Cohen-Béñdit realizó en 1986 una peregrinación a los supervivientes, cuyos resultados se reflejan en el libro citado y en una serie televisiva para FR3 que incluía más de una veintena de entrevistas confirmatorias de cuanto acabo de decir. Diferentes revistas (49) han recogido opiniones muy diversas no sólo de los jóvenes sino también de los maduros en 1968. Dejemos de lado lo que no siempre con noble intención destacan algunas: si los maduros de entonces van camino de la jubilación, aquellos jóvenes están hoy entre los 40 y los 50 años, tienen oficio y generalmente beneficio, se han casado, son padres y parecen más o menos integrados en el sistema que tanto odiaron y combatieron. Sin duda, pero otros perecieron por el camino o se suicidaron desesperados como **Michel Recanati** o murieron de sobredosis como **Janis Joplin** o recibieron un inolvidable presente de por vida en forma de herida, pérdida de miembros o, en fin, se mantienen irreductibles pese al paso del tiempo. Irreductible es **Mark Rudd**, el líder de la SDS en la Columbia y organizador del asalto a los edificios universitarios, que al cabo de 20 años se siente más indignado que entonces y se declara activista y luchó contra la intervención norteamericana en Centroamérica. Irreductible es **Jean-Pierre Duteuil**, cofun-

dador del movimiento 22 *Mars*, retirado a su País Vasco natal, desde donde afirma que prefiere “*ser pintor oficial en la URSS que parado, negro o indio en América*”. Irreductible está **Susan Brownmiller**, autora de “*La violación*”, de tanto impacto en la década anterior, y que entiende que el combate por el aborto, la sanción del estupro y la igualdad de salarios y derechos es la lógica continuación de la lucha contra la violencia que sufren las mujeres, enfatizada en los 60 y que “*aportó a la historia política de este siglo una dimensión completamente original*”.

Junto a los irreductibles, que son los menos, el espíritu anárquico se ha remansado en los más. Remansado, que no siempre diluido, adopta otros modos, otras tácticas, otros métodos. El reconocimiento de la eficacia de los regímenes democráticos para superar situaciones, romper aporías e imprimir dinamismo, parece el más destacable. Especialmente en quienes escribieron en las paredes de París: “*Une révolution ne se vote pas, elle se fait*”. Demócratas de razón y sentimiento lo son o dicen serlo **Laurent Joffrin**: “*Nuestra historia es también la de la rehabilitación de la democracia*”; **Serge July**, director de *Liberation*, que en 1970, época de la “*unión de la izquierda*”, consideró que en Francia era “*totalmente irremediable la guerra ci-*

□

“Románticos o del 68 tienen viva conciencia de estar haciendo época, de protagonizar un tiempo insólito, un momento crucial y transitorio que dejará poso.”

(48) **Daniel Cohen-Béñdit** en *Time*, 11-1-88, p. 17.

(49) **Guido Viale**, *Il Sessantotto, tra rivoluzione e restaurazione*, Milán, 1978.

“En el 68 destaca la absoluta primacía del 'pathos'. Prima la emoción sobre el programa, la espontaneidad sobre la estructura organizada, el verbalismo sobre la acción, la utopía sobre la realidad, el voluntarismo sobre la ponderación.”



vil revolucionaria” y hoy afirma que el *gauchisme*, al destruir todas las ideologías de vanguardia sólo ha dejado una tarea, recomponer lo político y lo social como, tras **Picasso**, hubo que recomponer la pintura, ya que “después de todo, dice, no cabe sociedad civil sin Estado”, la cuestión está en qué Estado, y añade: “no basta decir creo en la democracia, hay que perfeccionarla cada día”; **Joshka Fischer** lo es también, el antiguo terrorista, el luego Ministro “verde” declara: habíamos llegado a donde ya no podíamos continuar, teníamos que buscar otra cosa y creo que “la mejor solución es el parlamentarismo”, lo que no deja de ser un notable viaje y un no menos notable arribo ideológico; **Bobby Seale**, de los *Black Panthers*, se afirma demócrata a sí mismo, y aunque fiel al sueño americano espera hacerse rico con sus recetas de barbacoa como **Jane Fonda**, otra vieja revolucionaria, quien se ha hecho rica con su gimnasia y conserva suficientemente fresco su ardor romántico como para decir que con sus ganancias “creará una fundación para sostener comités de base para el campo social”. Con análogo ardor, más nostalgia y más fondo, otro pantera negra, **Eldridge Cleaver**, afirma algo muy bello: “No echo de menos la anarquía. Echo de menos la inocencia y la honradez”. En línea similar, **Guido Viale** ha

escrito: “Alguien dijo que todos los grandes acontecimientos se presentan dos veces en el escenario de la historia: primero como tragedia, luego como farsa. Pero no siempre es así. El primer estallido de un movimiento, por dramático que pueda ser, tiene siempre la inocencia de un juego; la tragedia verdadera se presenta cuando se inician las repeticiones” (50).

En el polo opuesto a la irreductibilidad y la nostalgia están los entregados, cuyo más glorioso ejemplo, citado con sospechosa complacencia de modo frecuente, es el antiguo líder de los *yippies*, **Jerry Rubin**, modelo integrado en el modo de vida americano: *jogging*, vitaminas, apartamento lujoso, vida social intensa, viajes, tarjetas de crédito... y sin embargo -¿sinceridad?, ¿acierto?, ¿cinismo?- asegura: “Nuestra generación ha ganado. Hoy la sociedad somos nosotros. ¡Adelante hacia el siglo XXI!”. No menudean sin embargo estos humores, algunos otros son opuestos, así dos viejos *soixante-huitards*, **Alain de Benoist** y **Lauren Joffrin**. Escribe el primero: “...la lucha revolucionaria ha derivado hacia la defensa de los marginados, pero la suma de muchas debilidades nunca ha dado una fuerza... los ‘modelos’ que la extrema izquierda había adoptado se han derribado uno tras otro... la descolonización ha producido sobre todo nuevas dictaduras... en el plano intelectual, el panorama es más bien melancólico... el discurso mar-

(50) *I.c.*, pp. 223-24.

“Puesto que aquellos episodios fueron una manifestación anárquica y libertaria, lo fueron también de un individualismo exacerbado, sólo contrapesado por un sentido de pertenencia grupal.”

xo-freudiano agoniza... el camino que va del existencialismo a la ‘nueva filosofía’ se nos presenta como una sucesión de modas cada vez más efímeras...” (51). Escribe el segundo un juicio crítico no menos duro que el anterior: *“El error del ‘pensamiento del 68’ fue el de criticar con una útil eficacia los mecanismos del poder pero negando al individuo otra autonomía que la de la revuelta y la violencia... nació de ahí ese ridículo sostén que la ‘intelligentsia’ parisina excitada aportó a toda una sarta de dictadores, que travistieron para sus eternos compañeros de viaje, faros de la inteligencia convertidos en idiotas útiles, la más clásica de las opresiones en ‘revolución cultural’, ‘socialismo islámico’, ‘comunismo tropical’ y otras pamplinas destinadas a enguantar con tejido nuevo la mano de acero del Amo”* (52). Sea como fuere, ningún hombre de aquella generación dejó de sentir la fuerza del momento histórico vivido, que para algunos fue una enajenación de la que apenas han salido: **Ron Kovic**, antiguo marino en Vietnam, activista de la protesta, escritor, ha dicho: *“He pasado 20 años reaccionando ante lo sucedido, pero voy a intentar ahora vivir de nuevo, estoy decidido a disfrutar algo de lo bello que la vida tiene”* (53).

7. Malogradas aspiraciones, triunfantes realidades

We shall overcome

Joan Baez

Lance Morrow formuló un juicio riguroso y amargo: *“Parte de la potencia del año, de la que deriva el misterio de todas sus posibilidades, se desvaneció en la muerte y en la nada”* (54). Parecía como si la historia y la sociedad hubiesen dado carpeta definitivo al voluminoso, complejo, rico y contradictorio expediente de 1968. El General **De Gaulle**, más firme que nunca de momento, así lo decretaba la nochevieja de aquel año, ante los franceses, por medio de la televisión: *“Portons donc en terre les diables qui nous ont tourmentés pendant l’année qui s’achève”*. Fue un entierro carente de pompa pero concienzudo, sin que pudiera evitarse que de las tumbas salieran algunos fantasmas rebeldes que se negaron a desaparecer. Lo dijo **Dany el Rojo** y es difícil contradecirle: *“Nada volverá a ser como antes”*. Se había tomado conciencia, vaga todavía, de la existencia de fuerzas nuevas, de problemas distintos, de conflictos inéditos para los que no había ni marco ni

(51) **A. de Benoist**, *I.c.*, p. 222.

(52) **Laurent Joffrin**, *Un coup de jeune. Potrait d'une génération morale*, París, 1987.

(53) En *Time*, 11-1-88, p. 17.

(54) *I.c.* Véase también: **François-Olivier Rousseau**, *Le four de l'éclipse*, Grasset, París 1991.

respuesta adecuados. Muchos de los entusiasmos se extinguieron, los fuegos se hicieron pavesas. Pero quedó el rescoldo, un cierto calor, unas operaciones sociales más sosegadas y más eficaces sin embargo. Es inútil desde la perspectiva actual plantearse la década de los 60 y 1968 en particular como una ruptura histórica, si es que cabe hablar de tal cosa y no de aceleraciones históricas, de impulsos históricos. En todo caso, 1968 no es 1789 ni 1848 ni 1870. Si se exceptúa la nota epidérmica y tan poco sustancial del tumulto y el arrebató, nada tiene en común con esas fechas, sus causas son otras, otros sus efectos, pero en especial otro su planteamiento y su talante. Caso de que quepa hablar de revolución, ciertamente no la hubo política hoy hace 25 años. Si se prefiere, llámesele revolución cultural. Lo que en todo caso sí constituyó fue un casi universal estallido de demandas, de exigencias para una transformación global de las sociedades del mundo desarrollado, que ni podían todas ser atendidas ni podían muchas de ellas ser ignoradas.

“Fue la hora de las hogueras y la esperanza. Contra el imperialismo, contra los mandarines, contra la frustración social. Un gran cambio... Cabe preguntarse si hay muchas generaciones que hayan

conocido tal transformación de costumbres e ideas: la escuela, la universidad, la salud, la familia, el trabajo, las relaciones de la pareja... Todo se puso patas arriba” (55). Como todo movimiento complejo y significativo presenta un balance cuyo activo y pasivo varían según quien lo elabore, según quien tome las cuentas. En el pasivo, las distintas manifestaciones de irracionalidad ya expuestas, la ingenua pretensión de comportarse como si amaneciese el primer día de la creación, las utopías convertidas en visiones fantasmagóricas y algunas más. En el activo, la búsqueda de sentido a la vida, la afirmación frente al anonimato, la lucha contra la enajenación por la técnica, ese doble movimiento descrito de talante cosmopolita, universal, por un lado, y afirmación en los grupos primarios, por otro, la réplica generalizada, el rechazo a la cultura de consumo, a la vulgarización, a la producción estandarizada de bienes culturales que ya habían denunciado los intelectuales detractores de la sociedad masa. Y, en fin, *“la aguda conciencia de la convergencia de hecho que tanto en el Oeste como en el Este tiende a establecerse entre una sociedad mercantilizada y otra burocrática que coinciden en asignar a la economía un lugar de honor”* (56). Sociedad mercantilizada que parece



“Ni los obreros, ni los dirigentes comunistas, ni los cuadros sindicales entienden la actitud de ese izquierdismo tan peculiar, de esos jóvenes 'lefty', que poco o nada tienen que ver con los esquemas marxistas ortodoxos.”

(55) H. Hamon y P. Rotman, *Génération, les années du rêve*, París, 1987.

(56) Notó A. Touraine, *I.c.*, p.107, que al ser movimientos sociales nuevos, carecían de expresión política y tampoco cupieron en las viejas fórmulas marxistas, por lo que fueron marginales a ellas.

convertir las manifestaciones mismas de la protesta en productos para el mercado de consumo; eso son, de creer algunas voces de denuncia, los de la mayoría de las industrias culturales que, sin detener el curso de un camino iniciado en el segundo tercio del siglo, han incorporado a su depósito de existencias los trofeos del 68 previo paso por el taxidermista.

Pero la tempestad no se limitó a producir una mar de leva, hubo corrientes más profundas que quedaron alteradas y cambiaron de recorrido: las ideologías que habían presidido el decurso de las dos últimas décadas sufrieron un fuerte embate. Naturalmente, las que representaban al sistema, para eso se luchaba contra él, pero no menos las que parecían también contraponérsele y, entre ellas, de modo principal, porque principal era como ideología, el marxismo. Acaso sea su decidido anticomunismo la más sólida adquisición del 68. Se produjo de modo natural: si como predicaron y creyeron los protagonistas del movimiento a ambos lados del Atlántico, las cosas no cambian por la política sino por la cultura, todo esfuerzo encaminado a la conquista del poder es estéril y la lucha de clases tradicional empequeñecedora, porque la oposición a este entramado complejo que por simplificación se llamó el

sistema, no puede moverse en el plano económico sino ser global porque global es el poder sobre la sociedad. La ideología marxista, nacida para los supuestos de una sociedad industrial, y envejecida como ella en consecuencia, no podía vertebrar en su rigidez a un estallido inédito, a un levantamiento fundamentalmente existencial y libertario. De ahí, la mutua desconfianza de la que ya he dejado noticia, la de los jóvenes rebeldes hacia los militantes activos y la de éstos, los sindicalistas y los intelectuales comunistas hacia los hijos de papá. Las dificultades, también apuntadas, por las que atraviesan los distintos partidos comunistas en aquellos momentos -**Solzhenitsyn**, los *gulag*, Praga, el antiestalinismo, el desplazamiento de la *intelligentsia* de los cuadros y hasta su expulsión del partido- son el resultado de esa inadecuación de la respuesta marxista a los interrogantes que plantean las nuevas circunstancias, interrogantes que siguen todavía sin contestación en este “*punto de inflexión del espíritu de la época*”, como ha escrito **Peter Glotz** (57). No conviene equivocarse, sin embargo: en la década posterior, frente al marxismo, no estuvo la derecha, sino el *gauchisme*, en Francia y en buena parte de Europa; también la extrema izquierda; **Georges Suffert** lo hizo notar en 1978: “*La izquierda pierde el*

“*En el 68 se manifiesta la impotencia del esquema revolucionario clásico que comienza en la Comuna de París y allí mismo, un siglo después, muestra sus grietas e inadecuación a una sociedad que, como la occidental, es ya otra muy distinta.*”

(57) **Peter Glotz**, “*El malestar de la izquierda*”, en *Sistema*, n° 82, enero, 1988, p. 3 ss.

“Es inútil desde la perspectiva actual plantearse la década de los 60 y 1968 en particular como una ruptura histórica, si es que cabe hablar de tal cosa y no de aceleraciones históricas, de impulsos históricos.”

poder cultural que ejercía prácticamente desde la liberación” (58). Lo que nos recuerda algo obvio: *gauchisme* y marxismo son dos cosas distintas y hasta contrapuestas (59). Ahí están los nuevos filósofos y su anticomunismo radical. Ahí están la nueva derecha y la nueva izquierda, cuyo rastro me llevaría más allá de lo prudente. Ahí está el neoconservadurismo americano. Ahí están los viejos líderes con veinticinco años más renunciando a la utopía y brindando como soluciones el parlamentarismo, la democracia, el estado de derecho o calificando a **Marx** de “*trou du cul merdeux*” (60), joya debida a **Michel Chemin**, redactor de *Libération* y antiguo agitador entre la clase obrera. De ahí que el matrimonio **Clinton** escape al encuadramiento clásico de izquierdas y derechas. Son sencillamente *baby-boomers* sobre los que pesan los esquemas del 68 debilitados ya por el tiempo. Como pesan sobre sus votantes o buena parte de ellos. Por eso, haber evitado el servicio militar, oponerse a la guerra de Vietnam o fumar marihuana no erosionaron a Clinton durante la campaña, como tampoco ocurrió

porque se descubriese una reiterada infidelidad conyugal, ni sorprendiese en fin a los de su generación el apoyo que, pese a ello, le dispensó su esposa. Como tampoco sorprende que **Bill** sea un baptista que canta himnos a coro en los oficios o que **Hillary** sea una metodista que lleva la Biblia en su cartera.

Sin embargo, repitamos, ya nada es igual que antes y hay hoy mucho de aquello, aunque parezca distinto. Vienen poniéndose de manifiesto acá y allá del mar las enormes diferencias existentes entre los jóvenes de 1968 y los jóvenes de 1993. Pero quizá no sean tan enormes y, en todo caso, las nuevas formas han incorporado por acarreo cultural e histórico muchos de los modos viejos. Falta aún, con todo, el estudio amplio y decantado que permita hacer afirmaciones seguras con base en la realidad. De momento se dice que los *yumpies* (61), al acecho de ser *yuppies* (62) y/o *dinks* (63), en Estados Unidos, en Europa occidental, en Japón, han prosperado al amparo de la removilización conservadora y constituyen el avance de la tercera revolu-

(58) En *Le Point*, mayo, 1978. Añadía **Louis Pauwels** en *Le Figaro Magazine*, 31-10-87, “De los años cuarenta a los ochenta, la izquierda ha impuesto un clima de guerra civil y algo queda aún...”

(59) Bien le dolía entonces a **Jacques Duclos**: “...el *gauchisme* hace el juego a la reacción”. *Anarquistes d'hier et d'aujourd'hui*, París, 1968, p. 73.

(60) Más vale que conservemos la frase en su francés original.

(61) *Young Upwardly Mobile Professional*

(62) *Young Urban Professional People*.

(63) *Double Income, No Kids*.

“Caso de que quepa hablar de revolución, ciertamente no la hubo política hoy hace 25 años. Si se prefiere, llámesele revolución cultural. Lo que sí constituyó fue un casi universal estallido de demandas.”

ción industrial. Parece que estos jóvenes no se comprometen ya con una causa sino con una carrera, son estudiantes estudiosos y su objetivo es ganar mucho y deprisa, sin vergüenza de lucirlo y gastarlo; muy jóvenes aún, suscriben seguros de vida, abren libretas de ahorro, pero son al tiempo, excelentes consumistas. Se añade que viven, esto sí, del sistema, pero que no creen en sus valores aunque no se tomen la molestia de cuestionarlos, si bien se añade también que son altivos patriotas a ambos lados del Atlántico, sin perjuicio, para los de aquí, de sentirse partidarios de la Comunidad Europea en un 89 por ciento. Conservadores, sí, no retrógrados, se ha predicado de ellos, y se les atribuye la divisa: “*Los negocios como hoy, la moral como ayer*”. Lo que es mucho decir, pues si, al parecer, respetan la jerarquía, consideran precisa la disciplina, alientan el espíritu de camaradería, reposan en ciertos valores estimados como burgueses: familia, tolerancia, solidaridad, fidelidad, lealtad, rechazan las dictaduras, las exclusiones, el recurso a la



fuerza, la revolución como método; son, a la vez, social y moralmente muy liberales: relaciones sexuales muy tempranas, divorcio, aborto, no discriminación; en fin, aunque sin los complejos edípicos de sus padres son, en buena parte, herederos en ética y en actitudes socioculturales de sus antecesores de los 60 como enseguida se verá. ¿Y en lo ideológico?, **Jean-Paul Enthoven** (64) aseguró hace ya diez años que en Francia, **Marx, Freud y Nietzsche** han sido sustituidos por **Tocqueville, Kant, Rousseau y Benjamin Constant**; se ha pasado del ideal colectivo a un redescubrimiento del individuo - acaso también del egoísmo-, de la utopía a la reconciliación con el mundo, de la historia a la subjetividad, de la lucha de clases a los derechos del hombre y de la ética de la convicción a la ética de la responsabilidad. Se redescubrió a **Max Weber** y su ética (65). Los viejos santones han muerto y su memoria, de momento, ha quedado borrada,

(64) Cfs. *L'Express*, 15-4-83, p. 31.

(65) **V. L. Ferry y A. Renault**, 68-86. *Itinéraires de l'individu*, París, 1987.

y quienes los recuerdan, recuerdan también con disgusto sus equilibrios para salvar la cultura soviética en los 70 o su disculpa -fascinación en el caso de **Sartre**- por el terrorismo, como denunció **A. Touraine**; recuérdese también la postura de **Jürgen Habermas** respecto de **T. Adorno**.

La herencia, tras un proceso selectivo necesario, aquí está, entre nosotros, filtrada y decantada, compartiendo el campo con los otros viejos valores resistentes y subsistentes, fundidos, yuxtapuestos o amalgamados con los que amanecieron durante los 60 y estallaron como fuegos de artificio durante 1968. Hoy, la motivación de estatus, que subsiste, se matiza con la búsqueda de calidad; los niveles de disfrute priman sobre los de seguridad y se aceptan los riesgos queridos o sobrevenidos; el rechazo de la autoridad formal se atenúa por el persuasivo -o propagandístico- ejercicio de la misma; el viejo informalismo se traduce ahora en una gama amplia y opcional de modas y modos; los sexos se diferencian cada vez menos en su papel social; se atenúa o se rechaza el apetito por la novedad como sinónimo de avance o mejora; hay, por el contrario, mayor permeabilidad a los cambios sociales, sin mitificarlos; crece la empatía, aumenta la apertura a los otros, el sentido de participación con los grupos primarios de pertenencia, la necesidad

de raíces regionales, locales, históricas, costumbristas; es firme, si no siempre eficaz, la desconfianza hacia la persuasión en cualquiera de sus formas comunicacionales, desde la información a la publicidad; al tiempo que crece la sensibilidad ante la violencia, lo hace también la inhibición; se asume, sin veneraciones, la tecnología, se desea y se utiliza, pero se procura el control de sus efectos; preocupan los atentados contra la naturaleza, que se valora como nunca se hiciera; se perdió el gusto por lo monumental, lo grandioso, lo gigantesco, renació el atractivo por lo pequeño: *small es beautiful* (66). Al tiempo, el viejo subjetivismo, que caracterizó los movimientos de los 60, se ha tornado tendencia a la autoexpresión, a la realización de sí mismo, incluso en el trabajo, y deseo de introspección; la permisividad sexual rebasa sus fronteras estrictas y se manifiesta en la libertad de conversación y vocabulario en familia y entre desconocidos, la tolerancia en el uso de términos, antes escabrosos, en los medios de comunicación social; la ardiente negación del sacrificio y el esfuerzo por quienes fueron jóvenes hace veinte años, se mantiene, sosegada pero tenaz y profunda, en un hedonismo universal que busca gratificaciones personales inmediatas aunque sea a costa del alcohol o la droga, que se ha convertido en plaga; persiste la irracionalidad, sea como co-



“Las manifestaciones de irracionalidad o las utopías convertidas en visiones fantasmagóricas forman parte del pasivo final de aquellos acontecimientos.”

(66) Frase popular tomada del título del libro de **E. F. Schumacher**, de ese nombre, Londres, 1973.

rrectivo del racionalismo seco, sea como búsqueda de un misticismo esotérico -astrología, quiromancia, curanderos, ocultismo, videntes- en que ha venido a dar el sentido laico de la vida, que busca sustitutivos trascendentes; se persigue, como aspiración, una vida plena y activa, a veces un devorar la existencia que tiene mucho de vacío y de huida; el cuerpo y la salud no recibieron tantos cuidados desde la civilización grecorromana, "estar en forma" es un imperativo; la moda se ha flexibilizado y diversificado, pero ni los vaqueros, ni el trapillo, ni la belleza de la arruga han borrado las diferencias de imagen personal, cuya importancia se ha recuperado; la decoración, la utilización del espacio interior y exterior, los marcos de vida son puntos sensibles en las gentes de hoy que, en fin, parecen querer instalarse en una juventud perpetua que, más allá de los "mundos felices" de **Huxley**, toma como paradigma al adolescente en flor (67).

No obstante, parece que la fluidez y velocidad de las variaciones técnicas y sociales nos hayan instalado en la crisis como estado

normal y propiciado, que nos aposentemos en una cultura de la duda: tal parecen indicar **Allan Bloom** en *El alma desarmada* o **Alain Finkielkraut** en *La derrota del pensamiento* o **Bernard-Henry Levi** en *Elogio de los intelectuales*. ¿Podría decirse acaso que hayamos llegado a la superación por el escepticismo? (68). Los jóvenes del 68 estimaron a sus mayores -y no se olvide que lo eran cualesquiera con más de treinta años- formalistas y dogmáticos, pero también cínicos, sumisos, grises y aburridos. Ellos transitaron del entusiasmo al escepticismo, cuando no se refugiaron en él desde un principio bajo formas agresivas o bucólicas, desentendidas o desafiantes. Ahora, como se ha visto, sienten aquello como un fracaso desde su presente nostalgia. Alguien dijo: creemos en casi todo a fuerza de no creer en nada. Algunos llaman a eso postmodernidad, pero cabría dudar quién profesa en ella, si los jóvenes de hoy o más bien la "generación alienada", ya en su madurez, o quizá otra intermedia que se mueve entre ambas y de ambas -como diría **Borges**- descrea.

Francisco SANABRIA MARTÍN

(67) Baste aludir brevemente a un reflejo literario, en el arco que va de *La hoguera de las vanidades* de **Tom Wolfe** a la *American Psycho* de **Bret Easton Ellis**; y a un reflejo televisivo: la serie *Sensación de vivir* sería paradigmática en este sentido y la versión "light" de una cursilería amoral muy postmoderna.

(68) Sobre este punto, así como sobre las consecuencias negativas de la exaltación del desafío y la transgresión en nuestros días, véase el editorial de *The Wall Street Journal*, 18-3-93, reproducido por *ABC*, 11-4-93, con el título "Sin barreras".

EL MAYO FRANCÉS: FIN DE UNA UTOPIA, ¿PRINCIPIO DE QUÉ?

Antonio SÁENZ DE MIERA

Cuando hace tan sólo unos meses concluí el prólogo a la segunda edición de mi libro "El Mayo Francés" (1), pensé que ponía el punto final a mi ya larga ocupación en el 68 parisino. El 68 queda ya lejos, había escrito en aquel prólogo que tenía vocación de despedida, "como una enfermedad de la adolescencia que se sufrió en Nanterre y en París, y como un mueble arrumbado en el sótano de Praga que ya no tiene ninguna utilidad". Pero no ha sido así, porque VEINTIUNO ha decidido, un poco a contracorriente (y ello puede ser un aval de la seriedad de su iniciativa) "recordar el 68 al cabo de un cuarto de siglo" y me ha pedido amablemente que me ocupe, una vez más, de los Sucesos de Mayo-Junio del 68 en Francia, utilizando la expresión que más adecuadamente cuadra a aquellos acontecimientos. Me recuerda además el Director una referencia aparecida en la prensa sobre una intervención mía en un coloquio organizado por la Universidad Complutense, donde sostuve que Mayo del 68 "no sólo no fue una revolución sino que se podía llegar a pensar que constituyó el fin de una utopía revolucionaria". Por ahí, pues, empezaremos.

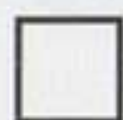
Una revolución que no fue

La verdad es que decir que el 68 no fue una revolución no es decir mucho si no se hacen las debidas matizaciones. Y quizás habría que empezar por definir con cierta precisión el término revolución, pero es evidente que la no-

ción de ruptura, de cambio radical, que normalmente acompaña a la idea de revolución, no se dió en el mayo francés. Y si alguna prueba nos faltaba para confirmar ese diagnóstico de "continuidad", como opuesto al de ruptura, entre el 68 y el 93, la figura del actual Primer Ministro del gobierno francés nos la proporciona cumplidamente. Porque

(1) Cfr. Antonio SÁENZ DE MIERA, *El Mayo francés*, 2ª ed. de *Mayo del 68, 20 años antes*, Tecnos, Madrid 1993, 1-12

“Es evidente que la noción de ruptura, de cambio radical, que normalmente acompaña a la idea de revolución, no se dio en el mayo francés.”



Balladur, lo mismo que **Mitterand**, **Giscard**, **Rocard**, **Chirac**, **Delors**, **Pompidou**... había estado ya en el 68 pero del otro lado de las barricadas. En su calidad de Consejero Social de Pompidou, Balladur participó activamente en las conversaciones de Grenelle y ha reconocido la importancia que, a su juicio, tuvieron aquellos Sucesos: *“Mayo del 68 fue una fecha clave en la historia de nuestro país, en la de la V República y en la del Gaullismo”* (2). Fecha clave, sí, pero ¿en qué sentido? ¿Qué cambió en aquellos días y que venía cambiando desde mucho tiempo atrás en la sociedad francesa? En su *Dictionnaire de la Réforme* lo explica Balladur: *“Fue la historia de una experiencia abortada porque era quimérica. El fracaso era merecido: ¿quién iba a estar decidido a comprometerse sin posibilidad de salida, a correr todos los riesgos para alterar el orden de las cosas? Sólo un pequeño puñado de personas. Los otros se divertían. Ejemplo de lo que no hay que hacer si se quiere cambiar la sociedad: exceso de lirismo, desmesura de ambiciones, reflexión insuficiente, ignorancia del estado de los ánimos, acción veleidosa y lúdica, finalmente debilidad de carácter”* (3). No se cambió el sistema económico, ni siquiera el político. Y no se cambia la sociedad en unos días, los cambios sociales se venían produciendo desde tiempo atrás y se seguirían produ-

ciendo a la velocidad del tiempo contemporáneo, pero no tanta como unas semanas.

Su opinión no puede ser más clara: el 68 fue uno de los grandes momentos políticos del siglo XX pero, precisamente, porque era la primera ocasión en la que “Francia había logrado evitar una revolución”. Lo cual, no excluye, como Balladur se apresura a señalar que Mayo del 68 haya producido efectos considerables y de larga duración en todo el cuerpo de la nación, desde la escuela a la familia, de la empresa al Estado: *“Nada es ya como antes y ello se puede comprobar incluso en nuestros días. Esta sacudida abortada ha ejercido una influencia tan profunda que ha sido capaz de producir una revolución en las costumbres y en las mentalidades”* (4).

Revolución “en las costumbres y en las mentalidades” viene a decir Balladur, pero sin revolución o con revolución frustrada. Pero la cuestión está en ponerse de acuerdo sobre si los cambios paulatinos en las costumbres y en las mentalidades pueden ser considerados como síntomas de reforma o de revolución. O incluso, como parece apuntar **Francisco Umbral**, en una reciente intervención sobre el 68, habría que dilucidar la cuestión, impensable hace pocos años, de si la revolución, entendida desde

(2) Cfr. **Edouard Balladaur**, *L'Arbre de mai*, Atelier Marcel Jullian, París 1979.

(3) Cfr. **Edouard Balladaur**, *Dictionnaire de la réforme*, Fayard París, 1992, 182-183.

(4) *Ibidem*, 183.

nuestra perspectiva actual, no consiste, precisamente, en el fracaso de la revolución. Y es que para Umbral “*las utopías están hechas para no cumplirse*”. Y lo que confirma la revolución del 68, a su parecer, “*es que se disipase finalmente y que sus capitanes estén hoy confortablemente instalados en la Editorial Gallimard*” (5). Más o menos lo mismo viene a decir **Albiac** en su interpretación del Mayo francés como “*una educación sentimental*” y, en definitiva, como nada más. El 68, dice Albiac, “*fue prelude de una revolución que jamás tuvo lugar... y su inteligencia fue haber bordeado todas las fronteras que lindan con la realidad y, en ella, el exterminio. Y haber sabido que sólo en esa escenificación se jugaba el envite de un placer necesariamente sin futuro*” (6). Una vez más, revolución sin revolución.

No era esta la interpretación del 68 que hicieron sus propios actores ni las que dominó en los años siguientes a la crisis.

El replanteamiento de los postulados de aquellos hechos históricos, fue abierto por la contribución de **Régis Debray** a los discursos y ceremonias oficiales del X aniversario de los Sucesos en una línea revisionista de las interpretaciones tradicionales. Se sale con ellas de la “galaxia del 68” y se rompe de

forma significativa con las versiones anteriores e inmediatas de los Sucesos (7)

La Francia industrial y la Francia social

Mayo del 68, dice Debray, nace del desfase entre la Francia industrial y tecnológica y la Francia social e institucional. La primera, dinámica y abierta al exterior; la segunda, anquilosada y sometida a un lento proceso de cambio de valores y costumbres. La diferencia entre una y otra, tras el extraordinario proceso de crecimiento económico que se produce en la década de los sesenta, se hacía insostenible: “*la sociedad francesa, convertida en “antieconómica”, comprometía la rentabilidad de la sociedad anónima Francia*”. Un país, dice gráficamente Debray, estaba enchufado a 110 y otro a 220: los Sucesos fueron el cortocircuito que obligó a cambiar la instalación. No a cambiar el sistema, -no se trataba de una crisis del sistema, sino simplemente, de una crisis en el sistema- sino a modernizarlo. ¿Mayo del 68 igual a *chienlit* como había afirmado el General **de Gaulle**? No. Régis Debray consideraba que en los Sucesos se produjo el más razonable de los movi-



“El 68 fue uno de los grandes momentos políticos del siglo XX pero, precisamente, porque era la primera ocasión en la que Francia había logrado evitar una revolución.”

(5) **Francisco UMBRAL** en *ABC*. 28 de agosto de 1993.

(6) **Gabriel ALBIAC**, *Mayo del 68. Una educación sentimental*, Colección Ensayo, Ed. Temas de Hoy, Madrid 1993, 13.

(7) **Régis Debray**, *Modeste contribution aux discours et cérémonies officielles du dixième anniversaire*, París 1978, 10.

mientos sociales; la triste victoria de la razón productivista sobre las sinrazones románticas... *“Había que introducir buenas costumbres en la industrialización, no porque los poetas las reclamaran, sino porque la industrialización las requería”*. Para conseguirlo, la burguesía necesitaba unos instrumentos apropiados y los encontró en los revolucionarios de Mayo que, ingenuamente, *“hicieron justo lo contrario de lo que querían hacer”*.

En el 68, la burguesía se encontraba política e ideológicamente desfasada; el sistema de producción y de distribución capitalista se veía obtaculizado por la supervivencia de actitudes y valores obsoletos y discordantes en los comportamientos y en el tejido social; el Estado, centralizado y opaco, se enfrentaba a una sociedad civil ágil y en plena renovación... Frente a estos problemas, la crisis de Mayo funcionó como un factor de estabilización y modernización de las relaciones políticas y sociales.

La conclusión de Debray es tajante: *“Mayo del 68 es la cuna de la nueva sociedad burguesa. Si ella todavía no lo sabe, ya es tiempo de explicárselo... La república burguesa festejaba su nacimiento en la toma de la Bastilla; llegará un día en que festejará su renacimiento en la toma de la palabra de 1968”*.

El XX aniversario de los Sucesos dio lu-

gar a un nuevo debate en profundidad sobre sus raíces e interpretación, en el que se reafirmaron las tesis revisionistas de Debray, considerando, desde diversas perspectivas, el 68 francés, como el fin del arcaísmo revolucionario y el comienzo del proceso de modernización de las estructuras sociales y políticas de Francia. La obra de **Capdevielle** y **Mouriaux** sobre Mayo del 68 constituye uno de los trabajos más documentados y completos de los publicados en Francia en el 88 sobre los Sucesos y mantiene la tesis de que Mayo del 68, situado en el contexto histórico de los últimos 30 años de la historia de Francia, representa un momento intermedio, un *“entre deux”* en una coyuntura de modernización que permitía la entrada del país en el siglo XXI: *“La violencia de las jornadas de mayo... la amenaza de insurrección que suponía la paralización de los servicios públicos... la presencia continua de referencias simbólicas a la historia del movimiento obrero... evocaban las jornadas revolucionarias del siglo XIX. Por el contrario, las demandas de liberalización moral y sexual, las aspiraciones a una mejor calidad de vida, las críticas a la sociedad de consumo estaban sugiriendo la entrada en el siglo XXI”* (8). Entre el siglo XIX y el siglo XXI, todo parecía posible en el movimiento del 68. Las interpretaciones contradictorias sobre el sentido de la crisis, hechas cuando



“Habría que dilucidar si la revolución, entendida desde nuestra perspectiva actual, no consiste, precisamente, en el fracaso de la revolución.”

(8) **Jacques Capdevielle-René Mouriaux**, *Mai 68. L'entre-deux de la modernité. Histoire de trente ans*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París 1988, 20.

“Mayo del 68 -dice Debray- nace del desfase entre la Francia industrial y tecnológica y la Francia social e institucional.”



los Sucesos estaban todavía cercanos, y el proceso de inversión que se ha operado en los últimos años sobre el verdadero sentido de las reivindicaciones del 68 (nacimiento del individualismo o consolidación de la modernización capitalista), se explican, para Capdevielle y Mauriaux, por un fenómeno de ambigüedad *“que fue consustancial a los Sucesos de Mayo y que es inherente al mismo concepto de modernidad”*. Mayo del 68 fue, *“un fenómeno intermedio, un ‘mi-temps’ en un proceso de una coyuntura modernizadora, de carácter también intermedio, y en la actualidad superada”* (9).

El final de una utopía

Yo también participé en aquel vigésimo aniversario con un libro (10), que revisaba y actualizaba una primera publicación mía sobre la crisis social del mayo francés, y daba mi interpretación, a la luz del tiempo transcurrido, *Mayo del 88, 20 años antes*, que no era un juego de palabras, sino que trataba de resumir el sentido de mi propuesta interpretativa, aunque, como he podido comprobar, no facilita el entendimiento de mis ideas. Lo que quería decir es que lo que estaba ocurriendo en mayo del 88 se explicaba y estaba, hasta cierto punto, prefigurado en el famoso mayo del 68. Es verdad que no se puede afirmar que mayo del 88 fuese, de

forma mecánica, una consecuencia del mayo del 68. Pero me parecía evidente que la crisis del 68 había sacado a la luz las claves esenciales de un proceso social de larga duración; los Sucesos fueron algo así como una revelación y por eso podemos hablar de un antes y un después del mayo francés.

Ese enfoque de la crisis, se inscribe sin duda en la tendencia revisionista que inició Debray, y nos permite, como señalé entonces, *“integrar, aceptar y aprovechar todas las interpretaciones del 68 que se sitúan en la perspectiva del progreso de la Historia. Sería difícil encontrar una de estas explicaciones que no tenga su parte de razón y que no contribuya a la comprensión del sentido global del Movimiento de Mayo; crisis de civilización, revuelta espiritual, sociedad bloqueada, movimiento social, crisis del estado jacobino, final de las utopías revolucionarias, reacción antiautoritaria e individualista...”*(11).

Sin embargo, quedan fuera de dicho enfoque las interpretaciones que preveían, después del 68, un retroceso histórico al siglo XIX y las que sostenían que los Sucesos constituyeron una brecha, una ruptura; pues ni desaparecieron los Partidos Políticos, como los rebeldes de Mayo pretendían, aunque sí cambiaran; ni el sistema capitalista se derrumbó, aunque sí se remozó; ni surgió un **Fidel Castro** europeo, ni se implantó la Revolución Cultural China, ni ninguna otra

(9) *Ibidem*, 20-21.

(10) Cfr.. **Antonio SÁENZ DE MIERA**, *Mayo del 88, 20 años antes*, Tecnos, Madrid 1988.

(11) *Ibidem*, 21.

“La crisis de Mayo funcionó como un factor de estabilización y modernización de las relaciones políticas y sociales.”



de las previsiones de los sueños sesentayochistas. Creo que todas estas suposiciones han sido suficientemente invalidadas y ya no pueden sostenerse decentemente; su rastro no aparece en el paisaje político-social de nuestros días.

Por eso podemos decir que si el “retroceso histórico” que acabamos de describir constituía la “utopía revolucionaria de los sueños sesentayochistas”, el 68 marcó el final de dicha utopía, a no ser que leamos todo al revés como aconsejaba Debray en el trabajo citado.

Y, sin embargo, difícilmente se hubieran podido imaginar unas condiciones más favorables, en un país desarrollado de Occidente, para tratar de conseguir un cambio radical de sistema, que las que se dieron en Francia en las dos últimas semanas de mayo del 68.

A partir del 15 de mayo se declara una huelga general bajo la iniciativa de las centrales obreras (hasta ese momento, el movimiento universitario sólo había logrado el desenca-

denamiento de huelgas salvajes) y para el 22 de mayo la huelga y las ocupaciones de fábricas llegan a afectar a 8 ó 9 millones de trabajadores. El 23 de mayo, día de la As-

censión, la paralización del país es prácticamente total. Si a este panorama social, unimos el total desconcierto político que se produce ante la situación de “vacance de pouvoir” como resultado de la súbita y misteriosa desaparición del General de Gaulle, y la continuación de la “revolución” universitaria, el caldo de cultivo revolucionario no parecía poder estar mejor preparado ni más a punto. Sin embargo, es evidente que no se aprovechó, o mejor que ni los sindicatos, ni los partidos políticos quisieron aprovechar la ocasión.

A los 25 años de aquel movimiento, se puede afirmar que el gaullismo y el comunismo reflejaban, en sus valores y en sus planteamientos, más el pasado que el futuro. No sé si fue **Raymond Aron** quien comparó las



fotos de la manifestación de los campos Elíseos y la del Estadio Charléty y analizó los resultados. El poder en el 68 estaba en los Campos Elíseos, y luego iba a estar, fundamentalmente, en Charléty; los actores eran distintos, aun cuando cada vez se irían pareciendo más por la influencia homogeneizante del poder.

De la “revolución” a la “reforma”

No. La “revolución” de los “sueños revolucionarios” del 68 no tuvo, como la guerra de Troya, lugar, porque era impensable y probablemente imposible en el seno de un país industrial de la Europa desarrollada de la segunda mitad del siglo XX. El “pacto social-demócrata” mostró su eficacia equilibradora y el sistema de relaciones laborales, parte sustancial de dicho pacto, se rebeló como la única salida viable del conflicto en las negociaciones de Grenelle.

Pero el hecho de que la revolución no se produjera, no quiere decir, en absoluto, que nada cambiara. Como se ha dicho con frecuencia hay “un antes” y “un después” del 68 en Francia. En mi tesis doctoral yo aventuraba que si bien el clima social de las empresas no ofrecía mejoras sustanciales como consecuencia de los Sucesos (aunque, el re-

sultado de las negociaciones de Grenelle fuera significativo en algunos aspectos como el de la Formación Permanente), “el fenómeno de impregnación social generado por la crisis junto a la mayor sensibilización de empresarios y cuadros ante los problemas sociales y la general problematización a la que se ven sometidos algunos de los fundamentos de la sociedad industrial, están llamados a configurar sobre nuevas bases la cuestión social del futuro” (12). Ahora bien, este tipo de proceso paulatino de cambios en las costumbres y en los comportamientos sociales “dentro de un orden”, en este caso, “dentro de un sistema”, o aun más, como “consolidación de un sistema”, manteniendo la continuidad esencial de las instituciones, constituye un ejemplo de “reforma social”, es decir, de política reformista en contraposición a política revolucionaria. Veremos a continuación cómo se puede comprobar que esa situación de continuidad reformista se ha producido en Francia en los últimos veinticinco años en el terreno político, en el social y también en el universitario, por no dejar fuera uno de los aspectos más difundidos y espectaculares del 68 parisino.

El acontecimiento político más reciente en Francia es, sin duda, el descalabro socialista en las últimas elecciones legislativas. En líneas generales podríamos decir, teniendo en cuenta el número de votos y no los resulta-

“Si el retroceso histórico constituía la utopía revolucionaria de los sueños sesentayochistas, el 68 marcó el final de dicha utopía.”

(12) Cfr. Antonio SÁENZ DE MIERA, *La crisis social de Mayo-Junio de 1968 en Francia*, texto mecanografiado, pág. 721, que luego sería publicado.

dos de los escaños finales de la Asamblea, que el Centro-derecha no ha ganado las elecciones, sino que los Socialistas las han perdido.

Ahora bien, a pesar de los resultados, no se tiene la impresión de un gran cambio en la política francesa. La alternancia política se ha producido de un modo ejemplar; en los asuntos esenciales -mantenimiento del franco, política europeísta, relaciones con Alemania, lucha contra el desempleo...-, se prevé una continuidad, según ha declarado el nuevo Primer Ministro **Balladur**, “*respetando escrupulosamente las instituciones de la República*”. Y nada lleva a recordar las vísperas de las bodas de plata del 68. Quizás algún reportaje, en la línea de las conmemoraciones rutinarias, y poco más. Y, sin embargo, creo que algunas circunstancias podrían hacernos reflexionar sobre la estela de aquellos Sucesos. Porque todos los personajes que aparecen en estos momentos en la escena política francesa, como ya señalé, con motivo de las elecciones legislativas, tanto vencedores como vencidos, forman parte de la generación del 68.

El “**Michel Rocard**” del *Big Bang*, tratando de recuperar la sintonía del Partido Socialista con los nuevos movimientos sociales, nos trae a la memoria el papel que desempe-

ñaba el PSU, muy superior, lo mismo que se ha visto dramáticamente en las últimas elecciones, al de su fuerza electoral, intentando también entonces aglutinar a su alrededor a los estudiantes del liceo y de las universidades, a las comunidades cristianas de base y a los obreros que se movían en la órbita de la CFDT y, en algunos casos, del sindicalismo cristiano. Y el “**Mitterrand**”, que sigue en el Elíseo, es el mismo que explicó en su libro, *Ma part de vérité*, la influencia del 68 en su reconversión política (13). Y si **Pompidou** ha desaparecido de este mundo, ahí tenemos para reemplazarlo a Edouard Balladur, que es un Pompidou redivivo.

Balladur es otro *enfant de mai*, aunque, como ya apunté, del otro lado de las barricadas; contaba entonces menos de cuarenta años y hoy tendrá entorno a los sesenta y cuatro, que debe ser la media de edad de la generación del poder. No deja de ser una broma de la historia que los que “aprendieron la lección” de los Sucesos fueran primero Pompidou, después **Giscard** y Mitterrand, para finalmente volver a un Pompidou redivivo, veinticinco años más tarde. Podemos pensar que estos hechos confirmarían “los renglones torcidos”, a los que Debray se refería en su interpretación del 68.

Una situación, en cierto modo similar, es



“El hecho de que la revolución no se produjera, no quiere decir, en absoluto, que nada cambiara. Hay ‘un antes’ y ‘un después’ del 68 en Francia.”

(13) Cfr. **François MITTERRAND**, *Ma part de vérité. De la rupture à l'unité*, Collection Le livre de poche, 3335, Fayard, París, 1969.

“Todos los personajes que aparecen en estos momentos en la escena política francesa, tanto vencedores como vencidos de las elecciones legislativas, forman parte de la generación del 68.”

fácilmente comprobable en la evolución de los sindicatos obreros, que ya han perdido, definitivamente, su carácter revolucionario y han entrado en un reformismo cauto y colaborador, tal como se habían mostrado en el 68. Porque estuvo claro entonces, y más lo está hoy, que los sindicatos obreros, en los Sucesos de mayo, se montaron en un tren en marcha, y fue evidente su falta de protagonismo en aquellos acontecimientos, que ni provocaron ni llevaron hasta sus últimas consecuencias; en ningún momento participaron del radicalismo de los líderes estudiantiles y fueron arrastrados por una dinámica que trataron de detener y encauzar.

Separación entre lo político y lo social

Otro de los hechos novedosos frente a la tradición política y social francesa, y que estaba como prefigurado en el 68, era la separación entre los partidos políticos y los sindicatos.

Las respuestas de los Partidos de derechas o de izquierdas ante los problemas sociales dejan de corresponder al estereotipo creado por el recuerdo de su tradición ideológica o de su acción política. Como observa **J. D. Reynaud**, *“a pesar del parentesco de sus familias*

de origen, los sindicatos reconocen con dificultad sus objetivos y sus preocupaciones en las propuestas de gobierno de los partidos de izquierdas, lo mismo si se trata de la política general, nacional o internacional, que de cuestiones de empleo, reconversión industrial o política salarial” (14). Tampoco la dicotomía gobierno-oposición sirve ya para entender los comportamientos políticos en el plano social. Se explica esta situación, entre otras razones, porque el Estado no tiene ya en su mano todas las claves para la resolución de los problemas económicos y sociales.

Alain Touraine recordaba recientemente que las cuestiones de política nacional, con las que se enfrenta inexcusablemente el poder constituido, exigen enfoques integradores de las distintas tendencias y superadores por ello de los problemas categoriales que son los propios de la lucha sindical. La experiencia reciente de los partidos de izquierda nos enseña que ni el gobierno puede contar con el apoyo incondicional de los sindicatos para sus proyectos políticos y sociales, ni los sindicatos obreros se benefician ya de su relación con los Partidos políticos; quizás al PCF le pudiera seguir interesando mantener sus lazos con la CGT, pero es muy dudoso que el sindicato comunista, erosionado por los efectos de la crisis económica y por los resulta-

(14) Prólogo a la edición española de **Jean-Daniel REYNAUD**, *Los sindicatos en Francia*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1989.

“Los sindicatos obreros se montaron en un tren en marcha, y fue evidente su falta de protagonismo en aquellos acontecimientos.”

dos “sociales” del gobierno de la Unión de la Izquierda, pensase lo mismo de su relación con el Partido.

Hay que resaltar la gran novedad de la situación que acabamos de describir. De una parte, si no totalmente superada, sí quedaba relegada a un segundo plano la separación entre lo económico y lo social como cuestión dominante de la doctrina y de la praxis social. A partir del 81, valoradas las posibilidades y las limitaciones de la experiencia socialista en el poder, iban a ser las diferencias entre los planteamientos políticos y los enfoques propiamente sociales las que definirían los términos de la estrategia sindical. Pero además, el escepticismo y la desconfianza en las soluciones políticas de los problemas sociales se generalizan, y alcanzan también a los medios de acción macroeconómicos, y a las políticas sociales de carácter global. Si Mayo del 68 había descartado, de hecho, las soluciones revolucionarias, la alternativa política que se produce en Francia en el 81, obliga a volver la vista hacia las soluciones parciales y concretas que, principalmente, se pueden lograr, como ya vimos, en el nivel de la empresa.

Las últimas elecciones francesas han vuelto a poner de relieve este fenómeno. La influencia sindical y patronal ha sido mínima, como se refleja en los resultados, que no parecen haberse alterado en nada por las posibles recomendaciones o sugerencias de las centrales sindicales y de las agrupaciones patronales.

Aceptación socialista de la empresa

Junto a esta transformación de la línea sindical, la empresa, como motor de desarrollo económico y social, ha ido ganando importancia en el panorama social francés. Ya salió fortalecida de Mayo del 68. Su reformismo pragmático se demostró socialmente rentable. Como se vio con la llegada al poder de los partidos de izquierda en Europa, la empresa recibió el respeto de todos los gobiernos y la vieja demagogia se demostró inútil. Finalmente, nadie pensó en eliminarla, y recuperó, con aquel baño de lucidez que representó Mayo del 68, su protagonismo histórico como motor social, como elemento imprescindible del equilibrio social y como garantía de la supervivencia de las iniciativas privadas al servicio de la colectividad. Reduciendo un poco, y con todos los peligros de las reducciones demasiado simples, podemos decir que Mayo del 68 hizo a la empresa más humana, más socialmente aceptable, más responsable de su destino social. El reformismo entró en la empresa, respetando las inmensas posibilidades de los valores del individuo y de sus iniciativas. En este sentido, la empresa ya no sería la misma después del 68.

Uno de los mitos más esterilizadores de la acción política y económica de la izquierda se basaba en el principio de que el Estado podía hacerlo todo, reglamentarlo todo y so-

lucionarlo todo; con el Presupuesto de los gastos generales del Estado en la mano, se pretendía garantizar el desarrollo industrial y la creación de empleos, y, a través de la legislación laboral, regular y controlar las relaciones sociales, desde la política salarial hasta la duración de la jornada de trabajo. No era difícil percibir, en los viejos esquemas del pensamiento político estatista, un fondo de desconfianza hacia las iniciativas sociales que pudieran surgir fuera del control del Estado, sospechosas siempre de actuar por intereses particulares, enfrentados por principio a los intereses públicos o generales. En lo esencial, el cambio se orientó hacia un mayor respeto por la empresa y por las leyes del mercado.

Como una prueba indirecta de la nueva consideración que merecía la empresa para los socialistas, podemos recordar lo que **Vernholes** comenta sobre la posibilidad de encontrar en la actualidad un buen número de gentes de izquierda en puestos directivos de las empresas. Se acepta, sin graves reservas, el papel del beneficio del dinero y de la rentabilidad económica. Y aún más, afirma Vernholes: “Se puede decir sin exagerar que el sistema financiero francés ha progresado más en los tres años de gobierno de los socialistas que en los veinticinco años anteriores” (15).

Pero, al mismo tiempo que se reconoce el

papel de la empresa, se admite que el poder no reside únicamente en la cúspide, en el Estado, sino que se encuentra repartido en todo el cuerpo social; no en la autogestión, viejo mito arrinconado a partir del 68, sino en la descentralización de decisiones, en el nivel geográfico y en el nivel de los centros de producción.

En los últimos años se ha confirmado la aceptación socialista de la empresa y su importancia, tanto en el plano de las relaciones laborales, como en el de la economía, en el que la política socialista, lo mismo a nivel europeo que a nivel nacional, ha mostrado un acuerdo total, sin fisuras, de los principios de la racionalidad económica más descarnada. Como señala, en su último libro, **Renaud de la Baume** (16), “cuando en 1981 el candidato del ‘cambio’, François Mitterrand, accede a la Presidencia de la República nadie podía imaginar que, bajo su reinado, una nueva generación de hombres de izquierda iba a cambiar radicalmente el paisaje económico y financiero francés. Marxistas, militantes sinceros, soñadores, utópicos o tecnócratas que querían hacer carrera, van a tomar la iniciativa para convertirse en los actores de una “socialocracia” omnipresente en todos los sectores: bancarios e industriales, públicos y privados” (17). Esta nueva generación de hombres de empresa, procedentes de la izquierda, llegará a atreverse, según



“La separación entre los partidos políticos y sindicatos es otro de los hechos novedosos que estaba prefigurado en el 68.”

(15) **Alain VERNHOLES**, *La découverte de la réalité économique en trois étapes*, en 1981-1988. Bilan du septennat, o.c., 93.

(16) **Renaud de la BAUME**, *Les socialo-capitalistes. Portrait et Méthamorphose des élites roses*, Albin Michel, 1993.

Thierry Pfister, que trabajó en Matignon junto a **Pierre Mauroy**, entonces Primer Ministro, “a aplicar la lógica económica y los programas capitalistas tradicionales, con más osadía que la que se hubiera podido atribuir a la derecha” (18). Algunos de estos hombres se mantuvieron en el periodo de cohabitación con el gobierno de **Chirac**, de 1986 a 1988. Y otros han pasado a la empresa privada.

La llama que prendió la pólvora

Otro tema protagonista del 68, para algunos el único protagonista, fue la Universidad. Es cierto que el movimiento estudiantil fue en mayo del 68, según la expresión que se ha utilizado con frecuencia, la llama que puso fuego a la pólvora; pero también es igualmente cierto, como afirma el sindicalista **Georges Séguy**, que si no hubiera existido la pólvora del movimiento obrero, la llama se hubiera extinguido pronto en el vacío y hoy, a los veinte años, no se hablaría de Mayo del 68, sino de los Sucesos ocurridos en la calle Gay Lussac, como una más de las peripecias producidas por los enfrentamientos más o menos habituales, que se han producido siempre, con más o menos virulencia, entre los estudiantes y las fuerzas del orden público.

Sin embargo, todo empezó en la Universidad: fueron los sucesos universitarios los que iniciaron el Mayo del 68, los que causaron mayor impacto en la opinión mundial y los que tuvieron más eco en los medios de comunicación social. Y puesto que todo empezó en la Universidad, debemos preguntarnos lo que representó para la Universidad Mayo del 68 o, lo que es lo mismo, si la Universidad del 93 es igual o distinta después de aquellos Sucesos. Probablemente donde más se noten las diferencias sea en aquella contradicción, que señaló **Aron**. El deseo de cambiar radicalmente la sociedad industrial y el deseo de encontrar el acomodo en dicha sociedad a través de un empleo, no se pueden mantener inflexiblemente y, sobre todo, no se pueden vivir conscientemente a lo largo del tiempo sin llegar al absurdo. Ante este dilema, cabían dos soluciones dos soluciones: acabar con la sociedad industrial o adaptar la Universidad a las exigencias racionales de dicha sociedad.

Porque una de las grandes críticas que se hacía a la Universidad de entonces era su ineficacia y su inmovilismo, y la petición más extendida era acabar con aquella Universidad, pero no se pretendía acabar con la institución, que está llamada a cumplir una función cada vez más necesaria, sino acabar



“Todo empezó en la Universidad: fueron los sucesos universitarios los que iniciaron el Mayo del 68, los que causaron mayor impacto en la opinión mundial.”

(17) *Ibidem*, 9.

(18) **Thierry PFISTER**, *Lettre ouverte a la generation Mitterrand, qui marche a côté de ses pompes*, Albin Michel, 1989.

“Ahora, a los veinticinco años, sabemos que lo que se pedía entonces era una Universidad más cerca de la sociedad, más flexible, más abierta, menos burocratizada, más útil.”

con ella tal y como entonces se concebía y la tradición había fijado sólidamente, impermeable a los grandes cambios sociales. Y había, para salir de aquella situación, dos opciones, la revolucionaria y la reformista, puesto que ambas partían de la misma aceptación de sus carencias y ambas intentaban colmarlas.

Ahora, a los veinticinco años, sabemos que lo que se pedía entonces era una Universidad más cerca de la sociedad y para ello, más flexible, más abierta, menos burocratizada, más útil. La Universidad tenía que cumplir su papel histórico en la nueva sociedad, aprovechando al máximo su potencial científico, colaborando en la innovación tecnológica y preparando adecuadamente a los estudiantes para el trabajo profesional y para su inserción en la sociedad. En cierta manera, aquellas reivindicaciones estructurales que se revelaron en el 68 se están cumpliendo. De Gaulle habló entonces de la impotencia de ese gran organismo que era la Universidad para adaptarse a las necesidades de una nación moderna y resolver el problema del empleo de los jóvenes. A este diagnóstico se le ha ido aplicando, no sin dificultad, una terapéutica adecuada. El proceso de adaptación de las enseñanzas universitarias a las necesidades sociales implica una mayor conexión entre la Universidad y la sociedad, conexión que se está produciendo paulatinamente, con

algunas dificultades, pero a buen paso en Francia y en todos los países industrializados. La mayor novedad, a los veinticinco años, es que todas las fuerzas políticas, todas las ideologías, aceptan sin reservas la necesidad y la urgencia de



“Trabajo y empleo, dos aspectos difícilmente dissociables de una misma realidad, han sido, sin embargo, considerados como realidades aisladas en el debate político y social. Y así ocurrió en los Sucesos del 68.”

adaptar la Universidad a la sociedad industrial, y eso era lo que revelaban las peticiones de los estudiantes del 68 cuando criticaban que la Universidad siguiera girando en el vacío.

En estos últimos años, la tendencia se ha consolidado y la Universidad se adapta cada vez más a las necesidades de la sociedad industrial y a la nueva situación del mercado único europeo. La Universidad francesa ya no es una institución comprometida políticamente y, menos todavía, revolucionaria; todo lo contrario. *“En una veintena de años, se escribe (19), hemos pasado de un clima sartriano de hipercompromiso, en el que todo parecía político, a un período paradójico de movilizaciones sin política, es decir, de movilizaciones hostiles al compromiso político”*. Los universitarios y los alumnos de los liceos pueden actuar para oponerse a cuestiones concretas, como un nuevo proyecto educativo, en 1986, o las movilizaciones de 1992 contra la reforma **Jospin**; pero todo sin un compromiso político y sin que los militantes logren controlar *“los movimientos en los que han tomado la iniciativa”* (20). Y estas movilizaciones no son el producto de un puro dilettantismo ideológico o cultural, sino que nacen de la inquietud de los jóvenes “por la ineficacia de sus estudios en relación con sus

intereses” (21). Pero esta preocupación por el empleo, que ya se comprobaba en el 68, nos da paso a uno de los grandes temas de la actualidad.

El problema del desempleo

¿No es el desempleo “la cuestión social” de nuestro tiempo? Nada se entiende hoy día, ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo social sin tener en cuenta el fenómeno del paro y sus terribles consecuencias. Y podemos también pensar que los problemas del trabajo y del empleo nos vuelven a unir el 68 con el 93, y nos encontramos de nuevo con todos los debates esenciales del movimiento sesentayochista en sus dos vertientes: universitaria y laboral.

Trabajo y empleo, que son dos aspectos difícilmente dissociables de una misma realidad, han sido, sin embargo, considerados como realidades aisladas en el debate político y social. Y así ocurrió en los Sucesos del 68. Por una parte, en la crisis social, dentro del campo de las “nuevas aspiraciones”, es decir, las “reivindicaciones cualitativas” que el sociólogo **Serge Mallet** oponía a las “reivindicaciones cuantitativas” tradicionales (salarios, jornadas de trabajo...), aparecía fre-

(19) CEVIPOF, 483.

(20) *Ibidem*, 489.

(21) *Ibidem*, 492.

cuentemente la de un trabajo “mejor”, menos alienante, con más sentido personal y social. Es la crítica de la organización tayloriana del trabajo que había surgido ya en Francia a comienzos de los años cincuenta, pero que sólo en el 68 rompe el círculo de los grupos de expertos y para dar lugar al desarrollo de las técnicas de “*job enrichment*”, es decir, de la humanización del trabajo en el campo de la política social y las relaciones laborales. En todo momento, ese tipo de preocupaciones consideraban el trabajo como un bien permanente, en el escenario de un Estado de Bienestar indisolublemente unido al pleno empleo. A este respecto, recuerdo que la Asociación Europea de Directores de Personal dedicó el Congreso que celebró en el año 75 en Madrid a *La humanización del trabajo*. En el prólogo que escribí para el libro que recogió los trabajos de aquellas jornadas (22), hacía notar que los representantes de los países iberoamericanos, que asistieron al Congreso, se quedaron muy sorprendidos de la importancia que se les había concedido a estas cuestiones “cualitativas” en los debates, cuando en sus países el problema básico era el de la mera existencia del trabajo: ellos estaban viviendo lo que más tarde llegaría a ser el problema fundamental en el occidente europeo.

En la crisis universitaria se denuncia también “el trabajo alienado” al servicio de “una sociedad de consumo también alienada”, pero apunta ya, como antes recordábamos, el problema del desempleo universitario, que hasta ese momento era totalmente desconocido. Por primera vez se presenta la contradicción que, como recordábamos más arriba, denunció con claridad Raymond Aron, entre la crítica del trabajo de “la sociedad industrial” y la exigencia de que esa misma sociedad industrial, a la que se denuncia como causa del trabajo alienado, sea capaz de crear más empleos ¿Mejor trabajo o “simplemente por lo menos empleo”? Naturalmente que no se puede plantear en estos términos tan radicales el problema, pero no cabe duda que la precariedad del empleo cambia esencialmente los términos del debate político-social. A la crítica de la organización tayloriana del trabajo sucede, progresivamente, una preocupación por “*le partage du travail*” y paralelamente se produce un replanteamiento del papel del Estado y del libre juego del mercado en la creación de puestos de trabajo. Una de las paradojas de la experiencia socialista al llegar al poder en Francia fue, precisamente, la de percibir los límites del gobierno en la solución de los nuevos problemas, justamente cuando se ini-



“Los Sucesos de Mayo constituyeron el primer anuncio de la crisis del Estado de Bienestar.”

(22) *La humanización del trabajo en Europa*, Colección La Empresa Moderna, Ibérico Europea de Ediciones, 1979, 250 págs. Dirección e Introducción, Antonio Sáenz de Miera. Publicado en inglés por la EUROPEAN ASSOCIATION FOR PERSONEL MANAGEMENT, *Humanization of Work in Western Europe*, London, 1979.

ciaba una etapa ideológica que propugnaba un mayor papel del Estado. Michel Rocard, con su acostumbrada clarividencia política y su conocido oportunismo dialéctico, expresó, al poco tiempo de la victoria electoral de los socialistas en Francia en el 81, que la enseñanza más significativa y primordial que la llegada al poder había proporcionado a la izquierda era la toma de conciencia del irrealismo de un proyecto global, total, que se pudiera realizar únicamente con el dominio del aparato del Estado (23).

Y la crítica del Estado jacobino y la defensa del papel de la sociedad tienen también, en cierto sentido, su origen en Mayo del 68. Un conjunto de personalidades de la vida francesa, preocupado por los problemas del país y al margen de los partidos políticos y de las tareas de gobierno había realizado un estudio titulado *Pour nationaliser l'Etat* (24), prácticamente acabado antes de Mayo del 68. El desencadenamiento de los Sucesos hizo, sin embargo, que muchas ideas que hubieran podido parecer sorprendentes o discutibles antes del 68, fuesen después comúnmente admitidas.

La crisis del Estado Providencia

El papel desempeñado por el Estado, co-

mo instrumento de la unión territorial y de la unidad nacional, había sido muy importante en Francia. Una larga evolución histórica había ido conformando un Estado potente que, en los últimos años se había convertido, dentro de la evolución general del Estado, en un Estado Providencia. El aumento creciente de las tareas y del papel del Estado, y la consiguiente disminución de la actuación de la sociedad, había dado lugar a que el conjunto del cuerpo social se volviese hacia el Estado como referencia universal para la solución de sus problemas y de sus carencias, mientras que la nación era relegada a un papel menor y secundario. Los Sucesos del 68, se dice en esta obra colectiva, ponían en evidencia lo absurdo de la situación descrita: *“Una nación moderna y viva no puede estar formada en la actualidad por un Estado y una masa, sino que debe ser ante todo una fuerza intelectual compuesta por todos los cerebros utilizables y utilizados al máximo; una fuerza económica eficazmente organizada, creativa y desarrollada técnicamente y un conjunto de servicios colectivos creados y controlados libremente por los ciudadanos”*

Todos los síntomas y todos los diagnósticos sobre la crisis del Estado Providencia, que constituirían motivo común de reflexión a comienzos de la década de los ochenta, estaban contenidos en este Documento elaborado, como dijimos, antes de Mayo del 68,

“Se puede hablar del 68 como último acto de una ‘utopía’ que no servía desde hacía muchos años”

(23) Cfr. Michel ROCARD, *A l'épreuve des faits. Textes politiques 1979-1985*, Collection Points, 130, Politique (Seuil-París 1986).

(24) *Pour nationaliser l'Etat. Réflexions d'un groupe d'études*. Par C. Alphantéry (y otros) (París 1968) 14.

pero al que los Sucesos dieron una sorprendente confirmación. Desde esta perspectiva, los Sucesos de Mayo habían constituido el primer anuncio de la crisis del Estado de Bienestar.

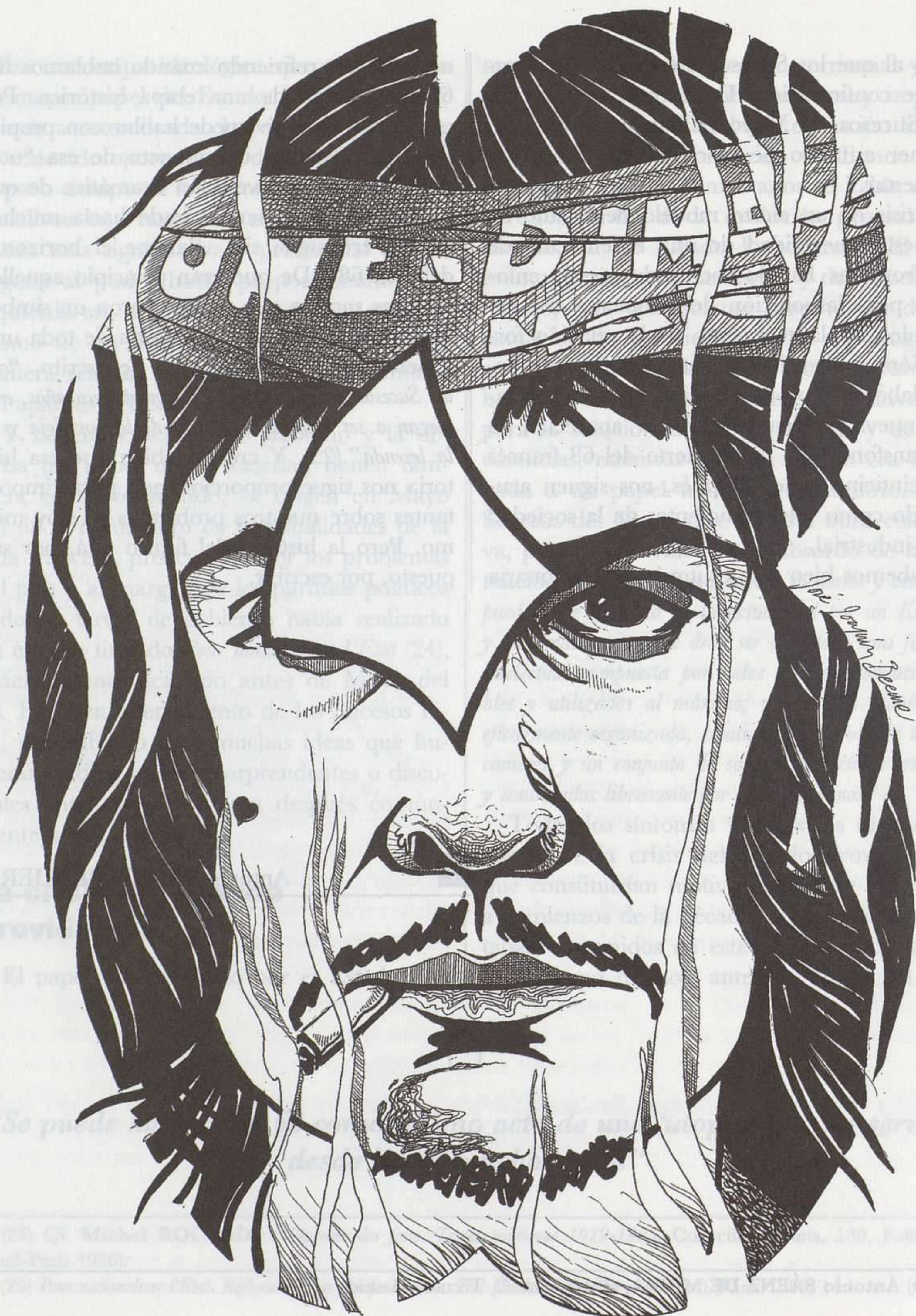
Crisis de un cierto modelo de Estado de Bienestar; necesidad de una redefinición de las fronteras Estado-Sociedad; nuevos enfoques para la solución del problema del desempleo; replanteamiento de la relación formación-empleo; flexibilización de las relaciones laborales; profundización de la democracia; nueva política industrial... aparecían en el transcurso del desconcierto del 68 francés y, veinticinco años después, nos siguen acuciando como retos pendientes de la sociedad post-industrial.

Sabemos bien a qué utopía revolucionaria

nos estamos refiriendo cuando hablamos del 68 como final de una etapa histórica. Por eso, pienso que se puede hablar con propiedad del 68 como último acto de esa "utopía", o como la revelación dramática de que tal utopía ya no servía desde hacía muchos años. Pero sigue sin aclararse el horizonte del post-68. ¿De qué eran principio aquellos célebres sucesos que constituyeron un símbolo todavía fresco en la memoria de toda una generación? Creo, como ya he escrito, "*que los Sucesos del 68, ahora a los veinticinco años, empiezan a ser historia, más allá de la nostalgia y de la leyenda*" (25). Y creo también que esa historia nos sigue proporcionando pistas importantes sobre nuestros problemas de hoy mismo. Pero la historia del futuro está, por supuesto, por escribir.

Antonio SÁENZ DE MIERA

(25) Antonio SÁENZ DE MIERA, *El Mayo francés*, Tecnos, Madrid



LOS POLVOS Y LOS LODOS

Aquilino DUQUE

No sé si entre las calamidades que en el calamitoso siglo XX incluye el marqués de Tamarón en su inminente libro que justamente titula "El siglo XX y otras calamidades" está la llamada Revolución del 68. Que una revolución es una calamidad es cosa que en este fin de siglo está fuera de toda duda, pues ni siquiera los partidarios que enarbolaron alguna vez banderas revolucionarias hablan ya de revolución.

LOS revolucionarios de ayer son los gobernantes de hoy, pero unos gobernantes que tienen como coartada su pasado revolucionario. El hecho de que las revoluciones no se conmemoren o se conmemoren a medias, como la Revolución Francesa, no quiere decir sin embargo que la clase política no siga viviendo de sus rentas, cosa que ocurre en el terreno de las instituciones, en el de la retórica y en el de las costumbres.

La Revolución Francesa fue el parto cruento de la Modernidad y el comienzo de un ciclo cuyo fin, y no hago más que glosar a **Vintila Horia** y a **Dalmacio Negro**, coincide con el fin de este siglo tan calamitoso. Al siglo calamitoso lo precedió un siglo que **León Daudet** llamó estúpido, de suerte que ya sabemos de qué está hecha la Modernidad: de estupideces y de calamidades. ¿Qué adjetivo le tocará en suerte al siglo XXI? ¿Llegará hasta él lo que en alguna ocasión he denominado "el espíritu inmundo del 68?"

La utopía en el poder

Hace unos años apareció en Francia un libro sobre el régimen soviético titulado "*L'Utopie au Pouvoir*". Esa utopía era, por supuesto, la utopía marxista, en cuyo nombre se hizo la Revolución de Octubre, del mismo modo que en nombre de la de **Rousseau** se hizo la Revolución Francesa.

Una de las consignas que más fortuna tuvieron en las algaradas del Mayo francés fue la de "*L'imagination au Pouvoir*", que en realidad quería decir "*L'Utopie au Pouvoir*". Esa imaginación y esa utopía tenían ya entonces un significado muy concreto y estaban contenidas en un breviario que era el célebre librito rojo del inconmensurable **Mao**. La Unión Soviética había dejado de ser un modelo, ya que le faltaba la dimensión libertaria y orgiástica, hedonista y lúdica en la que entraban ingredientes como la mística de la droga y el sexo, el desaliño indumentario, el lenguaje soez, el rock de



masas, valga la redundancia, el sadomasoísmo, como decía **Italo Calvino**, el terrorismo asambleario, la guerrilla urbana, la liberación de los instintos, el descrédito de la educación, la guerra a muerte a la religión, a la patria y a la familia. Todo eso y mucho más se encerraba en dos conceptos: uno chino, la “revolución cultural” y otro cubano, la “revolución con pachanga”.

El Mayo francés no fue más que el torนาวoz mundial de esa pachanga revolucionaria que en realidad se había iniciado en las bien costeadas universidades de Estados Unidos.

Bajo la inspiración directa o indirecta de los maestros de la Escuela de Francfort o de sus epígonos, esas universidades se convirtieron en laboratorios de experimentación en los que con gran desenvoltura se manipulaban todos los virus revolucionarios. Los aforismos de Mao se combinaban con las teorías de **Wilhelm Reich**, la psicodelia con el psicoanálisis, la hidrofobia con la piromanía. Las aberraciones más abyectas, los instintos más bajos, las taras más inconfesables se exaltaban a la categoría de derechos humanos y libertades fundamentales, una de las cuales



“La Revolución Francesa fue el parto cruento de la Modernidad y el comienzo de un ciclo cuyo fin coincide con el fin de este siglo tan calamitoso.”

“El Mayo francés no fue más que el tornavoz mundial de esa pachanga revolucionaria que en realidad se había iniciado en las bien costeadas universidades de Estados Unidos.”

sería la de delinquir, en nombre de la sacrosanta “transgresión”, tan cara al surrealismo.

La casta intelectual

El atractivo que todo esto suponía para la casta intelectual era sumamente poderoso. No hay revolución a la que el intelectual no se apunte; la guerra de España fue un buen banco de prueba en el que la transgresión en sus más feroces manifestaciones se pudo ejercer al amparo de una terminología humanitaria o, por decirlo con palabras de **Baroja**, de una “fraseología masónica”. El propio **George Orwell**, que fue políticamente de lo más decentito que pasó por aquel muladar, confiesa ingenuamente que creyó que la revolución española iba en serio al ver las iglesias incendiadas y saqueadas. Otro ingenio, el novelista **Cortázar**, escribía ya en vísperas del 68 que los crímenes sádicos de los “Moors” no eran tales crímenes, sino un acto de rebelión contra la represiva moral victoriana. Las víctimas, los pobres niños sodomizados y torturados con un refinamiento surrealista mientras sus gritos y sus estertores eran grabados en cinta magnetofónica, no eran para Cortázar más que encarnaciones de la Reina Victoria y sus virtudes represivas, así que no era cosa de lamentar su suerte. La criminal pareja, que tomaba notas durante el juicio oral en plan sexólogo y que se merecía la horca sin atenuantes,

fueron los primeros beneficiarios de la abolición de la pena capital por la Cámara Alta del Parlamento de Westminster. Esa abolición significaba que ya el viento soplaba del cuadrante que quería **Bob Dylan**. Por entonces fue también cuando hacía explosión el caso **Profumo**, cuya carrera política trunaron entre una prostituta, un espía ruso y un médico proxeneta. Éste se suicidó, el ruso se perdió en Lubianka y la fulana en la vulgaridad. Los tiempos no estaban maduros; aún pesaba algo la represiva moral victoriana. De haber ocurrido ese lance en tiempos menos oscurantistas, el ministro habría podido ser director del Banco de Inglaterra o embajador en la Unesco; la “modelo” se habría casado con un duque y el médico habría vendido sus confidencias a una revista ilustrada.

La abolición de la pena capital por la Cámara de los Lores significaba además que las clases dirigentes estaban deseosas de quitarse el corselete. Esa operación, peligrosa cuando la subversión latía en la clase obrera, les parecía incluso divertida ahora que estallaba en la juventud universitaria. Esto lo vio muy bien **Pasolini**; los adultos cazaron al vuelo la ocasión que les brindó la juventud para zafarse de sus ataduras morales.

La sociedad permisiva

También al comercio se le abrieron unas posibilidades inéditas, pues gracias a la masi-

“Las aberraciones más abyectas, los instintos más bajos, las taras más inconfesables se exaltaban a la categoría de derechos humanos y libertades fundamentales.”



ficación de los “hijos de papá”, la juventud pasaba a constituir la clientela preferente de la llamada sociedad de consumo. Nadie va a negar el lucro que para los traficantes de armas supuso la proliferación de guerrillas urbanas y “ejércitos de liberación popular”; nadie va a negar los beneficios que a las mafias de la droga les reportó el acceso de las masas a los “placeres prohibidos”; nadie va a negar la fecunda relación entre la promiscuidad sexual y la industria pornográfica.

Con anterioridad a esta revolución, las sociedades occidentales estaban claramente jerarquizadas, tanto si su organización política era demoliberal como si era autoritaria, pero, jerarquizadas y todo, existía en ellas una gran movilidad social. Quiero decir que cualquiera, por sus méritos y por su esfuerzo, podía subir en la escala social. Naturalmente que en la escala social se subía -y se sube- por otros procedimientos también, concretamente por el enriquecimiento rápido y el juego de influencias, pero siempre se supo quién estaba donde estaba y era lo que era por méritos propios o por favores ajenos. También se sabía que había que ser decente o, por lo menos, parecerlo.

Todo esto se invirtió radicalmente con el advenimiento de la sociedad permisiva que, en nombre del igualitarismo a ultranza, declaró la guerra, entre otras muchas cosas, a la llamada “meritocracia” y a la decencia, motejada de “pudibundez”. En la jerga uni-

versitaria de los años 70 el máximo elogio se cifraba en la palabra “golfo” y, por otra parte, no vamos a descubrir ahora el significado político que entonces tenía el consumo de drogas estupefacientes o alucinógenas. En aquellos años, uno de los “novísimos” inventados por **Castellet**, aquel mandarín de lo que llaman ahora algunos necios el “páramo cultural”, el poeta **Carnero** clamaba en exquisitos versos por “una sociedad más justa y más abierta de piernas”, y cuando por fin se iniciaron esas aperturas sociales, otro cardo borriquero del “páramo” aquel, el novelista **Marsé**, parodiaba una democrática consigna catalanista en estos términos: “*¡Llibertat, amnistia i estatut de sodomia!*”

Esa broma de Marsé iba muy en serio; tan en serio iba que los individuos de ciertas minorías a quienes el legislador represivo atribuía peligrosidad social y el hombre de la calle tomaba a broma, exigieron que se les tomase en serio en cuanto miembros de tales minorías. Aquí importa muy mucho hacer un distinguo para que no se me vaya a tergiversar. Cada cual es como Dios lo ha hecho y como hechura de Dios merece un respeto o una compasión. Ahora bien, en una época en que el corporativismo profesional está tan mal visto, no me cabe en la cabeza cómo se puede tomar en serio el corporativismo biológico. Por un lado luchamos contra la discriminación racial o sexual y por otro exigimos unos derechos especiales

en cuanto miembros de una raza o un sexo. Los casos más llamativos se han dado en las democracias anglosajonas y culminaron en el entronizamiento de un Presidente que contabilizó como méritos y virtudes lo mismo que hasta hacía poco se consideró como vicios y vergüenzas: eludir el servicio militar, engañar a su mujer y haber fumado marihuana. Quiere decir que el candidato pasó "cum laude" la prueba triple del antimilitarismo, del amor libre y del consumo de droga, como buen hijo del 68. Tanto es así que las primeras medidas que tomó o quiso tomar fueron las de incluir como fuera a mujeres en su Gabinete y a homosexuales en las Fuerzas Armadas. Todo aquel que haya servido en una unidad militar sabe muy bien que en las fuerzas armadas puede haber invertidos, como los hay en las profesiones más honorables de la vida civil, por no hablar de individuos de esta índole que han resultado ser soldados ejemplares, desde **Alejandro Magno** y **Julio César** hasta **Federico II** o **Gustavo Durán**, un músico que se improvisó estratega en nuestra guerra civil, estuvo a punto de tomar Segovia y acabó de alto funcionario de las Naciones Unidas. Lo que quiero decir es que en la vida militar como en cualquier campo de actividad, hay que respetar la condición íntima de cada cual, pero no hay por qué tolerar ciertas conductas públicas. Una cosa es no discriminar al invertido, al negro o a la mujer y otra escoger a un aspirante o candidato por su expediente, no por ser mujer,

negro o invertido... cuando no por padecer una enfermedad de esas que los antiguos llamaban secretas

Mujeres excepcionales y hombres extraordinarios

La Historia está llena de mujeres que han desempeñado altos cometidos tan bien o mejor que muchos hombres. Para no ir más lejos, ahí están **Isabel I de Castilla** o **Isabel I de Inglaterra** y, en Inglaterra también y en tiempos más recientes, **Margaret Thatcher**. Hay mujeres excepcionales como hay hombres extraordinarios, pero eso no quiere decir que haya que barajar los sexos e implantar la promiscuidad a ultranza. De la Thatcher por cierto tienen una pésima opinión los partidarios y las partidarias del corporativismo sexual por más que, la verdad sea dicha, no sé de ninguna mujer pública de cuota que haya demostrado valer la décima parte de lo que valía esa señora. En esto sé que al menos coincide conmigo alguien como **Vargas Llosa**, que llegó incluso por un momento a creerse que podía llegar a ser la Thatcher del Perú. Naturalmente, Vargas Llosa tuvo las veleidades juveniles propias de todo intelectual que aspirase a hacer carrera. De algunas de ellas, de las políticas, renegó a tiempo, muy especialmente cuando estalló en Cuba el caso **Padilla** y **Castro** mandó a paseo a los intelectuales que hacían la revolución por correspondencia. A lo que voy es que Mario



“Gracias a la masificación de los ‘hijos de papá’, la juventud pasaba a constituir la clientela preferente de la llamada sociedad de consumo.”

acabaría enamorándose de la fórmula política de la Thatcher hasta el punto de tratar de aplicarla a su país de origen. Los electores peruanos le impidieron que cometiera ese pecado de pseudomorfismo que tan caro suele costar a los países pobres, pero lo que no pudieron impedir fue que al candidato lo motejaran de “conservador” sus colegas intelectuales, sus antiguos compañeros de veleidades revolucionarias. Hay etiquetas que al intelectual le resultan harto incómodas, pues por sólida que sea su fama, teme que se la empañen ante eso que llaman la opinión pública. El propio **Borges** tuvo que retractarse de algunas de sus “*boutades*” y ni aun así logró que le dieran el Nobel. Tarde comprendió que “*épater l'intellectuel*” es harto más peligroso que “*épater le bourgeois*”. Por eso mismo, para no verse acusado junto con la Thatcher de conservador, Vargas Llosa se defiende diciendo que la Thatcher es una revolucionaria y que su revolución consistió en privatizar el socialismo, lo que vale a decir que la revolución de la Thatcher consistió en deshacer la revolución. Ni **Talleyrand** se había atrevido a decir eso de **Metternich**. Lo que pasa es que la palabra “revolución” sigue teniendo un prestigio entre quienes alguna vez han militado en alguna de ellas, y por eso, por un resto de fidelidad nostálgica a las militancias juveniles, Vargas Llosa se distancia de la Thatcher “conservadora en las cuestiones de moral y

de forma”.

Y es justamente en las cuestiones de moral y de forma en las que reina hoy un consenso total entre los hijos del 68 llegados a la edad adulta. Derrumbado el socialismo, impuesto de modo contundente el sistema capitalista, en bancarrota el “Estado providencia”, los políticos de todos los bandos sólo piensan en el ciudadano como contribuyente y como consumidor. Al menos la Thatcher quiso además que el ciudadano británico volviera a ser lo que fue alguna vez: un “*gentleman*”, y aquí dedico un recuerdo a **Alfonso García Valdecasas** y a lo que dijo sobre el “*gentleman*” y el hidalgo en unos tiempos en que la hidalguía se cotizaba en España más que la picaresca.

“Democracia” e “isonomía”

Hoy es al revés, no sólo en España, sino en todo Occidente. Al comentar el crimen de Alcácer, digno de figurar en cualquier manifiesto surrealista o en la Antología del Humor Negro, en el Museo del Holocausto o en cualquier película buñuelesca, un columnista de un periódico de tradición conservadora pero que no quiere quedarse atrás en lo ético ni en lo estético, decía que una cosa era ese crimen crapuloso y otra “los crímenes del amor” del **Marqués de Sade**, y que si se confundían ambas cosas, nos arriesgábamos a perder estas libertades por las

“Hay mujeres excepcionales como hay hombres extraordinarios, pero eso no quiere decir que haya que barajar los sexos e implantar la promiscuidad a ultranza.”

que tanto hemos luchado y que tanto trabajo nos ha costado darnos a nosotros mismos. Da la casualidad de que los crímenes del amor del “divino marqués” no se diferencian en nada de los perpetrados con las tres niñas de Alcácer y que por ellos precisamente estaba su autor en la Bastilla, de donde vino a sacarlo la Revolución, aquella Revolución que “devolvió” a los franceses las libertades que tanto lucharon por darse a ellos mismos.

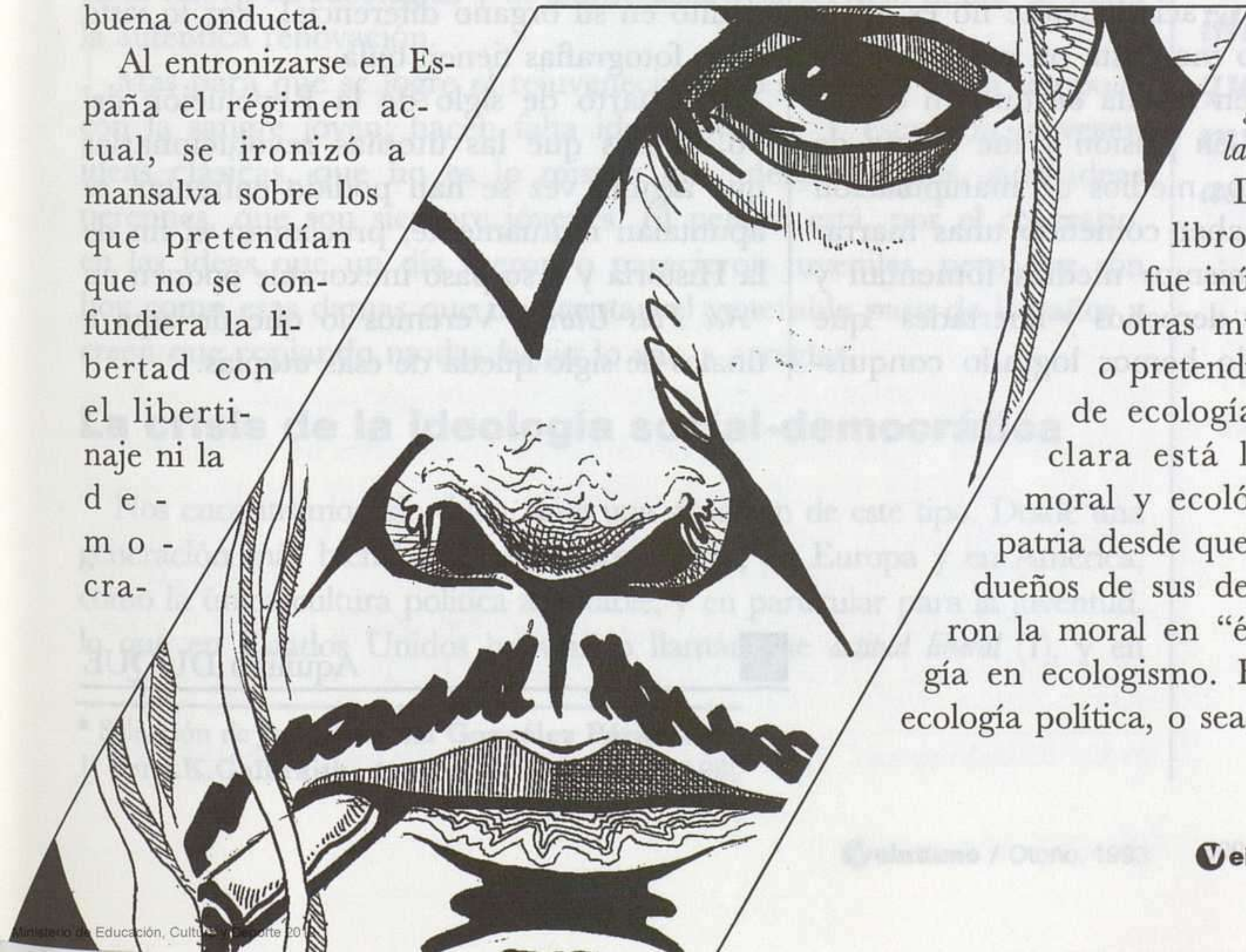
La Revolución no sólo sacó a Sade de la cárcel, sino que lo nombró juez, y al hacerlo sentó un precedente del que tomarían buena nota las futuras utopías revolucionarias o progresistas. Del 68 acá son los golfos los que expiden certificados de buena conducta.

Al entronizarse en España el régimen actual, se ironizó a mansalva sobre los que pretendían que no se confundiera la libertad con el libertinaje ni la democracia-

cia con la grosería. Por aquellos años, en un libro, absolutamente inútil, que hube de hacer sobre el Coto de Doñana, avisaba yo que “el libertinaje que el intelectual pide para sí, también lo piden el industrial y el hombre de negocios, y no vale luego protestar, como también hizo Pasolini, por el abuso que hacían otros del derecho, que él solo pretendía tener, a tratar en el cine asuntos escabrosos. Cuando la libertad está en medio del arroyo, cuando los instintos andan sueltos, cuando no hay más ley que la de la selva, nadie va a quitar al más fuerte, al más poderoso o al más rico, no de que pida, sino de que se tome las libertades que se le antojen. Y ésta es la otra cara del libertinaje, mal que le pese a la casta intelectual, porque cuando se da

rienda suelta a los instintos, hay que estar luego a las duras y a las maduras”.

Digo que mi libro sobre Doñana fue inútil porque, entre otras muchas cosas, era o pretendía ser un tratado de ecología moral, y bien clara está la degradación moral y ecológica de nuestra patria desde que los hijos del 68, dueños de sus destinos, convirtieron la moral en “ética” y la ecología en ecologismo. El ecologismo es ecología política, o sea, una corrupción



“Derrumbado el socialismo, impuesto de modo contundente el sistema capitalista, en bancarrota el 'Estado providencia', los políticos sólo piensan en el ciudadano como contribuyente y consumidor.”

de la ecología moral, y lo que llaman ética ciertos políticos no tiene nada que ver con lo que entienden por moral las personas decentes.

Una de las confusiones más nefastas en que han desembocado las utopías de los dos últimos siglos es la confusión de dos conceptos que **Aristóteles** puso sumo cuidado en deslindar: el del gobierno del pueblo y el de la igualdad ante la ley, que el Estagirita designaba con los nombres de “democracia” e “isonomía”. De esos dos conceptos, para Aristóteles contrapuestos, uno se puede y se debe traducir por “Estado de Derecho” y lo mejor que el otro concepto puede hacer es tratar, no ya de identificarse, sino de conciliarse con él. Desgraciadamente no es así, y para demostrarlo me basta un caso muy reciente ocurrido en Sevilla en que un duque libertino ingresó en prisión y fue objeto de ludibrio en ciertos medios de manipulación de masas, por haber cometido unas marranadas que los mismos medios fomentan y exaltan entre los derechos y libertades “que con tanto trabajo hemos logrado conquis-

tar”. Sin bajar a cloacas como el cine de **Almodóvar**, me limitaré a recordar que al duque de Feria se le censuró lo mismo que más de un sesudo intelectual progresista elogiaba en **Lewis Carroll**, el autor de *Alicia en el país de las maravillas* cuyo “hobby” era también -como se sabe- el de fotografiar a niñas de corta edad en posturas más o menos sicalípticas. Pero eso no es todo. En las mismas fechas en que cumplía condena el desdichado duque, pude ver unos cartelitos que anunciaban una exposición de fotografías de uno de esos colectivos feministas que patrocina el Instituto de la Mujer y cuyo botón de muestra era una niña de diez años o menos en escorzo, desnuda y con un dedito en su órgano diferencial. Por lo visto estas fotografías tienen bula.

Al cuarto de siglo de la Revolución del 68, vemos que las utopías revolucionarias que alguna vez se han podido enfrentar, se apuntalan mutuamente, proclaman el fin de la Historia y a su paso inexorable oponen un “*Nec Plus Ultra*”. Veremos lo que de aquí a finales de siglo queda de esas utopías.

Aquilino DUQUE

SOBRE "EL REFORMISMO Y LOS REFORMISTAS"

En el libro de **Manuel Fraga** sobre "el pensamiento conservador" (Planeta. Barcelona 1981, 82 y 88) se dedican dos capítulos al reformismo, palabra que siempre se autoadjudica la izquierda aunque nadie, como se ve en este trabajo, ostente su monopolio. Los mejores conservadores de los últimos siglos han sido conservadores y reformistas a la vez. La prueba está en este capítulo* que publicamos a continuación.

El pensamiento conservador a finales del siglo XX

ES indudable que la solución de muchos de los problemas de la sociedad de hoy pasan por su rejuvenecimiento. Esa es la forma natural de renovarse el cuerpo social; no por la sustitución de un sistema esclerótico por otro que tal baile. No es en el relevo de ideologías y de burocracia a su servicio donde se logra la auténtica renovación.

Mas para que se logre el rejuvenecimiento social no basta tampoco con la sangre joven; hacen falta ideas jóvenes. Y éstas son, a veces, ideas clásicas, que no es lo mismo que ideas antiguas, sino ideas perennes, que son siempre jóvenes. El peligro está, por el contrario, en las ideas que un día fueron o parecieron juveniles, pero que son hoy como esas damas que no aceptan el venerable paso de los años y creen que copiando modas *hippies* lo van a arreglar.

La crisis de la ideología social-democrática

Nos encontramos, sin duda, ante una situación de este tipo. Desde una generación más bien larga, se ha presentado, en Europa y en América, como la única cultura política aceptable, y en particular para la juventud, lo que en Estados Unidos ha venido llamándose *actitud liberal* (1), y en

* Selección de **José Manuel González Páramo**

1) Ver **J.K.Galbraith**. *Annals of an abiding liberal*, 1980

"Hoy son muchos los que, para mejor manipular a los hombres, les ofrecen sólo libertad y disfrute, sexo, droga,

"Para que se logre el rejuvenecimiento social no basta con la sangre joven; hacen falta ideas jóvenes. Y éstas son, a veces, ideas clásicas, que no es lo mismo que ideas antiguas."

"La 'igualdad de oportunidades' educativa ha hecho crecer enormemente las industrias académicas, pero no la igualdad social propiamente dicha."

Europa *social-democracia* o actitud de *centro-izquierda* (2). En esta actitud que ha dominado intelectualmente los medios culturales, informativos y políticos durante casi medio siglo, se ha querido ver un renacimiento del racionalismo humanista de la Ilustración, puesto al día; la esperanza de un contrato social, renovado y más justo; un progresismo (palabra clave) liberado de las ingenuidades decimonónicas; la mejora del hombre y de la sociedad por la expansión educacional y la consiguiente "igualdad de oportunidades"; la profundización de la democracia por la justicia social; la liberación sentimental por la tolerancia; la permisividad y el triunfo de Eros; el Estado de bienestar como versión más aceptable de las viejas utopías.

Esta ideología pretendía superar los excesos revolucionarios, y a la vez abrir la posibilidad a las reformas más profundas. Ha inspirado a órganos creadores de opinión como *Le Monde* o el *New York Times*; ha estado detrás de la política del departamento de Estado norteamericano, a lo largo de muchos años; y por supuesto explica muchos de los resultados electorales posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Hoy asistimos, según todos los indicios, al fin de esa época, por más que algunos (como tantas veces en nuestra Historia Contemporánea) deseen reinventarla o prolongarla a destiempo y artificialmente en España. De algún modo el principio de su fin fue el decisivo año de 1968, con sus fallidas primaveras en París y en Praga. Aún es pronto para extraer todas las consecuencias intelectuales de movimientos filosóficos como los "nuevos filósofos" o la "nueva derecha" en Francia; todavía no podemos saber cuál será el futuro del partido laboralista británico o de la socialdemocracia sueca; no es totalmente seguro cuándo se datará en la historia norteamericana el final de la "gran coalición" de **Roosevelt**. La izquierda quiere reconstruirse como izquierda, y la derecha como derecha. Las soluciones ambiguas empiezan a ser rechazadas en todas partes.

Y las razones están en los hechos mismos. El sector público, engrandecido en todas partes, ni funciona bien, ni ha resultado menos monopolístico ni más controlado que los grupos privados; antes al contrario. La "igualdad de oportunidades" educativa ha hecho crecer enormemente las industrias académicas, pero no la igualdad social propiamente dicha, sin añadir nada a la estabilidad del cuerpo político. Los bloques de viviendas sociales han aumentado la fuga hacia las zonas metropolitanas, el desarraigo y la delincuencia juvenil. La permisividad sexual y la debilitación de la vida familiar no han mejorado

2) Ver **R. Dahrendorf**. "After Social Democracy", en *Unservile State Papers*, nº 25.

las costumbres ni han disminuido las tensiones mentales. Los sindicatos están más fuertes, pero sus miembros menos satisfechos. La economía de los países afectados no soporta ya, en la mayoría de los casos, las cargas inflacionarias.

Ha bastado, en efecto, una detención del desarrollo económico, para reponerlo todo en cuestión; la redistribución social, envuelta en una inflación tolerable, se ha convertido en paro y "estanflación". La politización y burocratización de la economía no han producido mejores resultados que las viejas y duras leyes del mercado; el pedirle demasiado al Estado le ha hecho perder fuerza como regulador y árbitro del conjunto.

Más grave ha sido el impacto de la destrucción sistemática de las bases morales y jurídicas de la sociedad. El hundimiento de la familia se ha pagado muy caro, no sólo en el aumento del estrés y de los problemas de interior seguridad y estabilidad, y en la capacidad de absorción de los choques producidos por la crisis económico-social, sino en la destrucción de las bases más profundas de la legitimidad social y del principio de autoridad. El cambio de la escuela, de un lugar complementario de la familia, en la trascendental y difícil función de la personalidad de las nuevas generaciones y a la continuidad del orden social, a la función contraria de la crítica sistemática del orden establecido, ha profundizado la herida. La permisividad moral ha producido la tolerancia de todas las desviaciones sexuales, y de todas las formas de evasión, entre las cuales la expansión del consumo de droga de todo tipo constituye uno de los problemas más graves de la Historia de la Humanidad.

Si hoy la *política económica* consiste en tomar el máximo dinero posible de los contribuyentes, para que lo administren los tecnócratas; si la *política social* se reduce a quitarle cada vez más a la gente toda la capacidad de decisión, y por lo mismo de responsabilidad, sobre su propio futuro; y si la *política jurídica* se orienta a despenalizar las conductas, y a responsabilizar a la sociedad, declarando "marginados" y no culpables a quienes atacan, podemos despedirnos de toda esperanza de mejora. Los programas políticos que sólo intenten manipular imágenes para obtener votos, y pactar con diferentes grupos de intereses, sin una visión global de la sociedad, están condenados al fracaso, a una frustración creciente y a una abstención progresiva de los ciudadanos.

Es, pues, en una profundidad mayor en la que habremos de bucear, si de verdad queremos hacer algo serio y eficaz. Tal es el planteamiento del presente discurso, sobre *conservación y reforma* como principios básicos de la organización social.

"Hoy son muchos los que, para mejor manipular a los hombres, les ofrecen sólo libertad y disfrute; sexo, droga, consumo. Tal cosa es vana."

"La Historia y la Sociología demuestran que los grados mayores de libertad, de humanidad, de tolerancia, se han dado en sociedades sólidas, bien estructuradas, ordenadas, con fuertes instituciones, como las del mundo antiguo grecorromano."

El principio de conservación de la sociedad

Vivimos en una época de manipulación del lenguaje. En todos los tiempos se ha intentado, para provocar efectos determinados en la vida social; es famoso el consejo del sabio chino al emperador, de que, para gobernar bien, tenía que empezar por devolver el sentido propio a las palabras. En la era de las ideologías y de los medios de comunicación en masa las posibilidades de abuso se han hecho tremendas, y a la cuestión ha dedicado, entre nosotros, un libro importante el profesor **López Quintás** (3). Lejos de fomentar la creatividad natural del hombre, educado y culto; de promover, por este medio, la afirmación de su personalidad, y la consiguiente estructuración más perfecta de la comunidad, buscando en ella un juego libre, y no manipulado, que lleve a una auténtica libertad y democracia, a muchos interesa utilizar en beneficio propio (económico, ideológico, político) las crecientes posibilidades de manipulación de las mentes y las conciencias.

López Quintás, apoyándose en los tres estadios de **S. Kierkegaard**, contrapone la actitud del hombre que sólo quiere poseer para disfrutar (el hombre estético), con el hombre *ético*, que acepta un compromiso con los *deberes* que imprime la existencia, y en definitiva el hombre *religioso*, que confiere un sentido trascendente a su vida.

Hoy son muchos los que, para mejor manipular a los hombres, les ofrecen sólo libertad y disfrute; sexo, droga, consumo. Tal cosa es vana. El hombre sólo existe coexistiendo, cooperando y asumiendo deberes y funciones en relación con los demás (los que están y los que han de venir), con la Naturaleza, con la Historia, con el Universo. La sociedad es amor: como escribe **A. de Lamartine**, en *El aislamiento*, "un sólo ser nos falta y todo queda despoblado". **Saint Exupéry**, en *El Pequeño Príncipe*, nos revela cómo nos "domesticamos" unos a otros. Y no podemos inhibirnos de ese proceso de mutua solidaridad y asociación universal; "no asisto a un espectáculo", recordó **Gabriel Marcel**: ni puede uno *despegarse* de la relación con los demás.

Eso crea vínculos que van más allá de los intereses inmediatos de

3) **Alfonso López Quintás**. *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Madrid, 1979.

"El uso estratégico de la lengua -afirma- hablada y escrita tiene tal virtualidad que permite a los virtuosos de la expansión demagógica llevar a cabo simultáneamente dos tareas opuestas: convencer a las gentes de que se las está promoviendo a niveles de libertad y someterlas a un implacable dominio."

los socios. Volvamos al malogrado **Saint Exupéry**: “*Amarse no es mirarse el uno al otro. Es mirar dos en la misma dirección*”; frase poética que interpreta correctamente **López Quintás**, cuando dice que “*la meta más alta en la vida humana es crear vínculos interpersonales duraderos para alcanzar fines especialmente valiosos*”.

La manipulación de ideas y palabras, especialmente peligrosas para la juventud, ha transmitido, en los últimos decenios, un doble mensaje, equívoco y equivocado. De una parte, un mensaje antisocial: el orden heredado es malo, antinatural, egoísta y ha de ser reemplazado por un Eros liberado y anarquizante. **Marcuse** llevó esta propuesta a las últimas consecuencias. Toda la artillería de la manipulación intelectual se puso a machacar sobre las ideas de *cambio*, de *progreso*, de *apertura*, de *liberación*; contraponiéndolas a las de *inmovilismo*, *evolución*, *cierre*, *sumisión*, etc. Se implica que se asegura más libertad y felicidad por la vía “progresiva” y “aperturista” y que las demás son “regresivas” y llevan a “la caverna”, al “encierro”, a la limitación, etcétera.

Y, sin embargo, la Historia y la Sociología demuestran que los grados mayores de libertad, de humanidad, de tolerancia, se han dado en sociedades sólidas, bien estructuradas, ordenadas, con fuertes instituciones, como fueron el mundo antiguo grecorromano. O las sociedades anglosajonas en los tiempos modernos.

El segundo mensaje, como ya apuntamos, que esa sociedad más progresiva y perfecta, se lograría por caminos de burocratización y de disminución de las iniciativas de las personas y de los grupos. La izquierda europea, hasta tiempos muy recientes, ha apoyado al sistema ruso, al chino o al cubano, y como mínimo al sueco. Esta es una realidad incontestable, y que sólo empieza a flexionar después de 1968.

Nosotros tenemos que decir que hay que aprovechar la energía de la juventud, para *rehacer* y no para *destruir* la sociedad. Que hay que aprovechar, en particular, su capacidad de ilusión y de amor; pues, como dijo **Walt Whitman**, “*todo el que anda cien metros sin amor se dirige a sus propios funerales con el sudario puesto*”. Que hay que dirigirse a ella de cara y con franqueza, sabiendo que es a ella a quien importa convencer ahora; pues, como ingeniosamente escribe **F. Scott Fitzgerald**, “*un autor debería escribir para la juventud de su propia generación, los críticos de la siguiente, y los profesores de después, para siempre*”.

Vengamos, pues, a los principios. El hombre nace, se forma, vive y muere dentro de una organización social, la suya. Hay dos formas de acercarse a ella: hasta mediados del siglo XVIII, los hombres lo hicieron de modo respetuoso y continuador, dando por supuesto que es

“Hay que aprovechar la energía de la juventud para ‘rehacer’ y no para ‘destruir’ la sociedad.”

“La politización y burocratización de la economía no han producido mejores resultados que las viejas y duras leyes del mercado.”

"La Historia y la Sociología demuestran que los grados mayores de libertad, de humanidad, de tolerancia, se han dado en sociedades sólidas, bien estructuradas, ordenadas, con fuertes instituciones, como las del mundo antiguo greco-latino"

"La izquierda europea, hasta tiempos muy recientes, ha apoyado al sistema ruso, al chino o al cubano, y como mínimo al sueco."

más lo positivo que lo negativo de su sistema social. En los dos últimos siglos, se ha invertido la actitud, y se parte de la base russoniana de que en la sociedad hay que analizar lo malo, para cambiarlo antes y lo más a fondo que sea posible.

¿Podemos continuar así? Bien cerca tenemos nuestro propio caso, de constante tejer y destejer, a lo largo de casi dos siglos a los españoles que, una y otra vez, les han dicho "vamos a tomar este o aquel modelo, más racional", rara vez les han salido las cuentas; y bien reciente está la experiencia de muchos que se dijeron a sí mismos aquello de "entre lo que tengo y lo que me van a dar". Y es lógico, porque como se expresa en el viejo dicho "*vale más pájaro en mano, que ciento volando*", hay una diferencia fundamental entre *lo que tengo y lo que me van a dar*. El conservador valora el orden social existente y deja a los utópicos y a los arbitristas ponderar lo segundo.

Porque la organización social es el resultado de largos procesos de integración; de la interacción de resortes económicos, psicológicos y culturales muy profundos; de equilibrios logrados no sólo en el plano de lo consciente, sino en los más profundos del hábito y de la costumbre. Cuando se interfiere con un orden establecido, es muy fácil que las medidas tomadas, ignorando esa profundidad de las raíces, encuentren resistencias inesperadas, fuercen equilibrios mal conocidos, y produzcan grietas en los resortes de la legitimidad aceptada, y logren resultados muy diferentes de los previstos, con arreglo al "efecto Serendip".

Ya veremos que nada de esto se opone a la adopción de reformas, bien estudiadas y planeadas; pero es desde luego incompatible con la improvisación y la irresponsabilidad con que ideologías revolucionarias, grupos rupturistas y pandillas oportunistas se han permitido jugar con una organización social, so pretexto de mejorarla.

El *principio conservador* parte del supuesto de que las cosas quietas es mejor no moverlas; que la acción social se ha de basar en la experiencia, y no es terreno apto para los aprendices de brujo; que una sociedad que cumple a satisfacción sus funciones básicas, es mejor no manejarla; que las partes más profundas del orden social son las que más se benefician de la duración larga, y las que más se perjudican por el cambio ligero e injustificado.

La legitimidad descansa, en gran parte, en la costumbre. Una buena pieza de porcelana debe moverse poco de su sitio habitual; hay reflejos ya creados para no tropezar con ella y no derribarla. Cambiar los programas de acción social innecesariamente, sólo por lucimiento de un nuevo titular, es un error: como dice **Otto Eckstein**, "*un pro-*

grama viejo es un programa bueno” porque “una vez que ha existido durante un período, un programa genera su propia clientela, tanto dentro como fuera del Gobierno, el cual tiene un marcado interés en su mantenimiento”. Compárese un sistema educativo estable, como el inglés, con otro en permanente experimentación, como el nuestro y se verá la diferencia.

Lo mismo que con los programas ocurre con la ejecución de los mismos por la organización administrativa. No se la puede estar manoseando constantemente; hay que señalarle objetivos, hay que impulsarla, hay que controlar sus resultados, pero hay que dejarla andar. “La estructura generalmente óptima aparece como un compromiso cambiante más que como una verdad inescrutable” (4). Los cambios constantes de organigrama y de personal son un desastre, como está a la vista; desde que se ha creado, hace muy poco tiempo, el Ministerio de Sanidad, es increíble el número de ministros, secretarios de Estado y subsecretarios que lo han regentado; el resultado es el que prevé la Biblia en estos casos, “los muchos pastores arruinaron mi viña”.

Se dirá que si una cosa no va perfectamente, hay que cambiarla cuanto antes. El conservador piensa lo contrario: antes de cambiar, por otras fórmulas y otras personas, igualmente sujetas a la imperfección, propia de este mundo, hay que pensarlo; porque, de momento, se logra continuidad y se evita incertidumbre.

Esto no supone un elogio de la mediocridad; pero sí una crítica fundada del cambio incesante de una mediocridad por otra. Contestando a **Hilaire Belloc**, que, después de una legislatura en la Cámara de los Comunes, se lamentó de la mediocridad mayoritaria de los miembros de la misma, **Gary Wills**, en sus *Confesiones de un conservador*, estima que para ser representativo, y por lo mismo predecible, para la mayoría de los hombres medios, el político ha de ser un hombre respetuoso con el conjunto del sistema social y del que no se esperen constantes inventos; y llega a afirmar que “los políticos fascinan porque son una notable paradoja: son una élite que realiza la mediocridad común” (5).

No se trata, repito, del elogio de la mediocridad intelectual, ni menos moral; sino de la exigencia, para el bien común, del respeto a lo establecido, y del compromiso constante entre lo que hay ya, seguro y en mano, y lo que deba establecerse y perfeccionarse.

Los enemigos principales del principio conservador son la improvisación

“Hay que aprovechar la energía de la juventud para 'rehacer' y no para 'destruir' la sociedad.”

(4) Ver **W. E. Oates** (y otros), en selección de **A. Giménez**. *Financiación de las autonomías*, Madrid, 1979, p. 62.

(5) **Gary Wills**. *Confessions of a Conservative*, Nueva York, 1979.

"El principio conservador parte del supuesto de que las cosas quietas es mejor no moverlas; que una sociedad que cumple a satisfacción sus funciones básicas es mejor no manejarla."

"La izquierda europea, hasta tiempos muy recientes, ha apoyado al sistema ruso, al chino o al cubano, y como mínimo al sueco."

el *oportunismo* y la *reacción*. Llamo improvisación a la pereza mental, que niega la complejidad de todas las cuestiones sociales, y sólo las examina de modo superficial. Entiendo por oportunismo la actitud que sacrifica ventajas inmediatas (incluso para la mayoría) ante elementos sólidos y permanentes del orden social. Y considero, en fin, actitud reaccionaria a la que intenta disfrazar como conservación lo que, aunque lleve ropajes antiguos, descompone lo establecido en favor de ideas integristas, que son por definición utópicas en toda realidad social concreta. La reacción nada tiene que ver con la restauración de algo que sigue vivo, aunque ausente o bien oculto; como nada tiene que ver la revitalización de un órgano averiado, por la adecuada gimnasia y tratamiento, con un fútil trasplante, aunque sea del mismo órgano amputado.

El principio conservador recoge, en una sola palabra, toda una serie de principios de sentido común: el de continuidad en la acción; el de homogeneidad en la organización; la ley del mínimo esfuerzo; el respeto a la naturaleza histórica y a la vida social. Se puede argüir, con algo de razón, que es más fácil adoptar la actitud conservadora para aquellos que están bien instalados en el orden establecido, que para los que ocupan posiciones marginales en el mismo. Este es un tema clásico de la historia política: patricios y plebeyos en Roma, los venecianos que llegaron a la ciudad adriática después que se cerrara el acceso al Gran Consejo, burgueses y proletarios en el siglo XIX. La filosofía conservadora pretende que en ese proceso constante de llegada de nuevos ciudadanos al juego político, es mejor ensanchar y adaptar el sistema, que empezar por votarlo. Los romanos supieron incorporar la plebe al Estado, del mismo modo que hoy es mejor la suerte de los trabajadores ingleses o alemanes que la de los rusos o chinos.

Pero la conservación no puede ser absoluta o indiscriminada, sino abierta y flexible. Tan natural como la conservación es el cambio en las sociedades. Tanto cuidado como deben tener los reponsables de un orden social de no romper sus delicados resortes, deben ponerlo igualmente en renovar las piezas gastadas y en lubricar y limpiar el conjunto.

El principio reformista

Julio César escribió que *"todos los males precedentes comienzan como medidas justificables"*. Porque lo que fue justificado en un momento, no tiene por qué serlo en circunstancias diferentes. Cambiar por cambiar

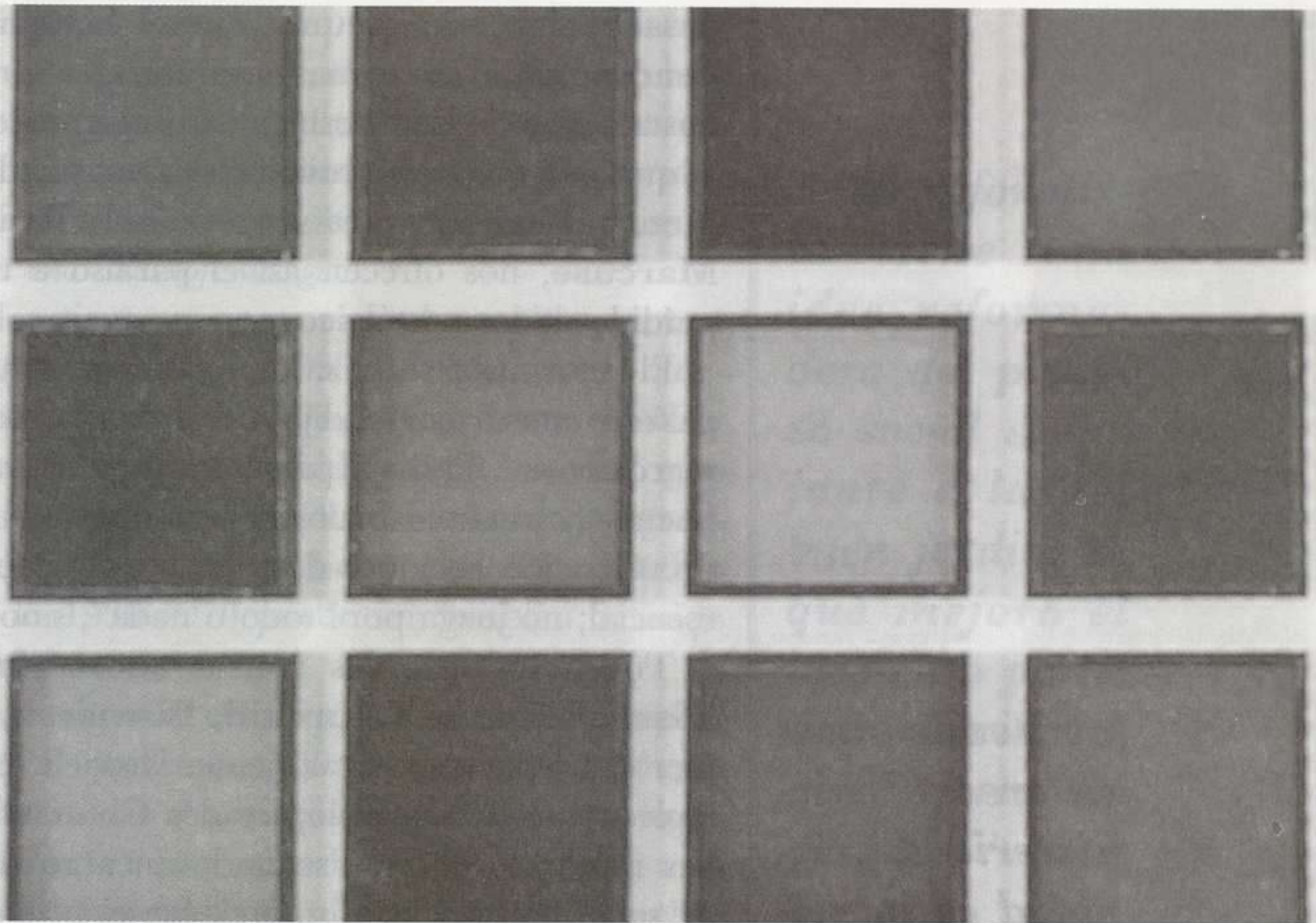
es absurdo; no cambiar cuando los datos son diferentes, es absurdo también.

Todos conocen el caso del centinela puesto para evitar que nadie se sentara en un banco recién pintado de verde, y que luego, por la fuerza del precedente, fue relevado puntualmente cada día, con la pintura perfectamente seca. Los ejemplos podrían multiplicarse: la conservación y la reforma son en realidad las dos caras de una moneda, la actitud de tomar en serio y respetar el orden social.

Reformar es dar nueva forma a una cosa, a un órgano, a una función. Muchas veces, se trata de devolverle su auténtica forma, deformada por el uso y por los años; otras, de utilizar un material más moderno o más ligero; otras de una reconversión más compleja. En todos los casos, es esencial la idea de respetar el conjunto del sistema, mejorando y poniendo al día una de sus partes.

El principio reformista define claramente una visión de la sociedad y de la Historia. Es intermedio entre la visión pagana (asumida por **Maquiavelo**) del *eterno retorno*; y la visión milenarista del progreso lineal o de la revolución salvadora. La primera visión parte de la base de que cada sociedad, por motivos de raza, de carácter, de cultura, de geografía, de determinismo económico, tiene un modo de ser y de regirse invariable, y que la tarea acertada del hombre de Estado es traerla a sus orígenes, que la Historia tiende a oscurecer o a corromper. **Hitler** y **Sabino Arana** han dado una versión racista de estas ideas como Maquiavelo o **De Maistre** la dieron en la teoría de las formas políticas. Todas las actitudes revolucionarias arrancan del supuesto de afirmar que se debe volver a determinado estado de cosas anterior, en el cual se cerró la perfección y tras el cual vino la decadencia.

La visión contraria supone que la perfección última no está en el



“La conservación y la reforma son, en realidad, las dos caras de una misma moneda, la actitud de tomar en serio y respetar el orden social.”

"Desde que se creó el Ministerio de Sanidad es increíble el número de ministros, secretarios de Estado y subsecretarios que lo han regentado; el resultado es el que prevé la Biblia en estos casos, 'los muchos pastores arruinaron mi viña.'"

pasado, sino en el futuro; que el hombre y las sociedades que crea tienden, por su misma naturaleza, a progresar; que para lograrlo basta suprimir los "obstáculos tradicionales", creados por la Historia; y que un empujón revolucionario puede reducirlos de una vez y meternos en el paraíso terrenal. **Rousseau** y **Marx**, **Mao** y **Marcuse**, nos ofrecen así el paraíso a conquistar, frente al paraíso perdido de los nostálgicos.

El reformista rechaza ambas ideas. Asume el presente, y con él el pasado entero como dijo **Cánovas**; y por ello es conservador y no reaccionario. Trabaja para el futuro, y por ello desea poner al día lo bueno, corregir lo malo, liberar nuevas fuerzas, ordenar lo embrollado. Concibe acciones decididas; acepta compromisos, para lograr lo esencial; no juzga por "todo o nada", sino por balances positivos.

Todos los grandes conservadores fueron grandes reformistas: **Disraeli**, los dos **Churchill**, **Bismarck**, **Adenauer**, **De Gaulle**; lo fueron profunda y eficazmente. **Disraeli** reformó el sistema de sufragio inglés democratizándolo; los dos **Churchill**, padre e hijo, fueron grandes renovadores, y el segundo encargó a **Beveridge** el famoso plan de seguridad social; **Bismarck** fue el primer gobernante que introdujo en el continente los seguros sociales; **De Gaulle** fue el creador genial de las modernas y eficaces instituciones democráticas de la V República Francesa, y **Konrad Adenauer** supo salvar a Alemania reinventado a Europa.

El reformista tiene una idea reformadora del proceso social semejante a la del buen jardinero, que mejora el paisaje a partir de él mismo, que injerta sin destruir. El orden social, lo concibe ni como pura naturaleza ni como puro arte; sino como una inteligente combinación de ambos, en la que la naturaleza ayuda al arte, y el arte perfecciona a la naturaleza.

El reformista no intenta cambiar al hombre; cuenta con él, y con sus partes menos perfectas también. Le considera un ser con raíces profundas, que hay que respetar; pero que, como todo lo que sobresale de la tierra, es susceptible de educación, cultura y mejor organización. Es inútil querer que todos los hombres sean iguales; pero todos son humanos, tienen lo esencial en común y pueden colaborar. Saben que necesitan ley y orden, que requieren autoridad, que hacen falta premios, estímulos y castigos; y que el conjunto de todo ello forma un sistema que puede y debe mejorarse constantemente.

El reformista no cree que las interesantes ideas desarrolladas por los racionalistas del XVIII, los liberales y socialistas del XIX, y las innumerables ideologías del siglo XX, hayan agotado la cuestión; hay

que seguir pensando y discutiendo. Piensa, en particular, que el increíble desarrollo de la física y la biología en los últimos tiempos no han tenido un adecuado reflejo en la puesta al día de la filosofía social, dando lugar a la dramática observación de **Einstein**: “La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo, excepto únicamente nuestra forma de pensar. Por ello caminamos hacia una catástrofe sin igual.”

El reformismo conservador tiene un gran ejemplo en lo que han hecho los anglosajones más o menos desde 1830 a 1930, o, si se quiere, desde la primera reforma del sufragio en Inglaterra hasta el “New Deal” de **Roosevelt**; más tarde se han confiado más a las ideologías de turno y les ha ido peor. En España el reformismo tuvo dos grandes épocas, en el reinado de los **Reyes Católicos** y en el de **Carlos III**; y posiblemente el período 1950-1970 puede ser también definido como un buen período reformista.

El espíritu reformista tiene algunos enemigos u obstáculos importantes. El más importante es el *dogmatismo*; a los dogmatismos religiosos (ahora que la Iglesia va a revisar el proceso de **Galileo**, por acertada iniciativa del **P. Dubarle**) han sucedido los dogmatismos ideológicos. En materia social muchas cosas son inciertas, muchas posibles y ninguna segura. Ninguna institución fue nunca perfecta y pura; ninguna tampoco dejó de tener sus partes interesantes y útiles. El fariseísmo con que a veces se tratan unos grupos sociales y políticos a los otros, está fuera de toda justificación en la realidad de la vida histórica. El reformista busca siempre la realidad concreta y lo posible, y no da por supuesto que los españoles sean, todos y siempre, “justos y benéficos”.

El segundo problema es la *ingenuidad* política y la *inexperiencia administrativa*. **Reinhold Niebuhr** escribió excelentemente que “la moralidad sin poder es futilidad”. El reformismo verdadero nada tiene que ver con las actitudes improvisadas, testimoniales e incompetentes. Nada hay más fácil que reunirse a cenar, criticarlo todo, y seguir igual al día siguiente. Sin principios claros, sin ideas coherentes, sin planes serios, sin prioridades estudiadas, sin compromisos difíciles, no hay reforma posible. Nada es más fácil que elaborar un discurso proponiendo todo lo bueno y lo deseable, como los que hace don **Adolfo Suárez**; lo difícil es comprometerse a un resultado determinado, y al año siguiente dar el parte de misión cumplida.

El tercer escollo del principio de reforma es el *maximalismo*. La política es el arte de lo posible; para lograrlo, hay que intentar muchas veces lo imposible. Pero lo que no es posible no es real; y por lo mismo no es tampoco deseable. De antemano eso obliga a decisiones

“El reformista tiene una idea reformadora del proceso social semejante a la del buen jardinero, que mejora el paisaje a partir de él mismo, que injerta sin destruir.”



"Sin principios claros, sin ideas coherentes, sin planes serios, sin prioridades estudiadas, sin compromisos difíciles no hay reforma posible."

dramáticas; pero gobernar es algo muy difícil y que obliga a apretarse muchas veces el corazón.

Y, por supuesto, uno de los peores enemigos del reformismo es el *resentimiento*, cuyas tremendas capacidades para envenenarlo y subvertirlo todo, en la vida personal y social, ya subrayó **Scheler**. Las cosas han de abordarse con respeto; lo que haya de corregirse, ha de tratarse con amor, como la poda de un árbol o la corrección a un hijo. Cuando se acomete una reforma de los arrendamientos rústicos o urbanos o del sistema fiscal, con envidia y resentimiento, es seguro que los resultados negativos superarán a los positivos. A la hora de reformar el sistema empresarial, las carreras administrativas, las profesiones liberales, o cualquier otro sector de las actividades con proyección en el producto social hay que hacerlo con amor y evitando el resentimiento, ésta es una consideración fundamental. A la hora de excitar demagógicamente los resortes de la innata envidia e incompreensión de los españoles, hay que ponerla siempre por delante de cualquier otra. Los lamentables resultados de tanta improvisación demagógica y resentida de los últimos años están a la vista: los perjudicados están peor, pero todos los demás también.

La convergencia liberal-conservadora

Lo liberal y lo conservador hace tiempo que dejaron de ser polos de confrontación para pasar a converger en una tendencia, la liberal-conservadora, que tiene características de ambos y se enriquece de aportaciones comunes. Al igual que en Estados Unidos el Partido republicano es demócrata y el Partido Demócrata es republicano, los conservadores europeos están dentro del sistema liberal, y los partidos liberales aceptan muchos de los puntos de la visión conservadora.

Las viejas polémicas del siglo XIX y principios del XX han sido sustituidas por una visión en muchos casos común, y que por otro lado no hace sino, salvando los casos más extremos, unificar cada vez más las posturas ante un fenómeno contemplado con recelo tanto por liberales como por conservadores: tal fenómeno es el desmedido crecimiento de la actuación del Estado en todos los campos a raíz del desbocado intervencionismo estatal, que es hoy una gravísima amenaza para la libertad económica, la única capaz de hacer funcionar un sistema con eficacia, y amenaza también para la libertad misma del individuo, que ante la actual expansión avasalladora del Estado contempla cómo éste recoge cada vez más atribuciones en todo tipo de campos de la vida social, sea el educativo, el sanitario o el económico,

de tal manera que, si no se cambia el camino, las sociedades occidentales están destinadas al sometimiento a un amo absoluto y todopoderoso, el Estado-providencia, que para poder mantener su ritmo de prestaciones y subvenciones tiene que elevar constantemente los impuestos, emitir más deuda pública, endeudarse en el exterior y acudir a la inflación como vía de financiación, todo ello en grave detrimento de la empresa privada y del individuo, que ven constantemente reducidos sus márgenes de beneficio y de ahorro, pero también en perjuicio -aunque por ahora aún hay muchos que no lo ven- del mismo Estado, que comido por la burocracia y por la ineficiencia del sector público encuentra cada vez más difícil el poder hacer frente a sus compromisos.

Tanto liberales como conservadores se oponen a esta concepción depredadora del Estado sobre la sociedad que termina siempre con la ruina de la sociedad y el desprestigio del Estado, que no es más fuerte -ni mucho menos- por el hecho de ser más grande. Muy por el contrario, el engordamiento del Estado se traduce en falta de agilidad primero y en debilidad después.

Ya hace muchos años que **Ortega y Gasset** anunció desde una perspectiva liberal -que hoy podría ser un buen manual de conservadurismo- que el intervencionismo del Estado conduce a que éste -que es una creación de la sociedad- se termina comiendo a aquélla después de haber arrasado toda libre iniciativa. Y precisamente en defensa del individuo y de su libertad, en defensa de las instituciones sociales intermedias entre el individuo y el Estado, y también en defensa de la eficacia y de la misión propias del Estado, se da hoy esta coincidencia liberal-conservadora que cierra la vieja dicotomía.

Conservadurismo versus totalitarismo

Una de las más importantes tareas que hay que llevar a cabo es esclarecer el significado del término "totalitarismo", al que una constante -e interesada- propaganda y la falta de rigor al uso presentan siempre como sinónimo de régimen con uniformes, taconazos, gritos de guerra y campos de concentración, cuando la cosa, por desgracia, no queda ahí ni muchísimo menos. El identificar totalitarismo con fascismo es simplemente colgar una etiqueta a quienes no son los únicos que pueden llevarla, y es ocultar a la sociedad la gravísima amenaza totalitaria, que hoy viene de otro frente y que persiste en contra de lo que a primera vista pudiera creerse.

Lo primero que hay que decir es que -en contra del término usado

"Tanto liberales como conservadores se oponen a la concepción depredadora del Estado sobre la sociedad, que termina siempre con la ruina de la sociedad y el desprestigio del Estado."

"La política es el arte de lo posible; para lograrlo, hay que intentar muchas veces lo imposible."

"Sin principios claros, sin ideas coherentes, sin planes serios, sin prioridades estudiadas, sin compromisos difíciles no hay reformas posibles."

"Lo liberal y lo conservador hace tiempo que dejaron de ser polos de confrontación para pasar a converger en una tendencia, la liberal-conservadora."

como insulto- totalitarias no son ni pueden ser las personas, totalitarias son las ideologías que buscan establecer regímenes en donde controlen no sólo el poder político, sino *todas y cada una* de las instituciones sociales y de las manifestaciones de la vida humana. Ideología totalitaria -sea la que sea y aunque se llame democrática en algún caso- es la que busca privar de su libre autonomía al municipio, al sindicato, a la corporación profesional, al centro de enseñanza, a la institución sanitaria, a la asociación cultural, al grupo deportivo, a la región o a la asociación religiosa, para que dependan de las decisiones del Estado, que una vez eliminada la libertad de todos esos cuerpos intermedios entre el individuo y la organización estatal, y que son las instituciones en las que se perfecciona el hombre, podrá controlar de manera total al individuo. Desaparecida la libertad de los cuerpos intermedios queda sólo el Estado como amo de un inmenso rebaño de hombres.

Ciertamente los fascismos limitaron las actividades de todas estas instituciones, e incluso las absorbieron, pero, ¿no es eso mismo lo que hoy por vía democrática intentan hacer muchos socialistas? Ciertamente nadie como los socialistas emplean con tanta constancia la palabra libertad, pero bien sabemos cómo simultáneamente buscan el control del Estado sobre toda actividad social, vemos como la ideología socialista -marxista en muchos casos- invade la cátedra, la corporación y en ocasiones hasta la sacristía, de manera que al apoderarse de los cuerpos intermedios hace que funcionen contra sus propios intereses y destino, al conducir irremediabilmente a su anulación en beneficio del poder del Estado.

Se podrá decir lo que se quiera y se podrán falsear los términos, pero la ideología socialista -por socialista y por ideología- es inequívocamente totalizante y conduce de cabeza hacia el sometimiento al Estado. Y si nuestro destino fuera que las instituciones sociales, la televisión, la cátedra dependan financieramente del Estado, ¿cómo podría hablarse de libertad dependiendo para todo de un amo único?.

Hace ya muchos años que **John Stuart Mill** escribió su célebre *Ensayo sobre la libertad*, expresando en 1859 unas ideas provenientes de su liberalismo que hoy son una muestra más de la convergencia liberal-conservadora y que anticipaban así los males de hoy:

"Si las carreteras, los ferrocarriles, los barcos, las compañías de seguros, las compañías anónimas y limitadas, las grandes empresas por acciones, las universidades y los establecimientos de beneficencia fueran otras tantas ramas del Estado; si, además, las corporaciones municipales y los Consejos locales, con todas sus atribuciones, llegaran a convertirse en otros tantos departamentos de la administra-

ción central; si los empleados de todas esas diversas empresas fueran nombrados y pagados por el Gobierno y sólo de él esperasen las mejoras a que aspiran, ni la más completa libertad de prensa, ni la más popular constitución de la legislatura podrían impedir que Inglaterra o cualquier país libre lo fuesen más que en el nombre. Y cuanto mayor y de manera más eficaz fuese construido el mecanismo administrativo, y cuanto más ingeniosas fuesen las disposiciones para procurarse las manos y las cabezas capaces de hacerlo marchar..., mayor mal resultaría."

Cuando a esa tendencia tan claramente expresada por Mill se suma una ideología es cuando aparece el totalitarismo, que en contra de lo que comúnmente se cree no nació en 1922 con la marcha sobre Roma ni desapareció bajo las bombas en 1945, sino que es un hecho viejísimo en donde lo único nuevo es el desarrollo de la ideología en toda su amplitud para guillotinar la libertad.

Frente a este proceso se alza el conservadurismo, que con su noción exacta del Estado y con su defensa de la libertad e independencia de los cuerpos intermedios como entidades naturales en las que se proyecta y desarrolla el individuo, defiende a la persona del Estado absorbente y es la mejor defensa contra el proceso totalizante a que se está sometiendo a la sociedad.

Consideraciones finales

Hoy no existe actitud más prometedora que la de una juventud recuperada para la conservación y la reforma. Basta ya de drogas de una u otra clase; alucinógenos blandos o duros, físicos e ideológicos. Hay que asumir la tarea de vivir de pie, entre tantas minas, como hombres y mujeres de hoy y a la vez de siempre; de luchar por cosas que valgan; de marchar con una dirección; de tener ideales y objetivos. Y, por encima de todo, la decisión de servir a la sociedad, de contribuir a su perfeccionamiento.

Es esencial a la condición humana la capacidad de crear sociedades históricas, a la vez duraderas y en permanente renovación. Recuerdo que en mi niñez me quedaba absorto ante las estampas de los modos de vestirse, de los diferentes tipos de armas o de máquinas, de medios de transporte o de artes, que los hombres han ido creando. Con más tiempo y conocimiento, pude percibir la complejidad y fragilidad de estos procesos, el drama de la búsqueda incesante de felicidad y de justicia, la dificultad inherente a la búsqueda de épocas de plenitud.

Hoy el desafío es formidable. ¿Dejaremos deshacer la obra de los Reyes Católicos, de los grandes maestros de Salamanca, de los grandes capitanes y navegantes, de los místicos y de los **Cervantes** y

"Tanto liberales como conservadores se oponen a la concepción depredadora del Estado sobre la sociedad, que termina siempre con la ruina de la sociedad y el desprestigio del Estado."

"El conservadurismo defiende a la persona del Estado absorbente y es la mejor defensa contra el proceso totalizante al que se está sometiendo a la sociedad."

Quevedos, de **Carlos III** y de **Cánovas**? No lo creo, a pesar de tanta mediocre debilidad, de tanta cobarde entrega, de tanta desesperante pasividad y oportunismo.

Y mantengo esta esperanza, porque espero de la juventud española que supere las mil tentaciones que ha sufrido en los últimos años; fallándole las instituciones tradicionales, sometida a las tensiones que crea el dinero fácil y el consumo ostentoso, ofreciéndoseles los falsos paraísos de uno u otro nirvana. Sobre todo, espero que resista la peor de las tentaciones, la de la impotencia, la de la "cansera", la de la inutilidad del esfuerzo. El mismo Cervantes salvó de la quema algunos libros de caballería, como el *Amadís de Gaula* y *Tirante el Blanco*; el primero por auténtico; el último, por su humor galano. Amor y humor, me recomendaba hace poco el gran **José María Pemán**; lo mismo pido, ofrezco y recomiendo a todos, sobre todo a los jóvenes.

Después de todo, si ellos son los únicos que de verdad pueden reformar, son también los únicos que tienen interés en conservar. ¿A quién le gustaría recibir un mundo vacío, un solar sin casa, un paisaje desolado, una vida sin alma? Al final de la vida, se puede vivir de recuerdos, se pueden escribir memorias. Al empezar una nueva, son importantes las miradas perdidas de los que se fueron; los desafíos de sus grandes empresas, triunfadoras o fracasadas; de sus momentos y de sus mensajes.

Hace cuatro siglos que murió don **Francisco de Quevedo**, uno de los mayores ingenios españoles de todos los tiempos.

Asumió el destino de su patria, en otra hora de derrota y de decadencia; luchó para evitarla con la espada y con la pluma; para él siempre unidas: "*con la pluma vuela el hierro que ha de herir.*" Fue a la vez un conservador, un restaurador de viejos ideales e instituciones, y una mente moderna, capaz de avizorar el futuro y de enfrentarse, sin miedo, con los grandes dramas humanos, de la vida y de la muerte. En uno de los mejores y más profundos sonetos de la literatura universal, nos recordó que el afán del corazón termina y muere, pero no pasa:

*Serán ceniza, mas tendrán sentido
Polvo serán, mas polvo enamorado.*

Manuel FRAGA IRIBARNE

NO PIENSEN, DUELE

Pedro FERNÁNDEZ BARBADILLO

En el mundo occidental estamos asistiendo a una insospechada modificación de alianzas políticas y cambios culturales. Los enemigos de ayer se convierten en los amigos de hoy. Al que vuelva a decir que la Historia ha acabado, que lo tiren por el barranco más próximo. España, para no romper la tradición secular, se mantiene de momento al margen. Somos tan felices y comemos perdices que no tenemos enemigos. ¿Por cuánto tiempo?

Los extremos se tocan

EN Venezuela militares nacionalistas y partidos de extrema izquierda formados por ex guerrilleros se ponen de acuerdo para derrocar al corrupto y socialdemócrata **Pérez**. En Rusia los restos del comunismo y las fuerzas nacionalistas, perseguidores y perseguidos, unen sus banderas y marchan juntos contra **Yeltsin**. En Italia la Liga del Norte, los neofascistas del MSI, los católicos de la Rete y los comunistas ortodoxos olvidan sus diferencias para combatir al enemigo común, la partitocracia. Las élites culturales tampoco se quedan quietas. En Alemania unos estudiantes de la Universidad de Friburgo editan el periódico mensual *Junge Freiheit*, que vende más de cuarenta mil ejemplares. Se declaran herederos de la "revolución conservadora" de los años 20; reivindican el marco tradicional de la familia, la Iglesia, el trabajo y los clubes; y pretenden jubilar a los avejentados abuelitos del 68. Recientemente han recibido elogios por su labor intelectual del periódico

berlinés de la izquierda alternativa *Tageszeitung*. De nuevo, en Italia, la revista *30 Días*, del grupo católico Comunità y Liberación busca un entendimiento con sectores a la izquierda del socialismo para bloquear los planes de desmantelamiento de la asistencia social que quieren ejecutar los mismos que crearon el Estado del Bienestar y lo han llevado a la quiebra. Las alianzas vigentes desde 1945 han saltado hechas pedazos. Primero cayó el bloque oriental y ahora le ha tocado el turno al occidental. El reinado universal de la democracia, tal como ésta se concebía, no ha durado ni tres años.

Los partidos que habían monopolizado la política (liberales, socialdemócratas, democristianos) están siendo empujados desde los extremos y corren peligro de fenecer aplastados. Los ciudadanos ya no consienten los fallos del "sistema". Ha desaparecido la vieja excusa de tener que soportar la corrupción, la ineficacia y el nepotismo, porque si no venía la "horda roja". El auge de los movimientos de ruptura refleja el hartazgo del pueblo. Y la incapacidad de los gobernantes

para resolver la recesión económica no hace más que agravar la crisis política.

El agotamiento del modelo de partidos es evidente y su probable extinción podría ocurrir al menos donde existen minorías preparadas para sustituirlo. La principal cuestión ahora es la forma, violenta o pacífica, como está sucediendo en Italia, en que va a realizarse.

Cada día, el Nuevo Orden Mundial se desmorona un poco más. La Historia está retrocediendo a una velocidad inusitada. Se está procediendo a la liquidación de las consecuencias posteriores a 1945 (reu-

nificación de Alemania, desaparición de los bloques y agonía de las ideologías periclitadas), al Tratado de Versalles (desmembramiento de los estados artificiales) y, por fin, a la Revolución Francesa (superación de la división de la sociedad en derechas e izquierdas y superación de las utopías). Pero no parece que el proceso de descomposición vaya a detenerse. **Dalmacio Negro** ha expuesto en esta misma revista la idea de que la "perestroika" supuso cerrar el ciclo revolucionario iniciado con la Reforma protestante y el Renacimiento. De modo que continuará.

El silencio de los cementerios

Mientras tanto, España, desde la negativa de **Fernando VII** a sumarse a la coalición contra **Napoleón**, huido de la isla de Elba, e invadir el sur de Francia, se

ha acostumbrado a desperdiciar las ocasiones históricas. Sólo gestos ocasionales de personas independientes rompen la monotonía, como la coincidencia del ex ministro **Gonzalo Fernández de la Mora** y del antifranquista **Antonio García Trevijano** en criticar los



defectos de nuestra democracia, en un programa de "La Clave"; o la afirmación de **Javier Sádaba** de que si bien le repugnaba el Frente Nacional francés más le repugnaba que una injusta ley electoral privase de representación a un partido con el 13 por

concebible, primero, la asociación de un puñado de universitarios para editar un periódico de ideas y, segundo, su éxito de ventas como sucede en Alemania. Y esto cuando España es, junto con Italia, la nación de Europa occidental en la cual se dan las "condiciones objetivas" para un estallido social: tasa de paro del 21 por ciento, terrorismo, corrupción rampante, quiebra económica del Estado, separatismos, impunidad de los delincuentes, etc. Sin embargo, no hay ni pasa nada.

En Estados Unidos las instituciones culturales, los

"think tanks", son respetados por la prensa y los políticos; influyen en los programas electorales y en la tarea de gobierno. Por contra, en España no existen estas fundaciones y la principal misión de los intelectuales es firmar manifiestos o proferir estentóreas advertencias sobre la vuelta de la guerra civil si el partido socialista pierde las elecciones... y ellos pierden sus subvenciones, sus viajes, sus revistas. Forman una policía política, denunciada por **Fernando Arrabal** al recibir el premio de Teatro de la Academia Francesa. Arrabal dijo que en España impera "una dic-

ciento de los votos; Sádaba pronunció estas palabras en la presentación del libro del ex alcalde de Bilbao, **José María Gorordo**, expulsado del PNV por no someterse a la disciplina del partido, y cuyo significativo título es *Otra forma de hacer política*. En nuestro país es in-

tadura teatral a manos de unos peones del partido socialista. (...) Lo peor de todo esto son las comisiones y subsidios infamantes. Un parasitismo de sanguijuelas" (ABC, 27-6-1993). Los escritores y artistas no subvencionados no aparecen en televisión, por lo que su mensaje no llega a la mayoría. Responsabilidad en ello le cabe a los medios de comunicación de la llamada derecha, que por querer pasar por liberales contribuyen a crear falsas famas. El debate que más páginas ha acaparado ha sido el aporte de argumentos a favor del despido libre aducidos por los afortunados poseedores de contratos blindados, muchos enriquecidos gracias a la corrupción y ninguno verdadero empresario.

¿A qué puede deberse este silencio de los ciudadanos y los intelectuales? ¿A las secuelas del franquismo? Ni el bolchevismo consiguió extirpar la creatividad y el sentimiento de rebeldía de Rusia. ¿Al referéndum sobre la OTAN, que desmoralizó a todos los situados a la izquierda del PSOE? ¿A que la mayoría de la sociedad ha aceptado las prebendas del poder y nadie quiere prescindir de lo recibido? La situación española recuerda mucho a la existente en Italia hace diez años, pero bajo ninguna excusa podemos permitirnos perder una década.

Quien paga, manda

Otra explicación del desolador páramo cultural en que vegetamos como zarzas es el bloqueo de los canales entre los pensadores independientes y los ciudadanos: prensa, radio, columnistas, televisión, editoriales. Uno de los capítulos más interesantes del libro de **Jiménez Losantos**, de título estremecedor, *La dictadura silenciosa*, es aquél en el que describe la magnitud de los multimedia, que

concentran en unas pocas manos el inmenso poder de decidir qué ven, leen y escuchan millones de españoles. "El oligopolio del Pacto de los Editores y, dentro de él, la posición dominante del imperio informativo de Jesús de Polanco, que puede sobrevivir e incluso heredar al Pacto, impide la consolidación de un espacio plural, representativo de la diversidad española". Al no estar aprobada ninguna ley antimonopolio, al estilo de las vigentes en Estados Unidos e Italia, el panorama español, en el campo de la comunicación, es idéntico al de México bajo el PRI. En otro capítulo se explora sobre otro tipo de represión cultural ejercida en varias regiones a través de la política lingüística, cuya pretensión consciente es erradicar el castellano y crear diferencias respecto a ese ente cada vez más abstracto llamado España. En Cataluña, la Generalidad ha hecho imposible que un niño pueda estudiar en castellano (lengua cooficial) en cualquier colegio público. Quien intenta denunciar el conflicto lingüístico ha de hacerlo amparado en un seudónimo para hurtarse a las previsibles represalias, como los autores de la novela *Extranjeros en su país*, editada en Madrid. En el País Vasco, la intención del partido hegemónico es la misma, pero se ha producido un fenómeno similar al comentado en la primera parte de la presente crónica. Varios de los militantes de ETA en los años 60, en la actualidad se oponen a la "limpieza lingüística"; el más conocido es el escritor **Jon Juaristi**.

Pero la política no explica todo lo malo que ocurre en la cultura y en los medios de comunicación. El mercado también impone sus reglas, medidas en ingresos por publicidad e índices de audiencia. De ahí la supresión de *La Clave* en Antena 3 y la reiterada programación de "telebasura". Y con *La*

Clave desaparece de la televisión el último programa de debate, que ya languidecía desterrado a la madrugada de los viernes. Los gestores de las cadenas de televisión creen, como en un axioma, que los debates y los programas de cierto nivel intelectual no atraen publicidad, por lo que prefieren producir concursos y "reality shows". El daño que estos últimos causan en la audiencia es tal que en Italia la Iglesia ha propuesto apagar los televisores en señal de protesta. Para los obispos españoles, en cambio, la mayor preocupación pastoral consiste en que las declaraciones del impuesto sobre la renta presenten la crucecita en su casilla correspondiente; ni parece interesarles recuperar una cadena de medios de inspiración católica, como la que hubo desde el siglo XIX hasta hace unos pocos años. Ha tenido que ser una organización laica, la Asociación Española de Psiquiatría, la que ha advertido de su inmoralidad y falta de ética. Pero mucha culpa la tienen los espectadores que los ven y los que se prestan a salir en ellos por un día de fama. Por fortuna, a veces, quien a hierro mata a hierro muere. El nuevo espacio de la hiena de Alcácer ha constituido un fracaso.

España, inerme

Continúa el ascenso de la objeción de conciencia. En 1991 se reconocieron 28.627 objetores y en 1992, 35.327, lo que representa ya más del 20 por ciento del contingente militar. En tres años el sistema de recluta obligatoria tendrá que ser cambiado simplemente porque habrá reventado. "Por qué en Francia, por ejemplo, el número de objetores es reducidísimo? No valen las explicaciones del tipo del recelo que provoca el

Ejército en un pueblo que ha padecido una dictadura militar porque los llamados a filas no conocieron el anterior régimen; además, el rey, capitán general de los Ejércitos, tan respetado por los españoles, fue designado por **Franco**. La única explicación válida radica en el rechazo a un servicio militar anquilosado.

El periodista **Ismael Medina** y el coronel **Amadeo Martínez Inglés** han escrito sendos libros, curiosamente con idéntico título, *España, indefensa*, donde denuncian nuestra desguarnición militar. La revista *Defensa*, dirigida por **Vicente Talón**, publica en el número de junio un editorial y un artículo sobre el mismo asunto donde se afirma que vamos "hacia el desastre". Los autores citados comparan la situación con las vísperas de 1898 y de la invasión del 711.

¿Es la relación entre ambos hechos de causa y efecto? En mi opinión se trata de lo contrario. El crecimiento de la objeción es una reacción a un modelo de Ejército impopular e incapaz de cumplir las misiones confiadas por el artículo 8º de la Constitución. A diferencia de otras Fuerzas Armadas, las españolas no han sabido entender el cambio de los tiempos. La "mili" no constituye ya un servicio ni un honor, sino una obligación que incumbe a los hombres en una fase de la vida en que empiezan a buscar trabajo o cursan los estudios superiores, mientras que a sus competidoras en el mercado laboral, las mujeres, no les vincula, aunque pueden alistarse voluntariamente. Este contrasentido ha movido a la Audiencia Provincial de San Sebastián a plantear una cuestión de inconstitucionalidad sobre la vulneración del principio de igualdad. La concepción de la recluta forzosa como medio adecuado para garantizar la defensa nacional y como contra-

partida a prestar por los ciudadanos varones a cambio de los derechos otorgados por el Estado, originaria de la Revolución Francesa, ha sido superada por las recientes guerras (de Vietnam, las Malvinas, las dos del Golfo Pérsico), el avance tecnológico y la equiparación jurídica de las mujeres.

A la lista de los errores que nos han conducido a la postración, las restricciones presupuestarias, la contumacia en mantener la leva, la indefinición del enemigo, las campa-

ñas antimilitaristas y la falta de moral, se añade el mutismo de lo mandos, que callan como si se avergonzasen de dar su opinión o dicen verdaderas memeces. Los ciudadanos no conocemos la opinión de los militares respecto a la OTAN o a la operatividad del Ejército. El colmo es la perogrullada del general **Porgueres**, que afirmó en *ABC* que España carecía de enemigos. Entonces, licenciemos al general y a los demás militares y eso que nos ahorramos.

Pedro FERNÁNDEZ BARBADILLO

NUEVOS DEBATES PARA UN HORIZONTE CON CONSENSO LIBERAL

José Luis MONEGRO

Las sociedades abiertas han de afrontar continuamente nuevos debates ante problemas nuevos. Entre ellos, uno de los más importantes de cara al futuro es el de la inmigración. Un problema en el que se ve cómo el estatismo pervive en la práctica, mientras pasa a la defensiva en la teoría. Intelectualmente, se viven momentos de consenso liberal, también en España. Y, además, un centenario que no merece pasar desapercibido: el del genocidio de La Vendée a manos del primer totalitarismo moderno, la Revolución Francesa.

LA inmigración se ha convertido en uno de los debates más importantes del momento. Podría decirse que el debate ha ido detrás del fenómeno. Pero esta afirmación necesita algunas matizaciones. El hombre es un animal que emigra. Las emigraciones son constantes en la historia humana, tanto individuales como de pueblos enteros. Los avances técnicos, el desarrollo de las comunicaciones, y la extensión de la información han hecho que los movimientos migratorios sean especialmente intensos desde el siglo XIX, y que tengan en el momento presente una importancia capital. Si en el siglo XIX es Occidente el que emigra bajo el concepto de la "colonización", en las dos últimas décadas los flujos vienen desde los países subdesarrollados. Este hecho produce sentimientos encontrados y provoca xenofobias de ida y vuelta.

Guy Sorman (1), periodista e intelectual francés, tiene una larga trayectoria de análisis de los problemas más candentes, con un doble instrumento: el reportaje periodístico y la reflexión liberal. La fórmula tiene más interés de la que puede parecer en un primer momento. Sorman estudia primero la realidad. Viaja para ello a los puntos de conflicto o de interés, interroga a los protagonistas y trata de plasmar objetivamente sus motivaciones intelectuales o sus justificaciones ideológicas. El lector encuentra ante sí un panorama suficiente para el juicio. Guy Sorman hace luego sus propias apreciaciones y extrae conclusiones habitualmente lúcidas. Estudia las iniciativas en marcha y hace especial hincapié en sus resultados, con sus lazos causales, porque las consecuencias de las medidas no son fruto del azar.

La conclusión más clara de su estudio tie-

ne un indudable interés. El debate sobre la inmigración está peligrosamente desenfocado porque ha caído bajo el mito cultural, el "todo es cultura". Los extremos de ambas partes parecen ser los más beneficiados por este desenfoque postmoderno que introduce todo el problema en el campo de los sentimientos y veta el debate racional. Sorman establece que la inmigración es fundamentalmente un problema económico, y como tal ha de ser analizado en un primer momento, sin excluir los factores culturales que subyacen. Los puntos de partida son resumibles: políticas socializadoras y colectivistas han terminado por arruinar a algunos países del llamado tercer mundo, y han desarraigado a sus poblaciones. No hay nada más que ver la situación del Magreb. Esas poblaciones emigran al occidente rico y liberal, cuyas bases más firmes son puestas a prueba.

El principio liberal occidental es la libre circulación y, por supuesto, de las personas. **Friedrich A. Hayek** era especialmente claro en este punto: nada hay en el liberalismo que permita adoptar una postura contraria a la emigración, a la libre circulación de las personas. Ello no impide que sea factible un sistema de cuotas, cuya justificación es que el territorio al que se llega funciona como un club privado, en el que existe un derecho de admisión. De este principio se puede llegar a alguna otra postura más innovadora, como la que plantea el Premio Nobel de Economía, **Gary Becker**. Los habitantes de una nación han sufragado una serie de servicios con sus impuestos, por lo que están legitimados para establecer -como un club privado- una cuota económica de entrada. Si no, como señala **Pascal Salin**, se prima la emigración pícara que llega a Occidente para beneficiarse de los servicios gratuitos del Es-

tado del bienestar, que es -dentro de su naturaleza violenta: quitar a unos para dar a otros- una de las causas de las tensiones. El argumento xenófobo por excelencia es el coste de la emigración, que se evitaría si se desmantelaran las agotadas fórmulas de la socialdemocracia y se volviera al principio de igualdad ante la ley.

Independientemente de las discusiones, hay que remitirse invariablemente al hecho humano de la emigración. El hombre emigra para mejorar su suerte, tanto en lo económico como en lo personal con valores como la libertad. Los mismos sistemas de cuotas son invariablemente superados, y no son otra cosa que un intento de moderar un proceso inevitable y prolongarlo en el tiempo. Basta tener en cuenta que la cuota de mejicanos anual establecida en los Estados Unidos es de treinta mil, mientras se calcula que cada año entran por la frontera unos ochocientos mil ilegales. La pretensión de poner diques es, a medio plazo, bastante absurda. Se precisaría levantar muros. La propuesta de militarizar la frontera con Méjico ha sido insistente en los Estados Unidos, y fue uno de los argumentos de la campaña de **Pat Buchanan**. Tampoco eso serviría porque habría que convertir toda la costa en una fortaleza. Lo mismo se puede decir de Europa, cuya pretensión de convertirse en fortaleza es igualmente impracticable. Si ahora se usa Tarifa para la llegada de inmigrantes, nada impide que la mayor vigilancia convierta en puntos de destino el Levante o Gerona o Galicia o Italia, etc. Y la mejora de los medios de la policía llevará a una mejora de los medios de las redes de traslado de los inmigrantes.

Por mucho que se quieran combatir los efectos, no queda más remedio que plantear

las soluciones en sus causas. Los emigrantes huyen de sus socialdemocracias bananeras. En muchas de esas naciones, con burocracias corruptas, no existe propiedad privada, sino fórmulas comunales o colectivizadas que han hecho confluir la tradición tribal con la recreación moderna de la

tribu que es el marxismo. La primera medida o el primer objetivo sería que esas naciones instauraran una economía de mercado, que llevaría a la retención del emigrante. Esa es la fórmula que han adoptado los norteamericanos al establecer la zona de libre comercio con Méjico, que permitirá la instalación de industrias norteamericanas en el país vecino para aprovecharse de los menores costes de producción y los salarios más bajos. Si se crea ahí una zona de riqueza -y en ello hace pensar la progresiva liberalización de la economía mejicana- los flujos migratorios se iniciarían en países limítrofes. Y necesitarían la misma respuesta. Con lo que la emigración sólo puede tener una respuesta liberalizadora: desmantelar los sistemas de protección social

occidentales, que constituyen ya una corrupción institucionalizada, y extender el libre comercio y la economía de mercado.

No hay que ver con prevención a la emigración, sino sobre todo a las respuestas que genera, y a los intentos cruzados de poner en peligro el sistema de libertades. La misma

idea de Occidente como fortaleza parece un contrasentido

con sus principios. Pero lo

es más el debate cultural histórico en el

que colaboran

fuerzas aparente-

mente con-

trapuestas.

Por la ex-

trema de-

recha, con

el fácil y

demen-

cial ex-

pediente

hitleria-

no de

que estos

no son ale-

manes o

franceses y

que pueden po-

ner en peligro la

identidad nacional. Por

de pronto, es la extrema dere-

cha la que más poner en peligro esa identi-

dad, que en Europa -tierra de emigrantes y

de emigración- no pasa ciertamente por los

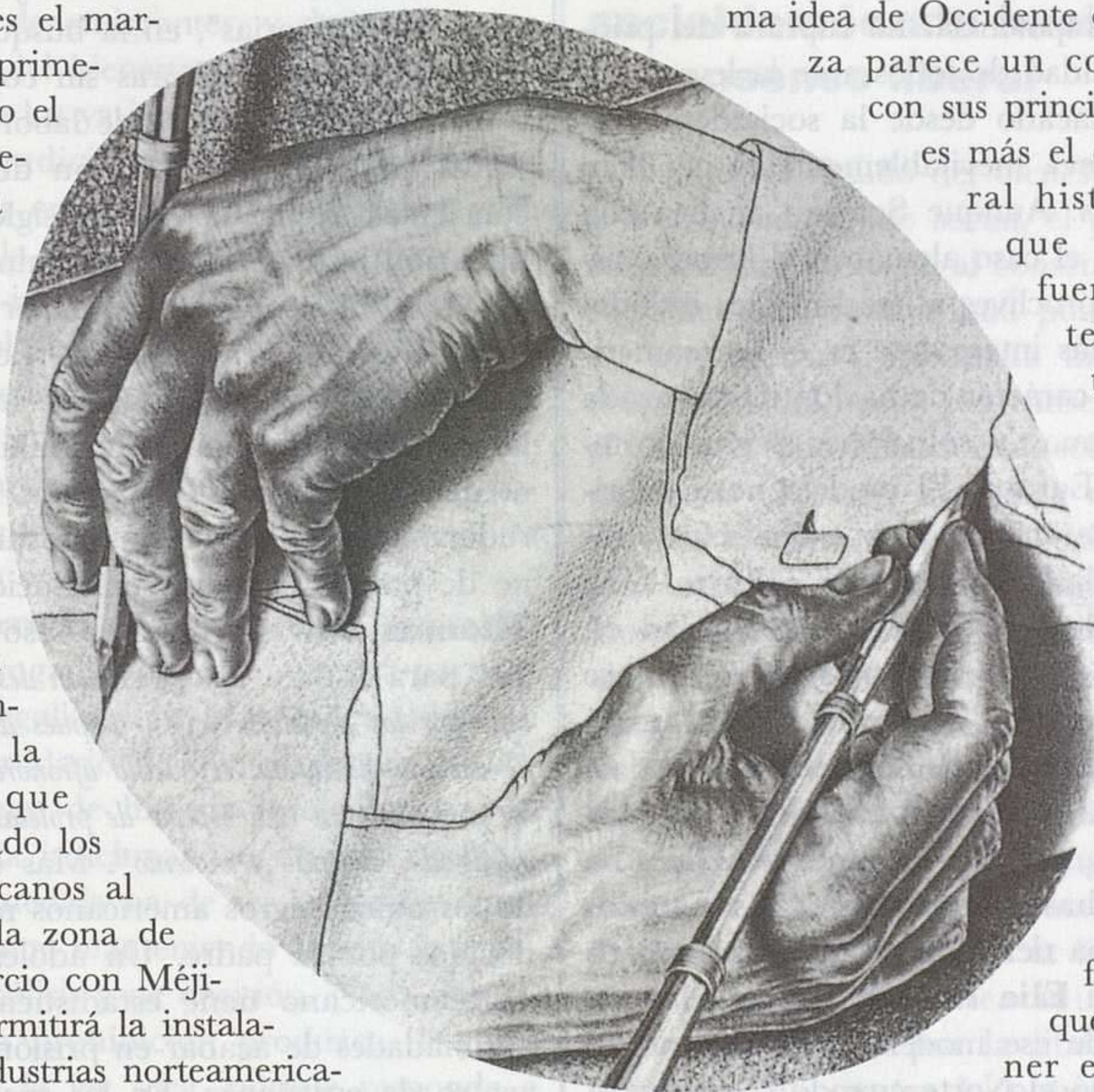
esquemas de las sociedades cerradas. Pero

también por las burocracias que va genera-

ndo la ayuda a los emigrantes, y por algunos

intelectuales occidentalizados que apuestan

por una vuelta aparente a sus raíces de las



poblaciones emigrantes y por una línea de confrontación.

La reivindicación de esos sectores es implantar las "acciones afirmativas" que puso en marcha **Lyndon B. Johnson** y que implican cuotas en universidades y empresas para las minorías al margen de criterios objetivos de competencia. La ruptura del principio de igualdad de todos ante la ley, continuamente atacado desde la socialdemocracia, y que lleva inevitablemente al conflicto entre culturas. Aunque Sorman analiza con detenimiento el caso alemán o el francés, especialmente proclives al fascismo, es indudable que el más interesante es el norteamericano, por su carácter de nación de avanzada cuyos problemas y soluciones llegan posteriormente a Europa. El modelo norteamericano se ha caracterizado por una extraordinaria capacidad para asimilar culturas. Una gran diversidad con una fuerte unidad en torno a unos pocos principios claros, que se basan en el respeto a las minorías y en un sentido de patriotismo. Lógicamente, esa visión idílica ha estado habitualmente cruzada por conflictos, pero en términos generales ha funcionado hasta convertir a los Estados Unidos en una tierra de promisión, como en la película de **Elia Kazan**: *America, America*. El enemigo de ese modelo es el racismo. Y así lo entendió el Norte cuando combatió la esclavitud. La novedad es ahora la existencia de un racismo de ida y vuelta. No es simple anécdota que se haya recuperado el **Malcolm X** violento y racista. Sorman nos conduce hasta escuelas de Atlanta donde este rechazo al modelo americano lleva a que se recupere la enseñanza tribal, con sistemas diferentes al decimal y con escritura jeroglífica. Una forma de integrismo cultural que intenta romper ese mínimo de unidad y estable-

cer un multiculturalismo. Curiosamente, no es una tendencia afronorteamericana en origen, sino francesa, basada en el estructuralismo y en las filosofías de los postmodernos y postnietzschianos **Derrida**, **Deleuze** y **Foucault**. La tendencia ha prendido en algunas universidades, donde se vive bajo la dictadura de las "minorías", en la búsqueda de una confrontación de culturas sin comunicación, o en una nueva cultura de laboratorio, cuya justificación es la extensión de una mala conciencia hecha de tópicos: siglos de discriminación justifican una discriminación al revés. Los "blancos" han de pagar (la minoría más beligerante es la negra). Lo curioso es que quienes pagan son los que han caído en las redes de esta espiral. Los niños de Atlanta que aprenden a contar con los sistemas rudimentarios de las tribus africanas son carne de paro. El análisis más lúcido viene de **Thomas Sowell**, un estudioso liberal negro, para el que "*una generación después del combate por los derechos civiles, después de treinta años de acción afirmativa, el pueblo afronorteamericano se ha convertido en una especie de proletariado asistido, guetizado, drogado y violento*". Más de la mitad de los niños negros americanos no son reconocidos por su padre. Un adolescente afronorteamericano tiene estadísticamente más posibilidades de acabar en prisión que en un centro de enseñanza. En las grandes ciudades como Chicago y Atlanta, el 80 por 100 de los encarcelados norteamericanos son negros. La mitad de los afronorteamericanos viven en la dependencia de un subsidio público; se puede hablar con referencia a ellos de "*Welfare dependency*", una nueva enfermedad social.

La consideración de que la emigración es fundamentalmente un problema económico es clave si se quiere entrar en la línea de las

soluciones y no de la confrontación. La emigración siempre ha creado conflictos. El problema actual es que el Estado del bienestar es una sutil pero sólida fortaleza que impide el acceso al trabajo, al tiempo que subvenciona la marginalidad. Esta peligrosa combinación está causando estragos en la segunda generación de emigrantes, y demuestra que ese Estado del bienestar, reglamentista y en beneficio de los ya instalados, impide la integración. Tradicionalmente, los problemas eran fuertes en la primera generación y se diluían en la segunda. La mejor prueba de que deben introducirse correcciones económicas en el sistema es que el instrumento que mejor está permitiendo la integración es la empresa y no la escuela. Mientras el "salario mínimo" está resultando un dique contraproducente, la formación profesional es una vía con éxito.

Guy Sorman analiza también el problema de la drogadicción, y se muestra partidario de la legalización. Mas exáctamente se muestra partidario de que el debate no adquiera niveles de histeria intolerante, ni se mueva en la irracionalidad de una cruzada. Cualquier medida ha de ser adoptada internacionalmente, manteniendo abierta la capacidad de análisis y de decisión. Nada nos indica que la prohibición produzca distintos efectos que la ley seca, porque responde a los mismos principios, al tiempo que la violencia que se identifica con las toxicomanías es consecuencia y no origen de la prohibición.

Por ahora, los grandes beneficiados -como en la ley seca- son los departamentos de lucha contra la droga que cada día reciben mayores dotaciones presupuestarias, medios más sofisticados y leyes menos respetuosas con los derechos de los ciudadanos, y los

narcotraficantes que desarrollan ejércitos privados y compiten en medios sofisticados de violencia. Obviamente, el debate ha de mantenerse en términos de tolerancia y no de permisividad; es decir, de deslegitimación.

Resentimiento socialdemócrata hacia el consenso liberal

Aunque el Estado del bienestar sigue vivo y destruyendo tejido social, el panorama intelectual gira en torno al consenso liberal. La socialdemocracia continúa por interés pero no por ideas. Una buena muestra de la aceptación del hecho del consenso liberal es el libro de **Ted Honderich** sobre "*El conservadurismo*" (2). Una magnífica exposición en muchos momentos de las reflexiones más importantes de la tradición anglosajona, que Honderich sitúa en origen en **Burke** y que ahora culmina en **Russell Kirk**, **Friedrich Hayek** y **Robert Nozick** porque Honderich une las tradiciones conservadora y liberal, *tory* y *whig*, en mayor medida de lo que se suele hacer desde esos campos. La única crítica de este socialdemócrata es un trasfondo de resentimiento en la línea de considerar que en ese conservadurismo sí hay una preocupación por la libertad pero no por la lucha contra la pobreza o por la igualdad de resultados. Acierta en esto último, pero no en lo de la pobreza. Hay que repetir incesantemente que no por mucho hablar de la pobreza se beneficia a los pobres, y los socialdemócratas han demostrado quererlos tanto que los crean a raudales. Las políticas socialdemócratas crean pobreza y paro, y por ello -aún reconociendo sus buenas intenciones- no es ético ser socialista. Una demostración más es el aumento del

paro en Estados Unidos bajo **Bill Clinton** -cuya popularidad se ha esfumado cuando ha vuelto a poner en marcha sus añejas recetas, y ello a pesar de algún apoyo español desde el centroderecha- o la destrucción de empleo en España, donde el intervencionismo estatal en favor del voto subsidiado está llevando a la creación de “reservas de parados”.

El socialismo es una fórmula agresiva y coactiva que quita a unos para dar a otros. Los principios de “El Pernal” llevados a la acción del Estado. Una fórmula que sobrevive en la medida en que haya tejido social e industrial que devorar y fagocitar, y bienes que expoliar con una creciente progresividad fiscal, que es uno de los principios más contrarios a la sociedad abierta como establecen Hayek, **Friedman**, **Allais**, **Becker**, etc. Una de las lecturas más directas de las últimas elecciones es la creación de dos Españas: la que paga y la que cobra, con el detalle de que gobierna la que cobra. La capacidad de tensionar la sociedad que siempre han tenido los socialistas vuelve a mostrarse y el peligro de un proceso a la italiana aparece aquí también. En Italia, la Liga Lombarda -cuya justificación es negarse a seguir subvencionando a las burocracias del *mezzogiorno*- se ha convertido en el gran fenómeno político y en un riesgo inédito de independentismo, como ha apuntado **Dahrendorf**.

La campaña ha mostrado igualmente el relativismo ético en el que se ha instalado el socialismo y la corrupción de las mentes hasta utilizar el fantasma de la guerra civil en relación con lo que es una alternancia en el poder, esencial al sistema democrático. El PSOE ha devaluado éticamente a sus votantes tanto por el miedo como por el pesebre. Pero la campaña también ha servido para

constatar la existencia de un consenso liberal en las ideas de la sociedad civil. Mientras en ocasiones anteriores el mundo intelectual aparecía dominado en libros y publicaciones por los socialdemócratas, en esta ocasión las contribuciones de reflexión han sido fundamentalmente liberales. Entre otros, pueden citarse *Nuevos Tiempos: De la caída del Muro al fin del socialismo*, de **Enrique de Diego** y **Lorenzo Bernaldo de Quirós**, (Editorial Fundación Cánovas del Castillo, Colección Veintiuno), *La dictadura silenciosa*, de **Federico Jiménez Losantos** (Ediciones Temas de Hoy), *Carta a José María Aznar* de **Fernando Arrabal** (Espasa Hoy), *España, sin proyecto* de **Pedro J. Ramírez** (Ediciones Akal) y, desde el punto de vista iberoamericano, *El pez en el agua*, de **Mario Vargas Llosa** (Ediciones Seix Barral). El mundo de habla castellana se suma con fuerza a la reflexión intelectual, y el reconocimiento último a este fenómeno es la celebración este año en Río de Janeiro de la reunión de la Mont Pelerin -la asociación internacional de pensadores liberales- y dedicada a la reflexión sobre la libertad en Iberoamérica. Desde la llamada “generación del 14”, el liberalismo en lengua castellana no había conocido un momento de influencia como éste.

Los mártires de La Vendée

En un mundo acostumbrado a las efemérides, y adorador de la necrofilia, no deja de ser asombroso que esté pasando desapercibido el centenario del genocidio de La Vendée. No sucede así en Francia, donde han salido al mercado libros con una tesis coincidente: La Vendée experimentó los terribles designios del totalitarismo moderno, fue el

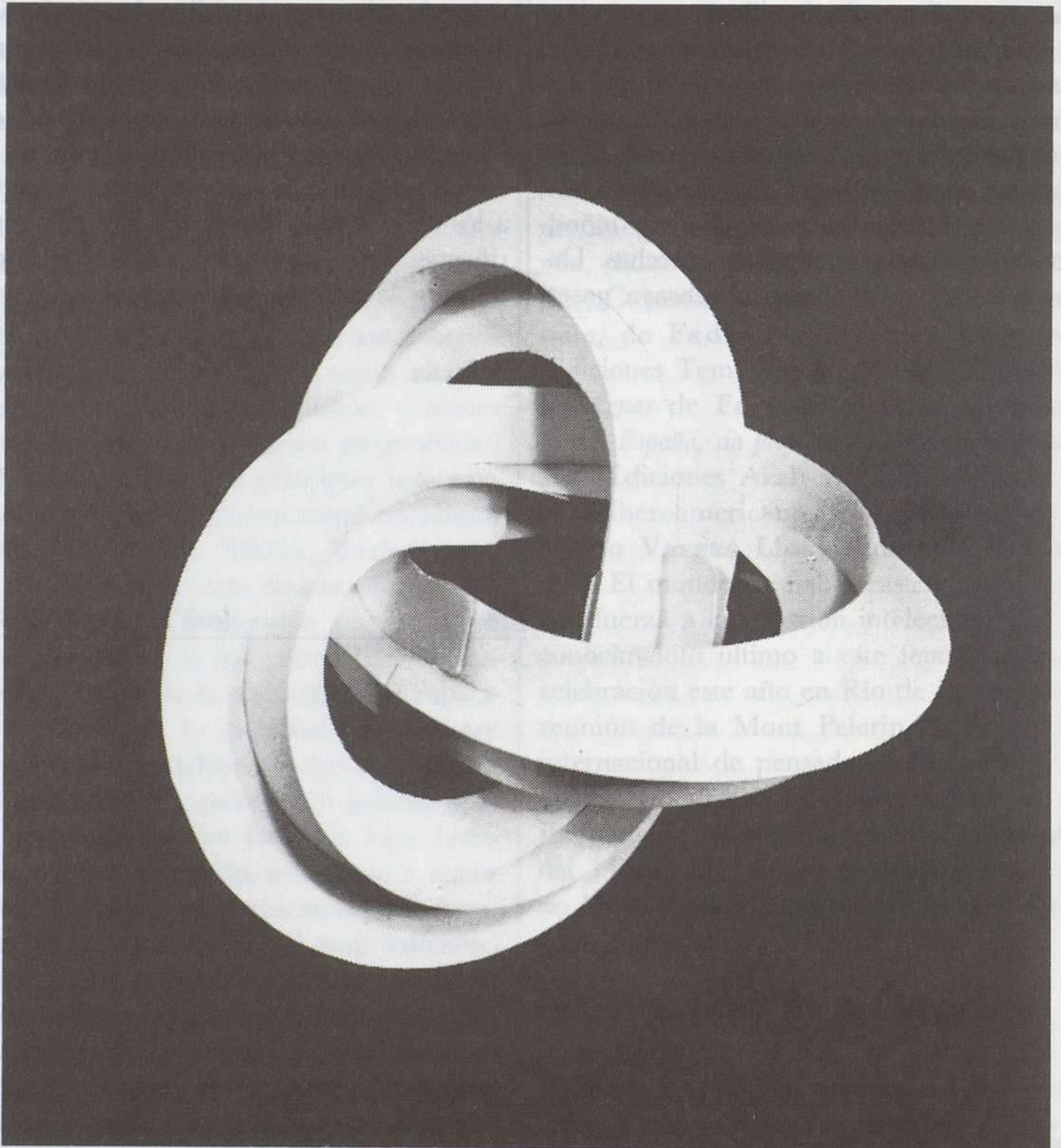
precedente de los campos de exterminio y el Gulag. Los vendeanos se sublevaron en nombre de la libertad, para defender su derecho a tener sus propias ideas y creencias. La Vendée apoyó la revolución en 1789 cuando era reformista y no totalitaria. La Convención respondió con dureza: “*Es preciso que la Vendée sea aniquilada porque ha osado dudar de los beneficios de la libertad*”. Las órdenes establecen que se debe matar a mujeres y niños, destruir las casas y quemar las cosechas. Un farmacéutico “revolucionario” ensaya gases

mortíferos para acelerar el exterminio. Se adelantó a su tiempo. Los vendeanos, que consiguen importantes victorias con arrojo y valentía, tienen un código humanitario y perdonan a los prisioneros. La Convención contesta que el terror debe ser profundizado con la convicción de que “*los vendeanos no escribirán los periódicos ni los libros*”. Todas las notas de un genocidio con un balance superior a los seiscientos mil exterminados. Un martirio que algunos no quieren recordar porque muestra la esencia totalitaria de la Revolu-

■ José Luis MONEGRO

Notas Bibliográficas

- (1) **Guy Sorman.** *Esperando a los bárbaros.* Seix Barral. Barcelona, 1993.
- (2) **Ted Honderich.** *El conservadurismo. Un análisis de la tradición anglosajona* Ediciones Península. Barcelona, 1993.
- (3) **Michel Ragon.** *1793: L'Insurrection vendéenne.* Albin Michel. París, 1993.
- Louis-Marie Clénet.** *Les Colonnes infernales.* Perrin. París. 1993.



APERTURA DE LA LEGISLATURA

María Gemma PRIETO GUTIÉRREZ

Muchos y significados hechos han tenido lugar en la vida parlamentaria de las últimas semanas, con el proceso de constitución de las Cámaras, el debate de investidura y la solemne inauguración de la V legislatura constitucional por S. M. el Rey como principales acontecimientos de los que es preciso dar cuenta.

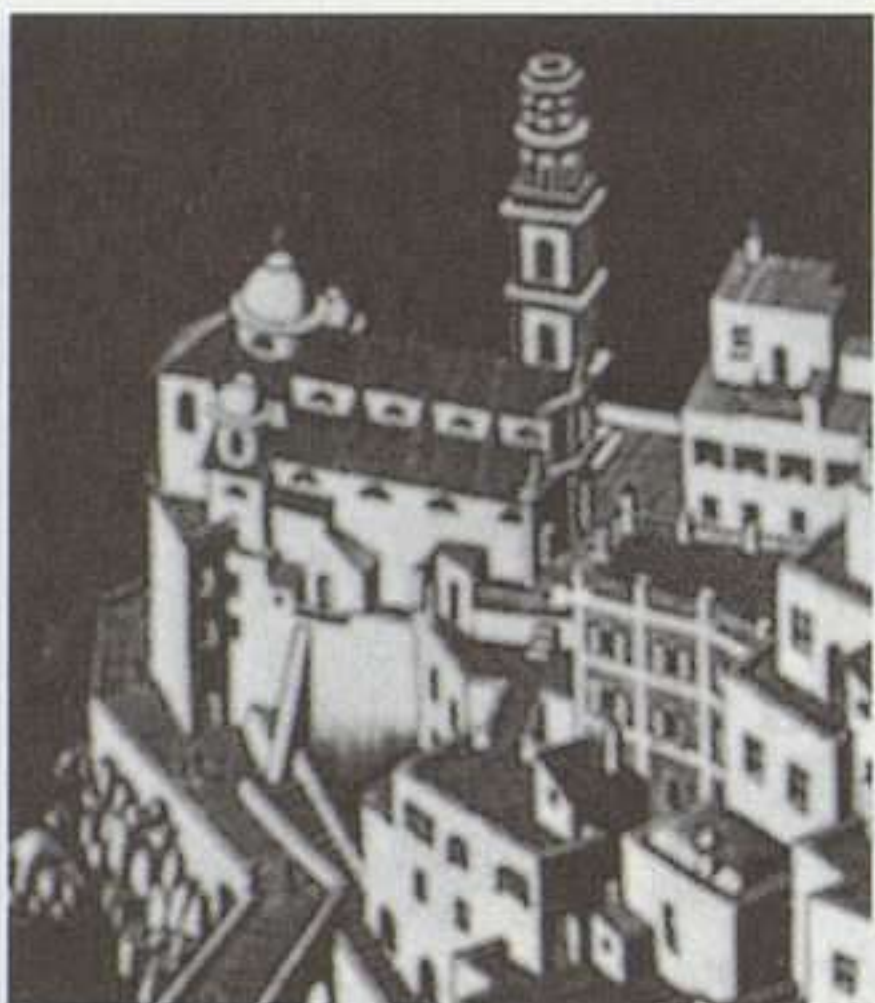
EL pueblo español, titular de la soberanía nacional como proclama el artículo 1.2 de la Constitución, expresó su voluntad en las urnas el día 6 de junio, con resultados sobradamente conocidos. A partir de esa fecha, se inició un procedimiento constitucional y reglamentario, cumplido de forma escrupulosa en el plano jurídico y plagado de hechos significativos desde la perspectiva política, que tuvieron su reflejo el día 29 de junio, cuando se constituyeron el nuevo Congreso de los Diputados y el nuevo Senado en sus sedes respectivas, esto es, los palacios de la Carrera de San Jerónimo y de la Plaza de la Marina Española.

En el Congreso, presidió la sesión, como manda el Reglamento, la mesa de edad, encabezada por el Diputado **Rodríguez Valverde**, procediéndose acto seguido a la elección de los miembros de la Mesa de la Cámara. Funcionaron los acuerdos previos y comenzó a formalizarse un pacto del PSOE con los nacionalistas y catalanes, que no ha tenido (al menos por ahora) continuidad ex-

presa en el Gobierno. Sin embargo, la retórica del "cambio del cambio" quedaba desmentida, en su primera expresión hacia el exterior, con la renovación de **Félix Pons Irazarzábal** como Presidente del Congreso, con 184 votos a favor, frente a los 142 obtenidos por el candidato popular **Federico Trillo** y dos votos en blanco. En cuanto al resto de la Mesa, los resultados fueron los previsibles, dados los pactos ya conocidos, en cuya última versión quedaba descartada la presencia de un miembro de Izquierda Unida en el órgano de gobierno de la Cámara. Fueron elegidos Vicepresidentes los diputados **José Beviá**, **Federico Trillo**, **Josep López de Lerma**, y **Luis Ramallo**, por este orden, así como Secretarios los diputados **Milagros Frías**, **Juan Carlos Aparicio**, **Luisa Fernanda Rudí** y **Emilio Olabarria**. El acto constitutivo se cerró con las palabras protocolarias del reelegido Presidente Pons.

En cuanto al Senado, cuyo proceso de constitución es extrañamente más complicado por exigencias reglamentarias, vivió el

mismo día y hora una actividad análoga. Tampoco hubo cambios en la presidencia, en la que repite el socialista **Juan José Laborda**; fueron elegidos Vicepresidentes **Joan Rigol** y **José Miguel Ortí Bordás** y Secretarios **Manuel Aguilar**, **Javier Rojo**, **José Cañellas**



y **José M^a Hernández Cochón**. También el Presidente Laborda cerró el acto con las palabras rituales de gratitud y buenos deseos.

Pero no debe olvidarse que, aunque no son jurídicamente "órganos" de las Cámaras, es la actividad de los grupos parlamentarios la que protagoniza, muchas veces, la vida política; mucho más en un Parlamento como el nuestro, que encaja plenamente entre los que califica la doctrina actual (citemos, por todos, a **Manzella** y a **Sartori**) de "grupocráticos". Se trata, cómo no, de una manifestación elocuente de la realidad contemporánea del Estado de Partidos aplicada a la institución parlamentaria. Desde esta perspectiva, a nadie se oculta la trascendencia política de la designación, tras una disputada votación, de **Carlos Solchaga** como portavoz socialista en el Congreso, frente al antiguo portavoz **Martín Toval**. Es, ciertamente, un indicio de la situación real del partido que obtuvo la minoría mayoritaria en las urnas y puede ser una de las

claves políticas de la legislatura que acaba de iniciarse. En otra situación muy distinta, de cohesión interna y satisfacción por el notable avance electoral obtenido, el Grupo Popular designó portavoces de sus Grupos Parlamentarios en las Cámaras, que preside **José María Aznar**, al diputado **Rodrigo Rato** y al Senador **Alberto Ruiz-Gallardón**, respectivamente.

Y ya que hemos mencionado a los Grupos Parlamentarios, conviene apuntar ahora un asunto al que trataremos de dedicar una

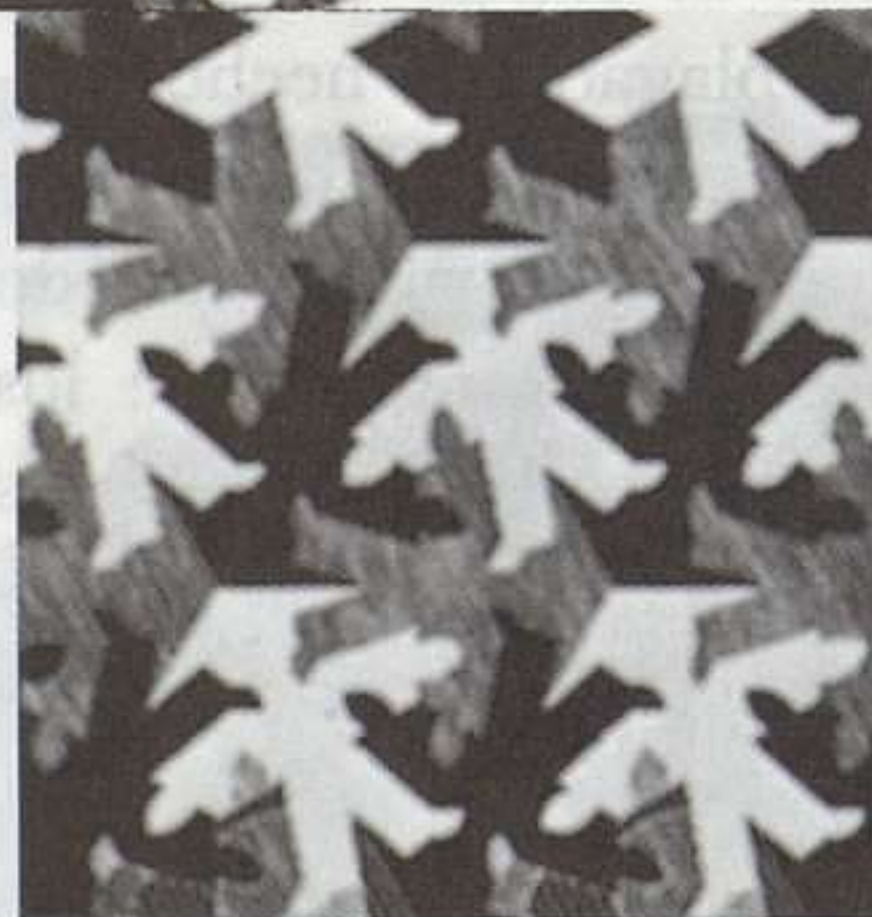
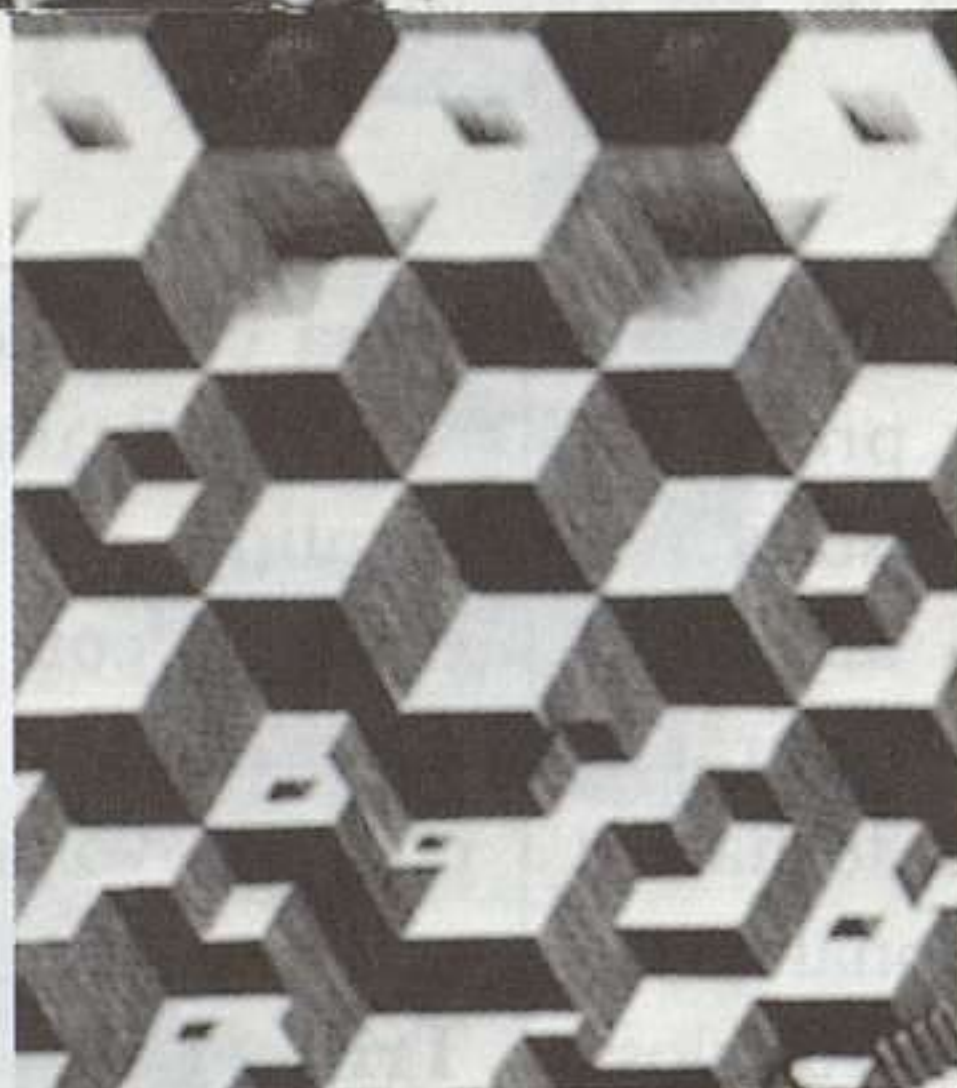
crónica próxima. Me refiero a los extraños "préstamos" para alcanzar el número mínimo de miembros exigidos por los Reglamentos, a las incorporaciones y bajas de un parlamentario en cuestión de horas (el diputado **Mur Bernad** ha sido el ejemplo característico en esta ocasión) y, en fin, a todas aquellas técnicas que, respetando

el tenor literal de las normas, persiguen (probablemente) un fin no querido por el ordenamiento, en cuyo caso incurren en la descripción prototípica del "fraude

de ley" y deberían, por tanto, estimarse nulos de pleno derecho.

Debate de investidura

Vamos ya al debate de investidura, subsiguiente a la designación como candidato de



Felipe González, como resultado de las consultas del Rey con los representantes de los partidos que han obtenido representación parlamentaria, como dispone al artículo 99 de la norma fundamental. Consultas éstas que, anécdotas sobre corbatas y tratamientos aparte, no ofrecieron, ni cabía esperarlo, novedad alguna, en el marco del más estricto cumplimiento de los imperativos constitucionales.

El debate de investidura tuvo lugar en el Congreso los días 8 y 9 de julio. Recordemos aquí algunos titulares de la prensa de difusión nacional. En portada, *ABC*, bajo el título "Vista a la derecha", afirmaba que González había reconocido el fracaso del socialismo y "la necesidad de gobernar con fórmulas económicas del centro-derecha", añadiendo luego que presentó "un programa con concesiones a los nacionalistas". En *Diario 16*, además de recordar el duro enfrentamiento del candidato con el representante de Izquierda Unida, **Rafael Ribó**, se resumía así el debate: "González convenció a CiU y PNV, pero no aportó medidas concretas contra la crisis". Según *El Mundo*, las claves de la investidura fueron "pacto por el empleo, impulso democrático y acuerdos con los nacionalistas", destacando en titulares: "González destapa un déficit público muy superior al admitido hasta ahora". En fin, *La Vanguardia* titulaba al día siguiente que "González y **Roca** coinciden en que sin estabilidad no habrá salida de la crisis".

La intervención (tanto en la contestación al discurso presidencial como en las sucesivas réplicas y dúplicas) de **José María Aznar** fue juzgada en la prensa con rara unanimidad: "... también tuvo una intervención parlamentaria brillante", decía el editorial de *El País*; según *Diario 16*, Aznar "en una sobria intervención, consiguió lo que ya logró en el primer debate televisivo de la campaña electoral. Fue un acierto dialéctico

(...) centrar su intervención en la desconfianza personal, individual, que Felipe González le inspiraba a la vista de experiencias conocidas y de antecedentes sabidos"; en fin, unos y otros recordaron la oferta de colaboración del Partido Popular, sin cheques en blanco ni componendas presupuestarias, sentando así las bases de una política de oposición practicada con firmeza, responsabilidad y absoluto rigor. El líder del Partido Popular había concluido así su intervención: "... el compromiso de los 141 diputados del Partido Popular, que nos sentimos profundamente españoles, es contribuir a perfeccionar nuestra democracia y a defender el interés general de España. A ello dedicaremos nuestra ilusión y nuestro trabajo".

El día 9 de julio, poco después del mediodía, el Presidente del Congreso anunciaba a la Cámara el resultado de la votación: "votos emitidos, 347; votos a favor, 181; votos en contra, 165; abstenciones, una". En los días siguientes, nombrado por el Rey el candidato investido de la confianza de la Cámara como Presidente del Gobierno, se hizo pública la composición del nuevo ejecutivo, de la cual, por cierto, toda la prensa se hizo eco antes de que fuera anunciada oficialmente al Jefe del Estado... y a la comisión ejecutiva del propio Partido Socialista. El significado político del nombramiento y cese de ministros, interpretado en el marco de la crisis interna de un partido dividido en tribus irreconciliables, escapa del enfoque jurídico-constitucional que ha inspirado siempre estas crónicas. Pero, como es de sobra conocido, constituye un dato de máxima relevancia ante la legislatura que acaba de iniciarse; respecto de cuya duración, dadas las circunstancias, nadie se atreve a apostar mucho más allá del período mínimo de un año desde la disolución anterior, fijado por la propia Constitución.

V Legislatura Constitucional

En todo caso, el 14 de julio por la mañana, apazadas por unas horas querellas menores sobre "ocupación" de escaños, tuvo lugar en los términos del "Diario de Sesiones" de la Cámara, el "discurso de S. M. el Rey Don Juan Carlos I a las Cortes Generales en la solemne sesión conjunta del Congreso de los Diputados y del Senado, celebrada en el Palacio de las Cortes como motivo de la apertura de la V Legislatura Constitucional". Dijo, en su correcto discurso, el presidente **Pons** que ese era "el momento de hacer gráfica y solemne expresión de lo

que significa el régimen de monarquía parlamentaria", en un acto que "cierra una vez más con toda naturalidad el ciclo periódico que permite a los ciudadanos decidir su representación política en libertad".

Para concluir, téngase muy en cuenta los párrafos finales del discurso del Rey, concretando las exigencias del pueblo español hacia sus representantes en compromisos de "solidaridad, tolerancia y diálogo, ética y transparencia". Así quedó abierta la nueva legislatura, entre —anota el "Diario de Sesiones"— "grandes y prolongados aplausos por parte de los señores Diputados y Senadores puestos en pie".

María Gemma PRIETO GUTIÉRREZ

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL V CENTENARIO

José M.^a ÁLVAREZ ROMERO

Es el momento oportuno para la reflexión. La actual crisis económica, el transcurso del tiempo y los resultados de las elecciones han borrado de la memoria de los españoles las conmemoraciones, cinco veces centenarias, de los dos acontecimientos más importantes de su historia: la consecución de su Unidad Nacional y el Descubrimiento de América.

“Estado de corrosión”

EL español de pie, ante la multiplicación de irregularidades económicas, tiene la sensación de estar inmerso en un clima profundo de corrupción. Con ser este fenómeno grave, aún lo es más por su propia naturaleza y por pasar inadvertido lo que podríamos llamar “estado de corrosión”. No la corrupción material referida al ámbito económico sino la corrosión en la conciencia de los españoles, de los valores, principios y sentimientos que sustentan su propia identidad y la dignidad nacional.

Este proceso se ha agudizado, y sobre ello llamamos la atención aquí, en el año 1992, es decir en el período dedicado a conmemorar y a enaltecer las dos grandes efemérides nacionales. ¿Cuál ha podido ser la causa de tan paradójico resultado? La respuesta es clara: la actitud, el planteamiento y el comportamiento de las instancias encargadas de conmemorarlas.

De modo diverso se han comportado al encarar el contenido de cada uno de dichos dos acontecimientos. En el aniversario de la unidad de España aplicaron la fórmula del silencio, tratando de pasarlo de puntillas hasta conseguir que transcurriera inadvertido para los españoles. Daba la sensación que el desenlace de la Reconquista Peninsular con la toma de Granada y la modelación del Estado moderno en nuestra patria por los **Reyes Católicos** -el primero en la Europa Occidental-, repugnaba o chocaba con la sensibilidad o más bien la insensibilidad histórica de quienes hoy gobiernan nuestro país.

Ceremonia de la confusión

En el tratamiento del V Centenario del Descubrimiento de América no se hizo el silencio sino la confusión, hasta dejar a aquél vacío de contenido. Confusión en la mentalidad de quienes recibieron el encargo oficial de conmemorarlo o confusión en la elección de las personas y de quienes las designaron.

La ceremonia de la confusión se desarrolló

con ritos y ritmos precisos. Primeramente se desechó la clara palabra "Descubrimiento" por la contradictoria y pactada de "Encuentro". Después se procuró omitir hasta el numeral del año "1492" para utilizar el aséptico título de "V Centenario" a secas, no se sabe bien de qué. Paralelamente prescindieron de los especialistas en la materia, es decir de los americanistas, con lo cual cerraban la puerta a las iniciativas más serias relativas al análisis y valoración histórica de los hechos conmemorados. Resulta increíble pero durante un año entero se estuvo celebrando, oficialmente, algo, cuyo contenido cuidadosamente se escondía.

El daño ocasionado por esta actitud ha sido irreparable y, al final de la fiesta de 1992, lo que para el español antes estaba claro ahora se tornó oscuro, y lo que era legítimo sentimiento de orgullo se trastocó en motivo de arrepentimiento y sentido de culpabilidad. Las palabras crueldad, rapiña, avaricia, injusticia y genocidio han martilleado sin cesar los oídos de nuestros compatriotas hasta hacerles perder el sentido de la grandeza histórica de la empresa española del Descubrimiento, conquista, colonización y evangelización de América.

Cuán distinto de este acomplejado talante hispano, resulta y resalta el inglés ante la arquitectura de su antiguo imperio o el italiano al recordar el paso firme de las legiones romanas por las calzadas de la antigua Europa bárbara en la que se incluía la celtiberia. Sólo la actuación y el prestigio de la Corona, permanentemente volcada hacia América, ha contrarrestado dejaciones, llenado vacíos y evitado males mayores. **Don Juan**, Conde de Barcelona, desde el marinero palo mayor de vigía de los horizontes de la historia de España, donde ocupa ya un lugar preemi-

nente, dio, certero, su última voz de alarma: "*Veo a España algo desgarrada y con su unidad amenazada*".

Precisamos. Este estado de corrosión de las conciencias, al que nos referimos, alude al contenido y valoración de los hechos conmemorados y no a los actos externos que en ese período tuvieron lugar. La Cumbre de Jefes de Estado Iberoamericanos fue, sin duda, un acontecimiento político de primera magnitud. La Expo '92 de Sevilla -aparte de otras consideraciones- fue un escaparate de lujo mostrado a propios y extraños; y la Casa de América, una gran interrogación abierta en el corazón de Madrid.

Ejemplo del mundo hispano

La fecha exacta del 12 de octubre de 1992 se dedicó en España a despedir al Curro de la Expo, con exclusión de cualquier otro acto de naturaleza religiosa o civil que pudiera empañarlo. Decidí pasar la conmemoración al otro lado del mar y acepté una invitación de la República Dominicana. Allí iba a viajar el Papa **Juan Pablo II**; quería celebrar "*in situ*", en las mismas fechas y lugares donde ocurrió, el V Centenario de la Evangelización de América. En Santo Domingo me llamó poderosamente la atención -venía de España- la claridad de la convocatoria proclamada sin complejos ni disfraces. "El V Centenario del Descubrimiento y la Evangelización de América" estaba anunciado profusamente en los pequeños pueblos y en las ciudades.

Memorable fue la misa concelebrada por el Pontífice, al aire libre, al costado del recién inaugurado Faro de **Colón**. Una muchedumbre inmensa llenaba la explanada y se perdía hasta confundirse con los confines

de la campiña verde. Entre el gentío se abría un pasillo estrecho que conducía al Altar. Por él desfiló la increíble comitiva. El Pontífice, vestido de blanco, la mano en el báculo -crucifijo plateado- y detrás 350 obispos de las diócesis americanas de habla española, cuarenta cardenales y los generales de las órdenes religiosas.

pueblos, de la meseta andina, costeros, isleños, de la amazonía y hasta de regiones australes de Chile y Argentina. Representaban las varias tendencias ideológicas: tradicionales, conservadores, progresistas, teología de la liberación. Las diferencias alrededor del Sumo Pastor -concelebrando la Eucaristía- daban testimonio de fe y solidez; no aparecí-



En aquella mañana soleada, de sol implacable, vi desfilan bañados en su propia luz, a mi vera, el continente americano entero. La comitiva del mundo hispano viva y creyente. Obispos del completo arco iris de las razas autóctonas, prelados de tez cobriza y nariz aguileña, indígenas, mestizos, mulatos, blancos y negros. Provenían de los diversos países: desde Méjico y Centroamérica, de los

veterano conseruador de el "El Estado de la an como fracciones opuestas, sino partes integrantes de un todo a la vez natural y sobrenatural: La Iglesia Católica de Hispanoamérica.

Antes de comenzar la Misa, el Cardenal **Nicolás López Rodríguez**, Arzobispo de Santo Domingo -la diócesis más antigua del continente-, dio la bienvenida al cortejo. Escuché el homenaje público que en España,

desgraciadamente no me fue dado oír: *“Es fecha de recordar -dijo el Primado de las Américas- a la Reina Isabel de España, La Católica, patrocinadora de la empresa descubridora, la que en su Testamento declaró que los nativos de estas tierras, sus vasallos, los yndios, antes que nada eran hijos de Dios”*. En un momento de la misa el oleaje humano invadió los espacios reservados. A mi lado, un campesino de faz oscura me tomó la mano con la suya nudosa y juntos proclamamos al compás de la multitud, en castellano sonoro, las estrofas del *“Padre Nuestro, que estás en los Cielos...”* Y las ramas lentas, ca-

denciosas, de los palmerales, de los bananos, de los cocoteros, se cimbreaban al mismo ritmo del aire caribeño y de la oración.

No podía creer lo que mis ojos veían y mi ánimo sentía. Era cierto. Estaba viva y era grande la obra de España en América. La semilla plantada hacía 500 años se mostraba ahora en cosecha abundante y palpable. Y humildemente pedí que aquel aire limpio, azul, del Caribe y de la liturgia popular, hicieran el milagro de limpiar el proceso de corrosión de mi patria, entonces lejana y especialmente sentida.

Jose María ÁLVAREZ ROMERO

LAS TERTULIAS RADIOFÓNICAS, EN LOS CURSOS DE VERANO

Miguel Ángel GOZALO

Fue Ortega y Gasset el que dijo que “el español ha venido al mundo para apasionarse por algo en torno al velador de un café, oyendo el ruido de huesos de muerto que hace el dominó”. Hoy, ese velador de café tiene su prolongación en los estudios radiofónicos, en los que algunos comentaristas, que no son obligatoriamente profesionales de la comunicación, lanzan sus criterios sobre las cuestiones de actualidad. En algunos casos, los oyentes también intervienen. El aire se transforma en opinión pública, eso que Nietzsche definía como “la suma de las perezas individuales”. Es un nuevo y, al parecer, indispensable género radiofónico. El ruido del dominó ha sido ampliado por la sinfonía urbana, que encierra toda clase de sonidos y de mensajes. Pero las tertulias siguen, y, a través de las ondas, llegan a todos los lugares, consiguiendo que, en un tono relajado, sin la grandilocuencia que hasta época reciente había dominado el mundo de la radio, se despoje a las noticias de misterio y se busque explicación para el mundo que nos rodea.

La vieja tradición española de las tertulias, que tiene raigambre literaria y alcanzó su auge antes de la guerra -una de las más famosas fue la del Café “Pombo”, animada por el escritor **Ramón Gómez de la Serna** y que se ha mantenido, hasta años cercanos, en diversos escenarios, como los cafés madrileños “Lyon” y “Gijón”, encuentra así, a través de la radio, una continuación peculiar.

El aire distendido de la rebotica provincial se convierte en información de consumo general. No son las tertulias de la radio o de

la televisión -donde también se han ensayado con éxito- lo que fueron las literarias, porque, como ha explicado **Chumy Chúmez**, veterano contertulio de el “El Estado de la nación” en un programa, *Protagonistas*, donde es habitual la fórmula, “la gran diferencia es que la radiofónica está hecha por profesionales de la comunicación y su sentido es informar, y las antiguas eran para un enriquecimiento personal”. Pero cumplen la misión de dar salida a la curiosidad y lanzar una mirada interrogante sobre letra pequeña de la vida.

Del interés que suscitan las tertulias da

prueba el que este año haya sido objeto de análisis por parte de los especialistas. La Universidad Internacional del Mediterráneo, en su X Edición, al igual que otros cursos de verano celebrados en otros lugares de España, ha dedicado uno de los cuatro cursos allí desarrollados en el

mes de julio, a estudiar, bajo la dirección del profesor **Francisco Sanabria**, y con el título *"Ideología y comunicación: el papel del poder político y económico en la formación de la opinión pública"*, algunos de las nuevas facetas que presenta la información en España. Así, **Luis Núñez Ladevèce** se ocupó de *"Demagogia y retórica en la formación de la opinión pública"*; **Ignacio Bel**, de *"El derecho de la información como límite del poder político"*; **Javier Fernández del Moral**, de *"Los profesionales como garantía de imparcialidad informativa"*; **Francisco Sanabria**, de *"concentración empresarial y libertad informativa"* y yo mismo de *"La tertulias radiofónicas en la formación de la opinión pública"*.

Allí hubo ocasión de comentar, con un atento grupo de alumnos, lo que son actualmente las tertulias, denostadas por el Gobierno -que hace ya tiempo que habló despectivamente, por boca de alguno de sus portavoces, de "tertulianos y gacetilleros"- y

por ciertos medios, pero que siguen acaparando oyentes. Los últimos datos de la audiencia española parecen confirmarlo: hay más de un millón más de radioescuchas, en una audiencia global de algo más de diecisiete millones, según la última oleada realizada

a través del Estudio General de Medios, y la nueva programación radiofónica ha confirmado que, informativamente, este género resulta imprescindible.

Conservar sobre las propias tertulias fue, por ello, algo obligado en los cursos de verano. En los de El Escorial, donde es tradicional dedicar algunas semanas a hablar de los problemas y las perspectivas del mundo de la comunicación, las tertulias fueron objeto de polémica gracias a **Juan Luis Cebrián**, consejero delegado de PRISA y antiguo director de *El País*, que dirigió un curso llamado *"Creadores de opinión"*, en el que habló de los comunicadores de radio y televisión, convertidos, según él, en

Savonarolas y Ayatolas de nuestro tiempo. Cebrián había sido al parecer, en el seno del grupo PRISA, que es propietaria de dos cadenas de radio, la *SER* y *Antena-3*, uno de los responsables de que las tertulias radiofónicas hayan estado alejadas, en los últimos tiempos, de la programación. Pero las tertulias demuestran una salud envidiable. Y, en la nueva temporada radiofónica, se han colocado en las principales cadenas, con intercambios y fichajes de asistentes, como los equipos de fútbol al comienzo de la Liga, con más vigor



que nunca. También, como era lógico, en la *SER* y en *Antena-3*, que quieren seguir estando en los lugares de cabeza.

¿Cual es el secreto de las tertulias? ¿Por qué, pese a lo monótono de la fórmula, al riesgo de la repetición y a la dificultad de aportar novedades a las tantas veces gastada vida política -donde los temas de discusión se suceden como los cangilones de una noria, y giran siempre entre los mismos personajes- siguen acaparando oyentes? ¿Que necesidad de "estar en el ajo" impulsa a tantos miles de curiosos a saber qué opinan de **Aznar** y **González**, de la cesión de IRPF o del pacto social, algunos conocidos periodistas?

No siempre tiene una explicación fácil. ¿Habrá que creer, con **Ortega**, que "la mayor parte de los hombres no tiene opinión, y es preciso que ésta les venga de fuera a presión"?

En cualquier caso, las tertulias radiofónicas ayudan a que las cosas se sepan, a que los ciudadanos se interesen por lo que les rodea y son, sobre todo, un magnífico ejercicio de libertad informativa. Frente a una televisión que, especialmente en su vertiente más poderosa, *TVE*, todavía es objeto de manipulación, la libre conversación sobre todos los asuntos, a través de las ondas, es un espectáculo estimulante y una prueba de salud democrática.

Miguel Ángel GOZALO

DE... musical, desde Manuel de Falla... enormes carencias de... conjunto global de su... decía, estallan unos siglos... músicos, y un compositor octo...

...Xavier Montsalvatge... cuestión de pocas semanas... nancia: el de la Fundación... edición-, que lleva... nuestra Reina Sofía, premio que se otorga... compositor, pero...

...Lago sevillana... V Centenario... lidad de la... Madrid, no... preñables, y el... con éxito, a la... consolidado. En la... e Inocencio Guerrero... y en lugar de premios... una posible zarzuela, que ha... para la institución... autor de *La Rosa del...* el conjunto sinfónico, y de toda la música que... de Xavier Montsalvatge... la palma.

CURSOS EN TÉCNICAS DE COMUNICACIÓN ORAL

*¡¡No basta tener razón.
Manifiéstala con éxito!!*

Presentación en Público
Arte de la Improvisación
Método de la Entrevista y del Debate
Teoría y Práctica del Discurso
Comunicación con Auditorios
Seguridad en la Réplica

Información e inscripciones:

Fundación
Cánovas del Castillo

Marqués de la Ensenada 14. 3º Oficina 25. Madrid 28004
Telfs.: (91) 319 58 04/08. Fax.: (91) 319 82 58

XAVIER MONTSALVATGE

Enrique DE LA HOZ



*Compositor y comentarista musical durante bastantes años en un medio tan significativo como el periódico "La Vanguardia" de Barcelona, **Xavier Montsalvatge** (Gerona, 1912) obtuvo en el último tercio de 1992 dos premios muy importantes en el campo de nuestra buena música: el "Reina Sofía" (dos millones de pesetas y alto nivel en prestigio) y el anual de la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero (diez millones y la aureola de una Institución ejemplar). Merece "perfilar" aquí a este músico español contemporáneo.*

DE pronto, en un país como el nuestro, que tiene muy rica historia en el campo de la música -sobre todo en la creatividad musical, desde **San Isidoro de Sevilla** a **Manuel de Falla**-, pero que ahora padece enormes carencias de cultura musical en el conjunto global de su sociedad; de pronto, se decía, estallan unos suculentos premios para músicos, y un compositor octogenario, sí que perfectamente lúcido, activo y vital, el catalán **Xavier Montsalvatge**, obtiene en cuestión de pocas semanas dos de gran resonancia: el de la Fundación Ferrer Salat -X edición-, que lleva la altísima enseña de nuestra **Reina Sofía**, premio que se otorga normalmente a la obra concreta de un compositor; pero en esta ocasión con tantos fas-

tos oficiales coincidentes, la Expo sevillana, la Olimpiada barcelonesa, el V Centenario del Descubrimiento y la Capitalidad de la Cultura Europea a cargo de Madrid, no había para el jurado obras premiables, y el galardón se otorgó, sin duda con éxito, a la global de un maestro consolidado. En la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero ocurrió algo parecido, y en lugar de premios y partituras de una posible zarzuela, que ha sido el punto de partida para la institución derivada del popular autor de *La Rosa del Azafrán*, por ejemplo, el conjunto sinfónico, pianístico, coral y de toda la música que compila el catálogo de Xavier Montsalvatge se llevó la palma.

En efecto, la música de Montsalvatge es ecléctica, plural, diversa. No se sabe bien si

el maestro gira alrededor de la música o es ésta la que lo rodea por los cuatro costados. Si la música pura, la que suena sin programa ni decorados de fondo tuviera color (y con una cierta imaginación claro que lo tiene), la de Montsalvatge compondría perfectamente bien el Arco Iris. ¡Que encanto!

No se podrá encasillar a nuestro compositor en una estética o género concreto. Su catálogo es amplio y representa tendencias varias, todas fecundas. Si acaso, por una parte, pensando en la proximidad física de Cataluña a Francia y en la enseñanza recibida de **Jaime Pahissa** y **Enrique Morera**, la imponente cultural gala circula por los pentagramas de la delicada *Sonatina por Ivette* (1952), por las secuencias del *Concierto breve para piano y orquesta* (1950), sin olvidar el formalismo -¿europeo?- de la *Desintegración morfológica de la Chacona de Bach* (1963/1970); y por otra parte, al detenerse en obras como las *Cinco canciones negras* (1946) o el *Cuarteto indiano* (1952) oímos a una América tropical -quizás mejor antillana- en la que se alternan giros populares, síncopas de "jazz" y cadencioso vaivén de habaneras. También Montsalvatge ha es-

crita -y se han estrenado y oído- obras de gran formato y trascendencia; por ejemplo, las *Cinco invocaciones a Jesús Crucificado* (1969); también la mediterránea pieza sinfónica *Laberinto* (1971), que es un compendio sonoro inspirado en el mito de Teseo, Ariadna y el Minotauro. La catalanidad -esto es, su amor a Cataluña, la devoción por su tierra- aparece en músicas suyas que llevan expresivos títulos, como la *Serenata a Lydia de Cadaqués* (1973), o el *Cant espiritual* (1958) sobre un texto del gran poeta **Joan Maragall**.

La música de Montsalvatge se ha "vehiculado" -y naturalmente que por todo el mundo- a través de artistas españoles universales: con el piano de **Alicia de Larrocha**, la voz de **Victoria de los Ángeles**, el arpa de **Nicanor Zabaleta**, la guitarra de **Narciso Yepes**, el clavecín del colombiano **Rafael Puyana**...

Enciclopédico y sutil **Xavier Montsalvatge**. Admirable orquestador. En sus melodías cabe advertir un halo de ternura y, a veces, una penetrante ironía. Pero, eso sí, dicho todo con elegancia, como es él mismo en persona.

Enrique DE LA HOZ

El Rey y "el Rey"

EL Rey es Don **Juan Carlos I.** *El Rey* es el libro que, recogiendo sus declaraciones, ha escrito **José Luis de Vilallonga** y desde hace semanas acapara los primeros puestos de las listas de ventas y los comentarios. Con razón calificó su autor de frívolos los que se hicieron antes de que el libro apareciera; pero reservarse lo que uno tenga que decir después de haberlo leído porque no todo sea grato, constituiría una frivolidad aún más grave.

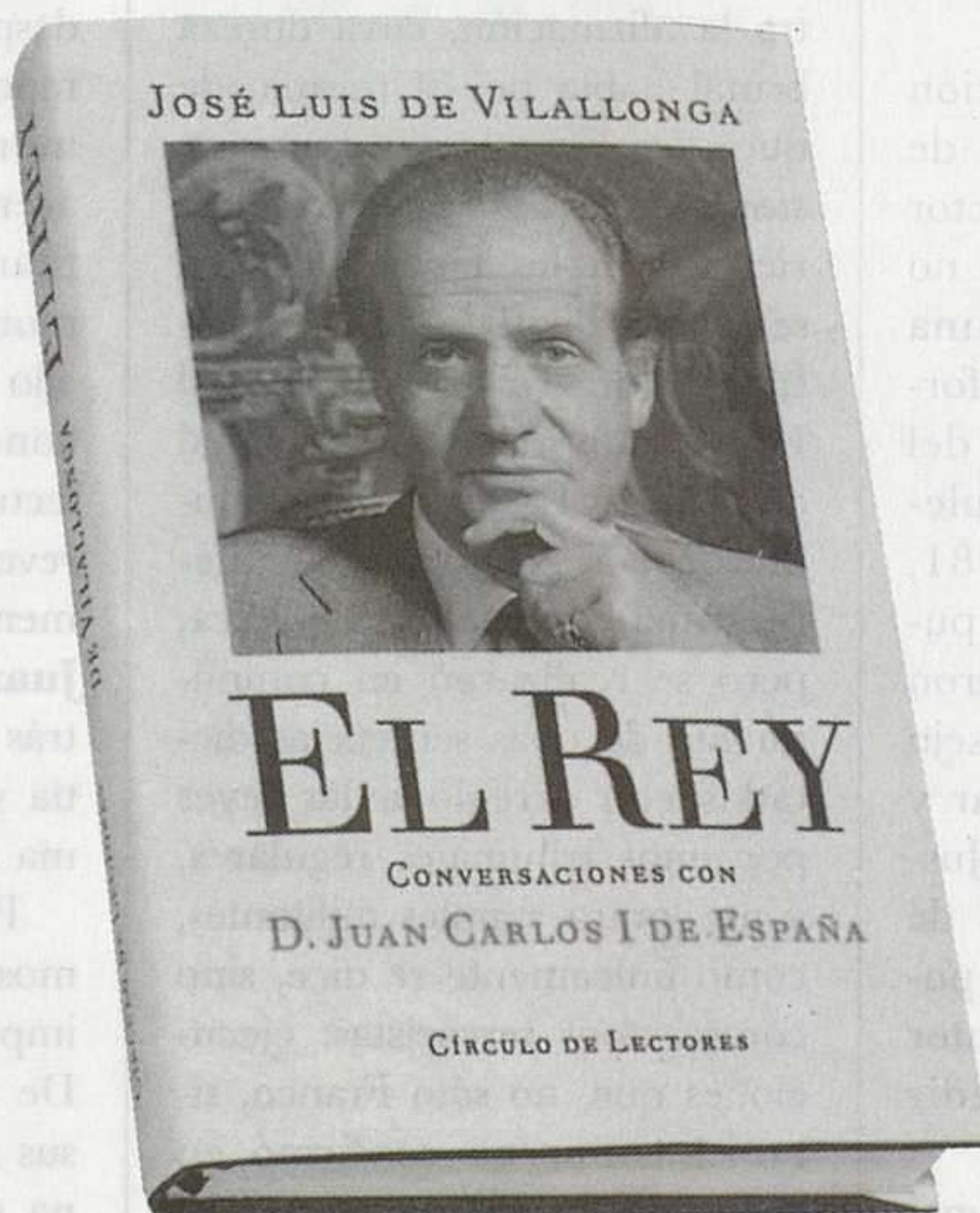
Sobre lo que en el libro declara el Rey (advierto que me atengo a la edición española, única que ofrece garantías de que el Rey dice en ella lo que ha querido decir) nada hay que comentar que no sea positivo. Hay una referencia nueva, que yo sepa, a los pasos que dio desde muy pronto para que la necesaria legalización del partido comunista pudiera ser hecha sin traumas; una decisión que hasta ahora se había atribuido casi exclusivamente al presidente **Suárez**, con el visto bueno del monarca, pero sin la intervención que ahora se revela. En lo demás no hay grandes novedades,

al menos para los historiadores, aunque puedan serlo para el gran público; pero las declaraciones de Don Juan Carlos son siempre interesantes, vivas, importantes y ponderadas. Y con la modestia del que no se reconoce a sí mismo mucho de lo que la historia le ha reconocido ya. Su entrevistador las transcribe con fluidez y cumple correctamente su cometido. Los reparos vienen a continuación.

Me ha ahorrado mucho trabajo la revista *Época* con una relación de equivocaciones que una revisión mínimamente cuidadosa habría debido evitar, y alguna otra publicación ha ampliado después. A veces son

sólo bailes de fechas, nombres ó cargos, pero en otras ocasiones se trata de inexactitudes de monta. A las publicaciones aludidas me remito. ¡Algo más que unos pocos errores cronológicos, como dijo algún amable comentarista! Alguno de los errores invita incluso al humor negro, como el relativo al estado "desesperado" de **Franco** cuando se le trasladó a El Pardo, en su última enfermedad. ¡Y tan desesperado!, subraya *Época*: como que el traslado lo hizo en un ataúd de caoba. Había fallecido en La Paz. Y a El Pardo volvió muerto.

A otros errores debo referirme por mi cuenta. La versión Suárez (que es la que da Vilallonga) de su entrevista con los altos mandos militares, en que les prometió que el partido comunista no sería legalizado, no coincide plenamente con lo que al menos alguno de esos mandos me reveló y también comunicó semi-públicamente, y explica que se sintiera engañado por el presidente. Pero es en lo que concierne al 23-F donde debo fijarme especialmente y donde la distinción entre la parte del Rey y la de



su entrevistador tiene que ser recomendada.

Lo que el Rey dice sobre el 23-F es poco, pero es justo, ponderado, prudente y generoso; ¿y hay quien tenga más autoridad para decidir lo que se debe decir, y cómo? Lo que el entrevistador añade por su cuenta tiene a veces, en cambio, tan poco parecido con la realidad que cuesta trabajo reconocerla. Ni lo que pasó en el Congreso, ni en el puesto de mando de la División Acorazada, ni en la negociación del pacto del "capó". ¡Hasta la afirmación de que, cuando **Tejero** formó a sus hombres para retirarse del Congreso, la mayoría le habían abandonado! En la realidad, lo hicieron 47 de un total de 289, sin contar los oficiales.

Hablo con la información propia de quien, además de historiador, fue juez instructor de la causa del 23-F, pero no soy depositario de ninguna ciencia arcaica, pues mi informe sobre los resultados del sumario constituyó el "culebrón" del verano de 1981, que todos los periódicos publicaron, y lo mismo hicieron con las sentencias del Consejo Supremo de Justicia Militar y del Tribunal Supremo de Justicia, a cuyos Resultandos de hechos probados hubiese podido acudir con fruto el autor del libro. ¿Es mucho pedir que lo hubiese hecho?

Peor es que no se contente

con lo que el Rey le dice, sino que obviamente forcejee para arrancarle los juicios sobre las personas que el Rey no quiere hacer públicos por delicadeza, y que, en vista de ello, su entrevistador apostille, interprete, y al cabo se lance, claro es que bajo su personal responsabilidad, a opinar sobre hombres de los que evidentemente sabe muy poco: poco más que los cuatro tópicos que les aplica.

No debo terminar sin hacer dos consideraciones. La primera, contra la imputación de que actuaron exclusivamente en defensa de sus privilegios los monárquicos que desde dentro de España tuvieron el acierto (que el autor no tuvo) de percibir cuál era el único camino para restablecer la Monarquía. La segunda, contra la afirmación, cuya dureza brutal habla por sí misma, de que *"las fieras heridas reaccionan siempre con furor asesino"*, refiriéndose a las ejecuciones en setiembre de 1975 de dos militantes de ETA y tres del FRAP, por decisión personal de Franco. Las ejecuciones pudieron ser -seguramente fueron- una equivocación política, pero se realizaron en cumplimiento de unas sentencias dictadas con arreglo a las leyes por unos tribunales regulares, y no contra simples militantes, como únicamente se dice, sino contra unos terroristas: ejecuciones que, no sólo Franco, sino el Gobierno confirmó en cinco de los condenados (seis

fueron indultados), en vista del nulo resultado que habían tenido los indultos totales concedidos después del Consejo de Guerra de Burgos, cinco años antes. Entre los indultos de 1966 y las ejecuciones de 1975 había nada menos que un presidente del Gobierno asesinado, el monstruoso atentado de la calle del Correo y una cadena sangrienta de víctimas inocentes, que ha continuado después, ya con democracia, y debería haber hecho reflexionar al autor antes de hacer sus descalificaciones.

En todo caso, el Rey queda en el lugar que unánimemente se le reconoce como quien supo, primero, elegir en unas circunstancias durísimas el camino apropiado para que tuviéramos Monarquía: implantó después, ya como Rey, la democracia; la salvó en su momento de mayor peligro y acertó luego nuevamente al retirarse a su delicado puesto de monarca constitucional. Todo ello resulta (es mérito que reconozco gustosamente) de la lectura del libro. Así como la revelación de las auténticas dimensiones de la figura de **Don Juan Carlos**: lo que hay detrás de su desbordante simpatía y el historiador **Tusell** llama su "densidad".

Pero sin que por eso debamos archivar en el olvido los importantes reparos señalados. De Vilallonga me divertí con sus *Memorias*, me indignó alguna de sus novelas, por lo que

tiene probablemente de atentado a la historia y ciertamente de ofensa a estímulos que en su día caldearon muchos nobles corazones de españoles; leo con gusto sus artículos. Tiene cosas que contar y sabe contarlas. Pero escribir *El Rey* exigía algo más. El resultado es que el libro se queda a medias de lo que podía haber sido. Y no tanto por lo que le

falta como por lo que le sobra.

Que está precisamente en lo que no ha puesto el Rey.

José María
GARCIA ESCUDERO

— Vilallonga, José Luis de.
“*El Rey. Conversaciones con Don Juan Carlos I de España*”; Plaza Janés, Barcelona, 1993.

La democracia después del comunismo

ESTE libro está concebido por el autor como un apéndice a su obra *Teoría de la democracia*, del año 1988. Pretende ahora retomar algunas cuestiones abiertas en aquella ocasión, con la no ocultada aspiración de señalar con algunas de sus reflexiones el camino tortuoso de la comprensión de los acontecimientos políticos.

Sartori se replantea el problema de la democracia una vez que el comunismo parece expulsado de la historia por la puerta de servicio. Aunque el tema se aborda en los términos de una victoria de la democracia liberal y de la economía de mercado, no obstante, la prudencia inspira al autor una cuestión radical: después del comunismo, una democra-

cia aparentemente sin enemigos externos, debe ser repensada.

¿Qué quiere decir esto en el momento presente, el del “fin del Renacimiento”, como se ha dicho? ¿En el tiempo de las ideas blandas, en la era del vacío, tenemos la imaginación y, sobre todo, *las ganas* que el empeño requiere? Como se ve, la exigencia planteada por Sartori tiene enormes consecuencias. ¿Quiere decirse, entonces, que pensar en un resurgir es vano, que el momento de la democracia liberal-parlamentaria, *tal y como las hemos conocido*, ha pasado? Este gran conocedor de los sistemas políticos contemporáneos contribuye a iluminar la respuesta a estos y a otros interrogantes.

El libro nos presenta dos vertientes fundamentales: la

política y la económica. En nuestra opinión, el lector podrá encontrar aquí recogidos algunos de los temas que hoy nos acucian en la envejecida Europa; de este modo podrá hacerse una idea de lo que sería “la situación política y económica del estado social”.

¿Cuál es la situación política que describe el profesor Sartori? Cabalmente, no se pueden poner muchos reparos a las afirmaciones que señalan la victoria de la democracia liberal sobre el comunismo, representable en el simbólico momento de la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, no es menos cierto que el comunismo en su versión soviética hacía mucho tiempo que no era un enemigo efectivo de los sistemas liberales... Ahora bien, una cosa es esto: que intelectualmente el comunismo fuese desmontado muy pronto (como la socialdemocracia marxista lo fue, antes de la desaparición de la S.F.I.O y aún del Bad Godesberg del S.P.D), y otra muy distinta que, prácticamente, y por obra de la ideologización, que encuentra su objeto predilecto en las masas democráticas, el comunismo no fuera un enemigo respetable. Por lo demás, también ha sido un enemigo militar temible durante mucho tiempo -o eso nos parece todavía-.

Se dedican interesantes páginas a una izquierda que, da-

da la situación actual, va a ser decisiva -guste o no- para el sesgo que va a tomar la democracia de los años venideros. Superadas hoy -lo dramático es que sólo en el nivel consciente: y esto es una ironía, porque las democracias occidentales, cuya forma *mentis* es la socialdemocracia, no serán ya liberales- situaciones ajenas a la política, desde el engendro impolítico de la revolución permanente al fraudulento socialismo real, un problema interesantísimo es el del futuro de la izquierda, tan de moda en los veranos oficiales de algunas universidades europeas. En opinión de Sartori, como de tantos otros, a efectos prácticos ya es casi imposible distinguir derecha e izquierda. Lo decisivo es que la trampa de la ideología, y su refinadísimo método de la ideologización, han conseguido que las mismas facciones defensoras de la libertad -en inexcusable incuria intelectual- participen, en gran medida, de la misma tónica que la socialdemocracia. Sartori acierta plenamente cuando escribe que *unos y otros* son partidarios de que cambie el poder ajeno para mantener el propio mando; o, por ejemplo, que derecha e izquierda también pueden ser enemigos encarnizados del cambio y la innovación, de modo que todos se vean enganchados en el sostenimiento del *status quo*; o que ambas puedan ser inter-

vencionistas... Por lo tanto, al menos desde la voz de alarma (temprana entonces) de **Bell** sobre el fin de las ideologías, parece indudable que ya no tiene mucho sentido, desde presupuestos políticos verdaderos, seguir alimentando la dicotomía que los intereses creados alientan. En estos años que quedan de milenio, como espectadores que estamos siendo del triste "noventayocho" del socialismo, vamos a tener la fortuna intelectual de presenciar en qué va a parar toda la inteligencia (acompañada a veces de buena fe y mejores intenciones, tampoco se niegue esto) que la socialdemocracia europea está empleando en re-flotar a una izquierda "nueva". Dice Sartori a este respecto que *"una izquierda sin anclaje, desvinculada del marxismo, puede ser también una izquierda que nos lo haga lamentar"*. En efecto, porque esa izquierda que será todavía menos marxista, es decir, que abandonará lo único marxista que le quedaba, la retórica, podría quedar reducida a una confesión de amor a la Humanidad, en el mejor de los casos. Esto es lo que proclaman algunos intelectuales y políticos (no sólo franceses) para salir de la confusión en la que les ha sumido el descalabro: el regreso a un socialismo anterior a **Marx**.

¿Y la situación económica? Sartori considera que la economía de mercado ha vencido,

y que su victoria es aún más clara que la del liberalismo político: no se puede negar que la economía libre ha vencido a la planificación. El capitalismo de propiedad privada y el capitalismo anónimo (según Sartori el de la "propiedad sin poder" de las grandes corporaciones y sociedades) ha demostrado su superioridad sobre la versión socialista, el capitalismo de estado y el dirigismo "planificalotodo". Sin embargo, la ideologización también ha hecho mella en el pensamiento económico: aquí, naturalmente, una lectura tendenciosa de **Keynes** ha resultado mucho más perniciosa que cualquier posible interpretación de Marx. Quizá haya que moderar el optimismo y pensar que la victoria tal vez resulte pírrica: las servidumbres de la democracia han hecho caer a ésta en el déficit permanente, y esto es, recordando a **Hayek**, como mantener *"un tigre agarrado por la cola"*. El Parlamento hace tiempo que dejó de ser *"el guardián de la Hacienda"*: como dice Sartori, el lema *"No taxation without representation"* es un aforismo hueco, cosa del pasado: hace algunos decenios que los Parlamentos, contra natura, son los que exigen ¡más gasto!... esto tiene muy curiosas consecuencias: aunque parezca cosa feudal, *¡el gobierno se ha convertido en el protector de las economías privadas!*

Finalmente no podemos de-

jar de señalar un aspecto no menos interesante del opúsculo del profesor italiano, Se interroga sobre cómo se expande la democracia. Entiende que ésto se produce de dos

caso de los regímenes ex-comunistas, donde esta ideología hizo tábula rasa sobre lo anterior, proceso favorecido por su persistencia en el tiempo. En nuestra opinión aún no estamos en condiciones de evaluar el alcance de los devastadores efectos de la *penúltima* manifestación del despotismo en aquellas sociedades. Finalmente se pregunta si será posible que en muchos sitios arraigue la democracia si no se dan las condiciones económicas necesarias, pero tal vez sea esto, intelectualmente, una concesión innecesaria que demuestra, una vez más, hasta qué punto hemos interiorizado los principios del credo socialdemócrata. Ya lo hemos señalado, y **Sartori** es, precisamente, quien lo apunta: gran parte de esta ideología se ha hecho nuestra forma *mentis*.

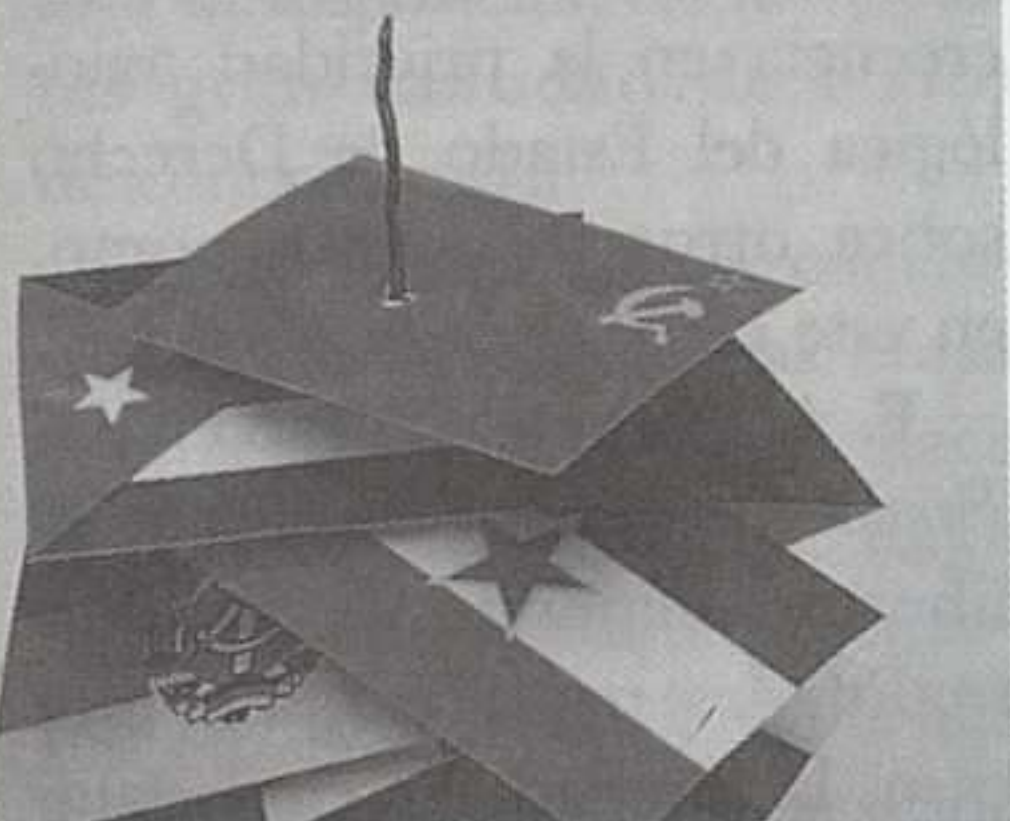
Ciertamente le pintan bastos a una democracia con el

tic del socialismo, a una democracia cuyo contenido político se disuelve, a veces, en un moralismo internacionalista y militante, en el *democratismo*, es decir, que se está dispuesto a implantar la democracia y el reino de la justicia social en todo el mundo, y si es necesario por la fuerza; lo más grave es que el único interés visible es el amor a la Humanidad. Sea como fuere, tanto si la democracia, bajo el síndrome de Troya del socialismo, la vemos renacer, como si no, cabe esperar -y actuar- para que las viejas libertades europeas no perezcan.

Jerónimo MOLINA CANO

— **G. Sartori.** *La Democracia después del comunismo.* Alianza Editorial. Madrid, 1993. 150 páginas.

Giovanni Sartori La democracia después del comunismo



maneras: bien "retorna" la democracia donde ya existió antes, bien se trata de una implantación "ex novo", siendo el

La nueva ley de régimen jurídico de las Administraciones Públicas

ADMINISTRACIONES y ciudadanos, es el acertado título de un libro excelente que estudia con detenimiento y rigor la nueva ley de régimen jurídico de las Administraciones Públicas: la Ley 30/1992, de 26 de noviembre. Tras la

magnífica presentación del coordinador de la obra, **Benigno Pendás García** (letrado de las Cortes Generales y profesor de Historia de las Ideas), **Martín Bassols Coma** (letrado de las Cortes y Catedrático de Derecho Administrativo) y **Fernando Sáinz Moreno** (también

letrado de las Cortes y Catedrático de Derecho Administrativo), emprenden el estudio del significado de la Ley, ya bautizada como L.A.P., en nuestro Derecho Administrativo y los principios y el ámbito de la aplicación de la Ley respectivamente. El resto de los

colaboradores de este libro colectivo (**P. Santolaya**: letrado del Tribunal Constitucional; **E. L. Murillo de la Cueva**: profesor de Derecho Constitucional; **J. L. Piñar Mañas**: Catedrático de Derecho Administrativo; **J. A. Moreno Molina**: profesor de Derecho Administrativo; **J. C. da Silva Ochoa**: Letrado del Parlamento Vasco; **E. García-Trevijano Garnica**: Letrado del Consejo de Estado; **A. Dorrego de Carlos**: Letrado de las Cortes; **C. Gutiérrez Vicén**: Letrado de las Cortes; **J. J. Lavilla**: Letrado de las Cortes; **J. María Jiménez Cruz**: Vice-secretario General Técnico del ministerio de Relaciones con las Cortes; **M. Taboas**: Magistrado de la Sala de lo Contencioso-Administrativo. Tribunal Superior de Justicia de Cataluña; **J. A. García-Trevijano Garnica**: Letrado del Consejo de Estado; **Angel Arozamena**: Magistrado especialista de lo contencioso-administrativo; **C. Chinchilla**: Letrada del Tribunal Constitucional y profesora titular de derecho Administrativo; **J. L. Fuertes**: Abogado del Estado y **P. Baselga**: Archivera bibliotecaria de las Cortes Generales) tratan todos los temas importantes relacionados con la nueva ley: órganos y relaciones de las Administraciones Públicas, derechos de los ciudadanos, el silencio administrativo, disposiciones y actos administrativos,

recursos, responsabilidad... Como bien puede apreciarse, el elenco de colaboradores constituye una de las bazas principales del éxito ya conseguido del libro, considerado por legos y profanos como el mejor que existe actualmente sobre la materia en el mercado.

Quizá sea el comentario del coordinador el más crítico de todos los que aparecen en el libro con la L.A.P. Pendás no sólo señala los errores formales de la ley -poca precisión lingüística y terminológica, escasa pulcritud gramatical... que, por otra parte, no es sino una nueva manifestación de la deficiente calidad de la legislación en nuestros días-, sino que con una prosa llena de gracia e ironía, encuadra el texto legal dentro de una reflexión sobre las actuales corrientes de pensamiento jurídico y de filosofía política. La ley que regula el orden legal de la vida administrativa refleja aquel interés primario por la eficacia y los fines, propio de los teóricos del Estado Social. No obstante, sin

despreciar, claro está, el valor de una Administración que sirva con eficacia a los ciudadanos, cabe considerar -como escribe Pendás- que la insistencia sobre los fines y las metas particulares pueda, a la larga y paulatinamente, ir minando las garantías formales que -entendidas ahora como incómodas e irritantes barreras- constituyen, sin embargo, los pilares del Estado de Derecho. Parafraseando de nuevo al coordinador de este libro, debemos apoyar la creencia en la prioridad axiológica del Estado de Derecho sobre otros principios como, en este caso, el de la eficacia.

F. A. Hayek escribió en *Los Fundamentos de la Libertad* que la libertad depende de muchas realidades prosaicas. En este caso, la libertad del ciudadano español y la garantía de sus derechos dependen, en gran medida, de cómo se regulen sus relaciones con las Administraciones Públicas. En definitiva, de cómo entienda la Administración que deben alcanzarse sus objetivos: tratando con súbditos o con ciudadanos.

Paloma DE LA NUEZ

Praxis

Administraciones Públicas y Ciudadanos

(Estudio sistemático de la Ley 30/1992, de 26 de noviembre, de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común)

Coordinación:
Benigno Pendás García

Estudios generales:
Martín Bassola Coma
Fernando Sainz Moreno

Comentarios sistemáticos:
Ángel Arozamena
Pilar Baselga
Carmen Chinchilla
Alberto Dorrego
José Luis Fuertes

José María Jiménez Cruz
Juan José Lavilla
Enrique Lucas Murillo
José Luis Piñar
Pablo Santolaya

-Benigno Pendás García y varios autores. *Administraciones Públicas y ciudadanos*. Estudio sistemático de la Ley 30/1992, de 26 de noviembre, de régimen jurídico de las Administraciones Públicas y del procedimiento administrativo común. Praxis. Barcelona, 1993. 1064 pp.

Eduardo Nolla: Libertad, Igualdad, Democracia

LOS estudios sobre **Tocqueville** han sido víctimas de la lentitud con la que se han ido publicando, en Francia, sus documentos. La edición, hace tres años, de los manuscritos inéditos de *La Democracia en América*, preparada por **Eduardo Nolla**, ha puesto a la disposición de los lectores gran cantidad de textos desconocidos (1).

Es de desear que la conclusión de la edición de las obras completas, que se inició hace más de cuarenta años, haga aparecer nuevas interpretaciones de la obra de Tocqueville y despierte el interés de cada vez más investigadores.

En este nuevo libro de Eduardo Nolla se descubren ya afortunadamente, nuevas tendencias del pensamiento sobre Tocqueville, que renuevan un campo intelectual hasta ahora dominado casi exclusivamente por el enfoque histórico.

Liberty, Equality, Democracy incluye algunas de las conferencias pronunciadas en el encuentro internacional sobre Tocqueville, que Eduardo Nolla organizó en la Universidad de Yale en abril de 1990 (2). La fecha se eligió por coincidir con el sesquicentenario de la publicación de la segunda parte de *La Democracia en América*.

Los catorce artículos inclui-

dos en el volumen cubren las áreas principales de los estudios tocquevillianos: las ideas filosóficas y religiosas, la ciencia política, la democracia, la teoría social, la literatura y las ideas sobre la revolución.

Los estudiosos de la obra de Tocqueville reconocerán los nombres de algunos de los grandes expertos internacionales en su pensamiento: **Pierre Birnbaum, Hugh Brogan, Peter A. Lawler, Roger Boesche, Edward T. Gargan, Dalmacio Negro Pavón, James T. Schleifer** o **Catherine H. Zuckert**. Pero descubrirán también nuevos enfoques de la obra de Tocqueville en los trabajos de **Joseph Alulis, Herbert Dittgen, Francesco de Sanctis, Gisela Schlüter** o **Claude Lefort**.

Los nombres citados sirven por sí solos de garantía de la alta calidad de los trabajos presentados y justifican nuestro convencimiento de que ésta es la mejor obra colectiva sobre Tocqueville hasta ahora realizada. Esto tanto por la calidad de los trabajos como por no temer ofrecer espacio a nuevas y originales lecturas de *La Democracia* (pensamos en los trabajos de Lefort, De Sanctis o Schlüter, por ejemplo).

El criterio de selección del compilador ha tenido muy en cuenta que Tocqueville se

LIBERTY
EQUALITY
DEMOCRACY

presta siempre a distintas y a veces muy opuestas interpretaciones. Es el gran mérito del libro presentar en sus doscientas páginas varios Tocquevilles distintos vistos, por ejemplo, desde el postmodernismo, la fenomenología, la teoría psicoanalítica, la ética, la poetología o las relaciones internacionales.

Esta obra es una excelente introducción al pensamiento de Tocqueville y al estado actual de las interpretaciones de su obra, en particular de *La Democracia en América*.

José R. VILAMOR

(1) París: Librairie J. Vrin, 1990. 2 v. Hay una bella traducción española en Aguilar (reseñada en nuestro número 12)

(2) Simultáneamente, se organizó una exposición de los manuscritos de Tocqueville y de su amigo **Gustave de Beaumont**. El catálogo de la exposición, preparado por Eduardo Nolla, ha sido publicado por la Universidad de Yale, con el título *Tocqueville, Beaumont, and America*.

La dignidad del trabajo

LOS estudios de todo tipo sobre el trabajo humano se han multiplicado en el siglo XX, desde muy diversas perspectivas. Así por ejemplo, las ciencias económicas se han ocupado profusamente del trabajo desde sus propios puntos de vista: factor en los procesos de producción, organización empresarial, productividades y rendimientos, etc. Igualmente diversas ciencias sociales o políticas se han ocupado de clasificar las distintas especies de trabajos o profesiones, de la psicología del trabajo, y cuestiones similares. La mayor diversificación de los trabajos (profesiones), y la creciente importancia que han adquirido en las sociedades modernas, han llevado en el campo jurídico y político al desarrollo de una nueva rama del Derecho: el Derecho Laboral.

Todo el inmenso campo de estos estudios, análisis y legislaciones sobre el trabajo, suelen dejar -consciente o inconscientemente- un poso de frialdad, una insatisfacción, que a veces ha tenido expresión en conflictos sociales relevantes. Puede decirse que en todo ese conjunto de teorías, esquemas, reglamentos y cálculos estadísticos sobre el trabajo, había muchas lagunas y unos puntos de

vista tan parciales que fácilmente conducían a comprensiones falsas y valoraciones equivocadas del trabajo. Así, a muchos ha resultado siempre sorprendente la falta de valoración, por ejemplo, del trabajo de un ama de casa, o de una madre de familia, que no suele aparecer en las estadísticas ni en programas de formación profesional. También ha sido prácticamente inexistente la atención al trabajo desde el punto de vista educativo; la pedagogía del trabajo, o para el trabajo, está casi en niveles rudimentarios. Los ejemplos podrían multiplicarse. La visión del trabajo en los estudios económicos, sociales, empresariales, políticos y jurídicos ha sido evidentemente parcial cuando no errónea.

Ha faltado una visión más profunda y completa, desde la perspectiva humana, desde la perspectiva de una antropología sólida, que incluya desde las cuestiones psicológicas y educativas del trabajo hasta las éticas. Aparte de las fuertes llamadas de atención de los Pontífices Romanos, sobre la dignidad y sobre diversos valores *humanos* del trabajo, desde las inolvidables encíclicas de **León XIII** a los documentos de **Juan Pablo II** (recuérdense sus encíclicas *Laborem exercens*

y *Centesimus annus*), pocos filósofos y teólogos han hecho algunos ensayos o avances (citemos especialmente los trabajos de **J. L. Illanes** y de **P. Rodríguez**). Junto a las importantes aportaciones de los Papas (quizá más examinadas por economistas, políticos o juristas que por filósofos y teólogos) hay que citar desde el punto de vista teológico y espiritual el surgir -también en el siglo XX- de la santificación en y del trabajo difundida por los escritos del ya Beato, **José María Escrivá** y por los apostolados del Opus Dei en los cinco continentes.

En resumen, puede decirse que abordar en profundidad el tema del trabajo humano, con una visión antropológica completa, filosófica y teológica, era ya cuestión urgente. **Tomás Melendo**, se ha ocupado abiertamente del asunto, con gran profundidad filosófica, en el libro *La Dignidad del trabajo**, y de una manera magistral. Para valorar y situar adecuadamente esta importante obra, digamos primero algo de su autor.

En primer lugar, conoce bien todos los antecedentes del tema, que someramente hemos apuntado. Además, hay que decir que entre los representantes de la joven generación de filósofos españoles que se acerca ahora a una plena madurez, Tomás Melendo (Melilla, 1951) ha sabido encarnar de manera sobresaliente la vie-

ja definición platónica de filosofía como "uso de la inteligencia en favor del hombre". En su ya dilatado trabajo como docente, investigador y escritor, Melendo ha demostrado una poco corriente lucidez en la comprensión y penetración de los primeros principios del saber filosófico junto con una estimulante atención a los problemas reales de la vida diaria.

Su preparación es amplia. Doctor en Ciencias de la Educación y en Filosofía, Melendo realizó sus estudios superiores en la Universidad de Navarra, y los completó en Italia (Roma) y en Alemania (Bremen y Marburg). Es Premio Extraordinario de Licenciatura y Doctorado en la especialidad de Filosofía. Ejerció actividad docente e investigadora en Roma, Pamplona y Madrid. En 1983 obtuvo la Cátedra de Metafísica de la Universidad de La Laguna, y poco después se trasladó a Málaga, donde reside, conjugando su dedicación a la Universidad con la atención a sus siete hijos.

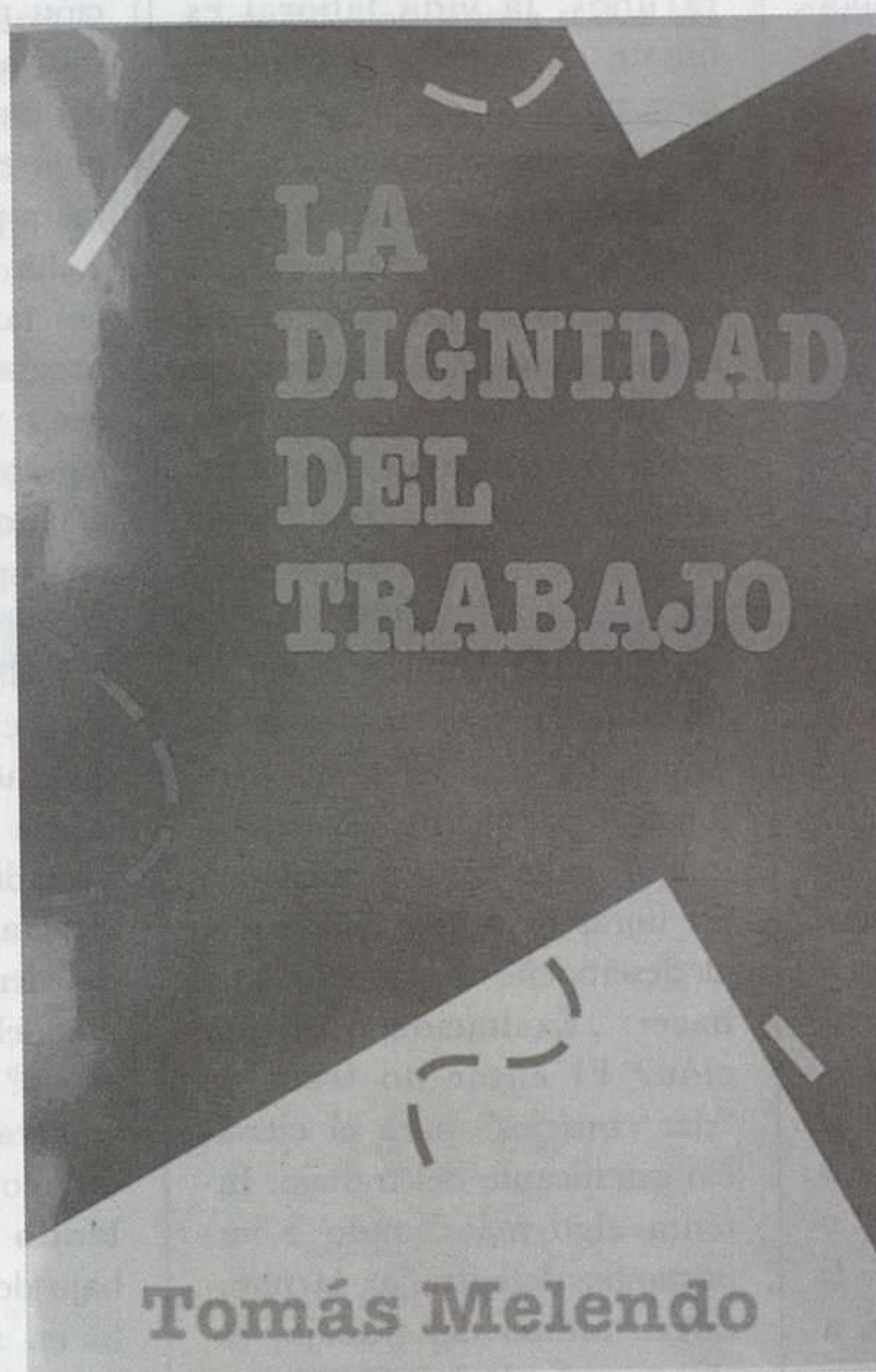
Entre sus libros, merecen destacarse: *J. Locke: Ensayo sobre el entendimiento humano*, Madrid

1978 (EMESA); *La fe y la formación intelectual*, Pamplona 1979 (EUNSA); *Metafísica*, 3ª ed. Pamplona 1989 (EUNSA), traducido al italiano y al inglés; *Ontología de los opuestos*,

amor humano, Madrid 1992 (Rialp); y *La dignidad del trabajo*, que ahora comentamos.

Si en sus primeros trabajos *Ontología de los opuestos*, *Metafísica*, y distintos estudios sobre la *nada* renovó desde la perspectiva contemporánea algunos temas capitales de la ontología de todos los tiempos -sentidos del ser, participación, verdad y error prácticos, belleza-, en obras más recientes esas nociones fundamentales cobran vida para iluminar aspectos concretos de la existencia humana descubiertos al hilo de una intensa vida profesional y familiar: el trabajo, la técnica, la actividad empresarial o, en la otra vertiente, cuestiones relativas a la instrumentación genética, el uso humano y perfeccionador del matrimonio, la regulación humana de la fertilidad, el amor entre los esposos. En ese ir y

venir de las ideas más fecundas y cardinales a la experiencia inmediata radica la sugerente originalidad de su investigación filosófica que, sin renegar de su labor primordial de fundamentación, se pone al servicio de la existencia humana. Temas tan cercanos y



Pamplona 1982 (EUNSA); *Fecundación "in vitro" y dignidad humana*, Barcelona 1987 (Casals), traducido al catalán; *Métodos naturales de la regulación humana de la fertilidad*, Madrid 1989 (Palabra); *Las claves de la eficacia empresarial*, Madrid 1990 (Rialp); *Ocho lecciones sobre el*

actuales como la libertad o la dignidad de la persona, la vida conyugal, la fecundación *in vitro*, las claves de la deontología profesional o las bases para la renovación ética de la sociedad "post-moderna", los aborda desde una perspectiva radical, que les proporciona una inusitada hondura y un singular atractivo.

La penetración filosófica del profesor Melendo se ha concentrado, en estos últimos años, en dos temas capitales para la felicidad humana: el amor y el trabajo. En la primera línea, es autor de numerosos escritos, entre los que destacan, además de los ya citados, su *Metafísica del amor conyugal* y su *Metafísica de la sexualidad* (en preparación); en la segunda, un nutrido grupo de investigaciones -"El rostro humano de la empresa", "El trabajo como actividad humana", "Creación divina y trabajo humano", "Elementos configuradores de la actual valoración del trabajo", "La índole personal del trabajo humano", y otros- se unen a *Las claves de la eficacia empresarial* y culminan a nuestro parecer en la obra que ahora presentamos.

Las cuestiones que plantea el trabajo, el ejercicio de cualquier profesión, son inquietantes. Hemos señalado algunos antecedentes. En la situación actual, ninguna otra actividad reclama -cuantitativamente- una tan amplia dedicación del tiempo diario. Y -

cuantitativamente- la manera como cada persona aborda su tarea profesional incide notablemente -para bien o para mal, para ventura o desdicha- en el tono de su existencia: para unos, la vida laboral es fuente de hondas satisfacciones; para otros, ocasión de frustraciones continuas.

Mediante un análisis reposado de su esencia y rasgos constitutivos, *La dignidad del trabajo* pretende esclarecer los motivos que conducen a resultados tan dispares. Melendo dilucida bajo qué condiciones fundamentales el trabajo puede convertirse en factor de perfeccionamiento de la persona humana, y en consecuencia en origen de una felicidad profunda y persistente. Es mucho lo que cada uno se juega en las horas dedicadas, cada día, al desempeño del propio quehacer. ¿Exaltación o alienación? El autor no trata de "dar consejos" para el ejercicio gratificante del trabajo. Intenta algo más hondo e importante: desentrañar la naturaleza íntima del trabajo, esclarecer desde los fundamentos el bregar cotidiano del propio quehacer, de forma que pueda alcanzar su definitiva índole personal: constituirse en *acto de la persona*, como sugería **Juan Pablo II**. Porque sólo las actividades que realice *en cuanto persona* pueden contribuir a la mejora y consiguiente satisfacción del

individuo humano: es decir, únicamente aquellas tareas en las que *cada persona* consiga expresar de forma adecuada la categoría y los caracteres de su peculiar e irrepetible condición personal. ¿Cuándo y cómo sucede esto? Es la cuestión de fondo planteada, y sólidamente respondida, en la primera parte del libro.

La segunda plantea cuestiones también vitales: ¿por qué, precisamente, el trabajo? Es decir: ¿por qué nuestros contemporáneos no se equivocan al conceder al propio oficio un papel primordial -prácticamente único- en su desarrollo o realización personal? No es sólo cuestión de tiempo, de dedicación; entonces la importancia del trabajo se vería desplazada conforme avanzara la civilización del ocio. ¿De dónde viene el vigor perfeccionador del propio menester profesional?

Para satisfacer estas preguntas, con aguda claridad **Melendo** distingue lo que es trabajo de lo que no lo es: no sólo en su condición de labor *personal*, que el trabajo comparte con otras muchas actividades humanas -incluidos el juego y el ocio- sino en su misma índole de *trabajo*. Esclarecimiento no fácil, porque ¿dónde situar las fronteras entre lo que puede calificarse como actuación profesional y lo que no?; ¿lo es la ejercida por un ama de casa?, ¿y las ocupacio-

nes de un enfermo, un impedido o un jubilado? ¿Por qué motivos hondos, esenciales, constitutivos, respondemos en un sentido o en otro a estas preguntas? Cuestiones cuyas respuestas comprometen y van dando un apasionado interés a la lectura de esta obra. Son algunos de los problemas que hay que resolver, personalmente, para dar todo su *sentido*, desde su misma raíz, al propio trabajo.

Desde el punto de vista pedagógico, hay muchas y muy interesantes cuestiones implicadas, como las relaciones del

trabajo con el amor y la libertad, es decir con la voluntad; trabajo y contemplación; trabajo y técnica; trabajo y necesidades materiales, y cultura, y virtudes, etc. En suma, un libro que va a interesar no sólo a los filósofos, sino a todos los que tengan un mínimo de nivel o preocupación cultural, a todos los profesionales en general, y en particular también a padres de familia y educadores, quienes sin duda podrán extraer estimulantes conclusiones.

Estamos ante una obra importante de antropología filo-

sófica; una filosofía del trabajo sin improvisaciones, que recoge los precedentes históricos y teóricos, con nuevos logros y que abre nuevos caminos. Una obra que hay que leer, y que podría decirse es un reto para otros desarrollos, desde los pedagógicos hasta los ya especialmente teológicos.

Jorge IPAS

***Tomás Melendo.** *La dignidad del trabajo*, Editorial Rialp. Madrid 1992.

Han colaborado en este número de Otoño por orden de aparición

- José Luis Yuste Grijalba

Director Gerente de la Fundación Juan March desde 1974. Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense, donde ha sido profesor de Derecho político. Letrado de las Cortes. Letrado Mayor del Consejo de Estado. Autor del libro *Las cuentas pendientes de la política española* (1986) y de otras publicaciones de carácter jurídico. Miembro del Real Patronato del Museo del Prado y Vocal del Consejo Social de la Universidad Autónoma de Madrid.

- Luis Pérez Bastías

Premio Círculo Mercantil de Málaga (1973). Ha publicado ensayos y artículos en la revista *Ínsula*, en el Diario *Ya* y en *Razón Española*.

- Dr. Rainer Glagow

Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Bonn. Ha sido Profesor invitado de la Universidad Ain Shams de El Cairo. Director Adjunto del Instituto alemán del Oriente Moderno en Hamburgo. Delegado de la Fundación Hanns Seidel en España (Madrid).

- Carlos de la Casa

Doctor en Historia Medieval. Director de la Universidad Internacional Alfonso VIII. Jefe del Departamento de Cultura de la Diputación Provincial de Soria. Ha publicado más de un centenar de trabajos científicos, relacionados con la Historia y el Patrimonio Cultural, entre ellos más de una decena de libros. Asesor del Presidente de la Junta de Castilla y León.

- Francisco Sanabria Martín

Director de VEINTIUNO. Doctor en Derecho. Diplomado en Comunicación Social. Técnico de Información del Estado. Ex subsecretario de Cultura. Consejero de Administración de RTVE. Entre otros libros es autor de *Radiotelevisión, Comunicación y Cultura*, y *Estudios sobre Comunicación*.

- Antonio Sáenz de Miera

Doctor en Derecho (su tesis versó sobre "el 68", precisamente). Diplomado en Psicología y en Relaciones Industriales. Director Gerente de la Fundación Universidad-Empresa. Presidente del Centro de Fundaciones Españolas. Profesor Ayudante de Política Social.

Revista Veintiuno • Boletín de Suscripción

- Aquilino Duque

Licenciado en Derecho. Poeta, narrador y ensayista. Premio "Leopoldo Panero" del Instituto de Cultura Hispánica y "Fastenrach" de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura en 1974. Entre sus ensayos se cuentan *El suicidio de la modernidad* (1984) y *El cansancio de ser libres* (1992); otras obras suyas son *La luz de Estoril* (1989), *Las nieves del tiempo* (1993) y *El rey mago y su elefante* (1993). Premio de periodismo "José María Pemán" (Cádiz, 1988) y miembro de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

- Manuel Fraga Iribarne

Presidente de la Xunta de Galicia. Presidente Fundador del PP. Catedrático de Derecho político. Ponente de la Constitución (1978), ha sido diputado nacional y líder de la oposición en anteriores legislaturas. Es autor de un sinfín de libros, escritos, colaboraciones y artículos; entre sus textos se encuentran *La crisis del Estado* (1958), *La guerra como forma de conflicto social* (1962), *La constitución y otras cuestiones fundamentales* (1979), *El pensamiento conservador español* (1981), *Razón de Estado y pasión de Estado* (1985), etc.

- Pedro Fernández Barbadillo

Licenciado en Derecho. Colaborador habitual en *Razón Española*, *Nueva Revista* y en algunos suplementos culturales de la prensa diaria.

- José Luis Monegro

Equipo de periodistas especializados en materia cultural.

- M^a Gemma Prieto Gutiérrez

Doctora en Ciencias Políticas y Licenciada en Derecho y Sociología por la Universidad Complutense. Profesora de Teoría del Estado y Derecho Internacional Público en el CEU San Pablo.

- José M^a Álvarez Romero

Licenciado en Ciencias Históricas. Licenciado en Derecho. Ex director cultural del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Secretario general de la Asociación Hispano Americana de Historia.

- Miguel Angel Gozalo

Periodista desde 1960, año en que se graduó en la Escuela Oficial de Periodismo con el número 1 de su promoción. Ha trabajado en prensa escrita, como director de *Informaciones* y subdirector de *Madrid*; en radio, como director de los Servicios Informativos de la SER y comentarista de la COPE y *Onda Cero*, y en televisión, como director de TVE y de diversos programas informativos y culturales. En la actualidad es miembro del Consejo Editorial de *Diario 16* y colaborador habitual de la revista *Epoca* y del programa "Protagonistas"

- Enrique de la Hoz

Periodista especializado en cuestiones musicales.

- Jose M^a. García Escudero

Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Premio Nacional de Historia "Menéndez Pelayo" 1975, por su libro *Historia Política de las dos Españas*. Es autor del libro *Cánovas. Un hombre para nuestro tiempo..* (BAC y FCC, 1990).

- Jerónimo Molina Cano

Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense. Licenciado en Derecho por la UNED. Master en Administración Pública por el Instituto Universitario Ortega y Gasset y el Instituto Nacional de Administración Pública. Colaborador en la prensa regional de Murcia.

- Paloma de la Nuez

Licenciada en Ciencias Políticas. Profesora colaboradora de la Cátedra de Historia del Pensamiento y de los movimientos sociales y políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense.

- Jorge Ipas

Licenciado en Física, Licenciado en Filosofía y Doctor en Teología. Académico de Número de la Real Academia de Doctores. Autor de una treintena de artículos en revistas culturales. Director de la Redacción Central coordinadora de la Gran Enciclopedia Rialp.

Revista **Veintiuno** • Boletín de Suscripción

Primer apellido:

Segundo apellido:

Nombre:

Domicilio:

Localidad: C. P.: Provincia:

SUSCRIPCIÓN A LA REVISTA VEINTIUNO (4 números). Del n.º al n.º

PRECIOS.	ESPAÑA	EUROPA	AMERICA
<input type="checkbox"/> Suscripción ordinaria:	3500 ptas.	3.800 ptas.	4.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de estudiantes:	2.500 ptas.	2.800 ptas.	3.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de honor:	10.000 ptas.	10.000 ptas.	10.000 ptas.

Libros Colección **Veintiuno** • Boletín de pedido

- EL FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO / AA.VV. (2.100 ptas P.V.P)
- EUROPA: UN ORDEN JURÍDICO PARA UN FIN POLÍTICO / AA.VV. (2.100 ptas P.V.P)
- RECONQUISTA DEL DESCUBRIMIENTO / Vintila Horia. (2.500 ptas P.V.P)
- NUEVOS TIEMPOS: DE LA CAÍDA DEL MURO A MAASTRICHT / AA.VV. (2.100 ptas P.V.P)
- LA GALICIA DEL AÑO 2000 / AA.VV. (2.100 ptas P.V.P)
- ESPAÑA ANTE EL 93. UN ESTADO DE ÁNIMO / AA.VV. (2.100 ptas P.V.P)
- LOS AÑOS EN QUE NO SE ESCUCHO A CASANDRA O EL FRACASO DE LA EXPANSIÓN DE 1985 A 1992 / Juan Velarde Fuertes. (2.100 ptas P.V.P)

(Póngase un número () por casilla indicando así la cantidad de ejemplares que desee adquirir)

Total del pedido ptas.

FORMA DE PAGO:

- Talón bancario nominativo.
- Transferencia bancaria a: Banco Popular Español. Agencia nº 32. C/ Génova, 20 -28004-Madrid. c/c: 60-3031-69.
- Domiciliación bancaria. (Sólo para esta opción remitir relleno el impreso inferior adjunto).

Banco Sucursal Calle

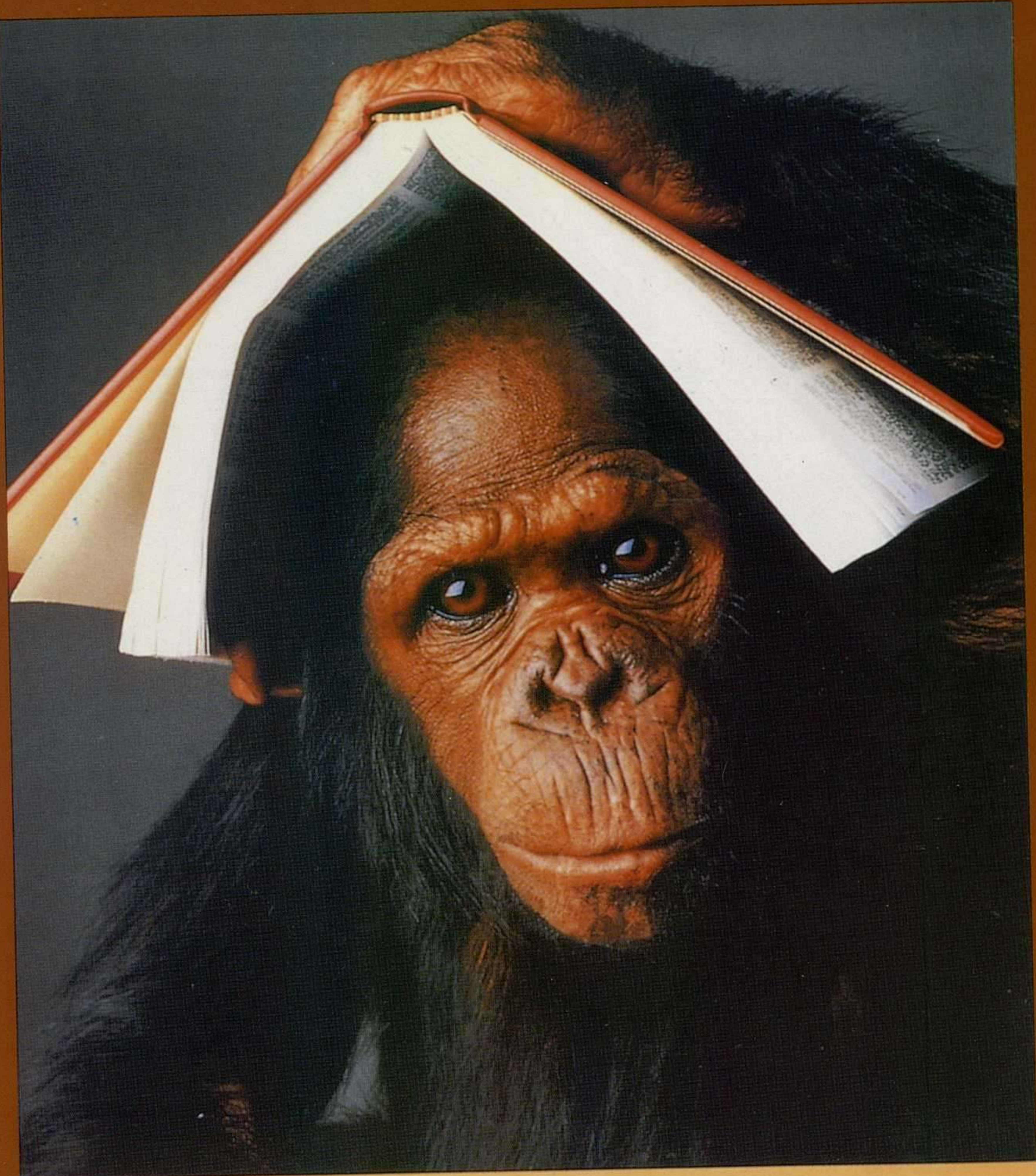
..... Localidad C.P.

SEÑOR DIRECTOR: RUEGO ATIENDA, HASTA NUEVO AVISO, LOS RECIBOS QUE LE PRESENTARÁ LA REVISTA **VEINTIUNO** POR IMPORTE DE PTAS.

CORRESPONDIENTE A SUSCRIPCIONES, CON CARGO
A MI C/C: N° DOMICILIADA EN ESA ENTIDAD BANCARIA

FIRMA

159



**Tú *que puedes,* no
te lo pierdas.**



Acércate
a los **Libros**
y **VERÁS**

Asociaciones de Escritores, Editores, Distribuidores, Libreros, Bibliotecarios y Ministerio de Cultura.

Galicia Calidade



CONSELLERIA DE INDUSTRIA
E COMERCIO